



QUINCE SEGUNDOS

CRISTINA RODRÍGUEZ TRUEBA

QUINCE SEGUNDOS

Autora: Cristina Rodríguez Trueba

CLARA

CAPÍTULO UNO

—¡Perdón!

—No te preocupes. —El suspiro que se le escapa a José Luis expresa lo contrario de lo que manifiesta, está disgustado y tiene toda la razón del mundo; pero es un hombre extremadamente educado y compone una sonrisa como puede—. El barro es escandaloso pero se limpia bien.

—Soy una manazas.

Abigail se aleja del torno como si quemase, que es lo que debería haber hecho antes de tocarlo, ponerse en el otro extremo de la clase y mirarlo de reojo mientras se dedicaba a familiarizarse con el barro.

Mi experiencia con el mundo de la cerámica y su técnica se remonta a cuatro clases incluyendo la que estamos recibiendo; pero tengo dos ojos que no necesitan gafas para enfocar. Abigail ha empezado al mismo tiempo que yo y estos días hemos manipulando torpemente un trozo de barro sobre una tabla de madera, ¿qué pensaba que iba a crear en el torno, una obra de arte alabada por el maestro?, ¡si ha sido incapaz de hacer un cenicero decente!

¡Y mira que es sencillo hacer tiras redondas de barro! Se utiliza una muy larga que se enrosca sobre sí misma para formar la base que después se alisa con los dedos hasta hacer desaparecer las marcas. Después, por medio de nuevos “churritos”, se van formando las paredes del cenicero; tres tiras de “churritos” son suficientes si se desea que no tenga mucha profundidad, cuatro o cinco si se busca algo más alto. Se vuelve a repasar con el dedo mojado en agua hasta que ya no se pueden apreciar las uniones. Es algo tan sencillo que un niño de seis años podría hacerlo bien y no tardaría más de media hora.

Abigail celebró la primera comunión hace muchos años pero ha sido incapaz de hacer nada reconocible, no tiene manos, tiene dos tenazas y con ellas aprieta sin control un material que requiere suavidad, control y paciencia. Tampoco ayuda demasiado que lleve las uñas largas como las de una pitonisa gitana. José Luis siempre le pone más cantidad de barro sobre la tabla de la que va a necesitar y es algo lógico, sus uñas recogen buena parte y pasa la mitad del tiempo que dura la clase sacándose y dejando los restos en un borde de la tabla sobre la que trabajamos intentando crear algo digno de

ocupar una balda del mueble del salón.

—Tú no estabas preparada y yo no tendría que haberte dejado. El torno tiene, como todo en la vida, su dificultad, parece sencillo cuando lo maneja una persona con experiencia pero es solo una apariencia, hay que tener mucha práctica y tú no tienes ninguna.

—¡Clara!, lo siento, ¡mira cómo te he puesto! —Observando hasta donde ha llegado el esparcimiento del barro ha descubierto que mi cuerpo estaba en la trayectoria de varios trozos.

—Tranquila. —Que para nerviosa ya estoy yo después de haber estado observando de reojo como acercabas tus manitas de princesa de pueblo a la bola de barro—. Iba a meter la ropa en la lavadora igualmente.

—Pero tu pelo...

Abigail corre hacia el perchero donde está colgado su bolso dorado, saca un paquete de toallitas de las que se utilizan para limpiar el culo a los niños y arranca compulsivamente varias con las que se acerca para retirarme los restos de barro que me han alcanzado al estrujar con demasiada fuerza la bola que ha atacado con pasión desatada hace un momento.

—Has añadido demasiada agua.

José Luis esquiva las manchas del suelo y detiene el motor del torno antes de que lo poco que ha quedado en su sitio salga volando y decore el techo con gotelé marrón.

—Me pareció que estaba demasiado duro.

Cojo las toallitas que me ofrece y me las paso por la cara, del pelo se hace cargo Abigail y lo intenta limpiar con tanto ímpetu que siento como la piel de mi cuero cabelludo se separa de mi cráneo.

—Mejor lo hago yo.

—Sí —me responde avergonzada—, menudo desastre he montado en un segundo.

—¿Y qué esperabas? —María Alexandra, ese nombre me costó aprenderlo pero ya no se me olvidará en la vida, aprovecha que el profesor se ha marchado a por un cubo y una fregona con los que limpiar el suelo para decirle a Abigail un par de verdades—. Te has puesto muy pesadita con eso de darle al torno como si fueras la protagonista de la película “*Ghost*”.

—Lo sé. —Saca otro puñado de toallitas y empieza a limpiar sillas y mesas, las frota como si tuvieran costra vieja—. Acabo de empezar y no debería haber insistido pero este fin de semana vi la película y me pareció tan

romántica... —¿Cómo puede conservar las uñas intactas tratándolas de cualquier manera?, ¿son postizas y las pega cuando se le caen?

—¿Y qué pensabas, decirle a José Luis que se colocase detrás de ti y pusiera sus manos sobre las tuyas mientras la música empezaba a sonar y la iluminación se volvía más suave?

—¡De eso nada! —A Abigail le brotan dos coloretos tan exagerados como es ella en todas las circunstancias imaginando a José Luis susurrándole palabras tiernas al oído mientras hacen un jarrón con sus manos sobre las de ella—. Es un hombre muy educado y me cae muy bien, ¡pero podría ser mi padre! y su hija es amiga mía, ¡cómo se te ocurren esas cosas!

Abigail finge un escalofrío, el profesor es muy majó y ha demostrado ser muy buena persona pero no es lo que digamos un Adonis madurito, es un señor a quien los años le han caído por duplicado y que no está en un buen momento de su vida para interpretar dignamente el papel de *Patrick Swayze*.

—Por eso ha accedido, por lo pesadita que te has puesto.

Empiezo a sentirme violenta, yo también he pensado que Abigail estaba acorralando al profesor pero no me parece apropiada esta reprimenda por parte de otra compañera estando otras alumnas delante.

—Es su tía.

—¡Ah! —respondo a la más veterana del grupo, una mujer que hace unas figuras preciosas y que habrá visto mi cara de incomodidad que refleja exactamente como me siento ahora mismo.

Eso lo aclara todo. Laredo es un pueblo donde casi todos los que viven de modo permanente se conocen. Yo soy la que no conoce a nadie.

—Tu madre es una romántica y tú, además de tener ese nombre de telenovela, eres igual de fantasiosa que mi hermana, todo lo veis de color de rosa aunque sea marrón como una boñiga de vaca.

—El amor es lo más bonito del mundo, tía.

Abigail continúa limpiando todo lo que encuentra a mano aunque no esté manchado con el barro que ella ha repartido por el aula de cerámica, ella es un terremoto.

—Eres muy joven y todo lo afrontas como si formara parte de una historia de amor con final feliz. —María Alexandra ha suavizado su tono, se nota que adora a su sobrina y ya la ha puesto en su sitio, está arrepentida—. Debes madurar, tienes un hijo.

—Y es el más guapo del mundo.

Tira las toallitas sucias a la papelera y rebusca en su bolso. Su teléfono móvil está protegido por una funda rosa que brilla al estar llena de cristalitos de colores con forma de corazón.

—Mira.

Abigail tiene un teléfono rosa y las uñas pintadas en un rosa chicle pero es bruta como un arado y casi me saca un ojo al acércame el móvil para que vea la foto de su niño.

—Muy guapo.

El niño será guapísimo porque Abigail tiene una cara muy bonita pero apenas he podido distinguir al chiquillo. El pobrecillo está envuelto en kilómetros de angora azul y blanca. La chaqueta de punto tiene ostentosos lazos en los hombros y el gorrito que cubre su cabeza se mantiene fijo por medio de otra lazada del mismo material. El recargado conjunto se remata con un faldón que parece un muestrario de puntillas. Me rasco la cabeza instintivamente al pensar en la angora y sus rebeldes pelitos metiéndose en mi boca y nariz.

—Mi Kevin.

Pasa las yemas de sus dedos por la pantalla y le lanza un beso con sus labios pintados con brillo rosa.

—Son las ocho menos cinco.

La veterana es quien suele controlar la hora y avisa a todas para que recojamos nuestro trabajo y dejemos la mesa limpia. José Luis es tan prudente que si nadie se levanta puede alargar la clase hasta las ocho y media aunque tenga otros compromisos que atender.

—Déjame la fregona. —El profesor acaba de llegar con el cubo lleno de agua y una fregona que tiene menos pelos que un calvo en su cabeza.

Abigail le arranca los dos utensilios de las manos. Tiene que pasar cien veces sobre las manchas del suelo para que los cuatro pelos que le quedan a la fregona recojan el barro.

Salimos todas las alumnas juntas de la Casa de Cultura de Laredo donde se imparten las clases los martes y jueves de siete a ocho de la tarde, y nos despedimos hasta la semana que viene

Es de noche y las estrellas que parpadean en el cielo auguran una noche fría y un amanecer que nos acercará al invierno. Hace días descubrí que los habitantes de Laredo no son suficientes para rellenar las calles en otoño y por eso están casi vacías a mi paso.

He vivido los últimos cinco años en Zaragoza y tardaré un tiempo en acostumbrarme a este silencio que solo se interrumpe cuando pasa algún coche o un perro ladra un primer “guau” como pidiendo permiso antes de coger aire y soltar tres o cuatro para reivindicar lo que los humanos nunca sabremos.

La Casa de Cultura está en el centro del pueblo y la inmensa playa de Laredo está cerca de casi todo. En tres minutos llego al paseo marítimo, límite artificial entre las dunas y las viviendas. Camino a paso rápido, necesitaré diez minutos para alcanzar mi estudio que está situado en la zona de altos edificios que solo se llenan de vida en verano cuando los ocupan los veraneantes.

Según me voy alejando del centro hay menos personas paseando, el día se acaba, es hora de meterse en casa y eso es lo que se dispone a hacer la gente con la que me cruzo. Yo también me dirijo a mi nuevo hogar y probablemente solo me acompañarán los corredores que, solos o en pequeños grupos, se ejercitan en un paseo que parece que en esta época del año estuviera diseñado específicamente para ellos.

Yo termino mis clases de cerámica siempre a la misma hora y la mayoría de los corredores hacen su ejercicio también en el mismo momento del día. Me he cruzado en dos ocasiones con el corredor que viene hacia mí y en esta tercera confirmo lo que ya había opinado la primera y la segunda vez: que este hombre debe de mantenerse a base de lechuga. Es muy alto y sus piernas son muy largas, corre con unas mallas negras ajustadas y una camiseta verde fosforito. Su cuerpo es flaco pero al estar cubierto por ropa no puedo ver su piel. Si muestra el mismo aspecto que su cara no me gustaría verle desnudo, la piel está posada sobre los huesos, marcan sus sobresalientes pómulos y hacen que sus ojos, hundidos en sus cuencas, parezcan todavía más alejados de las cejas. Pasa a mi lado y no puedo evitar pensar en esas imágenes de campos de concentración donde hombres, mujeres y niños se agolpaban en las verjas con la imagen del horror reflejada en sus pupilas. Es un hombre al que alguien ha absorbido su energía, le han eliminado los fluidos de su cuerpo... se aleja y me deja con mis disparatados pensamientos.

La chica rubia aparece con su perro blanco con la oreja izquierda negra. También la he visto otros días a esta misma hora paseando con cara de serena felicidad. El perro es precioso, una especie de galgo pequeño que cuando se encuentra con otro perro recorre los jardines a una velocidad increíble incitando al otro animal a que corra detrás de él.

—No muerde —me aclara cuando se acerca a mí corriendo como si me conociera de toda la vida—, no tiene cuerpo para ello.

—No me dan miedo, me gustan mucho los perros —respondo con una tímida sonrisa a la rubia agachándome para acariciar al perro que resulta ser curioso y tímido a la vez.

—Enseguida dejará que le acaricies, cuando no conoce se toma su tiempo, es prudente, examina y si le pareces de confianza entonces se acerca más y se queda quieto.

—Es precioso, ¿cómo se llama?

—Jagger.

—Hola.—Le ofrezco mi mano para que la huela.

Jagger ejecuta dos piruetas a mi alrededor antes de acercar su suave cabecita a mi mano. Su piel es terciopelo caliente y sus ojos me miran con tanta ternura que entiendo la cara de felicidad con la que la chica rubia camina cuando lo hace en compañía de su perro.

—¿Es un galgo?

Jagger se aleja, se ha cansado de mis caricias y yo me incorporo apenada porque me hubiera gustado sentirle debajo de mis dedos un poquito más. Regresa como si se le hubiera olvidado decirme algo, da un salto increíblemente alto para un perro de su tamaño dejándome un lametazo en la nariz que me asusta y hace cosquillas a partes iguales.

—Le has caído muy bien, eso no se lo hace a cualquiera. Es un galgo, un whippet.

—Salta mucho. —Todavía estoy sorprendida por la facilidad con la que se ha elevado.

—Sí, es muy ágil, tendrías que verle corriendo entre las dunas, las salta como si fuera un canguro. Jagger. —La rubia saca algo del bolsillo de su chaqueta—. Ven a ponerte la correa que nos tenemos que ir.

—Adiós, Jagger. —Vuelve a acercarse pero decide quedarse a dos metros de mis piernas para mirarme como diciendo: “otro día te doy otro lametazo, ahora me tengo que ir” —. Hasta luego.

—Adiós.

La chica y su perro se marchan, yo miro mi reloj, meto las manos en los bolsillos de la sudadera y acelero el paso para recuperar el tiempo que he perdido deteniéndome a hablar. Realmente no ha sido una pérdida, he disfrutado con Jagger y su suave piel.

¿Y si tuviera un perrito?, uno pequeño con el que salir a pasear, alguien a quien contarle como me ha ido el día y al que acariciar cuando me sentase en el sofá a ver la televisión. Otro ser en quien volcar esos sentimientos que están acumulados y que cada vez pesan más.

La primera razón que se me ocurre para olvidar este deseo es que mi contrato de alquiler me lo impide y no quiero cambiarme de apartamento. El precio es muy razonable y no perjudica excesivamente mi modesta economía. La segunda razón que me expongo es que yo trabajo de noche, si el animal se sintiese solo y eligiera ladrar como método para quejarse por no tener compañía molestaría a los propietarios del décimo “D” y a los que acuden a pasar algún fin de semana si la climatología lo propicia. Algún día...

Entro al portal y el gran espejo biselado situado en la pared contraria a la puerta me obliga a mirarme aunque yo no quiera hacerlo. Mi sudadera oscura disimula las manchas de barro que ya se han secado y solo yo podría decir aproximadamente dónde impactaron los trozos que Abigail se encargó de lanzar al aire en su fallido intento por emular a Demi Moore.

Me río internamente recordando cómo metía los dedos en la bola de barro, todos la mirábamos para después observarnos de reojo y saber si estábamos pensando lo mismo: que eso no cogía forma alguna y cada vez se parecía más a un volcán a punto de entrar en erupción.

No me gusta demorarme delante de los espejos, a veces no me reconozco, esos ojos claros que me observan son herméticos y después de treinta y cinco años aun no entiendo que quieren decirme. Quizá es su cambio de color lo que me despista, a veces brillan y lucen un verde intenso y en otras ocasiones se vuelven oscuros como las aguas salvajes de un río después del deshielo.

Me acerco y paso mis dedos por mi pelo. Encuentro algo de polvo y muevo la cabeza para eliminar los residuos. No puedo quejarme de mi cabello, es liso pero tiene cuerpo y los reflejos rubios, recuerdo de mi niñez, le dan luminosidad. Tengo que cortarlo, está demasiado largo y me cuesta mucho tiempo secarlo. Mañana buscaré una peluquería y pediré cita.

También debería entrar en una farmacia para pesarme. He vuelto a perder peso, lo noto en los pantalones y no puedo permitirme bajar de los cincuenta y cinco kilogramos, un peso escaso pero aceptable para mis ciento sesenta y ocho centímetros de altura. Pacté conmigo misma que cuidarme sería, a partir de ahora, mi prioridad y las promesas se hacen para cumplirlas.

Me alejo del espejo al que no debería haberme acercado. La sensación de

extrañeza que me genera mirarme con detenimiento es habitual pero no por ello deja de ser opresiva. Rechazo, como siempre, el ascensor y comienzo a subir las escaleras para hacer ejercicio. Once plantas son muchas escaleras para subirlas corriendo, lo descubrí el primer día y no lo he olvidado.

Llegué a la estación de autobuses de Laredo a media tarde. Había pactado el alquiler a través de una inmobiliaria y solamente había visto el apartamento en fotos y su localización gracias a la aplicación Street View.

Nunca antes había estado en Laredo pero sabía un par de cosas sobre esta localidad costera: su increíble e inmensa playa de arena blanca y fina, y que en verano su población pasa de tener once mil habitantes a una cifra difícil de cuantificar y que podría superar los ochenta mil.

Laredo tiene dos zonas urbanas perfectamente delimitadas: el “pueblo” como lo llaman los lugareños y que es el núcleo urbano donde se concentran casi todos los servicios como bancos, comercios, Ayuntamiento o centro médico, y la zona de veraneantes. En el “pueblo” residen la gran mayoría de laredanos y su perímetro imaginario llega hasta la plaza de Carlos V. A partir de ahí las residencias con jardines, pistas de tenis o piscinas se suceden hasta que la lengua de tierra y arena formada entre la desembocadura del río Asón y el mar se convierte en un fino “puntal” desde el cual casi se puede tocar la localidad vecina de Santoña.

Durante el invierno los alquileres en el pueblo son más caros que en la zona de veraneantes. La razón es obvia: para pasar un mes de vacaciones yo también escogería una zona turística pero para vivir el resto del año es más cómodo hacerlo teniendo a mano las tiendas. Además de esta razón de peso existe otra por la cual son más económicos en la zona de veraneantes: su tamaño. En muchos edificios de la zona de veraneo hay apartamentos de tres, dos y una habitación.

Yo vivo sola, no poseo muebles y toda mi ropa entra en un armario. Incluso en un estudio con un único habitáculo compartido para cocina, salón y dormitorio y otro pequeño espacio destinado al baño habría estado cómoda pero los precios eran muy similares al del apartamento compuesto por salón, cocina, habitación y baño. La comodidad de una cama desde la cual no tenga que ver la fregadera o escuchar el ruido que hace el frigorífico me hizo decantarme por una vivienda de cuarenta y ocho metros cuadrados en un edificio de los años sesenta con fachada blanca y desconcertantes persianas azules turquesas.

La chica de la inmobiliaria me había asegurado que el centro del pueblo estaba a un “cómodo paseo” del apartamento. Al bajar del autobús noté un viento cálido y los rayos del sol en mi cara, había estado horas viajando sin poder estirar las piernas y pensé que la mejor manera de tomar contacto con el pueblo donde iba a vivir hasta un plazo indeterminado era dando ese “cómodo paseo” desde la estación de autobuses en el centro hasta la vivienda.

El paseo habría sido cómodo si hubiera caminado sin tener que tirar de mi maleta de ruedas y mi bolsa de mano que terminó pesando como si contuviera veinte kilogramos de piedras y tres botellas de anís.

No puedo negar que la primera impresión de la playa fue inmejorable, y ver el mar azul, las aguas tranquilas, las dunas cubiertas de plantas, el monte que protege Santoña y el puerto pesquero de Laredo desde el paseo marítimo habría sido maravilloso si la postal no hubiera estado acompañada del insoportable estruendo de las rueditas de mi maleta al pasar sobre el marcado relieve de las baldosas del suelo.

Después de dos intentos fallidos de acomodar la bolsa sobre la maleta y de hacer varias paradas para alternar de mano vislumbré el edificio asomando por detrás de los de la primera línea de playa gracias a sus persianas azules. Llegué cansada y con dolor de cabeza.

Dejé mi mundo comprimido en dos maletas dentro de la cabina del ascensor, pulsé el botón señalizado con el número once y me lancé escaleras arriba creyendo que el edificio estaría lleno de vecinos que no entenderían que pintaban dos maletas viajando solas.

Estoy delgada y mis piernas son largas. Acostumbrada a caminar y a subir sin sobresaltarme los cinco pisos de mi anterior vivienda creía que alcanzaría la planta número once jadeando. Llegué un tiempo después de que lo hiciera el ascensor, a punto de sufrir un infarto y asumiendo un riesgo innecesario. El edificio tiene cuarenta y cuatro apartamentos y únicamente el décimo letra “D” estaba ocupado por una pareja de jubilados que en ese momento se encontraban en Madrid visitando a su hija pequeña que acababa de tener un bebé. ¡Mis maletas podrían haber estado horas dentro del ascensor sin que nadie las hubiera visto!, y yo podría haber muerto por el esfuerzo y no habrían encontrado mi cadáver hasta que a la empresa de limpieza le tocase barrer y fregar la caja de escalera.

Llegué el lunes dos de octubre, hoy es jueves día diecinueve y es muy probable que dentro del edificio solo estemos tres personas. Es extraño

alcanzar cada descansillo y mirar las cuatro puertas sabiendo que todas están vacías, que no hay vida detrás de las paredes.

Al llegar a la octava planta las piernas comienzan a quejarse pero no las hago caso. Es deporte lo que estoy haciendo y los músculos deben acostumbrarse al esfuerzo.

Saco la llave en la planta número diez y la preparo colocándola en la posición correcta para introducirla en la cerradura en cuanto llegue. Es curioso, no tengo miedo mientras subo pero sí que siento la imperiosa necesidad de pasar y cerrar la puerta en cuanto piso el descansillo de mi planta.

Con el pulso acelerado y resoplando entro buscando el interruptor al mismo tiempo que con el movimiento mecánico de mi culo empujo la puerta hasta que el pestillo entra en la cerradura.

La cena se toma a las nueve en punto. Nadie me impuso esta regla, yo la establecí. Entre semana siempre son alimentos ligeros que no producen digestiones pesadas. Para reponer artículos en las baldas del supermercado hay que agacharse muchas veces, bien porque las cajas están en el suelo o bien porque toca rellenar las estanterías inferiores. Si como mucho el estómago se queja y termino con ganas de vomitar.

La cena debe finalizar a las nueve y cuarto, un cuarto de hora me parece tiempo suficiente cuando no hay que rebuscar espinas ni separar carne de huesos. A las nueve y veinte mi plato, vaso y cubiertos deben estar lavados, secos y guardados. A las nueve y veinticinco me habré cepillado los dientes, me habré peinado y revisado que mi bolso contenga todo lo que necesito. A las nueve y media estaré bajando los últimos dos peldaños que hay en el portal. A las nueve y treinta y dos minutos me montaré en la destartada bicicleta que dejó el último inquilino y que me ha venido de maravilla para acercarme cada noche al supermercado donde trabajo como reponedora en el turno de noche.

Mi puesto de trabajo está a un kilómetro y medio de distancia, en una zona cercana a la autovía. No son muchos metros pero el camino no es muy recomendable por la noche para nadie en general y menos en particular para una mujer que lo recorra sola.

Son las ocho y treinta y cinco. Según mi menú hoy me toca una tortilla francesa de dos huevos con pechuga de pavo y queso, dos rodajas de pan de molde, un plátano, un yogurt y un vicio que yo he añadido para hacer más dulce las primeras horas de trabajo.

Voy muy justa de tiempo y eso me agobia. En mi vida el orden es fundamental y no se puede ser muy ordenada si hay que correr para hacer las cosas. Me quito la camiseta sucia y el pantalón porque no tengo tiempo para mirar si este último también recibió una dosis de barro del torno. Me pongo un pantalón vaquero cómodo, las mismas deportivas y otra camiseta metiendo mis brazos por dentro de las mangas camino de la cocina.

A las nueve menos cinco tengo la tortilla lista dentro de la sartén para que no se enfríe. Saco el yogurt de la nevera para que no esté tan frío cuando lo tome, la chocolatina que me dará un aporte extra de energía y el vaso que lleno de agua de botella porque no encuentro agradable la que sale del grifo.

Solo hay una televisión, la del salón, y no me gusta cenar en silencio por lo que, como todas las noches, deposito todo dentro de una bandeja de camarero. La llevo agarrada con ambas manos porque no me tengo que impresionar, la poso sobre el sofá con cuidado para no derramar el agua y regreso a la cocina a por una cucharilla para tomar el yogurt, entonces escucho el ruido.

¡Otra vez ese poster!, me gustaría no hacerle caso, entrar de nuevo en el salón, sentarme y cenar tranquilamente pero no puedo. Saber que se ha caído el poster de una puesta de sol de algún lugar idílico con palmeras y arena blanca me hace imaginarlo tirado en el suelo del pasillo. Mi obsesión por tener todo en orden me impide cenar si no lo vuelvo a dejar antes en su sitio.

Salgo de la cocina golpeando la cucharilla contra la palma de mi mano derecha. Lo mejor será no volver a colgarlo, lo dejaré en el fondo del armario y allí permanecerá hasta que tenga que abandonar el apartamento. Cuando miro el pasillo la cucharilla cae sobre el suelo de baldosa haciendo un ridículo ruidito.

—¿Qué haces aquí?, no tengo nada de valor. —Mi voz no tiene fuerza y no me habría oído de no ser porque el pasillo tiene cinco metros de longitud y a mí no me gusta que la televisión tenga el volumen alto.

Me toco el cuello y los lóbulos de las orejas para que el hombre que está en el pasillo mirándome fijamente compruebe que no llevo joyas.

—¿Quién eres?

¡Cómo que quien soy yo!, soy la persona a la que quieres robar. El hombre tiene sus largas piernas ligeramente abiertas, sostiene algo en una mano y tiene el otro puño cerrado. Está haciendo fuerza y en sus antebrazos, al descubierto al llevar las mangas de su camisa de cuadros remangadas, se aprecian unos músculos muy desarrollados.

—¿Qué quieres? —le pregunto con el hilillo de voz que me queda. No parece un ladrón aunque en la televisión aparece gente con traje, corbata, un corte de pelo impecable y las uñas cuidadas que ha robado millones de euros sin despeinarse.

El hombre mira el cuadro que sigue en su sitio, el suelo, el techo con su lámpara dorada, a mí y lo que tiene en su mano. Yo también lo hago, ¿es un arma?, ¿un cuchillo, una pistola? Yo tengo una cucharilla delante de mis pies, ¿qué daño se puede infringir con una cucharilla?, Bruce Lee haría maravillas con ese trocito de metal, pero a mí nunca me gustaron las películas de mamporros, solo se me ocurre arrojársela pero dudo mucho que ese cuerpo tan grande sufriese un daño severo por mi lanzamiento de cucharilla.

Abre los dedos y algo redondo cae, rueda un par de veces sobre sí mismo y queda quieto. Trato de identificarlo y entonces el hombre desaparece delante de mis ojos. ¿Era una cebolla lo que estaba agarrando?, también se ha esfumado.

CAPÍTULO DOS

—¿Te encuentras bien, Clara?

—¿Eh?, sí.

—Quiero que sepas que si tienes un problema puedes confiar en mí, quizá no pueda ayudarte a resolverlo pero soy de las que opina que hablar siempre es bueno. A ver... —Mi compañera y yo estamos trabajando juntas desde hace tres semanas, las que llevo en mi nuevo puesto y ya ha tenido tiempo de descubrir que soy muy reservada, tímida, seria... resumiendo; una mujer rara —. No pretendo ni te pido que me expliques con pelos y señales lo que te haya pasado. —no quiere entrometerse—. Puedes contar lo que te apetezca si con ello te sientes mejor, eso es lo que quería decir.

—No pasa nada —respondo a Camila esbozando una sonrisa que intento sea convincente—, no duermo bien; nueva casa, nueva cama, nuevos olores, no hay ruidos y en la otra se escuchaba si el vecino del tercero estornudaba. —La excusa debería servir, es cierto que me he mudado y Camila sabe dónde he alquilado, le enseñé el edificio en la socorrida aplicación de Google, no hay nadie, parece una ciudad fantasma.

—Es normal, cuando yo me marché de casa de mis padres para vivir con Alfredo todo me parecía extraño, los olores, los ruidos... tardé en acostumbrarme, a veces me despertaba a media noche desorientada y no recordaba que el cuarto de baño estaba dentro de la habitación.

—Sí, a mí me sucede lo mismo. —Si ella supiera...

Seguimos rellenando las baldas vacías, ella coloca los botes de crema de manos y yo me encargo de la sección de desodorantes “roll-on” para mujer. No recuerdo haber montado en la bicicleta, ¿la he traído?, tampoco recuerdo haberla metido en el almacén, ni la hora a la que he empezado a trabajar.

El rostro del hombre aparece donde quiera que mire. Pelo oscuro, piel dorada, ojos claros y una cicatriz en su ceja derecha. ¿De dónde ha sacado mi imaginación esos rasgos tan hermosos sin dejar por ello de ser contundentemente masculinos?, ¿es el protagonista de alguna película que he visto cuando me estaba quedando dormida?, ¿modelo de ropa deportiva, de colonias?, ¿alguien con quien me he cruzado?, no es uno de los que corren...

Mirándolo bien debería alegrarme de que una parte de mi cerebro sepa hacer algo bien y me haya mostrado una ilusión tan perfecta. No entiendo que hacía la cebolla roja, a mí no me gustan y no las encuentro excitantes por muchas capas que tengan. ¿Un guiño para que me diera cuenta de que era una alucinación? La balda está llena, es el turno de la pasta dentífrica.

—¿Te apetece un café?, lo he hecho minutos antes de venir a trabajar y todavía estará caliente. Todo el que lo prueba quiere repetir.

Camila saca un pequeño termo rojo de su mochila, de esa de donde puede salir cualquier cosa. He visto aparecer comida, bebida, ropa, una bufanda tamaño extra gigante, pastillas para la tos y un neceser con un completo set de productos de maquillaje.

—No gracias, tómallo tú. —Así dicho parece que estoy despreciándolo y no es verdad, no quiero que ceda parte de su café para que me lo tome yo—. He visto como lo disfrutas.

—Hay de sobra para las dos. —Ha interpretado bien la razón de mi rechazo—. El termo parece pequeño pero tiene capacidad para medio litro y está lleno.

—Entonces acepto encantada. —¿Cené?, noto el estómago vacío y una ligera sensación de hambre.

Vuelve a meter su mano en la mochila y ahora son dos tazas de plástico azul brillante las que aparecen.

—Sujeta por el asa no vaya a ser que te quemes.

Desenrosca la tapa y un olor a café como el de casa de mi abuela se extiende por la sala donde estamos disfrutando de nuestro descanso.

—¡Has sonreído!

Soy consciente de que no suelo hacer uso de este gesto; pero si Camila se asombra de mi sonrisa yo también lo hago al descubrir que lo que yo creía eran expresiones de alegría eran en realidad muecas con las que había estado mirándola cuando me contaba algo interesante.

Camila vierte lentamente el café con leche y azúcar en mi taza. Alzo mi mano libre para indicarle que ya es suficiente, necesito reconfortarme no desvelarme hasta la una del mediodía, no estoy acostumbrada a tomar café a estas horas tan intempestivas.

—Su olor me ha recordado al que preparaba mi abuela —le explico después de tomar un primer sorbo que me traslada a aquella cocina de la que guardo tan buenos recuerdos—, lo hacía en una cazuela que usaba

exclusivamente para ese fin, lo dejaba reposar un rato antes de colarlo y toda la casa olía a café durante horas.

—Yo también lo hago así, “de puchero”, como le gusta a mis padres. Cuando era pequeña fuimos a Potes a un alojamiento rural, lo gestionaba un matrimonio que toda la vida habían tenido vacas y una huerta. Aquella vida era muy dura y habían decidido acondicionar la casa familiar para dedicarse a alojar a turistas. Daban desayunos caseros riquísimos en un comedor que tenía una chimenea. —Ahora es Camila quien sonrío—. Era la primera vez que veía una, estaba encendida y me acerqué tanto que prendí fuego a los bordes de mi bufanda.

—¡Menudo susto!

—El mío fue gordo pero no por el fuego, yo me asusté al escuchar el grito de mi padre, me miraba como si fueran a salirse los ojos de las órbitas, eso no se me olvidará en la vida. Se levantó corriendo de la mesa donde estaba tomando su segundo café “de puchero” para apagar las llamas de los flecos. Yo no me había dado cuenta, la bufanda se me había caído por un lado y colgaba tocando las llamas mientras yo enredaba en los troncos con una vara de metal. Al verle la cara dejé el utensilio en su sitio porque creía que venía a reñirme por acercarme a donde no debía y salí corriendo. Le toqué el codo a un hombre que también estaba tomando su café tranquilamente y le manché la camisa.

—¿Y la bufanda, no te quemaste?

—Con el susto y el movimiento que hice para esquivar a mi padre se cayó al suelo. La apagó mi hermano feliz por poder pisotear algo sin que le riñesen por hacerlo —Camila mueve la cabeza a los lados mirando al techo de la habitación—, he sido un trasto y las he hecho bien gordas sin querer unas cuantas veces. En fin, que te iba a contar una cosa y me he despistado, a mis padres les gustó mucho como preparaban el café en aquella casa así que mi madre guardó su cafetera en el armario y empezó a hacerlo en una cazuela.

—Y te gusta lo que has tomado desde pequeña en casa.

—El café sí, hay otras comidas, como el hígado, a las que nunca cogí cariño por muchas veces que me las pusiera mi madre para comer.

—Te entiendo, a mí me pasó lo mismo con las cebollas, mi abuela las usaba en todos los platos y yo las retiraba antes de ponerme a comer para no correr el riesgo de morder un cachito.

Otras comidas que probé y como llegué a odiarlas sí que es una historia

original para quien desee escucharla. Para mí que la viví en primera persona no fue agradable, dejó una huella tan profunda que marcó mi vida, tanto que esta noche he tenido una alucinación tan real que todavía no he salido totalmente de ella. La imagen de ese hombre que mi enferma mente ha creado se refleja en el café.

No sé si habrá sido el café, el trozo de bizcocho con nueces, que otra de las compañeras ha ofrecido y que Camila ha cogido en mi nombre, y me ha plantado en la palma de la mano, o la conversación distendida que todos han mantenido y en la que yo me he atrevido a participar con algún comentario. No sé si la cercanía a otros seres humanos aleja mis demonios o sencillamente se han ido porque mi mente ha echado mano de sus recursos para poner las cosas en su sitio. No lo sé y no importa, me encuentro mejor y abro con optimismo una caja llena de tarros de crema facial “de noche”. Una revista ha realizado un test en varias mujeres y éstas la han elegido como la mejor crema del mercado. Desde hace una semana la balda se vacía al finalizar el día y se ha duplicado el número de tarros que se ponen a disposición de los clientes para que nadie se quede sin su crema y que todas puedan rejuvenecer mientras duermen para despertarse pareciendo cinco años más joven.

—¿Te encuentras mejor?

Camila es la compañera de trabajo perfecta: alegre, dispuesta, trabajadora, con instinto para encontrar el momento apropiado para hablar y el rato en el que es mejor no decir nada y limitarse a observar.

—Sí, muchas gracias por todo.

—No he hecho nada.

La sonrío, tomo aire y la miro. ¿Es este el instante que tanto deseaba notar?, yo lo creo así, puedo estar equivocada pero siento que ha llegado la hora de confiar en alguien que no tenga colgado en la pared un título de psicología rodeado con un anodino marco, y que tome nota de todo lo que digo levantando la cabeza de vez en cuando para dedicarme una mirada condescendiente.

—Sí, lo has hecho.

—Para eso están las amigas.

Ha dicho que es mi amiga, yo nunca he tenido una amiga, suena a queja de niña mimada que se siente incomprendida pero esa es mi verdad. Lo más triste es que he sido yo quien no ha permitido a nadie acercarse demasiado. El momento que buscaba está aquí y solo me queda decidir si realmente deseo

que suceda.

Las oportunidades no se presentan todos los días, aquí podría establecerme, nadie me conoce, empiezo de cero y esta vez puedo hacerlo bien desde el primer minuto.

El compañero más cercano está suficientemente lejos para no poder oír lo que estamos hablando, somos conscientes de que estamos trabajando y no se puede charlar como si estuviéramos en una terraza de una cafetería. Si hacemos el trabajo que se supone debemos desempeñar y no vociferamos la encargada no nos llamará la atención.

—Nos conocemos desde hace pocos días.

—Las tres semanas que llevamos trabajando juntas.

—Sí, y han sido muy buenas para mí, lamento que para ti hayan sido difíciles. —Coloco las primeras cajas de crema en el fondo de la balda y reviso que todas muestren la misma cara.

—¿Por qué dices eso? —Camila me susurra la pregunta con gesto de desconcierto.

—Sé perfectamente que soy una persona “rara”, la mayoría del tiempo estoy en silencio y cuando hablo tampoco apporto mucha alegría a la conversación.

—Todos somos diferentes y es mejor tener al lado a una persona que habla poco antes que a una que no para de decir tonterías.

—Hay cosas de las que me cuesta mucho hablar, pero quiero que sepas algo. —Continúa siendo igual de difícil por muy buenas intenciones que muestre mi compañera, me esforzaré.

—¿Qué? —La mano de Camila en mi antebrazo desnudo es extraña pero no me altera, ¿es la prueba que necesitaba?, sí.

—No estoy trastornada...

—¡Nunca lo he pensado!

—Pero yo sí lo he creído durante muchos años.

La primera caja se vacía y saco mi cúter para rasgar el precinto de la siguiente. Al observar la cuchilla me doy cuenta del efecto que mis palabras pueden haber causado en Camila, ahora es imprescindible que continúe.

—Cuando era pequeña sucedieron cosas que me afectaron, vivía en un lugar donde la gente no se comportaba como hacen las familias digamos “normales” y tuve experiencias que ningún pediatra tradicional recomendaría a los padres de un niño de siete años.

—Si quieres podemos quedar esta tarde, damos un paseo por la playa y te desahogas.

—Gracias pero prefiero trabajar mientras hablo, tener las manos ocupadas hace que parezca menos dramático. —Y puedo decírselo sin mirarle a los ojos, me avergüenza descubrir esa parte de mi vida aunque yo no fui yo quien eligió vivirla de esa manera.

—Te entiendo. —Y como si fuera capaz de leer mis pensamientos gira su cabeza dejándola fija en la balda que está reponiendo.

—Nací en Sevilla.

—No tienes acento.

—Mi madre fue madre soltera, vivíamos las dos en casa de mi abuela. El día que cumplía tres años conoció a un hombre, se enamoró y nos fuimos de Sevilla con él.

Todavía estoy a tiempo, ser hija de madre soltera es algo que no incomoda escuchar hoy en día. Camila espera, tomo aire y me fuerzo antes de que la oportunidad se esfume.

—Yo no lo recuerdo pero mi abuela me contó que paseábamos las tres por el parque de María Luisa, él estaba haciendo malabares con unas pelotas, una se cayó, mi madre se la dio y ahí empezó todo.

—¡Era un artista callejero!

—Era un sinvergüenza.

Él fue el causante, mi madre siempre ha sido una mujer muy manipulable y si no hubiera recogido la pelota habría sido otro hombre quien la hubiera deslumbrado, quizá un hombre sin escrúpulos, uno que la dejase siempre sola en casa para irse de fiesta con los amigos, uno que le fuera infiel; pero también podría haber conocido a un hombre bueno que la quisiera y que también me quisiera a mí. Le odio, tanto que borré su nombre porque ensucia mi boca.

—Lo siento.

—Ya pasó —¡no!, no pasó, continúa—, mi madre se enamoró y discutió con mi abuela que quería que yo me quedase en Sevilla. Ese hombre vivía en una especie de comuna en las Alpujarras y cuando necesitaban dinero acudían a las ciudades y exhibían sus habilidades. A mi madre le deslumbró aquella vida, las tonterías y mentiras que él le contaría, y que yo por suerte no recuerdo porque era muy pequeña; así que metió algunas ropas de las dos en una maleta y nos fuimos con ellos “a pasar unos días” que se convirtieron en diez años.

—¿Viviste todo ese tiempo en las Alpujarras? —Dudo de que pueda hacerse una idea de las condiciones de vida que allí había—. ¿Son unas montañas no?

—Más o menos. —No quiero profundizar, los detalles hacen más nítidos los recuerdos y Camila no los necesita, solamente preciso que entienda que soy así por una razón—. Habían ocupado una cabaña abandonada, un lugar perdido que solo algunos excursionistas visitaban. El grupo tenía un número variable de individuos, a veces treinta, otras cuarenta... había gente de Navarra, Asturias, de Cádiz y de otras partes de España, por eso no tengo acento de ningún lugar.

—¿Y había otros niños?

—Vivió una temporada una pareja irlandesa que tenía un niño un par de años mayor que yo. También estuvo tres semanas una mujer de Madrid con una niña de mi edad. Descubrió que ese lugar no era tan idílico como había imaginado y se despidió para retomar a una vida más ordenada con su hija.

—Pero tú te quedaste...

—Sí.

Lloré cuando se fueron, lágrimas de rabia por no ser yo esa niña que volvía a un mundo donde los padres llevaban a sus hijos al colegio cada mañana y les recogían por la tarde para que merendasen en el parque mientras jugaban con otros niños.

—¿Fue duro?

—Mucho, no encajaba allí. La cabaña estaba en una zona donde la tierra era muy pobre, necesitábamos dinero para comprar ropa de abrigo para el invierno y comida. Había gente que hacía artesanía, otros eran mimos o contorsionistas... la mayoría eran unos caraduras que solo practicaba muy de vez en cuando y que conseguían las monedas a base de agobiar a los transeúntes o dar lástima. No tenía recuerdos de mi vida anterior en Sevilla; pero un par de veces al año hacíamos un tour por lugares turísticos y veía a otros padres con sus hijos.

—¿De esos que llevan rastas y siempre viajan con perros?

—Sí. —Los perros eran mis amigos, pasaba con ellos la mayor parte del tiempo—. La limpieza no era una de sus prioridades.

—Me alegro de que no te contagiaras de su falta de amor por el jabón. Tú eres muy ordenada y siempre llevas la ropa muy limpia. —Si hubiera dicho maniática del orden y de la limpieza no habría exagerado.

—Nunca lo vi como algo normal. —A mí me gustaba tener el pelo limpio y no lleno de nudos, y me lavaba con el agua helada que manaba de la tierra porque me molestaba oler mal.

—Me parece bien que un adulto decida llevar esa vida, cada uno es libre para elegir pero para una niña... —Por la cara que pone ha empezado a vislumbrar como pudo ser mi niñez.

—Un hombre me enseñó a leer, a escribir, las cuatro operaciones básicas: sumar, restar, multiplicar y dividir y poco más. Se puso enfermo, le llevaron a un hospital y nunca más volví a verle.

Champús para pelo seco, mascarillas, aceite reparador, espuma para dar volumen... hemos cambiado de baldas, aquí pasaremos las dos últimas horas, entre productos para el cabello y cepillos de dientes.

—¿Y qué hacías?, imagino que habrían renunciado a la televisión, a internet... si no vas al colegio el día puede ser muy largo.

—No había corriente eléctrica, y el generador era tan viejo que se recalentaba en cuanto funcionaba más de media hora seguida.

—¿Y cómo os calentabais?

—Había una chimenea de leña que solo se encendía en los días más fríos porque la madera también escaseaba.

Faltaba de casi todo porque siempre que se ahorraban unos euros se utilizaban para comprar algo de droga con la cual colocarse. Los cuerpos dejaban de sentir frío, de hecho debía de entrarles un calor terrible porque empezaban quitándose las chaquetas y terminaban, la mayoría de las veces, en una orgía de la cual huía para refugiarme con los perros en el cuarto más alejado de la casa.

Cuando no había dinero buscaban un modo alternativo de darles a sus cuerpos sustancias con las que alucinar. Se organizaba una excursión y recorriamos los caminos recogiendo hierbajos tratando de identificar los que tenían alguna propiedad interesante. Los usaban en sopas, los fumaban, los comían crudos... estoy convencida de que cualquier modo de ingerirlos era válido si se conseguía que uno o dos miembros de la comuna se desnudasen.

No lo entendía, cuando yo tomaba esa sopa porque tenía mucha hambre y era lo único que había para llenar el estómago no me entraban ganas de sobarle el pene a ningún hombre ni de estrujar los pechos a las mujeres. Tuve que alejarme y hacerme mayor para comprender que aquellas raíces y brotes no tenían nada de especial. Funcionaban como un placebo, bastaba con que

uno o dos creyesen en su poder para que el resto se contagiase de su euforia y terminasen todos con sus sucios cuerpos enredados.

—Lo siento. —Camila se levanta y me abraza, mi abuela lo hacía a menudo, olía a ciruelas verdes—. Marcó tu vida.

—Sí, cuando tenía trece y medio años volvimos a Sevilla, ya no aguantaba aquello, las juergas, los juegos sexuales, el acoso al que habían empezado a someterme algunos hombres.

—Te hacías mayor.

—Sí, me respetaban cuando estaban ocupados pero cuando fumaban droga se les empezaba a olvidar que era la hija de una compañera.

—¿Y tu madre no intervenía?

—Estaba muy preocupada en sus asuntos...

—Ya.

—Me escapé y me quedé a vivir con mi abuela. Mi madre no me reclamó, ni siquiera apareció por casa, nunca más volví a verla.

—Ella se lo ha perdido, no es consuelo pero es así.

Camila no sabe que decir y es normal.

—Sí, ella se lo perdió...

—Si no llueve mucho solemos quedar a las cuatro en el parque de los tres pescadores. ¡Anímate!, no tendrías que venir hasta el punto de encuentro, te enviaría un whatsApp cuando estuviéramos a la altura de la plaza de Carlos V para que salieses al paseo. Vamos hasta el puntal y no paramos de hablar, son chicas muy agradables.

—Charlaréis de vuestras cosas y si aparezco yo se sentirán cohibidas para hablar libremente.

—¿Cohibidas? “ja, ja, ja”, de eso nada, te advierto que podemos hablar de política y a los cinco minutos cambiar de tema y ponernos a comentar alguna receta, cotilleos, sexo...

Yo tengo pocos conocimientos de política, pocos de recetas, no leo las revistas del corazón y sobre el sexo puedo decir que tuve bastante a mi alrededor cuando era pequeña. He sido testigo involuntaria de sexo en solitario, entre personas de diferentes sexos, entre parejas del mismo sexo y en grupo. En ocasiones tenía tiempo de salir antes de que comenzasen pero otras veces volvía con los perros y me lo encontraba de golpe en la habitación donde dormía con mi madre, o estaba descansando y me despertaban los ruidos y gemidos que hacían. Me tapaba los oídos con las palmas de las manos

y cerraba muy fuerte los ojos.

—Hoy iré y si te dicen después que les incomoda mi presencia y que prefieren que no os acompañe otro día me lo dices. Es normal que...

—Es normal que les caigas bien, a las que hablan mucho les encantan las personas que escuchan.

Así enfocado tiene sentido y Camila se ríe al comprobar que me ha dejado sin argumentos. Monto en la bicicleta que sí dejé bien estacionada y con el candado puesto.

Pedaleo congratulándome por el paso hacia adelante que he dado al aceptar ir a caminar con las amigas de Camila. Soy consciente de que todo el mundo tiene su propia vida y si quiero integrarme en algunas facetas de la de ciertas personas tengo que poner de mi parte. La soledad continuada no me beneficia porque puedo quedarme absorta mirando la pantalla de la televisión sin prestarla atención mientras mi mente sigue centrifugando sentimientos.

La rotonda está vacía cuando salgo del trabajo, atravesarla en bicicleta cuando hay tráfico es bastante peligroso, algunos coches entran a toda velocidad y un ciclista es muy vulnerable aunque lleve un casco horrible como el que a mí me protege la cabeza.

Me gusta este momento, las horas previas al alba, la mayoría de la gente duerme, casi todos los pájaros también lo hacen rellenando el silencio los que son nocturnos y parece que el tiempo se hubiera detenido esperando a que decidiéramos como queremos vivir el día que se avecina.

Después de estar muchas horas sin sentarme y de pedalear rápido las piernas se han vuelto pesadas y las once plantas me dejan sedienta. Entro caminando de puntillas hasta que recuerdo que aquí no molesto a nadie, los vecinos jubilados se han vuelto a marchar a Madrid y puedo pisar sin contenerme con mis zapatillas deportivas.

Entro directamente a la cocina, saco la botella de agua del frigorífico y bebo a morro, no tengo que compartir mi agua con nadie, no espero visitas y si llegasen de modo inesperado y me pidieran agua abriría una botella de donde les serviría dejando para mí la que he tocado con mis labios.

Salgo de la cocina con la botella en la mano. Cuando llego del trabajo no puedo meterme inmediatamente en la cama porque me siento activa, necesito diez minutos frente al televisor para relajarme. A esas horas solo acepto como cadena digna la que emite noticias de modo interrumpido durante las veinticuatro horas del día, el resto de cadenas es deprimente.

La bandeja está en el lugar donde yo la dejé; sobre el sofá. La tortilla parece de goma, al vaso de agua le han salido burbujitas y el yogurt al que retiré la tapa se ha reblandecido expulsado parte del suero.

Llevo mecánicamente la bandeja a la cocina, tiro la comida a la basura, lavo el plato, la sartén en la que no me había fijado al entrar por primera vez y el vaso de agua. Seco todo y lo guardo en su sitio. Solo entonces me atrevo a volver al pasillo que comunica cocina y salón con el baño y la habitación, y lo hago acompañada de la botella de agua.

Está vacío y sin embargo puedo recordar al hombre, su mirada desconcertada, su voz profunda, el gesto de su mano soltando la cebolla, mi cabeza agachándose y el repentino fin de la alucinación.

Contemplo obstinadamente el lugar donde situé los pies del hombre. He tenido pesadillas, episodios depresivos que nunca podré olvidar porque el fallecimiento de mi abuela los desencadenó, y un peligroso acercamiento a la anorexia. Nunca había tenido una visión y lo más preocupante es que llegó precedida de un ruido. Que una cebolla roja formara parte de esta fantasía escapa a mi comprensión.

¡Fue tan real!, el sonido, la presencia del hombre, su pecho subiendo y bajando agitado, sus cejas arqueándose sobre unos ojos que me miraban intensamente.

Regreso al salón y me siento en el borde del sofá con las piernas muy juntas. Dejo la botella, tomo el mando a distancia y busco las noticias. El mundo no ha cambiado mucho en veinticuatro horas: conflictos internacionales, violencia de género, inundaciones en algunos países y grave sequía en otros. Cuando comienzan a hablar de política nacional la reacción de mi cuerpo es casi inmediata: aburrimiento primero y somnolencia después. Es hora de irse a dormir y me meto en la cama con los ojos medio cerrados. La voz del hombre creado por mi subconsciente me desea las buenas noches.

—Hola.

—Hola.

¿Por qué me saluda, nos conocemos?, ¿es otra alucinación de hombre macizo?, sería muy preocupante.

—No te asustes, soy una persona normal.

Levanta las manos y expone las palmas. ¿Y qué quiere demostrar con ese gesto, que no lleva armas?, me saca la cabeza y está muy musculado, si usase sus brazos como casca nueces me partiría el cuello sin despeinarse.

—Me he asustado porque estaba mirando hacia otro sitio y no te he visto llegar —hay que demostrar confianza para que no sospeche, fingir que no le considero una amenaza.

—Ya he notado que no estabas mirándome y sé que no sueles fijarte en la gente que está cerca de ti.

—¿Me has visto más veces? —Tengo el teléfono móvil en la mano, puedo arrojárselo o llamar a Camila que estará a punto de pasar con sus amigas a la altura del paseo marítimo.

—Sí. —Se ríe con todo su cuerpo, yo no encuentro qué gracia puede tener que me haya visto otras veces sin que yo haya sido consciente de su presencia.

—Ah.

¿Cerámica?: no, ¿trabajo?: no, ¿vecino?: no, ¿debería echar a correr? Lleva una bolsa de hacer deporte en la mano, pantalón de algodón flojo, camiseta de manga corta pegada al cuerpo y calzado deportivo. El borde de las mangas de su camiseta es demasiado estrecho para albergar sus bíceps, tríceps y demás músculos que contengan sus potentes brazos y tiene que estar cortándole el riego sanguíneo, eso no es bueno para razonar bien.

—Soy muy despistada. —Esta disculpa sirve para casi todo y es cierta en mi caso.

—Ya me he fijado. —Demasiado por lo que dices—. Me llamo Isaac y vivo en este edificio.

Me señala la construcción que está frente a la de mi apartamento. Es un edificio de cinco alturas, yo vivo en la planta número once, aunque sea un voyeur y tenga una cámara con un gran objetivo no creo que desde la quinta planta pueda ver el interior de la habitación donde duermo. Me habrá visto entrar y salir del portal y eso en España no es un delito.

Me planta dos besos aprovechando que estaba mirando hacia donde me había dicho. En entonces cuando aspiró por primera vez el desagradable olor: heces, carne podrida, sudor rancio... tiene un mucho de cada una de estas desagradables fragancias y dejó de respirar hasta que no me queda más remedio que tomar aire. El olor sigue aquí, ¿se le ha escapado un pedo?, no me extrañaría, está más tenso que las cuerdas de un violín para que se le marque la tableta de chocolate.

—No me había dado cuenta.

—Vas en bicicleta hacia Colindres a eso de las diez menos cuarto.

—Sí...

—Te he adelantado en coche algunas noches, yo trabajo en la fábrica que hay en Treto.

—¿La que hace piezas para motores?

—Sí. —Otra vez la sonrisa de oreja a oreja y una nueva oleada de olor indescriptible.

Mi teléfono comienza a sonar. Contesto aliviada a Camila que me dice que están esperándome.

—Tengo que irme.

—Sí, yo también, voy al gimnasio.

¡Era evidente!, tanto músculo no se genera espontáneamente, haciendo la cama o pasando la aspiradora no se hinchan, y detrás de cada bulto hay muchas horas de duro entrenamiento y comida controlada. Yo nunca he tratado de muscular mi cuerpo levantando mancuernas; pero uno de mis compañeros en el supermercado de Zaragoza se estaba preparando para competir y traía tarteras llenas de pechuga de pollo a la plancha y tortillas de claras de huevo.

—Eso está bien, me esperan mis amigas. —Señalo la playa para que sepa que las tengo muy cerquita.

—Que disfrutes el paseo, luego nos vemos.

Se da media vuelta con su amplia sonrisa y yo voy al encuentro de Camila y sus amigas devanándome los sesos. ¿"Luego nos vemos"?, ¿ha sido un modo de hablar o es cierto que voy a volver a encontrarme con Isaac dentro de un rato?

—Los sábados y los domingos no venimos —me explica Belén, la más alta de las dos amigas de Camila—, nos relajamos, tomamos unos vermouths o un par de cervezas, pedimos unos aperitivos para empapar el alcohol y volvemos a engordar lo que habíamos bajado entre semana dándonos estas palizas y comiendo como los pajaritos.

—Y hacemos muy bien, ¿verdad Clara? —me pregunta Camila—, si todo fueran penas nos hartaríamos de llorar, hay que darle al cuerpo alguna alegría para compensar y comer es uno de los mejores placeres.

—Me parece lo más normal del mundo.

Las dos amigas de Camila son muy simpáticas y tienen una capacidad pulmonar envidiable, han sido capaces de hablar sin parar todo el trayecto sin disminuir la velocidad ni tomar agua.

—El pronóstico del tiempo para la semana que viene es el siguiente: hasta el lunes sol, a partir del martes lluvia hasta hartarnos —comenta Belén

enseñándonos su teléfono.

—¿Vendrás el lunes, no?

—Sí.

Me ha gustado caminar con ellas y no tengo nada mejor que hacer a estas horas. No conozco a las personas de las que han hablado pero tampoco he pasado un fin de semana conviviendo con la gente que aparece en la televisión y no por eso la apago.

—Estupendo, tenemos un chat de grupo: “las correccaminos”, te voy a agregar. —Ahora es Camila la que saca su teléfono—. Hay días en los que llueve demasiado para caminar y otros en los que alguna no puede ir y lo decimos en el chat para que las demás sepan que no hay que esperarla.

—Ya estoy. —Mi terminal ha pitado y puedo ver la foto del dibujo animado que siempre lograba escapar del coyote.

—¿Vienes hasta el pueblo con nosotras?

—Sí, quiero coger hora en una peluquería para la próxima semana.

—¡Serán solo las puntas! —Se alarma Raquel—. Tienes una melena preciosa.

—Muchas gracias. Sí, quiero que me corten tres o cuatro centímetros —respondo para su tranquilidad—, ¿me aconsejáis algún lugar que no sea excesivamente caro?

—Todas vamos a la misma peluquería, pasaremos por delante, entramos y te presentamos.

Las ocho menos cuarto y todavía no he regresado al apartamento. Entramos, me presentaron a la peluquera, le pregunté cuando podía acudir y me contestó que una clienta había tenido que cancelar la cita a última hora, podía, por tanto cortarme el pelo si esperaba quince minutos. Se han convertido en treinta a los que se han sumado los sesenta que ha tardado en jabonarme, aclararme, aplicarme una mascarilla, darme un masaje en la cabeza que me ha hecho babear del gusto, cortarme el pelo y peinármelo con unas ondas poco marcadas que han cambiado totalmente el aspecto de mi cara.

La cuñada de la peluquera ha iniciado esta semana un negocio de venta de cosméticos a domicilio y una peluquería un viernes por la tarde es el lugar idóneo para hacer demostraciones; una mujer bien peinada luce mucho mejor unas sombras en los ojos o unos labios pintados de color rojo.

Me ha propuesto maquillarme mientras me arreglaban el pelo y he aceptado por no ser descortés y porque me hacía ilusión verme sofisticada

para variar. Ahora camino por el paseo marítimo vestida con unas mallas, unas deportivas, una sudadera con capucha, el pelo vaporoso por las ondas, los ojos pintados en tonos grises y verdes que “hacen resaltar mi color y forma” y unos labios pintados en un discreto tono que no sabría definir y que me ha descubierto que los tengo carnosos y bonitos. Algunos hombres me miran con detenimiento, también lo hacen varias mujeres y la razón es evidente: no es habitual prepararse tanto de cabeza para arriba para vestirse con ropa deportiva descolorida por tantos lavados.

Este veranillo en mitad del otoño ha animado a algunas familias a regresar a sus segundas viviendas para disfrutar del buen tiempo durante el fin de semana. El aparcamiento de la residencia, desierto entre semana, tiene cuatro coches y de uno de ellos están saliendo dos niños que están pidiendo a sus padres, que están descargando las maletas, ir a bañarse a la playa.

Entiendo el deseo de los chiquillos, hace calor y el cielo no tiene ni una sola nube, parece que estuviéramos a finales de mayo. Yo he probado el agua y no está fría pero tampoco tan caliente como para ponerse un bañador y chapotear con las olas.

Subo despacio las escaleras, hoy ya he hecho bastante ejercicio y todavía tengo que ir a trabajar. Hay tiempo de sobra para cenar, dejar todo recogido y pedalear hasta el supermercado. ¿Y si cenase diez minutos antes? Tengo hambre y no tengo porqué guardar ese horario que solo yo impuse.

Estoy haciendo cambios en mi vida, socializando para normalizar, y debería arriesgarme, ya me conozco, sé identificar los síntomas si aparecen y ¡total!, de nada ha servido ser tan disciplinada cuando he creado una ilusión en forma de hombre masculino y viril que he colocado en el pasillo.

Me miro en el espejo del baño, no soy una mujer coqueta, he tenido problemas que me han tenido ocupada y no he dedicado excesivo tiempo a mi físico. Como parte de este esfuerzo por cambiar esa realidad he encargado a la cuñada de la peluquera la barra de labios que llevo puesta y otra de un tono algo más intenso. He añadido al pedido rímel negro para potenciar mis ojos, las sombras son muy eficaces pero no sé aplicármelas y tampoco tengo una vida social donde encajar un maquillaje sofisticado.

Recojo los mechones delicadamente para no estropear el peinado y los sujeto con una pinza. Saco una botella de vino, la única que tengo y que compré en un arrebató que me duró hasta que llegué a casa y la metí en el armario, y busco un sacacorchos. En las películas la protagonista toma vino

mientras cocina, se supone que entiende de vinos y ha elegido el más apropiado para su cena. Yo tengo salmón a la plancha y no sé si el vino tinto es buen acompañante y tampoco sé si podré tomarle porque el puñetero sacacorchos no aparece.

Empecinada en tomarme una copa de vino aunque no me guste recurro al cuchillo para deshacer el corcho. Ver las virutas de corcho ensuciando la encimera me genera ansiedad pero la supero recogiendo los cachitos con el trapo de cocina para seguir insistiendo hasta que la última pieza del tapón cae al interior.

Tampoco hay copas, en un vaso de agua el vino pierde glamour pero mis sombras de ojos y labios carnosos lo compensan y mojo la boca moviendo las caderas al compás de una pegadiza canción que he escuchado en la peluquería. Cojo el móvil de la mesa del salón, busco una canción y la pongo mientras saco el salmón de la nevera y preparo la sartén para cocinarlo.

¡Lo estoy haciendo!, estoy dejando que el tiempo pase sin sentir que lo estoy perdiendo, cocino, bebo vino, muevo el culo y la cabeza... todo es normal y apuro el contenido del vaso. El salmón está sabroso, al vino no le encontrado sabor a roble, no me ha parecido ni complejo ni simple y si había rastros de frutas rojas mi paladar los ha dejado pasar sin localizarlos.

“El vino estaba bueno, me ha calentado el estómago y ha aligerado mi cuerpo”, no sería así como lo describiría un etnólogo pero yo no lo soy. Recuperé el tiempo perdido acudiendo a clases por la tarde, saqué buena nota en la prueba de acceso a la universidad y mi deseo era estudiar la carrera de medicina pero no pudo ser. Tuve que empezar a trabajar y todos los conocimientos que he podido adquirir desde entonces han sido extraídos de bibliotecas públicas y de internet. Tomo otro sorbito intentando encontrar matices a un vino que me ha costado tres euros con cuarenta y dos céntimos.

Termino la natilla y chupo la cucharilla pensando que por fin las piezas empiezan a encajar, mis compañeros de trabajo no me ponen la zancadilla como hizo aquella mujer de la que prefiero no acordarme.

Laredo me parece el pueblo perfecto para alguien como yo y hoy he sido capaz de saltarme las normas sin empezar a hiperventilar. El sonido que llega del pasillo queda solapado por el que hace el material que imita al cuero cuando me levanto. Nada oculta el olor, una sutil y a la vez masculina fragancia que anoche me inventé para que hiciera juego con el hombre de mi subconsciente.

La boca seca es el primer síntoma, el segundo es el temblor en la mano que se refleja en el movimiento de la cucharilla. La dejo en la bandeja y salgo al pasillo con los ojos medio cerrados.

—¡Vete, sal de mi mente!

El hombre ha vuelto y mi demencia es tan imaginativa que incluso le ha cambiado de ropa. Le he vestido con pantalón vaquero desgastado, camisa de cuadros en tonos rojos y azules que lleva abierta con los faldones por fuera y camiseta blanca de cuello redondo por debajo. Le he puesto unas botas de cuero marrón desgastado que le quedan de maravilla.

Su pelo oscuro, corto y revuelto brilla y sus ojos vuelven a tener un color misterioso que se descubre cuando avanza por el pasillo hasta quedarse a pocos centímetros de mi cuerpo. El azul y el gris se mezclan en una hipnótica combinación. Levanta la mano libre, la cebolla roja no ha desaparecido del conjunto, y mi corazón se asusta del extraordinario realismo que mi cerebro ha sido capaz de crear.

—¿Eres...?

¿Sus dedos llegan a rozar mi mejilla o el espejismo se deshace antes?

CAPÍTULO TRES

—Buenas noches.

—¡Ahhh!

—Perdona, no quería asustarte.

Isaac recoge la bicicleta del suelo y su olor llega en el peor momento, cuando todavía estoy intentando normalizar mis pulsaciones y no soy capaz de retener el aire limpio en mis pulmones.

—Estoy bien.

—Nadie lo diría, tienes cara de haber visto un fantasma.

Uno que donde debería tener las axilas tiene dos bolsas de basura llenas de comida rancia, ¿cómo es posible que lleve la ropa limpia y el pelo perfectamente cortado y sin embargo no tenga cariño a la ducha, al gel de baño y a un buen desodorante?

—Voy con el tiempo justo. —Es cierto, no puedo dedicarme a charlar y tampoco lo deseo.

—Eso tiene solución, sube. —Y antes de que descifre de qué está hablando eleva mi bicicleta con una sola mano y la mete dentro de una furgoneta blanca llena de pegatinas que hacen referencia al mundo del surf.

—Prefiero pedalear.

Isaac hace como si no me hubiera oído. ¿Se habrá quedado sordo por estar buscando olas?, el agua no es nuestro medio natural y la del mar Cantábrico está fría en invierno. Cierra las puertas traseras de la furgoneta con un golpe tan seco que temo se caigan las bisagras, y monta en el asiento del conductor con un salto que hace temblar el chasis. Ahora sí que va a ser cierto que llegaré tarde si no permito que me lleve hasta el trabajo.

—Lamento la suciedad. —Retira una pelota de papel de aluminio y pasa la mano enérgicamente por la tapicería para que caigan al suelo de la furgoneta las migas de pan y la arena del asiento.

—Está limpio, el coche tiene que servirnos a nosotros, no debemos ser sus esclavos. —Me miento diciéndome que la arena no cuenta, vivimos al lado de una playa llena de arena, es normal que todo se impregne de ella.

Dentro del vehículo el olor de Isaac es más intenso si cabe y bajo la

ventanilla en cuanto introduce la llave en el contacto y se pone en funcionamiento el elevavolante eléctrico

—Eso mismo pienso yo, pero de vez en cuando hay que limpiar. La próxima vez que montes estará reluciente, no vas a reconocer la furgoneta.

No va a haber próxima vez si puedo evitarlo. Me pregunto si habrá estado esperando a que saliera o ha sido pura casualidad. Le intento mirar de reojo pero Isaac lo intuye y se gira dedicándome una de sus excesivas sonrisas. Me lanza una pulverización de su mareante olor y finjo que algo a mi derecha ha captado mi atención para girar la cabeza, situar mi nariz cerca de la ventanilla y que al aspirar mis pulmones reciban exclusivamente el aire limpio del exterior.

—No eres muy habladora.

Tomo aire para volver a mirarle. Niego con la cabeza para no tener que respirar y vuelvo a simular que observo un paisaje que ya tengo muy visto y que tampoco tiene muchos puntos con los que deleitarse; a las afueras de las ciudades siempre se sitúan los talleres y las grandes superficies de alimentos.

—Ya hemos llegado.

—Sí —pronuncio al tiempo que abro la puerta de la furgoneta cuando está todavía en marcha, si me tropiezo un rasponazo sería mil veces mejor que aspirar este concentrado de bomba fétida.

—Te va a venir muy bien la furgoneta cuando llueva.

—Ya... —Que no es ni “sí”, ni “no”, ni “vengo”, ni “voy”—. Muchas gracias por traerme.

No incluyo su nombre al agradecersele a propósito, hacerlo generaría confianza y yo no quiero estar cerca de ese cuerpo que produce un olor tan desagradable que me temo habrá impregnado mi ropa, mi piel y mi pelo, y me acompañará durante el trabajo aunque me rocíe con todas las muestras de colonias que vende el supermercado.

—Nos vemos luego.

Ni me molesto en responder, si ha decidido con su afirmación que no es necesario que me pregunte si me apetece verle de nuevo yo escojo el silencio como contestación.

Cojo la bicicleta intentando no acercarme demasiado al campo de acción de sus armas bacteriológicas y cruzo la carretera innecesariamente rápido, faltan ocho minutos para las diez y solo necesito tres para dejar mi bicicleta candada y cambiarme de ropa.

—¡Qué guapa!

—Gracias, Camila. La barra de labios desapareció con la cena pero las sombras estaban intactas y me parecen discretas, ¿se ven demasiado? —
¿Estaré haciendo el ridículo con los párpados coloreados y el uniforme del trabajo?

—¡Nooooo! —Me observa con detenimiento—. Te quedan genial.

—Pareces otra, ¿son del supermercado? —Una compañera que siempre viene maquillada como si acabase de salir de un plató de televisión también me manifiesta su aprobación—,

—No —explico brevemente mi experiencia en la peluquería mientras me visto con la ropa de trabajo.

—Pues son muy bonitas y te las ha aplicado muy bien. Yo no sé hacerlo, cuando me las doy parece que me hubiera metido en una pelea y recibido un puñetazo en cada ojo. —Una chica con la que nunca había intercambiado algo más que un saludo se une a la conversación sobre las sombras de ojos que está dando más de sí de lo que hubiera imaginado.

—Me comentó que pensaba dar clases de maquillaje personalizadas en su casa.

—¡Podríamos ir juntas “las correcaminos”!

—Sí. —Me apetece—. Camila...

—Dime.

Camila enrosca su rizada melena en un moño que sujeta con unas horquillas. Llevamos las primeras cajas, ¿cuántas personas están comprando esta crema?, coloco cientos de tarros cada día y siempre desaparecen. Se la deben estar comiendo a cucharadas.

—¿Conoces a un chico llamado Isaac?

—¿Uno que parece un pavo cebado para navidad?

—Bueno... pues creo que sí, “ja, ja, ja”

—Rubio, alto, siempre va en camiseta y sonrío como si le acabase de tocar la lotería.

—Ese —hablamos del mismo.

—Sus padres y los míos viven en la misma calle, nosotros en el número once y ellos en el quince. Hace tiempo que no le veo.

—Ahora vive en una residencia que está situada frente a la mía.

—¿Te gusta?

—¿A mí? —¿Y a que viene esa pregunta?

—Sí, “ja, ja, ja”, no es feo.

—No.

—¿No es feo o no te gusta?

—No es feo y no me gusta. ¿Es de fiar?

—Nunca he oído hablar mal de él, ¿por qué lo preguntas?, ¿te ha molestado?

—No, ha sido educado, se ha presentado esta tarde cuando salía a vuestro encuentro para caminar y ahora me acaba de traer en su furgoneta.

—¿Y eso?

Camila me mira con una media sonrisilla que le pienso quitar contándole de un modo respetuoso que Isaac no me provoca ninguna fantasía. Yo ya tengo la mía, algo que no puedo compartir con nadie porque es demasiado descabellado.

—No lo sé. Me dijo que trabajaba en la fábrica de Treto y que entra a la misma hora que lo hacemos nosotras. Me comentó que me había visto en la bicicleta varias noches y se ha ofrecido a llevarme. Me ha pillado desprevenida. —Salía de casa pensando en mi hombre de camisa de cuadros —. Ha metido la bicicleta en su furgoneta antes de darme tiempo a poner una disculpa.

—Le gustas...

—¡Ufff! —Ahora viene la pregunta peliaguda—. ¿Es pariente de tus amigos o de alguien que trabaje aquí?

—No que yo sepa, ¿qué sucede? —Camila se ha puesto seria—. ¿Se ha sobrepasado contigo?, dímelo y te aseguro que no volverá a acercarse ni a molestarte nunca más.

—¡No!, ha sido educado, un poco insistente para mi gusto, pero no se ha sobrepasado.

—¿De verdad?, no tengas reparo en decírmelo, que le conozca no significa nada, en el pueblo nos tratamos todos y a más de uno le he tenido que poner en su sitio.

Creo a Camila, no necesita un cuerpo muy alto ni una musculatura muy desarrollada para demostrar que ella es risueña pero solo con quien ella quiere, su fortaleza es interior.

—De verdad, solo quería saber si puedo ponerme seria si continúa abordándome a la salida de casa, me pone... nerviosa.

—¿Nerviosa? —Camila no sabe si sonreír o remangarse para darle dos

tortas a Isaac.

—Es su...

—¿Su qué?

—Su olor. —¿Habré sido demasiado sincera?

—¡Otra vez está tomando esas mierdas! —Me congratula que me confirme que no eran exageraciones mías—. ¡No entiendo como Sanidad permite la venta de esos productos!

Isaac huele al baño portátil de la plaza del pueblo después de una parrillada de chorizo y una noche de verbena. Si se la está comiendo en cómodas porciones para llevar no es algo que me interese saber, que lo que esté metiéndose en el cuerpo sea peligroso sí ha disparado mi alarma. ¿Son drogas?, he visto en la televisión que algunas que se fabrican en laboratorios vuelven locos a quienes las consumen, incluso llegan a morder a quien se pone delante.

—¿Qué es peligroso?

—Lo que se mete para inflarse los músculos. El año pasado se puso como un toro de lidia en tres meses después de atiborrarse a pastillas y a no sé qué más. Esos productos son muy caros y se gastó todos los ahorros. Ahora lleva trabajando algunos meses en la fábrica, vuelve a tener dinero y por lo que dices ha decidido gastárselo todo.

—Yo tuve un compañero que cuando no estaba trabajando estaba en el gimnasio y no olía así.

—Porque no recurriría a ese atajo.

—Ese atajo tiene trampa, y se esconde debajo de sus axilas.

—Regálale un bote. —Camila mueve el frasco de desodorante para hombre en spray.

—Necesitaría un camión cisterna, con eso no tengo ni para empezar.

Camila se ríe y las lágrimas empapan sus mejillas. Yo también lo hago contagiada por su tintineante risa. El momento es tan bueno que casi olvido que una porción de mi cerebro está siendo invadido por una infección en forma del hombre más bello que nunca haya visto. ¿Por eso me le he inventado?, ¿he creado a mi prototipo de hombre porque no me he cruzado con él en la vida real y necesito creer que puede existir y que en algún momento aparecerá en mi vida cambiándola?

El sábado es un día que siempre abordo con alegría, me gustan las palabras esdrújulas, me gusta saber que no tendré que trabajar de noche

aunque no me pueda dormir hasta las dos o tres de la madrugada. Es el sol el que me saca de la cama, vivir en una onceava planta tiene alguna ventaja y no tener a nadie que pueda observar el interior de mi cuarto es la mejor. No soporto dormir con las persianas bajadas, necesito que entre algo de luz, saber que si abro los ojos a media noche podré distinguir los contornos de los muebles y la puerta.

En Zaragoza vivía en un quinto piso y frente a la fachada de mi cuarto había otro bloque de viviendas tan pegado que casi podíamos darnos la mano. Me sentía expiada constantemente por la mujer de la ventana de enfrente y siempre tenía las cortinas corridas o las persianas entre rejas para no facilitarle su afición al espionaje de barrio.

Esa cotilla mujer tenía el pelo corto teñido de rubio platino, ese color requiere acudir con frecuencia a la peluquería pero ella se saltaba los turnos y casi siempre lo llevaba a tres colores: el rubio del tinte, el oscuro de los cabellos que resistían el paso de los años y el canoso de los que habían sucumbido y aceptaban que la señora hacía tiempo había sobrepasado los sesenta.

Se pasaba el día entero fumando tabaco negro, antes de apagar un cigarrillo ya estaba encendiendo el siguiente, y arrojaba las colillas a la acera pública sin ponerse colorada. Le gustaba una ventana para fumar y fisgar, la que estaba en la esquina del edificio. Desde ahí podía ver lo que pasaba en la calle situada debajo de la ventana y en el cruce de ésta con la perpendicular que la atravesaba.

Una mañana me despertó la discusión que mantenía con el barrendero. Al parecer el hombre le había llamado la atención porque ella le había arrojado un cigarro encendido a la cabeza mientras él barría la pila de colillas que ella había tirado debajo de su ventana.

El pobre hombre, al que yo solía ver de vez en cuando y que tenía cara de perro San Bernardo, se había cansado de recoger colillas y sentir una abrasándole la calva había sido la gota que había colmado el vaso de su paciencia, que por lo que había aguantado debía ser una jarra de litro de las que se usan en las ferias de la cerveza alemana.

Me despertaron los gritos de ella cuando la discusión debía estar llegando a su momento álgido, me vestí rápidamente ya que sabía que ella estaría observando todo con sus ojos de halcón y subí la persiana. El barrendero se marchaba dejándola por imposible, la mujer se estaba ensañando con la

calidad de su trabajo, con su calva, con las bolsas de sus párpados y literalmente le estaba diciendo que se metieses sus palabras y el palo de su escoba por donde le cupiesen.

Bien alto, para que todos nos enterásemos, soltó que ella era una contribuyente muy respetable a la que no tenía que decirle nada, a él le pagaban por barrer y si tenía alguna queja tenía que comunicársela a su superior. Por si acaso ese señor o el alcalde se atrevían a venir cuando les trasmitiese la queja, la rubia mal teñida le adelantaba al barrendero que también tendría unas cuantas cosas que decirles sobre la suciedad de las zonas públicas del pueblo y por donde podían meterse sus discursos.

Además de ser una grosería me pareció increíble e incluso admirable su cualidad para darle la vuelta a las cosas y parecer ofendida y una buena ciudadana, cuando en realidad era una mujer mal educada, una cochina y una persona sin escrúpulos que ni siquiera miraba si pasaba un cochecito de bebé cuando arrojaba una colilla encendida. Me lanzó una mirada llena de nicotina asesina cuando me vio y me metí en el baño para esconderme detrás de dos tabiques.

Al pasar por delante de la panadería del barrio una hora después dos vecinas que salían con el pan en la mano estaban muy entretenidas cotilleando sobre el incidente y sin quererlo me enteré que el anterior barrendero le había ofrecido dos hostias a la fumadora. Ésta, al escuchar la propuesta del hombre, había tirado el cigarro ¡a medio consumir! y había bajado a la calle en pijama. Quería ser ella quien le diese su ración de golpes al hombre, quien para no ceder a la tentación se había marchado directamente a hablar con su jefe a pedir un cambio de zona de trabajo. Corrió el rumor de que le había dicho al jefe que le tenía que asignar otras calles que limpiar inmediatamente para evitar que el pueblo de Laredo saliese en las noticias por el asesinato de una mujer a manos de un barrendero enfurecido.

Desde ese momento miré de peor manera a la rubia fumadora de la cual solo había visto la parte del cuerpo que asomaba por la ventana. Evitaba su vivienda cuando abría las ventanas y siempre miraba fijamente el suelo cuando pasaba por la acera contraria. Fue unas semanas después cuando tuve la desgracia de conocer su espalda y su mitad inferior.

Había entrado al banco para informarme sobre una nueva comisión que me habían cobrado espontáneamente. Solo había una persona atendiendo en ventanilla y delante de mí había dos mujeres esperando. Me puse en la cola,

los minutos pasaban y la chica a la que estaban atendiendo seguía sacando papeles de su carpeta. Yo tenía tiempo de sobra y no quería irme sin aclarar por qué me habían cobrado treinta euros de gastos de mantenimiento cuando hasta la fecha habían sido ocho los que pagaba al trimestre.

Aburrida de contemplar la propaganda que colgaba de las paredes de la sucursal bancaria y sin mi teléfono móvil al que recurrir para mirar qué tiempo pronosticaban los meteorólogos mis ojos se clavaron en la generosa espalda de la mujer rubia que tenía delante. Llevaba una chaqueta rosa clara de forro polar y unas mallas blancas muy desgastadas por el uso. La chaqueta no le tapaba el culo, lo cual habría sido muy conveniente para la señora y para mí que, desgraciadamente, lo tenía delante de mis ojos.

La tela, que había perdido su elasticidad hacía tiempo, dejaba ver nítidamente una braga cuyas gomas se incrustaban en una carne casi inexistente. Aquel cuerpo había destinado todos sus tejidos blandos a recubrir los huesos de su espalda dejando en la más mínima expresión al culo y a las piernas. Me recordó al dibujo animado de una mariquita; un enorme caparazón y patitas de alambre.

La chica que esperaba, y cuyo cuerpo parecía muy normal comparado con el de la “mujer mariquita”, se cansó de hacer cola y se marchó murmurando que volvería más tarde. Aquello actuó como detonador y mi compañera de cola empezó a quejarse sin girar la cabeza: “cómo era posible que solo hubiera una persona atendiendo”, “porqué tardaba tanto la chica” y otros comentarios que en un primer momento no fueron respondidos.

Se dedicó a resoplar durante el minuto siguiente, su espalda subía y bajaba, síntoma que de que se estaba llenando de presión como una máquina de vapor. Aquello podía estallar en cualquier momento y así fue, cogió aire y volvió a la carga exigiendo que le atendiese el director. La empleada le respondió que estaba ella sola, el director y el interventor habían tenido que acudir a la notaria, tendría que esperar. Entonces centró toda su furia en la chica a la que estaba atendiendo: “no tendría que venir con tantos papeles a estas horas porque hacía esperar a otros clientes”, “esas cuestiones deberían ser resueltas a partir de la una que es cuando la mayoría de la gente ya ha hecho los trámites en los bancos”

La clienta se giró al sentirse claramente aludida y le contestó con mucha educación que ella estaba trabajando y que su jefe le había indicado que debía presentar los modelos de Hacienda en esta entidad bancaria y que ella también

había hecho cola. La “mujer mariquita” le contestó que podía dejar esos papeles y volver a última hora a recogerlos. La chica de la asesoría, conteniendo las ganas de enviarla a un lugar muy feo, le respondió que tenía orden de que el banco los tramitase en el momento, eran documentos de pago, hoy era el último día para hacerlo en periodo voluntario y si los clientes no disponían de fondos suficientes en su cuentas bancarias tenía que notificarles que: “o depositaban urgentemente el dinero restante o Hacienda les impondría una sanción por impago”.

Aquello se estaba poniendo muy feo, yo siempre que he tenido la oportunidad he evitado los conflictos, eran las once menos cuarto, podía darme un largo paseo y volver dentro de una hora y eso es lo que estaba a punto de hacer cuando la “mujer mariquita” se giró buscando apoyo. ¡Era la rubia fumadora! y no sé si me reconoció o había perdido parte de la visión por causa del humo. Yo tengo la vista perfectamente y ver su cara de cerca no fue agradable, arrugada, llena de unos puntos negros de un tamaño que ni siquiera algunos adolescentes en pleno boom hormonal llegan a alcanzar, y con un aliento de concentrado de tabaco capaz de tumbar a un elefante. Improvisé una disculpa que no tenía ni sujeto ni predicado y salí antes de que se remangase las mangas de su forro polar rosa y le ofreciese dos hostias a la clienta, a la empleada del banco, a ambas o a mí si no le apoyaba.

No volví a subir la persiana de mi habitación que desde entonces permaneció en una constante penumbra, ni a pasar por delante de su ventana. Prefería rodear el edificio para acceder a mi portal, aquella mujer era difícil de mirar y me revolvía las entrañas. Me alegro de no tener que bajar en esta vivienda las persianas y de que el mar y parte de las laderas que protegen el caso antiguo de Laredo sea lo que puedo ver ahora desde mi ventana.

Este sábado es el primero desde que me mudé en el que el sol no está haciendo su trabajo amenazado por nubes oscuras. Limpio el apartamento por costumbre, no puede estar muy sucio cuando mantener todo en su sitio es una de mis principales manías y hay pocos muebles donde el polvo puede posarse.

Por las ventanas abiertas se cuele un aire cálido que invita a dar ese largo paseo que me recomendaron en la peluquería. Me prepararé un bocadillo, meteré también un botellín de agua en la mochila y caminaré hasta el cementerio. Desde allí tomaré el desvío que me llevará, siempre cerca del acantilado, hasta un punto donde alimentan a una colonia de buitres leonados.

Si tengo suerte podré ver alguno planeando en busca de carroña. La

montaña de verdes pastos a la que llegaré se puede bordear y desde la parte más elevada el valle de Liendo aparecerá delante de mis ojos. No descenderé, otro día conoceré Liendo, hoy giraré a la derecha para volver a Laredo, entonces podré ver los montes de la Junta de Voto y al comenzar el descenso para regresar a casa tendré una vista panorámica increíble de las marismas del Joyel y de los pueblos que la rodean incluyendo a Laredo y a su magnífica bahía.

En la peluquería escuché a medias las explicaciones de la peluquera a la que miraba por el espejo. Sus palabras se convertían en muecas de su boca cuando acercaba el secador de pelo a mis oídos. Por suerte hoy en día hay personas que publican en internet textos, fotos y videos de las rutas que pueden hacerse en cada rincón del mundo. Después de contemplar los tres minutos y medio de video de YouTube de una pareja de Almendralejo sé por dónde debo dar cada paso si quiero completar los diez kilómetros que he calculado caminaré desde que salga por la puerta del portal hasta que regrese. Un paseo...

Hago un alto en el camino para quitarme la camiseta de manga larga. Es un regalo que pueda estar en tirantes a finales de octubre. Mi piel es blanca y bastante delicada en lo que a rayos de sol se refiere, debo controlar el tiempo que permanezco con los hombros al descubierto para evitar las molestas y peligrosas quemaduras. Doblo la camiseta, la meto en la mochila y aprovecho para tomar agua antes de que se recaliente.

Ascendiendo por un lugar llamado “Valverde” ya me puedo hacer una idea de las vistas que tendré cuando llegue a la cima. El mar parece en calma, el cielo es nítido y se puede apreciar la considerable extensión de terreno que ocupa la marisma. Son las dos y diez y en la playa hay muchos puntos oscuros en movimiento, tantos como personas que no han querido perderse este increíble día y aprovechan para pasear, sacar a sus perros o para jugar con sus hijos a la pelota o a hacer un efímero castillo.

Después de recorrer unos doscientos metros sobre el asfalto vuelvo a dejar las huellas de la civilización para adentrarme entre matorrales y rocas agujereadas por la erosión del agua de lluvia. Me estoy acercando más al acantilado, el ruido del mar y el olor de la sal es cada vez más nítido y respiro ese aire pensando que este lugar es un remanso de paz.

—¡Ohhh!

Veo mi primer buitre, un animal majestuoso que pasa sobre mi cabeza con

sus largas alas extendidas. Camino despacio para no perderme ni un detalle del ave de mayor tamaño que he visto en mi vida. Las personas que suelen hacer este recorrido mantienen con sus pisadas despejado de hierba el sendero que transcurre entre las zarzas y las rocas que afloran sin orden aparente; pero no hay que confiarse, el paso es estrecho.

El ave se vuelve cada vez más pequeña y prosigo mi viaje. El terreno no es completamente llano, hay pequeñas bajadas y subidas y eso lo hace todavía más ameno. El aire se ha vuelto tan caliente que vuelvo a tener sed y saco mi botellín calculando, antes de dar el primer trago, cuanto puedo beber si quiero tener algo de líquido con el que ayudar al bocadillo de jamón que he decidido me comeré cuando supere la mitad del recorrido.

—¡Ahhh!

Detrás de una roca hay un buitre picoteando algo del suelo. Está tan cerca que puedo ver sus ojos mirándome. Me quedo quieta, no quiero que se asuste y tampoco quiero hacerlo yo aunque su gran tamaño y su enorme pico curvo con restos de lo que esté comiendo ya me han puesto nerviosa.

Busco un paso entre las zarzas que me permita dar un rodeo para que el buitre pueda seguir comiendo y yo continúe con mi ruta. No quisiera pisar donde nadie lo hace, las rocas pueden estar camufladas debajo de la vegetación y si me torciese un tobillo hasta aquí no podría llegar la ambulancia. Sería bochornoso que tuvieran que turnarse los camilleros para llevarme en brazos.

—¡No, no, no! —El buitre ha extendido sus alas y está moviéndolas—. Daré media vuelta —le digo al animal tan dulcemente como soy capaz para calmarle—, quédate tranquilo comiendo. Yo me iré por ese lado, no me voy a acercar, sigue comiendo.

Es evidente que no me ha entendido, porque eleva el vuelo y lo hace en mi dirección. ¿Me quiere atacar?, ¿quiere escaparse?, ¿no sabe girarse cuando está en el suelo y por eso viene directamente hacía mí? Algo pasa, el animal no ha dejado de mover sus alas y sin embargo no veo que tome altura. Yo, que sí sé darme media vuelta, decido que es el momento idóneo para hacerlo y correr deshaciendo el camino andado.

Comienzo a girar y antes de completar el movimiento el buitre se abalanza sobre mí y su cuerpo impacta contra mi cabeza. Veo plumas y noto que algo me palmea la frente. Me agacho y cubro con los brazos mi cara instintivamente al sentir el sol desaparecer. Un aleteo después el sol vuelve a brillar y me

incorporo para ver como el buitre se marcha. Me he asustado tanto que me he quedado sin pensamientos.

—¿Estás bien?

—Sí. —Un hombre con una vara trabajada a mano me está mirando, intento aparentar normalidad aunque el suelo se haya vuelto inestable por los nervios.

—Son animales muy pesados y les cuesta mucho elevarse desde un terreno llano si no hay viento.

—Yo no quería que se sobresaltase, me iba a alejar pero se me ha echado encima. —¿Hay personas que se dedican a cuidarlos?, no era mi intención hacerle daño

—Ya lo he visto.

Suelto la goma que sujetaba mi pelo y me paso los dedos para rehacer la coleta. El susto me ha dejado temblorosa y me cuesta hacer algo tan sencillo como reunir el cabello.

—¿Estaba comiendo? —El hombre está buscando algo en el bolsillo de su chaleco.

—Creo que sí.

—Con el estómago lleno es más pesado. No te ha atacado, simplemente ha querido pasar sobre ti y no ha podido coger altura.

—¿Cómo el cóndor?

—Parecido. —El hombre me mira divertido—. Es un placer encontrar a alguien que conoce algo de las aves.

—Me gustan, llevo muy poco tiempo viviendo en Laredo, me comentaron que había una colonia importante de buitres y quería verlos. No sabía que me encontraría con uno en el camino, creía que solamente los vería volando a mucha distancia.

—Has tenido suerte, yo suelo venir casi todos los días, los observo y de paso hago ejercicio, y pocas veces he visto uno posado en esta zona. ¿No tendrás agua en tu mochila?

—Sí.

Se la ofrezco pero no bebe, moja un borde del pañuelo de papel que ha sacado de uno de los múltiples bolsillos de su chaleco y me devuelve el botellín.

—Estás sangrando.

—¿Se ha herido al tocarme?

—No mujer, el buitre solo se ha llevado un susto, la sangre es tuya. —La mirada benevolente que me dedica no sé interpretarla

—¿Mucha?

—No, tranquila, te ha rozado con las garras al pasar. No estaría de más que te desinfectaras la herida, tocan con ellas a los animales muertos de los que se alimentan. —Pasa el pañuelo por mi mejilla y es entonces cuando noto un molesto pero tolerable escozor

—Tengo puesta la vacuna contra el tétanos.

—Eres una chica lista.

—Pero en cuanto llegue a casa me aplicaré un desinfectante.

—Mejor, hay que prevenir, ¿hacia dónde vas?

—Debo seguir este camino hasta encontrar una pista asfaltada a mi derecha.

—Esa te aleja de la costa y te lleva hasta la parte más elevada de las Cárcobas. —El hombre está metiendo el pañuelo de papel manchado de sangre en una bolsita de plástico que ha sacado de otro bolsillo y que contiene la peladura de un plátano y el troncho de una manzana.

—Sí, hay un cruce, yo giraré a la derecha para volver hacia Laredo por la “puerta de Bilbao”. —No estará de más que confirme con alguien que conoce bien este paraje si tengo bien memorizado mi ruta.

—Ya veo que sabes bien el recorrido. Yo daré una vuelta algo más grande, bajaré a Liendo y regresaré a Laredo por la carretera nacional. No tengo prisa, mi mujer está en Francia.

—Ah.

En el tramo que camino detrás de él me entero, porque el hombre decide contármelo, que su mujer y su cuñada cantan en una coral de prestigio, que han ido a París para ofrecer unos conciertos y que el grupo regresará el lunes por la tarde.

—Los hijos ya están criados —me comenta con cara de resignación—, la mujer me ha dejado el frigorífico lleno de comida, si me quedo en casa me dedico a comer hasta ponerme malo y a ver la televisión. Prefiero salir y aprovechar el día, en casa me vuelvo loco y no me gusta estar todo el tiempo dentro de los bares.

—Yo también opino que hay que disfrutar de este tiempo y al pasear se ejercita el cuerpo y eso es bueno para nuestra salud física y mental.

Nos despedimos recordándome paternalmente que no olvide cuidarme el

arañazo que me ha hecho el buitre.

—Menudo recibimiento original me ha dado uno de vosotros —murmuro al ver pasar a dos buitres a una distancia tranquilizadora.

El marido de la señora que canta en el coro ha asegurado que el animal no quería herirme, que trataba de escapar porque el que estaba asustado era él. No hay modo de medir su grado de miedo y compararle con el mío pero le podría asegurar al buitre que su pico intimidaría al más valiente y que cuando he notado su sombra sobre mi cabeza estaba segura de que iba a clavar sus garras en mis hombros para poder picarme con tranquilidad. ¡Cuando se lo cuente a Camila no se lo va a creer! No es un sueño, la mejilla se me ha puesto caliente y no es por el esfuerzo, al posar mi palma han aparecido nuevas gotitas de sangre. Voy a necesitar una farmacia.

—Hola.

—Buenas tardes.

La farmacia está vacía y la farmacéutica, que estaba colocando medicamentos, acude rauda a atenderme.

—Quisiera una pomada, es para esta herida.

El papo me arde y no me extraña, me he visto reflejada en un espejo que hay al lado de un expositor de gafas de aumento y tengo una fea herida que atraviesa mi mejilla en sentido vertical.

—Tiene mal aspecto —me dice saliendo del mostrador para mirarla de cerca—, ¿con qué te la has hecho?

No es el momento de mentir, si el buitre ha metido sus garras en un bicho muerto, las ha llenado de bacterias y demás cositas diminutas que tan peligrosas pueden ser para nuestro organismo, y después me las ha pasado por la cara podrían estar ahora mismo avanzando por mis tejidos encantadas por el cambio en el menú.

—Ha sido un buitre.

—¿Te ha atacado un buitre? —La chica no da crédito y yo hubiera puesto la misma cara si me lo hubiera contado ella a mí.

—No, estaba en el suelo comiendo, he aparecido y se ha asustado. Ha levantado el vuelo pero no ha podido esquivarme y me ha arañado sin querer con una uña.

—Puedo darte una pomada pero te recomiendo que acudas al centro de salud, debería examinarlo un médico.

—¿Tú crees?

—Sí —sentencia al echarle otro vistazo—, ¿no eres de Laredo, no?

—No. —Esa pregunta ya me la han hecho unas cuantas veces desde que me mudé.

—Está aquí al lado. —La farmacéutica se acerca a la puerta y yo la sigo—. Entra en esa calle —me la señala con la mano—, sube la cuesta y lo verás a mano izquierda.

Me acerco meditando; ¿me molesta cada vez más porque me lo ha dicho la farmacéutica o realmente está empeorando?

—Hola.

—Cuénteme.

—Seguramente no sea nada...

—Eso lo tendré que decir yo.

—Sí, sí, por supuesto.

—¿Qué tiene?

—Este arañazo. —Se lo enseño pensando que esta mujer debería haber ejercido la carrera militar.

—Siéntese en la camilla.

—Sí. —La doctora me asusta casi tanto como el buitre.

—¿Con qué se lo ha hecho?

—Con la pata de un buitre.

—Menos guasa que estoy trabajando.

—Le estoy diciendo la verdad.

La mujer se cruza de brazos y me interroga con esos ojos que bien podrían ser los de un cuervo ya que estamos hablando de pájaros. Vuelve a mirar la herida y sin decir nada más se dirige a la zona de utensilios de médicos que hay en todas las salas de urgencias.

—¡Ah! —¿Qué ha echado en el algodón, alcohol concentrado?

—Quédese quieta, si no ha sabido estar alejada de un buitre aténgase a las consecuencias.

Me callo porque esta conversación no tiene ningún sentido, que termine cuanto antes es todo lo que quiero en este momento, enfurecer más si cabe a esta endemoniada mujer solo puede reportarme problemas y hoy estoy servida gracias al encuentro con el buitre.

—Le voy a aplicar una pomada que contiene antibiótico, no se la toque hasta la noche. —Se desplaza hasta su mesa y agradezco que ponga espacio entre las dos—. Cómprala y aplíquesela varios días por la mañana y por la

noche, si nota molestias acuda a su médico de familia.

Extiende la receta como si de una multa se tratase y me despide con un adiós que hace que tenga ganas de cuadrarme.

CAPÍTULO CUATRO

Ha sido relajante pasear por el campo, oler las plantas calentadas por el sol y escuchar el sonido de las gaviotas ascendiendo por el acantilado. También he sentido otras emociones como miedo al encontrarme con mi primer buitre leonado. La charla con el hombre que me explicó que el pobre animal todavía estará con el susto en el cuerpo, ver la marisma reflejar los rayos del sol y conocer a la doctora de urgencias han hecho que mi alucinación se volviera pequeña y ligera.

Tengo treinta y cinco años recién cumplidos y un cuerpo sano que empieza a extrañar que no dedique parte de mi tiempo a cumplir una parte del ciclo vital de cualquier ser humano: el sexo como parte fundamental de la reproducción.

En cuanto cierro la puerta del apartamento y miro el pasillo la fantasía regresa como las dianas de un campo de tiro cubierto que cuelgan de un carril para que el tirador compruebe sin moverse de su sitio si ha acertado en algún órgano vital o simplemente ha despeinado al hombre de papel. ¡Qué guapo es y que buen cuerpo le he puesto!

—Hoy no vas a aparecer.

Se lo digo al aire, me quitaré la ropa sucia, me ducharé con cuidado para que el peinado dure unas horas más, me pintaré los labios con una de mis dos nuevas barras, las únicas que tienen color, y caminaré de nuevo hasta el centro del pueblo para ver una película que terminará a las nueve y pico. Estaré fuera de casa a las nueve menos dos minutos, ¿esperará la alucinación a que regrese a casa o decidirá darme un respiro?

La película, una comedia de enredo con pinceladas románticas, ha estado bien y casi ha conseguido que me olvidase de mirar el reloj a partir de las nueve menos diez. No quería que mi hombre ideal apareciese delante de la pantalla del cine pero debo reconocer que me hubiera gustado verle una última vez.

No ha venido y tampoco hubiera podido disfrutar de su visita, una nerviosa mujercita con voz de pito de árbitro de segunda división regional se ha sentado detrás de mí y no me habría dejado escuchar sus palabras. Antes de

que las luces se apagasen para que la película diese comienzo esta menuda mujer ya había dado muestras de su incontrolable verborrea y no ha callado en las dos horas siguientes.

La amiga que le acompañaba parecía no sufrir por el agudo tono de voz y ha respondido con monosílabos a las interminables explicaciones sobre cuestiones que no nos interesaban a los demás por mucho que esta mujer se haya empeñado en hablar para todos los que estábamos en el cine.

Me he girado para mirar de qué cuerpo salía una voz tan poco armoniosa y he pillado a la mujer hablando. Me ha sonreído en un momento de pausa que ha aprovechado para tomar aire y ha seguido contándole cuantos dientes le habían salido ya a su nieta. La película ha comenzado y la mujer se ha callado.

La calma ha durado poco, a los quince minutos ha debido de perderse en el argumento y ha empezado a preguntar a su amiga. Las primeras dudas las ha formulado en un tono que pretendía ser un susurro pero resultaba molesto, según iba hablando el volumen ha subido y a la media hora estaba comentando a grito pelado que la protagonista tenía el culo muy gordo y que esa ropa que llevaba no le favorecía nada.

Los “ssss” para que se callase porque molestaba han surgido de modo aleatorio de diferentes filas. La mujer no les ha hecho caso y su amiga tampoco tenía autoridad para que cerrase la boca. No contenta con preguntar y criticar ha aumentado el malestar que causaba en el resto de los espectadores vaticinando como iba a terminar la película. La protagonista se debatía entre tres pretendientes y esta mujer sabía, antes que nadie, quien se iba a llevar a la chica al altar.

He intentado, tres o cuatro veces, armarme de valor y pedirle educadamente que se mantuviera en silencio hasta que acabase la película. No me he atrevido, las pulsaciones se han acelerado cada vez que he tomado aire antes de darme media vuelta. He justificado mi cobardía diciéndome que hubiera dado igual porque los “sssss” eran clarísimos, se producían cada vez que ella habla y no les hacía caso.

Cuando los créditos han terminado y las luces se han encendido para que nos levantásemos de las butacas la he observado con detenimiento; si esta desagradable mujer y yo coincidiésemos de nuevo en el cine interpondría todas las filas de butacas posibles entre su garganta y mis oídos.

Al regresar a casa me he quedado mirando fijamente el pasillo hasta que los ojos han empezado a picarme y he pestañeado moviendo la cabeza a

izquierda y derecha por ser tan tonta como para querer seguir enferma. Ha sido un lapsus, lo ha causado el estrés que ha supuesto conocer a los nuevos compañeros. Cambiar de lugar de residencia tampoco habrá sido bueno para el cerebro, el mío está muy sensibilizado al haber sido maltratado cuando era niña, no ha soportado bien la mudanza y se ha vengado dándome algo con lo que fantasear en la cama.

Picoteo sin hambre algo de embutido para evitar que se estropee y como postre me obligo a tomar un flan de queso cuyo sabor encuentro poco atractivo a pesar de haber sido siempre uno de mis dulces favoritos.

Como ejercicio destinado a lograr una normalización dejo la bandeja que he usado, el vaso vacío de agua y la cucharilla de postre en la fregadera y me alejo de ella. Venciendo el impulso de coger el estropajo salgo de la cocina cerrando la puerta para no poder ver los cacharros sucios.

El sueño tardará en acudir y lo hará cuando él quiera, de nada servirá tentarle metiéndome en la cama. Es el precio que hay que pagar por trabajar de noche durante seis días seguidos, el séptimo me duermo tarde y pierdo parte de la mañana del domingo. Acomodo mi cuerpo en el gastado sofá, me tapo con la manta de cuadros de mi abuela porque hace que la sienta cerca y me preparo para ir saltando de un canal a otro.

Un reportaje sobre el ámbar, un programa de cotilleo que es tan aburrido que debería tener el poder de dormirme profundamente, una película de un atraco a un casino de Las Vegas y una de súper héroes que dejo puesta porque, ¿a quién le disgustaría poder volar y tener súper fuerza? La mujer es guapísima, tiene un cuerpo lleno de curvas y un estómago plano, puede volar, no envejece, si golpea un tanque lo desarma y cuando salta avanza veinte metros, ¡me la pido!

La invitación de Camila para que acuda a una cafetería del pueblo para tomar un aperitivo me conmueve. Su chico y ella han quedado con otro par de parejas y me invita “para que vayas conociendo gente”. Se lo agradezco sinceramente, y en otras condiciones me hubiera obligado a ir para saludar y tomar un refresco pero hoy no es el mejor día.

La película de súper héroes no resultó tan entretenida como me esperaba, no recuerdo haber visto el final porque me quedé dormida en el sofá. Nunca, desde que trabajo en turno de noche y de eso hace muchos años, me había sucedido. No me había aplicado la crema antibiótica en la herida que me hizo el buitre porque la colocación de la televisión y del sofá me obligan, cuando

me tumbó, a girar la cabeza hacia el lado del rasponazo si quiero mirar la pantalla y estaba convencida de que solo estaría tumbada hasta que la heroína diese su merecido a todos los malos.

Me desperté desorientada y con el brazo derecho dormido. Sin mirar la hora para no espabalarme me arrastré hasta la cama despertando el brazo a base de todos los movimientos que se me ocurrieron y no me acordé de aplicarme la crema.

A las diez menos veinte de la mañana estaba mirándome en el espejo del baño. Me he despertado sintiendo picor que se ha convertido en dolor al rascarme, tenía el papo caliente como si me acabasen de dar un buen bofetón. Me he incorporado de la cama recordando de repente que posé el tubo de crema que me recetó la médico-sargento en la balda del cuarto de baño y que no lo he abierto.

Han pasado casi tres horas desde que cubrí la herida con una generosa capa de pomada y su aspecto no ha mejorado. Espero que el antibiótico tenga fuerza para aplacar la infección, y para acelerar la curación retiraré, antes de salir a caminar, los restos con un algodón y administraré nuevamente la fórmula que cubriré con un apósito que compré por recomendación de la farmacéutica y que debería tener poderes mágicos por lo que me ha costado.

Me saco una foto de cara, recorto la mejilla lesionada y se la envío a Camila para que compruebe que es verdad lo que le acabo de contar; que he tenido un percance que no tiene importancia pero que hace que no me sienta muy cómoda porque que me molesta al gesticular.

El teléfono empieza a sonar inmediatamente. Es Camila y cuando voy a descolgar la llamada se interrumpe. Busco la tecla para llamar yo y recibo un whatsapp de voz de Camila. Me dice que ha colgado al darse cuenta de que si me llamaba yo tendría que hablar y me dolería la herida. Me pregunta cómo me lo he hecho, si necesito ayuda, si quiero que me venga a buscar en coche para que pase el día en su casa, si tengo comida o prepara algo y me lo trae a casa...

Le escribo tranquilizándola, explicándole que le he enviado la foto para que supiera que no estaba poniendo una excusa, que es cierto que me molesta el papo si gesticulo o me lo toco pero que estoy bien, que disfrute del día tan magnífico que hace y que a la noche el antibiótico habrá hecho efecto y podré contarle en persona qué es lo que me ha pasado.

“Escríbeme si me necesitas, voy a tener el teléfono a mi lado todo el

tiempo”. Me despido agradeciéndoselo y dejo el aparato en la cocina para sacar la ropa lavada y colgarla en el pequeño balcón de la cocina que tiene orientación sur y recibe de lleno los rayos del sol durante gran parte del día.

Si ayer hizo un calor inesperado para estar tan cerca del mes de Noviembre, hoy calculo cuatro o cinco grados de aumento en el termómetro si lo tuviera. Hay una ligera brisa que debe provenir del centro del desierto del Sahara y que acaricia la piel como si alguien estuviera soplando.

Camila y otra compañera que se llama Noelia acuden en coche al trabajo. Se turnan y cada semana le toca llevar el coche a una de ellas. Se han ofrecido a pasar por delante de la residencia donde vivo y aceptaré, pero será cuando llueva. Hoy es el día perfecto para buscar una ruta alternativa que me permita llegar a mi puesto de trabajo sin tener que cruzarme con la furgoneta de Isaac.

Entre la playa con sus residencias rodeadas de setos y la carretera general que une las localidades de Laredo y Colindres hay casas de campo, fincas donde pastan los caballos y huertas donde crecen las verduras de otoño. Los estrechos caminos se entrecruzan y para evitar tomar el equivocado voy a recorrerlos hoy, en cuanto termine de colgar la ropa.

He comprobado lo que ya había visto al examinar el mapa de Laredo: que no hay modo de llegar al trabajo sin arriesgar. El mal menor consistirá en cruzar la calle que une el hospital comarcal con el acceso a la autovía. Son solo unos pocos metros y pasaré cuando no tenga ningún vehículo cerca por lo que Isaac no tendrá tiempo de distinguirme o interceptarme aunque vea a alguien cruzando en bicicleta.

Además de esta precaución reforzaré mi intención de no volver a montar en su furgoneta saliendo de casa diez minutos antes. Por último, y como medida desesperada, rodearé el edificio para salir con mi bicicleta por la otra puerta peatonal que tiene el vallado de la Residencia. Solo podrá verme durante cinco metros y los salvaré corriendo y con la capucha de la chaqueta puesta. ¿Por qué estoy actuando como si fuera una furtiva?, parezco medio tonta...

Estoy tan concentrada pensando en que no tendría que estar buscando como escabullirme de Isaac que continuo pedaleando hasta que llego al puerto pesquero de Colindres. Debería ser sencillo rechazar educadamente; pero con firmeza sus ofrecimientos. No estoy obligada, soy libre para decidir con quién deseo pasar cada minuto de mi tiempo.

Otra mujer hablaría sin tapujos y daría por zanjada una cuestión que a mí

me va a llevar varios días, los que tardará Isaac en darse cuenta de que no me interesa lo más mínimo. ¿Por qué no puedo ser yo esa mujer?

Cansarse es el modo más eficaz e inocuo que conozco para que la mente deje de pensar en lo que no va a ser. Después de observar los barcos y las aves acuáticas que habitan en la desembocadura del río Asón decido dirigirme hacia el puntal de Laredo. El fin de semana pasado acudí caminando con un paraguas en mano que terminó en la basura por obra y gracia de una ráfaga de viento que lo dejó inservible para lo que no fuera ahuyentar a las gaviotas. Di media vuelta cuando me encontraba todavía muy lejos y me quedé con las ganas.

Exploro rutas, en algunos tramos el suelo es una mezcla de hierba y arena ya que esta última está omnipresente en la mayor parte del terreno. Una gran extensión del municipio de Laredo está construido sobre la acumulación de arena que se formó entre la desembocadura del río Asón y la bahía. Dos montes protegen la playa de los azotes del mar y el que puedo ver de cerca al llegar al puntal se llama Buciero.

Dejo caer lentamente la bicicleta sobre la arena, me siento y durante los primeros cinco minutos me dedico a contemplar Santoña y la montaña verde contra la que se asientan sus casas. Desde mi posición se ve imponente pero una duda hace que saque mi teléfono móvil, ¿cómo será por el otro lado?, ¿tendrá el mismo aspecto o habrá alguna playa?

¡No!, las fotografías de Google me muestran acantilados y dos faros. Un paisaje precioso que se puede disfrutar de cerca gracias a varios caminos peatonales perfectamente señalizados que recorren la montaña en sus cuatro sentidos. Los árboles que la cubren son encinas y escribo en la aplicación de notas de mi terminal: “organizar una excursión a Santoña, primero recorrer el perímetro del Buciero y después pasear por el pueblo”

Recomiendan hacerlo por la mañana y siempre en un día despejado ya que las nubes suelen cubrir la cumbre. Con cada descubrimiento que hago más me alegro de la decisión que tomé. Laredo me ofrece todo lo que me parece importante: una naturaleza al alcance de la mano en forma de mar, playa y montañas y un ritmo de vida tranquilo propio de los pueblos pequeños aunque ya me han adelantado que cuando llegue Semana Santa tendré un anticipo de lo que será Laredo en verano.

Yo viví hasta casi los catorce años en el monte y después me metí de lleno en una ciudad bulliciosa como Sevilla. Me adapté buscando rincones de paz

en parques y calles poco transitadas y apliqué ese mismo sistema cuando me trasladé a Valencia y a Zaragoza. Tener la playa a cien metros de casa tiene un precio y lo pagaré aunque, cuando se llene de turistas y ya no pueda disfrutar en soledad del sonido de las olas, sienta que han invadido mi espacio.

¿Cómo sería tener una pareja? Siempre he reusado pensar en ello pero hoy no encuentro razones para esquivar este debate. Para encontrar a un hombre con quien compartir primero hay que encontrarse a una misma. He dado muchos tumbos buscándome, aceptándome, y mientras lo hacía no había cabida para nadie en mi mundo porque estaba demasiado lleno de preguntas que todavía no tenían respuesta.

Luché contra el caos imponiendo un orden tiránico y me volví esclava de aquello que creé para salvarme. Ahora, recién cumplidos los treinta y cinco años, empiezo a sentirme bien conmigo misma y descubro que necesito la compañía de otras personas, que quiero contarles si me ha gustado o no una película, si he escuchado un chiste buenísimo aunque al contarlo yo lo destroce, o si he hecho un postre y me ha quedado tan bueno que merece la pena compartir la receta.

Al morir mi abuela descubrí que no teníamos nada. Su piso pertenecía a otra persona, la renta que pagaba era “antigua” y en cuanto falleció me encontré en la calle con trescientos cuarenta y ocho euros y una maleta. Mi abuela me había ocultado que su pensión de viudedad era tan pequeña que apenas alcanzaba para que llegásemos a fin de mes aunque las dos viviésemos en la más estricta austeridad.

No me convertí en una vagabunda porque cuando las cosas se ponían muy difíciles recordaba los años vividos entre miseria, pasando frío y viendo como los adultos recurrían a las drogas para evadirse de la realidad. Yo no quería terminar de esa manera y luché de la única forma que podía: trabajando por sueldos miserables, durmiendo en lugares donde había que hacerlo con un ojo abierto y aislándome del resto de la sociedad.

Atrás quedaron los años de penurias económicas y la incertidumbre que generaba la precariedad laboral. Si ahora me deshago de las inseguridades y miedos que he arrastrado desde que tengo memoria ya no quedará ningún obstáculo que me impida disfrutar de un placer que mi subconsciente pide a gritos: la compañía de un hombre.

Pedaleo despacio de vuelta a casa. La aparición no ha vuelto pero el recuerdo del hombre no se elimina de mis pensamientos. ¿Cómo y dónde se

puede conocer al hombre adecuado? Siempre he leído y escuchado que no es bueno buscar como si se tratase de un chollo en rebajas, hay que esperar hasta que la persona adecuada llegue. Pondré de mi parte aumentando mi vida social y dando una oportunidad a los hombres que se me acerquen para que puedan exponerme sus intenciones.

A Isaac no se la pienso dar, no me gusta su físico y no soporto su olor y sería muy difícil descubrir su personalidad arrolladora si para estar cerca de él tengo que privar al cerebro de oxígeno al contener la respiración.

Los hombres con los que comparto lugar de trabajo quedan, asimismo, totalmente descartados. En Zaragoza pude comprobar en primera persona cómo un compañero que a mí no me interesaba como hombre puso en peligro mi puesto y mi salud cuando se empeñó en cortejarme delante de la que hasta ese momento había sido su novia formal.

Él me perseguía soltándome guarrerías en cuanto tenía ocasión, ella me perseguía y me amenazaba con dejarme calva si se me ocurría sonreír a su exnovio. Me sentía acorralada en mi puesto de trabajo, intenté hacerle entender al hombre que no me interesaba, que no pensaba tener ningún tipo de intimidad que permitiera llevar a la práctica alguna de las palabras que pronunciadas por su boca se convertían en cochinadas.

También hablé con ella, delante de otras compañeras para salvaguardar mi integridad física, y le aseguré que yo no había intentado ligar con su chico, que para mí solamente era un compañero más y que no me atraía lo más mínimo. Se puso tan agresiva que tuvieron que sujetarla y no me dejó otra alternativa; era ella o yo.

Hablé con mis superiores, preguntaron a mis compañeros y aunque todos corroboraron mi versión y los dos implicados fueron trasladados a otro turno nada volvió a ser igual y pedí un cambio de centro de trabajo. La oportunidad de pedir traslado a Laredo llegó seis meses después.

Me meto en casa porque no me queda otro remedio; tengo que recoger la ropa que ya estará seca, quiero ducharme, secarme el pelo, aplicarme la crema en la herida para que la absorba la piel, prepararme la cena y tomarlo con calma antes de salir a las nueve y media hacia mi trabajo.

He cocinado una tortilla de patatas para cenar. He añadido más patatas y huevos de los que necesitaba para asegurarme una porción extra con la cual hacerme un bocadillo que llevaré al trabajo. Estoy dispuesta a estrenarme con algún postre pero será mañana, hoy no he mirado recetas y aunque lo hubiera

hecho no tengo algo tan básico como la levadura para hacer un bizcocho.

Ceno a las ocho, un sacrilegio para el horario que he estado respetando desde que pisé por primera vez el apartamento si no tengo en cuenta el pequeño adelanto de ayer. Me río para mis adentros, ridículamente feliz por ser traviesa, por saltarme las normas. Me hubiera comido toda la tortilla, tanto ejercicio me ha abierto el apetito pero ya he superado mi grado de desobediencia por hoy y lo aplaco a base de un batido de chocolate y una manzana.

Friego los platos porque quiero, podría dejarlos toda la noche pero no voy a anteponer esta rebeldía al sentido común. Tengo tiempo, no sé a qué dedicarlo y los restos de comida se eliminan peor cuando se quedan secos.

Me preparo el bocadillo, lo envuelvo en papel de aluminio, añado un botellín de agua y un plátano, todas las noches como uno, son nutritivos y fáciles de pelar. Al escuchar el sonido del whatsapp me froto las manos por si hubiera quedado rastro de suciedad y salgo hacia el salón para ver quien me ha enviado un mensaje.

Camila me pregunta si me encuentro en condiciones de ir a trabajar. Le contesto que sí, las dos aplicaciones de pomada de hoy han surtido efecto y el calor de la mejilla se ha rebajado. Le escribo mientras camino hacia la habitación para calzarme y coger la chaqueta ya que empiezo a sentir frío. El hombre se materializa tan cerca de mi cara que puedo escuchar su respiración y el sonido que hacen sus labios al despegarse.

—Hola.

—Hola —me respondo a mí misma porque este hombre solo existe en mi cerebro.

—Ayer no estabas.

—Fui al cine. —¡Me informo a mí misma!

—¿Vives aquí?

El hombre me mira la mano donde tengo el teléfono móvil y yo observo la cebolla roja.

—Vivo aquí, ¿por qué llevas siempre una cebolla?

—La llevo porque es la que me transporta aquí.

—¿Te transportas? —¡Si que tengo imaginación, debería dedicarme a la escritura!

El teléfono pita, había olvidado que tengo a Camila preguntando por mi salud. Le podría contestar que físicamente me encuentro bien pero

mentalmente tengo un problema que se está agravando por momentos. ¡El móvil!, tiene una cámara y la busco torpemente.

—¿Qué haces?

Levanto la cabeza con mi dedo tocando el botón, su mirada cambia y sus ojos se oscurecen, pestañeo para que la conexión que se forma entre ambos se rompa y disparo sin parar hasta que vuelvo a ver la puerta de mi habitación en la pantalla.

—Hoy has estado más callada que de costumbre, ¿te has vuelto a encontrar con Isaac?

—No. —Si Camila, que ya me conoce, considera que he estado más callada no he debido de abrir la boca desde que nos hemos puesto a reponer baldas—. He venido por otro camino para no correr riesgo.

—¿Por dónde?

Tengo que esforzarme, un paso hacia adelante y medio hacia atrás. Lo conseguiré, es cuestión de tiempo, lo que hay en mi cabeza desaparecerá y si no lo hace, ¿qué tendría de malo charlar conmigo misma durante unos pocos segundos al día?, hay gente que tararea canciones mientras camina, otros visten a sus muñecas hinchables y ven la televisión sentados junto a ellas... Aceptarlo, si es algo permanente, sería mi siguiente paso para lograr la normalización.

—Me he metido por una calle que está al lado de un colegio, cerca de la plaza de Carlos V.

—El Pablo Picasso —apunta incorporándose, la hora del descanso ha llegado, y yo no me había dado cuenta.

—He atravesado varias fincas y después he girado a la derecha.

—Y has salido a la carretera, por ahí pasa Isaac.

—¡Es que no hay modo de esquivarle completamente!

Camila mira al techo del supermercado, está pensando y va a llegar a la misma conclusión.

—Pues tienes razón, vayas por donde vayas siempre te cruzarás con su furgoneta en un punto.

—Es de noche y he esperado a que no hubiera coches cerca para pasar. Además he venido antes.

—“Ja, ja, ja”, te advierto que si le gustas te va a cortejar a la antigua usanza.

—¿Cómo?

—Hace unos años —calcula cuantos murmurando—, siete —pronuncia convencida— me apunté con Belén a clases de baile. Íbamos los lunes y jueves de ocho a nueve de la noche. Las clases se impartían en el gimnasio de un colegio, las dos teníamos que pasar por delante de un portal que hay cerca y una noche al salir le vimos con un ramo de flores.

—¿A Isaac?

—Sí, le saludamos y seguimos caminando. Al salir de la siguiente clase le volvimos a ver, esta vez llevaba un oso de peluche rosa, caminaba de un lado a otro de la acera, estaba esperando a alguien pero no pudimos ver de quien se trataba. La semana siguiente ahí estaba de nuevo, en esta ocasión el paquete estaba envuelto en papel de regalo. Esperaba a una chica que ya no vive en Laredo y que llegaba de trabajar a esas horas. Isaac se había enamorado, ella le debía de haber dicho en todos los idiomas que no le interesaba y de hecho delante de nosotras se lo repitió muy educadamente.

—¡Uff!, que violento.

—¿Isaac?, ¡no!, es pesado pero es pacífico, las mata de aburrimiento.

—Me refería a que no es una situación agradable, que alguien intente cortejarte y que tú no quieras saber nada de esa persona.

—¡Ahhh! —Camila tiene una risa fácil—. Peor sería que te pasase lo contrario, enamorarte de alguien que ni te mira.

—También. —Ahora soy yo la que se ríe.

—Si no ha cambiado te perseguirá durante una temporada, quizá te regale flores, bombones, galletas con forma de corazón... si te los ofrece no se los rechaces, los guardas y hacemos una merendola en mi casa una tarde que llueva.

Saco de mi mochila el bocadillo y Camila lo mira atónita. Es la primera vez que me ve comer algo que no sea un plátano a media noche.

—Es de tortilla de patatas, ¿quieres la mitad?, no tengo costumbre y no voy a poder con todo.

—No, gracias, lo comería y sin retirarle el envoltorio, la tortilla de patata es mi debilidad, y el jamón, el queso, los huevos con chorizo, las alubias rojas con su costilla y su tocino...

—Cállate antes de que tenga que ir a por el cubo y la fregona para limpiar las babas que van a empezar a caérseme de la boca —le pide Elisa tapándose los oídos con las manos—, que se casa mi hermano dentro de dos semanas y tengo que entrar en el vestido que me he comprado.

Nos enseña la manzana poniendo cara de animalito abandonado. Es una chica que tiene muchas curvas y a la que, según ella misma confiesa, le encanta comer, tomar sus cervecitas con sus amigas y hacer poco ejercicio, y esa pequeña manzana amarilla no empacharía ni a un gorrión.

—¿Ya lo has comprado? —Me cae bien Elisa.

—Hace un mes. —Le da el primer mordisco como si fuera una penitencia —. Acompañé a mi madre a Santander, debajo del edificio donde tiene su consulta el médico al que tenía que acudir hay una tienda de ropa de mujer. Lo vi en el escaparate y me enamoré, me quedaba más justo que un traje de bucear pero lo compré. Tenía seis semanas para bajar una talla, no parecía tan difícil, más verdura, menos cerveza, algo de ejercicio y podría respirar con el vestido puesto. No sé cómo lo he hecho pero he cogido dos kilos y no me ha quedado otro remedio que ponerme a dieta estricta.

—Saldré fuera a comer el bocadillo.

—¡No digas tonterías!, quédate sentada tranquila. Te lo agradezco pero, ¿para qué me serviría no ver el bocadillo? Repongo las baldas de las galletas, estoy rodeada de comida, ¡trabajo entre comida!, tengo que tener fuerza de voluntad si quiero aparecer en la foto de la boda de mi hermano con ese vestido. ¡Y yo voy a tener mi foto como que me llamo Elisa!

He tenido que dejar la mitad del bocadillo para que el plátano entrase en mi estómago. Acudo al baño a cepillarme los dientes y lo hago debatiendo conmigo misma. Noto los bordes de mi teléfono móvil dentro del bolsillo trasero del pantalón. No va a verse nada porque no lo hay, dos o tres fotos del pasillo es cuanto voy a encontrarme.

Guardo el cepillo y la pasta en mi mochila, respiro profundamente y lo miro, las dos primeras fotos están borrosas pero en la tercera conseguí dejar el móvil quieto y le veo, la imagen es nítida como si hubiera posado. Estoy tan centrada en mantener que es una ilusión que he tenido el detalle de cortarle las piernas y el brazo izquierdo en la fotografía. Es el momento de pedir ayuda.

—¿Te puedo enseñar una foto?

—¡Claro!

Estamos desvistiéndonos, la jornada laboral ha terminado y no puedo esperar más. Desbloqueo el teléfono y busco la foto. Ahora la verá y sin proponérselo me confirmará que mi cerebro se está licuando.

—¡Menudo hombre! —sentencia después de mirarle detenidamente—, es increíblemente guapo y parece muy grande.

—Lo es —consigo decir con voz rasposa.

—¿Algún amigo tuyo?, que calladito te lo tenías.

—Sí —Como no esperaba que le viera no tengo respuestas y el zumbido en los oídos no me deja pensar.

—¿Va a venir a verte?

—No lo sé. —Tengo que parecer convincente—. Quizá se anime.

—Si me has enseñado su foto para que te dé mi opinión te confirmaré que yo misma le diría que viniera a visitarme si no estuviera loquita por Alfredo.

—¿Nos vamos? —le pregunta Noelia con las llaves del coche en la mano —, creo que estoy incubando algo, me encuentro fatal. ¡Menudo bombón! —ha visto la foto y su cara griposa se ha iluminado antes de volver a ser el reflejo del malestar que siente.

—Yo también salgo, tengo que darme la crema. —La cabeza me va a estallar, ¿cómo es posible?

—A una le golpea un buitre, a la otra se le ocurre vacunarse de la gripe y no la ha soltado desde primeros de Septiembre, chicas, os pasan unas cosas muy raras.

Una gripe no es rara, sufrir dos o tres en la mismo invierno son malas coincidencias, raro es que aparezca un hombre todas las noches en mi pasillo, ¿qué voy a hacer?

¡Es real, él es real! Camila le ha visto, Noelia también le ha piropeado aunque tenía cara de encontrarse fatal. Dos personas que tienen una vida normal, ambas con pareja, con una estabilidad que no hace sospechar que tengan problemas mentales han mirado la pantalla y han visto a ese hombre.

Llego a la residencia en un tiempo record, meto la bicicleta en el trastero, corro al portal, subo los últimos escalones agarrando la barandilla con ambas manos para impulsarme, entro jadeando, cierro con llave, saco el único cuchillo grande del cajón de la cocina y comienzo a revisar cada rincón donde podría esconderse ese hombre.

El apartamento es tan pequeño y tiene tan pocos muebles que me resulta imposible considerar que alguien pueda estar dentro sin que yo me entere. El hall tiene el tamaño justo para que, en tres de sus cuatro paredes, tengan cabida las puertas de la entrada de casa, la de la cocina, la del salón y la del pasillo que da acceso a mi habitación y al único cuarto de baño. La pared restante tiene un discreto mueble auxiliar que en su parte inferior contiene tres cajones con poco fondo. En la mitad superior un espejo refleja el pasillo si se

deja esa puerta abierta haciéndolo parecer infinito.

Cierro la puerta del pasillo, las bisagras están secas y hacen un molesto ruido, si hay alguien en el cuarto de baño o en mi habitación y quiere salir el sonido me avisará.

Solo alguien muy pequeño podría meterse en uno de los dos armarios bajeros que tiene la cocina, los abro y no encuentro sorpresas. El balcón no tiene columnas, es una continuación de la cocina que algunos propietarios anexionaron a ésta por medio de un horrible cerramiento de metal y cristales. Esta obra afea la estética del edificio al no haberse aplicado en todos los balcones y tener como agravante que cada vecino eligió un cierre diferente.

Sin dejar de estar atenta al posible ruido de la puerta del pasillo termino mi examen a la cocina, cierro su puerta y entro en el salón. El sofá es compacto, la mesa no tiene mantel que oculte el espacio entre sus patas, el mueble de la televisión es casi simbólico; muchas baldas y pocas puertas con huecos donde solo entraría un gato enroscado. Las cortinas están siempre recorridas, son finas y se ven gastadas por los años, cualquier figura escondida detrás de ellas quedaría delatada al instante; pero no descarto mirarlas y las levanto y aplasto con mis manos descubriendo entre toses que necesitan un lavado.

Es el turno del baño, un lugar en el que solo asomo la cabeza. La puerta pliega contra la pared sin dejar espacio donde meterse y el resto está a la vista: la bañera con su mampara trasparente, el inodoro y el lavabo con su consiguiente armarito a la altura de los ojos donde la puerta es a su vez espejo.

Solo queda la habitación, ¿y si ha estado durmiendo debajo de mi cama?, el cuchillo me resbala por el sudor y lo cambio de mano para secarme la palma frotándomela contra la tela del pantalón. Me arrodillo, antes de que el miedo me paralice, debajo de la cama solo está mi maleta de ruedas pero para descartar cualquier jugarreta de la vista la saco y vuelvo a mirar hasta que quedo satisfecha. No está, y las cortinas de este cuarto solo cubren las dimensiones de la ventana que ocupa la mitad superior de la pared. Debajo se sitúa el radiador y entre este aparato y la pared solo entra mi mano y porque la tengo fina.

Abro al mismo tiempo las dos puertas del armario, toco los fondos, los golpeo con los nudillos, me subo a la cama para ver los altillos que solo contienen el juego de sábanas de repuesto y una manta marrón que todavía no

he tenido que usar y que intuyo, por sus tonos marrones, tendrá el diseño sesentero de un tigre con las fauces abiertas.

No está, me siento en el borde de la cama, dejo el cuchillo sobre la colcha y respiro aliviada. ¿Por dónde entrará?, el balcón no tiene adosado otro por el cual colarse, las ventanas de los apartamentos contiguos están alejadas, no hay modo de pasar por la fachada de una vivienda a otra si no se hace descolgándose desde la azotea. Siempre cierro las ventanas, no tienen cerradura exterior, para entrar por una de ellas habría que romper un cristal.

¡Entra por la puerta!, hay gente que tiene habilidad para abrir cerraduras con esos pequeños palitos de metal que introducen por la ranura de la llave. También he oído que con una tarjeta de crédito o con una radiografía se pueden abrir algunas puertas. ¿Y si tuviera la llave?, un antiguo inquilino que sacó una copia, alguien relacionado con la propietaria, un hijo quizá al que le guste jugar a atemorizar a las chicas.

Pero, ¿por dónde se marcha?, ¿es mago y utiliza algún truco para que parezca que desaparece? Para alcanzar la puerta e irse tendría que pasar a mi lado y no hay espacio, su cuerpo y el mío se rozarían, ¿cómo lo hace?

Regreso a la cocina, los lunes compro la comida de la que me alimentaré durante la semana. No hay productos sofisticados pero siempre tengo reserva de leche, azúcar, café y galletas. En el frigorífico hay dos huevos, un yogurt, media sarta de chorizo, queso en lonchas, dos manzanas y tres mandarinas que metí para protegerlas del calor que se concentra en la cocina cuando hace sol y un tarro de cristal con tiras de pimientos de piquillo. Hay pan de molde y dos latas de bonito del norte en aceite de oliva. De hambre no voy a morir, hoy no salgo de casa.

Llevo las dos banquetas de la cocina a la entrada y las coloco pegadas a la puerta. Poso sobre cada una de ellas varias cucharillas y tenedores, si alguien intenta entrar moverá las banquetas y se caerán los cubiertos que a su vez harán ruido al impactar sobre las baldosas del suelo.

Bajo todas las persianas, reviso que las ventanas estén bien cerradas. Me siento pegajosa por la tensión pero no puedo darme el capricho de ducharme, el ruido del agua no me dejaría escuchar el de la puerta. Llevo ropa limpia al baño, me lavo con una esponja y dejo la ropa sucia dentro del tambor de la lavadora que hoy, aunque lo necesitase, tampoco encenderé, cuando centrifuga parece un avión despegando de la pista.

Conecto el cargador del móvil en el enchufe del salón y pongo a cargar el

teléfono que tiene la batería al treinta y cinco por ciento. Poso el cuchillo en la mesa del salón y me tumbo en el sofá a esperar a que el sueño venga. No dormiré en la cama, solo traspasaré el pasillo para acudir al baño.

Si este hombre hubiera querido causarme daño ya lo habría hecho, si quiere divertirse un rato conmigo le disuadiré de hacerlo con el cuchillo. ¿Y si lo que quiere es que me marche de la vivienda? He pagado tres meses por adelantado como fianza que no podría recuperar si dejase el apartamento antes de que se cumpliesen los doce meses por los que lo alquilé. Eso lo justificaría todo, quiere asustarme haciéndose pasar por un ser que aparece del más allá y la cebolla sería su distracción para escapar.

Me siento relajada al saber que no tengo problemas mentales, preocupada porque alguien puede entrar a mi apartamento y asustarme cuando le viene en gana; pero sobre todo estoy terriblemente furiosa porque a alguien no le importa mi bienestar físico y mental.

CAPÍTULO CINCO

Un ruido me despierta cuando estaba profundamente dormida, tanto que paso la mano por la mesa auxiliar del salón sin todavía estar del todo consciente y empujo el cuchillo hasta que cae al suelo. La alfombra es marrón, el mango del cuchillo también, al ser de madera, y en la televisión hay una imagen de un camionero conduciendo por la noche. Sin apenas luz encuentro la empuñadura del cuchillo palpando la alfombra.

El sonido proviene del descansillo, son las ocho y cuarenta y cinco minutos de la mañana y si este hombre ha cambiado de horario para darme la sorpresa de mi vida asustándome cuando se supone que estoy en mi cuarto durmiendo, hoy seré yo quien se la daré a él.

Levanto despacito las dos sillas para que no se caigan y me delaten los cubiertos que posé sobre ellas y que tenían que cumplir la función de alarmas caseras. Giro velozmente las dos vueltas de la llave hasta que los pestillos de seguridad quedan recogidos y abro dispuesta a encararle y a decirle un par de cosas antes de llamar a la policía para interponer la correspondiente denuncia.

—Soy el ascensorista, estoy engrasando las puertas. Siento haber hecho mucho ruido, no sabía que este piso estaba ocupado.

El hombre tenía poco pelo y el que quedaba se le estará cayendo ahora mismo por la impresión que debo haberle causado. Tengo la coleta medio deshecha, cara de que voy a matar a alguien y un cuchillo de grandes dimensiones en una mano. ¡Pobre hombre!

—¡Lo siento!, no era mi intención asustarte. —Parezco una loca a punto de cometer su primer crimen de la mañana contra un hombre cuya única arma es una aceitera—. No había escuchado este ruido antes y he pensado lo peor.

—Normal —me responde el hombre mirando de reojo el cuchillo que todavía le apunta—, volveré más tarde.

—¡No! —Poso el cuchillo sobre una de las sillas—. Haz tu trabajo, me he comportado como una histérica.

—Termino en un minuto.

—Muy bien —le respondo empezando a cerrar la puerta—, perdona por el susto.

El hombre me sonríe prudentemente y yo le devuelvo la sonrisa abochornada por el mal rato que le acabo de hacer pasar. Vuelvo a cerrar con llave y a colocar las dos banquetas. Tomo mi cuchillo y me tumbo en la misma postura sobre el sofía que todavía mantiene el calor de mi cuerpo. El sueño se ha esfumado por la tensión y despu es de media hora inform ndome sobre el tiempo que va a hacer y el estado de las bolsas europeas en su apertura me rindo y me levanto para ir al baño con mi cuchillo.

El tiempo pasa tormentosamente despacio encerrada en casa. Desayuno, limpio lo que puede estar sucio, limpio lo que ya estaba limpio, elijo lo que voy a comer, enredo en internet, busco el precio de las tenacillas que utilizó la peluquera para hacer las ondas en mi cabello, los senderos de dificultad baja del monte Buciero de Santoña y el tiempo que se tarda aproximadamente en recorrer cada uno de ellos. Me intereso por la historia de Laredo, por la de Santoña y por la flora y fauna de las marismas de Joel y por todo lo relacionado con la comarca. Dedico dos horas a culturizarme, a ver fotografías y a escuchar a una coral cantar canciones populares que hablan de una fuente y de los peces que se pescan en primavera.

Levanto la persiana del salón y me consuelo mirando como las gotas golpean los cristales. Abro la ventana y la cierro inmediatamente al recibir el primer soplo de aire frío. Si ayer subía la temperatura ya elevada del sábado, hoy parece un día de invierno de esos en los que solo apetece taparse con una manta y pensar en todo lo que podremos hacer cuando pase la tormenta.

Hago una ronda que, aunque estoy casi segura de que es totalmente innecesaria, efect o minuciosamente. Realizo ejercicios variados retirando la mesa del salón para dejar espacio y cuando estoy cansada me preparo el almuerzo. Me tumbo, cojo el mando y encuentro un documental sobre el fascinante mundo de las hormigas. Muy interesante; sus construcciones, la reina, cuanto tiempo viven... cierro los ojos y sigo escuchando.

A las cuatro menos cuarto me despierto. La luz azul del móvil parpadea, alguien me ha enviado un mensaje. Son "las correccaminos", suspenden el paseo porque llueve y hace viento. Agradezco a la borrasca por aparecer con un día de antelación sobre el horario previsto, no me acordaba y hubiera quedado como una maleducada no acudiendo sin dar una explicación previa.

Escribo "O.K, hace muy malo", y dedico la siguiente hora a hacer planes: apuntarme a un gimnasio para mantenerme en forma cuando los días lluviosos me impidan salir en bicicleta o hacer rutas por los montes, visitar Santander,

comprarme algo de ropa que falta me hace, pedir cita a mi nuevo médico de familia para que me haga una analítica...

He mirado la foto unas cuantas veces, más de las que me gustaría reconocer, desde que volví del trabajo. Me estaba observando y la cámara del móvil ha captado su... ¿desconcierto? Además de escapista y caradura es muy buen actor porque al enfocarle ha sabido poner cara de estar sorprendido por algo que él mismo había organizado.

¡Menudo cabronazo!, hipnotizándome con esos ojos y con una ridícula cebolla roja en la mano. Tendría que haber comprado cinco kilogramos de cebolletas para arrojárselas a esa cara tan bonita que tiene, y ajos, puerros, una coliflor y toda la huerta de Navarra.

Estoy mirándole otra vez, aumentando la imagen, sintiendo vergüenza porque incluso dentro de la pantalla su mirada tiene poder. Vengo el impulso de borrar la foto para no poder sucumbir de nuevo y quedarme con la boca abierta mientras repaso sus rasgos. Tampoco me conviene deshacerme de ella, podría necesitar una prueba de su allanamiento de morada y además de su cuerpo capturé un trozo del pasillo y del cuadro de la puesta de sol con palmera incluida que justificaría que ha estado dentro de mi apartamento.

Meriendo sin tener hambre, preparo la ropa que me voy a poner para ir a trabajar y el sándwich con su correspondiente plátano que comeré en el tiempo de descanso del trabajo.

¿Se atreverá también hoy?, ¿me espiará?, podría estar haciendo lo mismo en más viviendas, tener un montón de apartamentos en alquiler con inquilinos atemorizados ante sus apariciones, ser alguien que lo hace por pura diversión, un psicópata, un perverso que olisquea la ropa interior de las mujeres, que se la pone, ¡tengo que lavar toda mi ropa interior!

Las dos últimas horas han sido un suplicio para mi sistema nervioso. A falta de un cuarto de hora para las nueve ya estoy vestida, he cenado lo que mi estómago ha aceptado, mi mochila está preparada, mi teléfono móvil guardado en el bolsillo de mi chaqueta y el cuchillo en mi mano preparado para atemorizar porque no me veo capaz de usarlo.

Reviso por última vez cada estancia, compruebo las persianas, las ventanas, miro debajo de la cama... recojo las cucharillas, las guardo en su cajón y llevo las banquetas a la cocina. Saco el teléfono y busco la grabación de video. Desde la entrada no hay distancia suficiente para poder filmar un plano del hombre empujando la puerta con su llave dentro de la cerradura de

mi apartamento. Desde la cocina no tengo ángulo, tampoco desde el salón, el mejor lugar es el pasillo así que voy dando pequeños pasos hacia atrás hasta que tengo toda la puerta encuadrada dentro de la pantalla.

¿Qué sentido es esta noche el más rápido, el del olor o el del tacto? Los dos llegan a mi cerebro bloqueándome, ¿cómo ha entrado?, no he dejado de mirar la puerta que sigue cerrada.

—Tranquila, no voy a hacerte daño.

El calor de su mano en mi hombro ha traspasado mi ropa como si fuera papel de arroz. Me giro diciéndome que no debo mirarle fijamente a los ojos pero no me hago caso y es lo primero que busco.

—¿Por dónde entras? —La atracción es fuerte, no debo perder el control.

—No lo sé, ¿dónde estoy?

—Ya lo sabes, en mi apartamento.

—¿Qué ciudad?, antes de ayer miré por una ventana pero es de noche y no reconozco el lugar.

—Laredo. —Levanta una ceja—. Cantabria, España. —Si quiere jugar a hacerse el tonto yo también se hacerlo—. Europa, planeta Tierra, sistema Solar, Vía Láctea, Universo.

—¿Laredo?

—Sí. —Me empieza a exasperar tanta sobreactuación—. El norte, playas de arena blanca, montañas verdes, buena comida...

Eleva el brazo y toca ligeramente la marca de mi mejilla. Lo hace con delicadeza, sin apartar sus ojos de mi rostro, como si fueran un escáner almacenando la información de mis rasgos.

—¿Qué te ha pasado?

—Un percance con un animal.

Escucho el ruido del cuchillo al caerse de mi mano pero no lo miro, estoy cautiva del placer de las yemas de sus dedos en mi piel. Me cuesta recordar el motivo por el que tenía un arma y cuando lo hago tengo que luchar conmigo misma para no ceder al deseo de relajarme y simplemente disfrutar. Busco su mano con la mía para retirarla de mi cara, su piel sigue caliente y sin dejar de mirarnos desaparece.

Me toco la cara y observo mi mano buscando su recuerdo, se ha ido.

—¿No habrás pensado en ir hoy en bicicleta? —Es lo primero que escucho cuando contesto a la llamada de Camila.

—¿Llueve? —Es cuanto se me ocurre decir.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, esta tarde bajé las persianas para que los cristales no se ensuciaran con la lluvia. Iba a mirar justo ahora si había parado. —Me rehago como puedo, son las nueve y cuarto y la llamada me ha pillado en el pasillo del que no recuerdo haberme movido desde que él se marchó.

—¡Qué va!, ni ha parado ni tiene pinta de hacerlo. He mirado la previsión del tiempo y han dejado la misma nube negra hasta el miércoles. ¡Un asco!, odio la lluvia, cuando me jubile me iré a vivir al sur.

—¡Qué pena! —respondo mecánicamente, ahora mismo no estoy pensando en si me alegra o entristece el tiempo que vamos a tener los próximos días, en mi pasillo no llueve.

—¡Qué le vamos a hacer! —Camila se consuela muy bien a sí misma—. ¿Te esperamos en la esquina de tu residencia a las diez menos cuarto?, ¿o prefieres que te lleve Isaac?

—¡No!, si tengo que escoger prefiero mojarme antes que montarme de nuevo en su furgoneta. —Le había olvidado, recordar cómo huele me revuelve el estómago y no lo quiero dentro de mis fosas nasales

—“Ja, ja, ja”, pobre muchacho, va a ahuyentar a todas las chicas de la provincia. Nos vemos dentro de media hora.

—Sí, hasta luego.

Me cuesta abandonar el pasillo, huele a él y eso me gusta. El cuarto de baño no tiene ventana y la de la habitación está en la misma posición que la última vez que la revisé. Apareció detrás de mí, y desapareció. ¡Apareció!, lo hizo donde no había nada, ¿es humano?

Me siento en el borde del sofá con la luz apagada, la que entra del pasillo es suficiente para ver los contornos de los muebles y para pensar no se necesitan quinientos vatios aunque para entender que un cuerpo se ha “deshecho” delante de mis ojos sí que me vendría bien algo de claridad mental extra.

No se le inventa mi cerebro, no se cuela por la puerta, ¿tienen los espíritus olor?, ¿pueden tocar, y pueden, quienes los ven, tocarles?, ¿están sus pieles calientes?, ¿se aplican perfume los del más allá?, ¿cambian de camisa todos los días?, ¿hay tiendas?, ¿siguen la moda y se llevan este otoño los cuadros en el cielo?, ¿es un demonio?

Me río interiormente y me froto las sienes con ambas manos, ¿cómo es posible que los espíritus existan y uno terriblemente guapo me visite cada

noche? Si fuera alguien que murió en esta casa no me habría preguntado donde estamos, Laredo no ha cambiado de ubicación, el edificio tampoco se ha movido.

Debería haber reconocido lo que veía por la ventana aunque fuera de noche. El apartamento tiene un suelo de baldosa horrible, algunas están partidas y otras tienen zonas desconchadas, en esta vivienda las obras han sido las justas y no creo que se haya cambiado la distribución, más que nada porque no hay metros cuadrados suficientes para hacer malabarismos. Se sorprendió cuando le dije Laredo, ¿dónde pensaba que estaba, en Hawái?

Cuando morimos el cuerpo se descompone, ¿nos dan nuevos cuerpos al pasar a otro estado?, ¿nos quedamos con el que teníamos?, si mueres con noventa y ocho años y te dejan como estabas te joroban la vida eterna. ¿Podemos escoger, nacemos de nuevo...?, ¿se escuchan voces, cacofonías...?, si no me río de mí misma me estallará la cabeza. Eso es lo que preguntaría a los telespectadores el presentador de ese programa sobre las apariciones y los misterios. No soporto tanta pregunta tonta que nunca obtiene respuesta y resulta que ahora soy yo quien está haciéndolas y encima no me pagan por ello.

Me levanto para dirigirme a la cocina. Levanto la persiana del balcón y salgo a que me dé el aire. La lluvia se ha vuelto densa y tranquila, de las que te cuentan que no van a irse en un buen rato. Me subo la cremallera pero no es suficiente y entro a coger la manta del salón. Me apoyo en la pared cubriéndome bien hasta sentir que retengo mi propio calor corporal.

En algunos edificios hay viviendas habitadas, un segundo y un quinto en la que tengo a mi derecha, un último piso en una residencia que tiene locales comerciales en sus bajos, y un cuarto en la residencia que tengo frente a la mía. ¿Se pasean por esas casas hombres, mujeres y niños que murieron hace tiempo saludando a sus habitantes, o es cierto que solo unas pocas personas son capaces de ver a los espectros?

No puedo creer en los espíritus, si lo hiciese mi mundo en construcción se tambalearía. Lo apuntalé con troncos viejos traídos por la marea y todavía no he tenido oportunidad de sustituirlos por otros más resistentes. Le pediré que se vaya, apelaré a su paso por la tierra, reclamaré la oportunidad que él tuvo de vivir sin tener a un alma apareciéndose con una cebolla cada noche. Quiero vivir en la ignorancia mientras pueda, disfrutar de una existencia que por primera vez tiene más luces que sombras. El fantasma tiene que desaparecer, y

para siempre.

Empezaré a mirar otros apartamentos, perder la fianza me parece algo insignificante si lo que está en juego es mi cordura, ese dinero será un pago que aceptaré gustosa.

—Hola Isaac.

—Hola Camila, hace tiempo que no nos veíamos.

—A partir de ahora nos veremos a menudo.

Isaac ha detenido la furgoneta a la altura del coche de Noelia. Me ha visto cruzar la calle y ha frenado de golpe clavando las ruedas en el asfalto con un chirrido muy desagradable.

—¿Sí?

Isaac mira dentro del coche, no entiende porqué Camila se ha dirigido a él afirmando que a partir de ahora nos vamos a ver con frecuencia.

—Las tres trabajamos juntas, recogeremos a Clara todas las noches —la frase no está pronunciada de un modo especial; pero el mensaje es claro: “no vas a llevarla en tu furgoneta”

—Yo también me había ofrecido.

—¡Que detalle por tu parte! —Camila es increíble, responde como si en realidad le importase lo que Isaac dice—. Vendrá con nosotras y volveremos juntas, tú sales una hora más tarde de la fábrica.

—Pero podría llevarla y vosotras traerla. —Isaac no se rinde, es cierta su tenacidad.

—Muchas gracias. —Tengo que aprender a defenderme y ahora mismo Isaac y sus intentos de ligar conmigo me parecen un problema muy pequeño si lo comparo con el de mi pasillo—. Iremos y volveremos juntas. —Me trago la mentira que ya estaba preparando, no tengo porqué disculparme, yo decido lo que quiero hacer y con quien deseo compartir mi tiempo—. Agradezco mucho tu ofrecimiento. —Me repito con una sonrisa que quita autoridad a mis palabras anteriores, ¡qué rabia me da ser tan blanda!

—Está bien. —No se mueve y si no lo hace tampoco podrá salir el coche de Noelia—. Es normal, sois mujeres, hablareis de vuestras cosas... —Me dedica una media sonrisa.

—Claro. —Camila me ayuda—. ¿Nos vamos?, si nos quedamos más tiempo aquí charlando los cuatro llegaremos tarde al trabajo.

—¿Tomamos un día un café?, ¿te gustaría aprender a hacer surf? —Me hace propuestas según se le van ocurriendo—. Tengo tablas y puedo pedir un

traje a alguna amiga —este hombre tiene una moral a prueba de bombas.

—Como ya sé dónde vives y tenemos los mismos horarios si me animo te busco.

Ahora sí que ha tenido que quedarle aclarada una cuestión: que soy yo quien decidirá si quiero su compañía.

—Va a seguir insistiendo —Camila me advierte en cuanto la furgoneta se aleja y nosotras también podemos incorporarnos a la carretera, yo también lo creo, no he sido suficientemente tajante—, pero acabará entendiéndolo.

—Eso espero.

—¿Crees en que hay vida después de la muerte?

—Menuda preguntita a las tres de la madrugada.

—Ya... —Se ha escapado de mi boca, yo no quería pronunciarla—. Olvídalo, ha sido una pregunta tonta.

—No soy la única que puede proponer tema de conversación y cualquier charla será buena para distraernos, hoy los tubos de pasta dentífrica están de un soso...no me han dicho nada.

—Las mascarillas para “cabello dañado” tampoco están muy habladoras, debe ser la lluvia que las deprime.

—No creo en nada y no será por no pensarlo. Alfredo y yo hemos hablado muchas veces de ello. Él es creyente y quiere que nos casemos por la Iglesia. Yo no quiero porque para mí no significa nada. Estamos en un punto muerto, no se puede partir, no se puede decir: “pues ni para ti ni para mí”. Creo que al morir el cuerpo también lo hace cualquier modo de existencia. Solo quedará nuestro recuerdo en la mente de las personas que nos conocieron.

—Ya veo que lo has pensado bien.

—Hemos hablado mucho... demasiado. Nos hemos dado un año de tregua, hasta Julio no volveremos a hablar de matrimonio. No creo que exista Dios, no creo que exista el diablo, tampoco creo en los espíritus —resume contestando sin querer a mi pregunta—, ¿en qué crees tú?

—En el bien, en el mal, en hacer lo correcto en cada momento, en dar sin esperar nada a cambio... creo que todo empieza y termina en la Tierra.

—¡Que no es poca cosa!

—No.

—¿Sabes en lo que no creo?

—No. —Preguntándolo Camila la respuesta puede ser sorprendente—. ¿En qué?

—En que esta crema reafirme nada. —Mueve un tarro de crema reafirmante para el cuerpo—. Durante meses me he embadurnado los pechos en toneladas de crema, los he cubierto como si fueran pasteles, los he metido dentro del tarro, me he frotado y los pechos han seguido mirando al suelo. —Baja el tono y tengo que concentrarme para entender sus palabras Alfredo me ha pillado haciéndolo—. Me ha preguntado si me excitaba pellizcarme los pezones cuando estaba sola.

Me río tapándome la boca para amortiguar las carcajadas. Las lágrimas distorsionan las baldas y tengo que frotarme los ojos para volver a ver los contornos de los tarros de mascarilla.

—Le enseñé el bote y me propuso dármele él todas las noches, me enfadé y le tiré el tarro a la cabeza. Menos mal que no acerté porque estaba casi lleno; pero me cargué una figura de una bailarina que nos había regalado su tía Remedios. Era horrible y fue un modo involuntario de darle el pasaporte al cubo de la basura porque se partió en demasiados pedazos para unirlos con pegamento. Tiramos a la bailarina y a la crema reafirmante juntas.

—¡Pero si estás muy bien!, no necesitas esas cremas.

—Eso lo dices porque llevo sujetadores que las ponen firmes pero cuando libero mis tetas son como dos flanes que han cuajado poco, se desparraman.

Las estrías, los pechos caídos, la lorza de la tripa... pasamos de un punto a otro sin dejar de trabajar. A Camila le encanta hablar, yo soy buena oyente y tampoco puedo opinar mucho sobre cuestiones que están alejadas de mí. Estoy muy delgada y no por voluntad propia, no tengo pechos grandes y están firmemente sujetos, tampoco hay tripa porque no hay grasa y de mi culo solo puedo decir que no es grande. Si está caído o tiene el aspecto de una manzana no lo sé, nunca me he preocupado en mirar su reflejo en un espejo.

—Me acuerdo de una mujer... cuando vivíamos en la comuna. Tenía los pechos más grandes que yo haya visto en mi vida y nunca llevaba sujetador. Cuando se sentaba se le posaban sobre los muslos. Yo no entendía la fijación que tenía uno de los hombres con sus pechos, a mí me parecían igual de molestos que las ubres de las cabras.

—¿Cabras?

—Un pastor de cabras solía llevarlas a unos prados a los que a me gustaba ir con los perros y cuando las hembras parían apenas podían caminar con las ubres hinchadas colgándoles entre las patas. Cada vez que veía a la mujer con aquellos pechos moviéndose por debajo de la camiseta me recordaba a las

cabras, incluso su cara se me parecía. Aquel hombre metía la cabeza entre sus tetas en cuanto tenía ocasión y ahí se quedaba hasta que le faltaba el aire. Me parecía asqueroso.

—Cuando las demás estábamos jugando con muñecas tú ya habías visto demasiado.

—Sí.

Me quedo mirando la tapa amarilla del tarro de mascarilla para pelo seco o teñido. El daño mayor no fue ver a gente teniendo relaciones sexuales, yo tenía mucha intuición para escapar de la visión explícita y casi siempre conseguía apartar la mirada a tiempo.

—No me tuvieron que explicar de dónde venían los niños. —Veía a las cabras hacerlo, no hay que ser muy lista para sacar conclusiones—. Nunca he tenido ganas de ver películas porno.

—Tuvo que ser muy duro.

—Lo fue por mi madre, ella me llevó.

—¿Sabes si sigue viviendo allí?

—No. —Busco el recuerdo de su rostro pero se perdió hace mucho tiempo—. ¿Y sabes una cosa?

—¿Qué?

—Que ya no me importa.

Camila me abraza y si pudiera verme la cara sabría que estoy sonriendo, me he curado.

—Eso hay que festejarlo.

—Sí.

Celebraré que estoy bien y no permitiré que ese hombre me desequilibre con sus apariciones desde el más allá. Hoy mismo empezaré a buscar un nuevo apartamento.

—¿Falleciste en esta casa?, ¿te asesinaron?

Hoy no he buscado otro apartamento en alquiler, lo he “olvidado” mirando hacia otro lado cuando pasaba delante de las inmobiliarias. No he puesto la lavadora y lo necesitaba, he comprado sin orden ni lógica porque mi cabeza se había quedado en otro sitio; en el pasillo.

He tratado de integrarme en la conversación que hemos mantenido en la cafetería a la que hemos ido “las correcaminos” al seguir lloviendo y no poder pasear. No sé de qué hemos hablado, ignoro si yo he dicho algo con sentido o me he dedicado a frases hechas como: “claro”, “ya te digo”, “fíjate”... He

amasado la arcilla en clase de cerámica hasta que el profesor me ha preguntado si pensaba hacer algo más con ella que pasarla entre mis dedos una y otra vez. ¿Llovía cuando regresé a casa?, ¿he comido?... ahora no importa, él está.

—¡Nooo! —Mis preguntas no las había previsto y le dejan pensativo—. Estoy vivo, ¿y tú? —Vuelve a tocarme, un muerto que dice que está vivo me acaricia por segunda vez y por increíble que parezca me sigue gustando y mucho.

—Sí, bueno, eso creo. —Si no retira la mano de mi brazo no pararé de decir tonterías—. Si estás vivo, ¿cómo es que puedes llegar al pasillo sin pasar por la puerta?, ¿tienes poderes?

—Me alegra saber que te planteas algunos de los mismos interrogantes que yo, eso significa que no estoy loco.

—Entonces... ¿tú tampoco sabes qué está pasando? —Su risa llena de matices aligera el aire.

—No.

El tiempo se ha terminado y pongo en marcha el contador: veintitrés horas y cincuenta y nueve minutos.

—Quiero una agenda.

—¿De qué tamaño?

—Así. —Mis manos se separan hasta dejar el espacio que ocuparía medio folio aproximadamente.

—¿Cuadriculada, de rallas, en blanco?

—De rayas. —Odio los cuadernos de cuadros, me molestan al escribir y más cuando quiero leer lo que he escrito.

—¿Algo más?

—Un rotulador fluorescente verde y otro naranja. Y también quiero dos bolígrafos: uno azul y otro negro, que permitan escribir muy rápido.

—Seis con cuarenta.

—Añádeme un rollo de cinta adhesiva blanca.

—¿Te refieres a esta? —Me enseña un rollito blanco.

—Sí.

—¿De la que se corta fácil o de la normal?

—La que mejor se corte.

—La fácil, ocho con cincuenta.

¿Se corta sola?, ¿me pregunta la medida que necesito antes de cortarse?,

¿me cuenta un chiste si me encuentro triste? No habrá un segundo rollo, no con estos precios...

—No paras de bostezar, ¿no has dormido bien?

—Parece que no lo suficiente.

—Ya me has contagiado.

Camila abre la boca y la pelota vuelve a estar en mi tejado. Al llegar el siguiente bostezo comienza a molestarme la mandíbula, llevo todo el día haciéndolo, los nervios no me dejan relajarme, estoy cansada y caminar a paso rápido me está dejando agotada.

Duermo poco y mal, sueño con ese hombre, con su mano en mi herida, con su risa... su olor no desaparece ni abriendo las ventanas y dejando que el aire del Cantábrico atraviere el apartamento.

—¿No te echas la siesta?

Raquel también trabajó en la famosa fábrica de Treto y lo hizo a turnos. Una semana trabajaba de mañana, otra de tarde y la tercera de noche.

—No suelo. —No lo hacía antes y ahora dudo mucho que pudiera.

—Deberías, te tumbas nada más comer y cierras los ojos. Con media hora el cuerpo recupera bastante.

—Lo intentaré —contesto ocultando el siguiente bostezo que seguramente no será el último.

Me esfuerzo para memorizar la receta del bizcocho de nata que me pasan, me concentro para contestar coherentemente a las preguntas de Belén sobre las ciudades donde he vivido e intento ignorar el dolor de cabeza que se está acomodando sobre mis ojos. Al llegar a casa busco la caja donde guardo los medicamentos, tomo dos pastillas con medio vaso de leche y me dejo caer en el sofá a esperar a que el dolor remita.

—No hables por favor, deja que haga yo las preguntas.

—Está bien.

He marcado en el suelo una línea con la cinta adhesiva blanca que es cierto que se corta fácilmente tal y como me dijo la mujer que me atendió en la librería. Lo que se le olvidó decirme es lo que cuesta separar el final de la cinta del resto del rollo. Después de encontrar el borde por medio del tacto he tenido que recurrir a toda mi paciencia para no abrir la ventana del salón y lanzarlo al jardín. No había modo de que todo el ancho de la cinta se separase al tiempo y me he acordado del listillo que lo fabricó y lo puso a la venta sin comprobar antes si este producto era realmente tan práctico como parecía.

Miro al suelo y veo la distancia a la que coloca sus pies cuando aparece, a diez centímetros, calculé bien. Él también mira hacia donde yo lo hago y levanta las cejas al ver la cinta pidiéndome una explicación.

—Para no situarme donde tú lo haces.

—Te aplastaría —y lo dice con una sonrisa que agravará mi insomnio.

—Sí. —La diferencia entre nuestros cuerpos es evidente y muy agradable.

—¿En qué año vives?

—Dos mil diecisiete.

Encuentro algo, una sorpresa en mi respuesta que camufla pasándose los dedos por cuello y barbilla. El ruido de su barba me hace imaginar qué cara pondría si fuera yo quien le tocara. Estoy pensando en su barba, ¿no debería seguir preocupada?

—¿Día?

—Veinticinco de octubre.

Asiente con la cabeza, lo que me lleva a deducir en este caso que es la respuesta que esperaba escuchar.

—¿Hora local?

—Nueve de la noche menos dos minutos.

—No has mirado el reloj para decírmelo.

—Siempre apareces a la misma hora, te estaba esperando.

—Y yo a ti.

—Pero te vas demasiado pronto —le digo al vacío que deja al irse.

—Clara, ¡Clara!

—¿Qué?

—Que si te vas a venir el sábado a la cena.

—¿Qué cena?

—La que voy a hacer en la huerta de mis abuelos para celebrar mi cumpleaños.

—¿El sábado?

—Sí, el sábado. —Por más que lo intento no recuerdo haber escuchado que me hablasen de una cena el sábado, lo del cumpleaños si me suena—. A ti te pasa algo.

—Sí.

Si Noelia fuera un animal del bosque sería una lechuza. Tiene ojos grandes como ellas pero su parecido no es físico, es el modo en el que se fija el que le otorgaría ese puesto. Todo lo observa y como siempre está atenta saca muchas

conclusiones que a otras personas, como a mí, no se nos ocurrirían porque tenemos los pensamientos en otro sitio.

—Es por el sueño. —Esa es la disculpa perfecta porque lo tengo y me tiene en un estado permanente de sopor parecido al que experimentaría después de tomar un par de vinos.

—Ya... —Noelia me escrudiña con sus ojos que todo lo ven yuerzo un bostezo que estaba acercándose a la posición de salida.

—¿Y a qué hora habría que ir? —Si no lo pregunto me quedaré en la ignorancia.

—A las ocho.

—¿De la tarde?

—¡De la mañana no va a ser!, intento hacer una fiesta y por si no lo sabias, los viernes por la noche trabajamos.

—Claro, claro.

—¿Dónde está la huerta?

—Te paso a recoger.

—Voy a llegar un poco más tarde.

—¡Es por el de la foto! —suelta Noelia mirándome fijamente.

—¿Sí?

Camila y Noelia se conocen superficialmente desde hace años y profundamente desde que la empresa para la que trabajamos construyó esta nave. Desde su inauguración han estado juntas en el turno de noche y esas son muchas horas para saber valorar las virtudes de cada una. La sonrisa de Noelia es respuesta afirmativa para Camila.

—¡Tráele!

Camila lo dice de corazón y a mí nada me gustaría más que eso pudiera ser verdad. Significaría que ese hombre no se volatiliza después de unos pocos segundos y que tendríamos algún tipo de relación.

—Si quieres...—Suaviza su voz, sabe que sigo siendo muy reservada,

—Gracias pero será una visita muy breve. —¡Y tan breve!, no llegaríamos ni al portal.

—Bueno, quizá otro día.

—Sí, en esta ocasión solo podrá quedarse unos pocos minutos —decir segundos levantaría sospechas y es una mentira muy pequeña—, por eso preguntaba por la ubicación de la huerta.

—Has pasado muy cerca el otro día, cuando cambiaste de ruta para no

cruzarte con Isaac.

—Muy bien, te llamaré cuando esté llegando, que será aproximadamente a las nueve y cuarto o nueve y media.

—Lo mejor es que pasemos ahora con el coche —Noelia se dirige a Camila—, vamos a poner música y todos nos pondremos a hablar a gritos, no oiremos si nos llama.

—Tienes razón.

—¿Qué tengo que llevar?

—Ya lo tenemos todo organizado.

—Pero no voy a presentarme con las manos vacías.

—Un par de botellas de vino o unas cervezas, nunca hay suficientes.

—Muy bien.

—Es esta. —Es la única que tiene el muro de piedra intacto y dos portones de metal pintados en un brillante verde carruaje—. Trae ropa de abrigo, dentro no hay calefacción.

—Por eso necesitamos tanto alcohol, para calentarnos.

—¿Y por eso te sacamos medio catatónica el año pasado, porque no entrabas en calor?

—No hagas caso a Noelia, es una exagerada, solo estaba un poco mareada.

—¿Ahora lo llaman así? Clara, estaba borracha, se pasó con los chupitos de tequila y terminó en el asiento trasero del coche tapada con varias chaquetas y cantando bachata.

Debió ser tal y como lo cuenta Noelia porque Camila se queda mirando sus uñas como si tuvieran grabado el último secreto de las pirámides de Egipto.

CAPÍTULO SEIS

“NOTAS SOBRE..... “, repaso cada línea hasta que el cartón satinado de la libreta deja de resistirse y permite que el bolígrafo azul haga su trabajo fijándose en el material. Soplo para que el título se seque y paso la página para enfrentarme con una hoja en blanco con sutiles líneas azules.

El hombre, ese hombre... lo primero que tengo que preguntar es como se llama para que cada vez que piense o escriba sobre él no parezca que estoy leyendo un anuncio de colonia para hombre. Si así fuera mi anuncio contaría la historia de un hombre que vive según sus propias reglas, que prefiere los espacios abiertos, que se sentiría prisionero de un trabajo rutinario, al que ninguna mujer podría dominar pero que entregaría su alma a quien supiera comprenderle....

¡Suficiente!, en cuanto me despisto cinco minutos me pongo a frivolar, no debería desviarme de la cuestión que ha provocado que tenga un cuaderno sobre mis piernas; que en algún lugar hay un hombre que cada noche a las nueve menos dos minutos se presenta en mi pasillo.

El miedo, cuyos restos todavía estoy eliminando, la rabia que invadió mi cuerpo al creer que mi mente estaba jugando conmigo, y el asombro al verle en la foto se ahogan dentro de un anhelo que es tan poderoso que anula la fuerza de las otras tres emociones. Quiero que me bese, saber lo que se siente cuando un hombre como él desea a una mujer.

Segunda pregunta: ¿de dónde viene?, de Laredo no, eso ya ha quedado claro. Sus rasgos encajarían en cualquier población de raza blanca pero habla perfectamente castellano y lo hace sin acento así que yo apostaría a que también es español y que vive en alguna provincia de la meseta como Valladolid, Zamora...

Tercera pregunta: ¿en qué año vive donde quiera que viva?, ¿por qué efectuó esa pregunta? Arqueó una ceja cuando le dije que estábamos en dos mil diecisiete. ¡Eso hay que aclararlo!

Cuarta pregunta: ¿qué le ha hecho a la cebolla?, parece cruda pero algo le habrá metido entre las capas para que le lleve de un sitio a otro sin necesidad de llamar a la puerta. Yo habría dibujado una pistola plateada llena de

extraños salientes o un aparado de pulsera que semejaría a un reloj pero...
¿una cebolla como sistema de transporte entre dos lugares?

Quinta pregunta: ¿por qué siempre viene a mi pasillo, ¿es por capricho?, no sabe cómo ir a otro sitio?, (si dijera para verme se me abriría la boca y tendría que cerrarla empujando la mandíbula con la mano)

Sexta pregunta: ¿él ha decidido que sean siempre los mismos segundos que permanece o no hay modo de transportarse por más tiempo sin que su cuerpo se descomponga dejando una mancha negra en el suelo de mi pasillo? Me gustaría que su respuesta fuera un no rotundo y que si pudiese me confirmaría que se quedaría mucho tiempo para poder disfrutar de mi compañía.

Séptima pregunta (que completa la sexta): ¿por qué a las nueve menos dos minutos, no puede elegir la hora?, ¿se abre un portal a esa hora, es cuando ciertas estrellas están alineadas?

Octava pregunta: ¿es doloroso?, no lo parece... ¿podría pasar yo o el camino es de una sola dirección?

De momento no hay más preguntas, éstas son suficientemente complejas como para plantearme otras sin tener primero las respuestas, cierro el cuaderno.

—¿Ya has decidido lo que vas a hacer?

—No. —No puedo olvidarme de él, y según se acerca el momento más nerviosa me pongo—. Estoy pensándolo.

—Como lo pienses mucho más se va a terminar la clase.

—¿Qué hora es? —le pregunto a Abigail, me he quitado el reloj para no poder mirar cada medio minuto.

—Las siete y treinta y cinco.

¿Todavía?, suspiro en silencio. Algo tendré que hacer, estoy en clase de cerámica, no en una de amasado de barro para principiantes y me vendrá bien fijarme un objetivo, concentrarme en algo que no sean unos ojos preciosos y una boca de labios perfectos.

—¿Qué te parece un jarrón?, no tengo y me gustaría poner flores en la entrada del apartamento.

—¿En el torno?

—¡No! —Ni se me ocurre acercarme a esa máquina, mis manos están temblando y no quiero superar la escena de Abigail de la semana pasada—. No tengo ninguna prisa por usar el torno, no estoy preparada.

—Es muy difícil hacer la fuerza justa, puedes hacer un macetero usando la

misma técnica con la que hicimos el cenicero y meter dentro una planta de interior. —Ya lo vi y lo sentí en mi piel

—Buena idea. —Se trata de centrarme, pensar en macetas, flores, plantas, regarlas y abonarlas es un buen punto—. Lo decoraré exteriormente con alguna florecilla para que tenga un poco de gracia.

Me pongo a hacer rollitos como si fuera un trabajo de precisión. Pienso, mientras manipulo la arcilla, en los colores que utilizaré para pintarlo y casi consigo olvidarme de que dentro de una hora todo mi mundo se concentrará en ese pasillo y en los quince segundos que estaremos juntos.

—Buenas noches, Clara.

—Hola, Isaac.

¿Qué hace en el portal?, no es tonto, sabe que donde está no puedo esquivarle, apoyado sobre la puerta bloquea la cerradura y el paso a mi apartamento. No me queda otro remedio que parar y pedirle que se retire para que pueda meter la llave.

—¿Dando un paseo?

—No.

No quiero que piense que me dedico a dar vueltas a estar horas, sería capaz de montar guardia todas las noches, Camila dijo que era pesado y se quedó corta. No quiero ser su objetivo; pero reconozco que ser insistente es una virtud, nadie viene a buscarnos a casa para ofrecernos una vida de cuento de príncipes y princesas que viven en un castillo y tienen unos súbditos que les adoran. Hay que esforzarse, creer en uno mismo, perseverar para conseguir aquello que nos hace felices y en eso Isaac tiene muy buena nota.

—¿Vienes del pueblo?

Todavía no me acostumbro a entender por qué esta zona no es pueblo. Yo vivo en Laredo y esta Residencia es parte de la localidad.

—Sí.

—¿De compras? —Vengo con las manos vacías, ¿qué podría haber comprado, unos granos de arroz que me he metido en los bolsillos?

—Sí.

Le observo y no detecto sorpresa por mi respuesta. Podría haber dicho compras a propósito como pregunta con trampa para que le dijera la verdadera razón por la que estoy llegando a casa a las ocho y cuarto. Por lo poco que le conozco me inclino a pensar en que está tan preocupado por ser amable y agradarme que no se ha fijado en que no llevo bolsas.

Mantendré en secreto, mientras sea posible, mis clases de cerámica. Isaac podría apuntarse y buscar un sitio a mi lado para mirarme con ojitos tiernos mientras marea el barro.

—Yo puedo llevarte y traerte cuando gustes. No tengo que acompañarte si no quieres, te dejo en el centro, me meto en el gimnasio y te recojo cuanto termines, así no cargas con peso.

—Gracias.

Una vocecilla muy lejana me susurra que debería ponerme firme y dejar de sonreír a Isaac sería un primer paso. Intento ponerme seria, es difícil, el muchacho me está mirando como si yo fuera un cofre lleno de piedras preciosas que ha encontrado enterrado en la arena.

—Cualquier cosa que necesites, he dicho compras pero puedo llevarte al médico, o a la peluquería... ¡a donde quieras!

—No es necesario, es un paseo.

—Cuando llueve no hay donde protegerse y el paseo marítimo se llena de agua, no se puede pasar.

—¿Se inunda?

—Sí, y si hay temporal en el mar y las mareas son fuertes a veces el agua traspasa las dunas y llega al paseo.

—¿Llega también a la carretera? —Si lo hace acercarme hasta casa se complicaría.

—Hace cuatro años si llegó.

—¿Olas? —Me estoy empezando a asustar, ¿está exagerando?

—¡No!

—¡Menos mal!

La imagen de olas bravas pasando por encima de la balaustrada del paseo, arrancando los bancos y los árboles me ha hecho olvidar por un momento que no es aquí donde quiero estar aunque Isaac no huela mal esta noche. Es probable que la lluvia, que cae fina después de estar haciéndolo durante horas con decisión, haya capturado las moléculas cargadas de olor que días atrás exudaba su cuerpo y se las esté llevando a la red general de saneamiento.

Yo quiero estar en mi apartamento, cerca del pasillo, preparada para verle aparecer. La cena es fácil de preparar: lata pequeña de bonito del norte en aceite de oliva, lata pequeña de mejillones picantes en escabeche, pan de molde para aprovecharlo antes de que le salga moho y una natilla con galleta incluida. No me gusta mucho la textura que tiene la galleta empapada de

natilla, está extremadamente blanda y la esquivaré con la cucharilla aunque una de mis normas me impida tirar comida a la basura a menos que sea perjudicial para la salud. La galleta queda eximida de esa norma, es superior a mis fuerzas.

No debería tardar más de diez minutos en alimentarme y la ropa que llevo puesta es con la que voy a ir al trabajo por lo que solamente tendré que cepillarme los dientes y peinarme. Son las ocho y treinta y dos minutos, dedicaré los siguientes cinco minutos a darle argumentos a Isaac para que entienda que como amigo me tendrá siempre y cuando no me atufe, si quiere algo más que una inocente amistad tendrá que buscar en otra mujer.

Yo ya tengo mi corazón comprometido, lo tiene un hombre del que paradójicamente no sé casi nada. Es mi intuición la que ha decidido que es de fiar, sabe que nunca me haría daño a propósito, ¿y cómo ha llegado a esta certeza, lo ha visto en sus ojos?

—Un chico tan majo como tú debería buscar a alguien con quien compartir el tiempo libre.

—Estaba buscándola —enfatisa el “la” final—, y creo que he encontrado a la persona adecuada.

No es lo que quiero escuchar, reconduciré la conversación, todavía tengo tiempo.

—Me alegro. —Le voy a hacer daño pero no me ha dejado otro camino—. Yo también encontré a esa persona especial hace un par de meses. —“Antes de mudarme a Laredo Isaac, esa fecha es anterior a que tú y yo nos viésemos por primera vez, espero que lo pilles”

—¡Ah!

Pobrecillo, delante de mis ojos se ha vuelto más pequeño como si le hubiera caído encima un meteorito del tamaño de un coche utilitario. Me siento responsable, de hecho lo soy, no me ha dejado otra salida, he sido paciente, he esperado, ¿por qué no ha sido capaz de comprender todos mis rechazos?

—Tengo que subir, Isaac.

—Sí.

Se retira dejando que meta la llave en la cerradura. Con la cabeza baja y las manos en los bolsillos de su pantalón es la viva estampa de la desolación. Me muerdo la lengua para no estropearlo más pero no es necesario, levanta la cabeza y vuelve a sonreírme aliviando mi culpa al comprobar que se repone rápidamente.

—Si cambias de idea...

¡Menuda moral!, entro al portal sin responder, ¿para qué? Son las nueve menos cuarto cuando llego a la planta número once resoplando. Necesitaré cinco minutos para recuperarme, si me pusiera a comer ahora todo lo que metiese al estómago lo expulsaría, cuando él se marche, si puedo, me alimentaré. Entro en el baño, cepillo mi pelo, busco la colonia y la barra de labios y salgo al pasillo.

Reviso la lista, son demasiadas preguntas para tan poco tiempo y esto último es lo que falta para que pueda plantearme una nueva redacción más breve. Arranco la hoja y miro mi reloj, son las nueve menos cinco y el corazón comienza a latir atropellado.

Entro al baño y me miro. Suspiro al hacerlo, no debería preocuparme por mi aspecto físico, lo que está sucediendo en este apartamento tiene tal magnitud que no es trascendente si mi pelo está bien o si el carmín todavía está fijado a mis labios; pero sí que me preocupa que me vea bien, para mí es importante y yo soy la que está aquí, la que decide.

—Hola.

—Hola, ¿qué tal estás?

—Bien.

Levanta los hombros y yo pido que la tierra me trague, hoy lleva una camiseta blanca, sus brazos son fuertes y su cuello el lugar donde ahora me gustaría estar.

—Estoy nerviosa.

—Yo también lo estoy.

Una sonrisa se abre paso, yo también lo intento aunque sin un espejo donde poder mirarme no puedo saber si lo consigo o me quedo en mueca de payaso.

—He pensado mucho en ti, bueno —aclaro al ver que sus ojos también han comenzado a sonreírme—, en lo que está sucediendo, en que te vea todos los días, en este pasillo.

—Yo no pienso en otra cosa.

—Tengo unas preguntas, no tendremos tiempo, toma. —Le entrego la hoja y él aprovecha para tocar mis dedos, no ha sido casual, ha buscado cómo hacerlo, querrá asegurarse una vez más de que soy de carne y hueso.

—Son muchas.

—Tengo bastantes dudas.

—Y yo —responde sin dejar de mirarme—, te has pintado los labios.

—Sí, voy a salir enseguida —balbuceo como excusa.

—Me gusta.

El papel cae sobre la línea de cinta adhesiva del suelo. ¿Apunto en el cuaderno que es buen observador y que le gusta que me haya pintado los labios?

—¿Y esa sonrisilla? —Había olvidado que Noelia puede ver mi cara mirando por el espejo retrovisor del coche.

—Nada.

—Te has pintado los labios.

—Estaba haciendo pruebas y se me ha olvidado quitármelo.

—Me gusta ese color. —Camila también me mira.

—Es de la chica de la peluquería.

—Ya me pasarás la referencia, voy a ir mañana a teñirme y lo quisiera dejar encargada la barra.

—Le sacaré una foto a la numeración cuando llegue a casa y te la enviaré.

—Y me la pasas a mí también, mi hija se dedicó el domingo a pintar los labios a las muñecas y no ha quedado ni una barra ilesa.

Se olvidan, o deciden olvidar, porque a Camila y Noelia no se les escapa nada, que podría ser el hombre de la foto el causante de que mi pelo también tenga un aspecto más cuidado, y el tema de las barras de labios y que colores favorecen a rubias y a morenas continúa hasta que llegamos al trabajo.

—La hoja no pasó.

—¿A dónde tiene que pasar? —Yo la recogí del suelo donde cayó cuando él se marchó.

—A mi casa, vengo de mi cocina.

—¿Dónde vives?

Hablamos rápido, yo pregunto y él contesta sin dejar segundos. Da un paso hacia adelante y me coge las manos.

—¿Tienes frío?

—No. —Frota mis manos con las tuyas, no debería mirar pero como siempre sucede cuando me toca mi voluntad se debilita—. Estoy nerviosa.

—¿Por mí?

Sabe que no le tengo miedo, cada noche estoy frente a la línea del suelo esperándole, me pone nerviosa su presencia pero daría lo poco que tengo por seguir sintiendo que estoy viva.

—Sí.

—Yo también me noto agitado, miro qué hora es constantemente, me enfado porque el tiempo no pasa tan rápido como yo quisiera.

Sus ojos se desplazan a mi boca, sus dedos delinear mis labios, es una tortura que sufriría eternamente y cuando se marcha me los muerdo buscando su sabor.

—Si tu amigo cambia de idea y decide quedarse le aceptaremos encantados. Al principio preguntarían quien es y si es de Laredo pero después de dos cervezas a nadie le preocuparía saber si es de Madrid o de Brasil.

—Gracias Camila pero es imposible que pueda quedarse.

No hay tiempo y si de repente las cosas cambiasen y pudiera quedarse no acudiría con él a la fiesta, querría disfrutar de su compañía en el apartamento o dando un paseo en la playa

—En otra ocasión entonces.

—Sí.

—Necesito saber.

Hoy me he alejado de la línea, nada me gustaría más que disfrutar de los quince segundos, tocar y ser tocada, oler, escuchar...

—Había preparado una hoja con todo lo que quería contarte, la tenía bien sujeta, he notado como desaparecía de mis dedos.

—Como la que yo te di.

—Sí, ha sido la misma sensación. No lo entiendo, yo “paso”, mi ropa “pasa”, mi calzado “pasa”, ¿por qué no lo hace una hoja de papel?

—Es una locura. —¿Podría venir desnudo!

—Me llamo Beltrán Medina, tengo treinta y nueve años, vivo en El Escorial, soy escultor.

Habla muy rápido, le miro memorizando los datos, tratando de no perder ni un detalle de lo que me dice.

—¿Año?

—Dos mil noventa y ocho.

—¿La cebolla es una máquina para viajar en el tiempo?

—No se han inventado los viajes en el tiempo, no que yo sepa.

—¿Entonces?

—No lo sé...

El rostro muestra su desconcierto ante lo que le está sucediendo.

—Me llamo Clara Montero.

—Clara —repite.

Los años que tengo, en qué trabajo y las preguntas que brotan como champiñones después de una tarde de lluvia tendrán que esperar a mañana, ¿lo habrá?

—¿Salsa o bachata?

—¡Bachata! —piden varias voces—, que la salsa es más difícil.

—Marchando una bachata, busquen sus parejas.

El chico encargado de poner música lo hace entusiasmado, no se ha separado del aparato desde que ha llegado y baila cada canción como si estuviera en una clase de zumba.

Tengo el mismo botellín de cerveza que me entregó Camila en cuando entré por la puerta. Me ha presentado a unas quince personas y no he retenido el nombre de ninguna. Mi cabeza sigue en el pasillo, donde permanece desde la primera aparición de Beltrán.

Ha dicho que reside en El Escorial, escritor de treinta y nueve años y que vive en dos mil noventa y ocho. Yo estaré muerta y enterrada en ese año...

—¿Bailas?

—No sé —me disculpo, el chico tiene una mirada dulce, una voz suave y me lo ha pedido con educación.

—Yo tampoco, ni la mitad de los que están ahora mismo bailando. Intentaré no pisarte demasiadas veces.

Me ofrece la mano, me gustaría decirle que no tengo ganas de bailar, que estoy aquí por un compromiso que no puedo romper porque me han invitado para que conozca a gente de mi edad y me integre.

Es un hombre amable, con una educación exquisita, huele bien y tiene una conversación muy agradable. Solo será un baile y me he prometido que me quedaría una hora y media aproximadamente para cumplir, mejor estar entretenida.

—Seguramente te pisaré yo más a ti que tú a mí. —Dejo el botellín que después de estar pasando de una mano a otra tiene la cerveza a temperatura ambiente—. Nunca he bailado bachata. —Ni salsa, ni merengue...

—Miremos a los demás.

—Cuenta uno, dos, tres y cuatro pasos hacia un lado. —Noelia se ofrece, lo hace despacio para que no perdamos detalle—. Se trata de levantar la cadera del lado hacia donde te has movido, repites los cuatro pasos hacia el lado contrario y vuelves a levantar la cadera, si vas hacia la derecha, levantas la derecha, si vas hacia la izquierda le toca a la cadera izquierda. Ese es el paso básico, practícalo y a media canción regreso con otro paso también muy sencillo.

—Gracias prima.

—¿Es tu prima?

—Prima tercera creo.

Desconocía que se contemplase ese grado tan lejano de parentesco. Todos se conocen, todo se sabe o se intenta saber y eso es desconcertante para alguien que ha vivido los últimos veinte años en ciudades donde tenía vecinos de escalera cuyo nombre ignoraba y otros a los que veía como media una vez cada seis meses en el mejor de los casos.

Que todo el mundo se salude también tiene su parte positiva. Camila nunca se siente sola cuando está en la calle, siempre hay alguien con quien conversar o una cafetería que en su interior tiene una amiga con la que tomar algo.

—Perdón.

—Tranquila mujer, tienes pies pequeños.

—He dejado de contar y me he perdido. —Aunque el chico disimule le he dado un pisotón en toda regla.

—Yo tampoco lo llevo muy bien, estoy agarrotado, bailo como un robot.

—¡Y ahora una lenta para los torpes!

El de la música lo anuncia poniendo voz de locutor radiofónico. Intento soltarme pero el primo tercero de Noelia me ruega que no le deje solo porque todos los demás están bailando y si nosotros dos no lo hacemos vendrán todas las mujeres a emparejarnos.

—Después de bailar esta canción me iré, mañana tengo que entrar muy pronto al trabajo.

No me dice en qué trabaja y yo tampoco pregunto, no me importan esas cuestiones, no estoy buscando un novio que me mantenga o con el cual salir a pasear en su coche de alta gama. Yo estaré con un hombre solo por amor y me dará igual si es carpintero, banquero, empresario, o escultor.

—Yo también me iré cuando termine la canción. —Ya me han presentado a la gente, ya nos hemos saludado, dicho nuestros nombres e intercambiado la información básica.

—¿Trabajas mañana?

Mi compañero de baile se separa de mí para poder mirarme bien a los ojos. Me gustaría saber su nombre pero tendría que pedirle que me lo repitiera. Parece alguien sensible y sincero aunque el modo en que está bailando conmigo no es el de un hombre que nunca antes se ha movido al ritmo de una melodía.

Imagino que todos tenemos nuestras armas para luchar en esta guerra donde la victoria es encontrar la felicidad, y están permitidas algunas mentiras para conseguirla. Su mano está posada sobre mi cintura, hay contacto pero es el que debe tenerse cuando se baila agarrado, no me siento ofendida ya que no la ha movido desde que la puso.

Me sonrío y soy tan torpe que me percató por primera vez de que es probable que esté intentado flirtear conmigo. Es alguien real a quien puedo tocar, que se marcha porque trabaja, a quien podría invitar a tomar un refresco en cualquier momento y que no me dejaría sola en la mesa hablándole a una silla vacía.

—No.

—¡Ya me parecía raro que en el supermercado también se repusiera los sábados por la noche!

—¿Sabes que trabajo con tu prima?

—Sí. —¿Podría ser un ligero sonrojo lo que veo en sus mejillas?—. Te he visto entrar con Camila. Noelia te ha dado la cerveza y te ha presentado, he deducido que ya os conocíais y he esperado a que se quedara sola para preguntarle sobre ti. Espero que no te moleste que lo haya hecho.

—No. —Si la gente no se interesase por conocer a otras personas la raza humana peligraría, los niños no vienen de Paris, bueno algunos sí porque es una ciudad muy romántica.

—Voy a despedirme.

La canción ha terminado, ahora es el turno de una pegadiza melodía que se baila sacudiendo el culo, algo que veo hacer a una chica y que se me antoja imposible a menos que dedique los próximos cinco años a practicar durante dos horas al día.

Busco a Noelia, está haciendo el payaso con otra chica, las dos ponen cara de viciosillas mientras mueven el culo como pueden. Ahora mismo me gustaría unirme, dejarme llevar por el ritmo y hacer lo que mi cuerpo me permita, reírme sin complejos, burlarme de mi falta de coordinación. Le hago un gesto con la cabeza cuando me descubre mirándola.

—¿Algún problema?

—No. —No lo ha habido, no quiero preocuparle—. Solamente quería que me recordases como se llama tu primo, ¡tantos nombres a la vez!

—Sebas es muy majo, ¿verdad? —Noelia no sabe qué pensar.

—Sí, muy agradable. —Me pongo seria para transmitirle que a mí Sebas no me interesa como hombre por muy majo que sea—. No quería meter la pata llamándole Kilo, porque hay un Kiko en la fiesta ¿no?

—Sí, ese que está fumando lo que no debería.

—Me marcho ya, voy a decírselo a Camila.

—¡Si todavía es muy pronto!

—Ha estado muy bien, todos son encantadores...

—Pero ya estás agobiada.

—Empezaría a estarlo si me quedase.

—¿Te vas?

Camila nos ha visto hablar y se ha aproximado con su permanente sonrisa y un vaso de tubo lleno de un refresco de cola y quizá algo más.

—Sí, le decía a Noelia que voy a despedirme de todos. He estado muy a gusto pero ya... —Aunque hay confianza me disgusta confesar que todavía

necesito un tiempo, que los momentos de vida social tengo que alternarlos con otros en soledad.

—A mí no tienes que darme explicaciones de lo que me pasa, cojo las llaves del coche y te acerco a casa. —Me abraza y aprieta fuerte los párpados para que este momento de debilidad no sea aprovechado por las lágrimas.

—He venido en la bicicleta, está aquí al lado.

—Pero es de noche.

—Cuando salgo del trabajo también es de noche.

—Ya...

—Prima, Camila, la próxima fiesta espero tener más suerte y no estar de guardia en el hospital. —Sebas ya ha debido de decirle adiós a los demás.

—¡Ya!, siempre te toca, aunque esto también tiene su lado bueno.

—¿Cuál?

—Si a alguno le da un ataque de lumbago y tenemos que llevarle a urgencias nos puedes atender. —Un chico y una chica están machacándose las caderas y no tienen pinta de ser bailarines profesionales.

—Hay movimientos que no deberían intentarse sin haber estirado primero, los que bailan en los videos están preparados, no se dedican a trabajar diez horas de lunes a viernes conduciendo un camión y no repiten de cocido montañés tres veces a la semana. —No deja de mirar a la pareja que parece poseída por el espíritu de una almeja rociada con limón.

Me pongo la chaqueta y me la ato hasta el último botón. La noche es fría, dentro del txoko se está bien porque Camila llegó pronto para encender una estufa de butano, que iba a tirar a la basura una tía, y ha caldeado el aire.

—¿Dónde vives? —me pregunta Sebas mientras se coloca una especie de bufanda alrededor del cuello.

—Aquí al lado. —Estoy pensando en cómo se llama la calle, tiene un nombre tan extraño que ahora mismo no me viene a la memoria.

—Es igual, me dices y te llevo.

¡Otro que quiere acercarme a casa!, la gente es muy amable, muy cercana y eso hace que me sienta bien.

—Gracias; pero como ya le he dicho a Camila tengo que regresar en bicicleta.

—¿Es muy grande tu bicicleta?, mi maletero es pequeño.

—Gracias. —No dejas de darlas—. No es necesario, tardo tres minutos.

—Está bien. —Se resigna, este chico no es pesado como Isaac y eso le

hace ganar muchos puntos—. Me quedaré más tranquilo viendo como llegas a tu casa sana y salva, te seguiré con el coche.

—Está bien. —Le sonrío, ¡cómo no hacerlo cuando está siendo tan amable!, ¿o quiere acaso saber dónde vivo para rondarme y darme un susto cuando menos me lo espere?

Alfredo se acerca y le dice algo a Camila al oído, por el modo en que me mira deduzco que han hablado sobre mí y cuando me hace un gesto con la mano para que me acerque lo hago disculpándome ante Sebas.

—Isaac está fuera.

—¿El que yo conozco? —¡Pues claro que es el que yo conozco, si fuera otro Isaac, Camila no me lo estaría contando!

—Sí, se ha debido de enterar de que podrías estar aquí y está en la puerta con dos botellas de ginebra y un pack de tónicas.

—¿Y ahora como salgo yo?, ¿se puede saltar la valla?

—¿Qué quieres, matarte?, el muro tiene dos metros de altura y los vecinos de las fincas colindantes plantas vainillas en verano y dejan las varas puestas todo el año.

—¿Vainillas?

—Judías verdes —me aclara—, se colocan varas de madera para que las plantas se enrosquen y trepen por ellas.

Camila llama ahora a Sebas que ha estado observándonos intrigado. En cuanto ve el gesto acude presto y contento por incluirle en lo que estamos tratando.

—Tenemos un problemilla.

—¿Cuál?

—Isaac está fuera.

—¿Y cuál es el problema?, ¿te llevas mal con él?

—¡No!, se ha encaprichado de Clara y si la ve dentro la sacará a bailar y la sevillana todavía no ha aprendido a decir que no a Isaac.

—¡Se lo he dicho! —protesto, me costó mucho ponerme firme en el portal.

—No del modo que Isaac necesita.

¿Y cómo hay que decírselo, gritándole? ¿Por qué ha tenido que fijarse en mí el hombre más pesado de Laredo?, no le he puesto ojitos, más que nada porque no se hacerlo, no le he dado esperanzas, ¡al contrario!

—Eres muy guapa Clara, es normal que Isaac quiera cortejarte. Voy a salir a hablar con él.

—No. —Si Sebas lo hiciera me sentiría violenta la próxima vez que viese a Isaac.

—Tengo una idea —interviene Camila—, lleva tu bicicleta detrás de la caseta de aperos y quedaros los dos ahí escondidos. Le diré que pase, le invitaré a una copa y cuando esté dentro salís los dos sin hacer mucho ruido.

—Está bien. —Estoy dispuesta a salir como una ladronzuela con tal de no tener que ver a Isaac.

Subo las escaleras muy despacio, estoy pensando y me olvido de la aprensión que me causa saber que no hay vecinos en los apartamentos. Escondernos detrás de la caseta de aperos me ha parecido gracioso hasta que he notado la mano de Sebas en mi cintura sin venir a cuento. A mis treinta y cinco años estoy empezando a vivir lo que debe ser habitual en una chica de veinte, les gustas a algunos chicos, a ti te atraen otros, a veces el flechazo es mutuo y entonces surge el amor.

Yo no tuve la culpa de no poder disfrutar de ese tipo de experiencias, necesitaba estudiar para recuperar mi auto estima, no había acudido a un colegio, ni leído un periódico en años, en la comuna no se hablaba de casi nada que supusiera un enriquecimiento de mi cultura, ¡ni siquiera había una televisión donde ver las noticias!

Desde los catorce a los dieciocho me dediqué a aprender cosas tan básicas como los ríos que atraviesan la península ibérica, la historia reciente de nuestro país o qué es el I.P.C. Cuando acudía a la compra y escuchaba las conversaciones que la gente mantenía en la carnicería o en la caja anotaba mentalmente temas que buscaba cuando me sentaba delante de un ordenador de la Casa de Cultura.

Al fallecer mi abuela ese proceso de aprendizaje se frenó en seco. Ya no había tiempo para aprender y lo peor era que tampoco había ganas. Viajé hasta el pueblo más cercano a la comuna y le entregué una carta al cabrero que tantas veces me había dado conversación cuando pasaba a su lado las horas muertas viendo pastar a las cabras.

Estoy segura de que le dio la carta, el hombre me tenía aprecio, yo le cuidaba a los animales cuando se tumbaba a echar la siesta en las horas de calor; pero mi madre no acudió al entierro. Acompañada únicamente de las cuatro señoras mayores que habían sido las amigas de mi abuela durante los cincuenta y cuatro años que había vivido en el humilde barrio de Sevilla despedimos a mi abuela en un día gris con olor a desesperanza.

Me perdí en los siguientes años, entre duras jornadas limpiando platos, haciendo camas o colocando fruta sin estar asegurada se desgastó la confianza que había conseguido reunir en mi adolescencia. Creé mi propio mundo, aislé las paredes y sellé las juntas para que nada ni nadie pudieran hacerme más daño y paradójicamente el mayor daño me lo cause yo.

Sebas ha querido bailar conmigo, ha dicho que soy guapa y ha intentado aproximarse, esos actos forman parte de la vida “normal” de una persona y me halaga que alguien educado, atento, y con buen olor sienta atracción hacia mí. Es un hombre atractivo y en otras circunstancias es probable que hubiera intentado flirtear torpemente con él. La presencia diaria y fugaz de Beltrán lo ha cambiado todo, no importa si es sábado o jueves, si llueve o hace sol, si me aburro de hacer todos los días lo mismo en el trabajo... mi mundo ha sido atraído y gira alrededor de un núcleo que solo se deja ver durante quince segundos al día.

CAPÍTULO SIETE

¿Cómo se desconecta un cerebro? Opción número uno: durmiendo, aunque hay programas que siguen funcionando y los sueños son la prueba. Opción número dos: bebiéndose una botella de tequila, en mi caso dos chupitos serían suficientes para dejarme en estado de hibernación durante varias horas. Opción número tres: agotando al resto del cuerpo. No puedo dormir, no quiero emborracharme, escojo el ejercicio por eliminación.

Llego a Santoña a las doce menos veinticinco con un propósito concreto: dar la vuelta al monte Buciero y regresar a Laredo no más tarde de las cuatro o cuatro y media, con tiempo para tumbarme en el sofá nada más llegar y dormir parte del sueño que llevo acumulado.

En cuanto dejo atrás el fuerte de San Martín el recorrido comienza con una cuesta interminable que afronto con alguna parada para contemplar el mar entre las encinas que se agarran a los bordes del acantilado.

Laredo se ve muy diferente desde Santoña y busco el edificio de mi apartamento localizándolo por sus desafortunadas persianas azul turquesa que me parecen una broma de mal gusto por parte del arquitecto de la obra.

Alcanzo a dos mujeres que hablan en un idioma que no entiendo y cuyo origen tampoco adivino. Son mayores que yo, más de sesenta años, y una de ellas sostiene un mapa de la montaña. Desde luego el lugar merece cualquier reseña positiva; el silencio del bosque, las aguas cristalinas y las vistas de las montañas a lo lejos son razones más que suficientes para venir desde cualquier parte del planeta y más de una vez a este paraje idílico.

¡Cómo se mueven para sacarme dos décadas o tres! Las adelanto esforzándome, interponer espacio entre ellas y yo requiere que ponga mis piernas a trabajar en quinta marcha rozando la sexta. ¡Y yo que pensaba que subiendo las escaleras un par de veces al día mantenía los músculos de las extremidades en forma!

Resoplo bajito mirando al suelo para no dar un mal paso, las piedras son irregulares y en algunos casos puntiagudas, y me alegro de haber hecho caso a los comentarios que aconsejaban venir cuando no ha llovido en varios días, este suelo mojado sería incómodo y peligroso.

La cuesta mantiene su pendiente ascendente y llego a un mirador con el corazón retumbando. Mirar hacia abajo y ver las olas rompiendo contra las rocas es hipnótico, la naturaleza nos demuestra si queremos mirar, que la vida es algo más que trabajar, comer y dormir.

Continúo el camino con pesar, las dos extranjeras ya han llegado y quiero percibir toda la belleza de la montaña en solitario si es posible. El sendero ha dado un giro a la izquierda de noventa grados, los pasos se vuelven cómodos, ya no hace falta mirar al suelo antes de apoyar cada pie. El bosque se espesa y me siento como Alicia en el país de las maravillas descubriendo un nuevo mundo. Me aplaudo por haber aprovechado este domingo para venir, hace sol y la brisa, tan presente habitualmente en la costa, se ha tomado el día libre.

Aquí estoy, dando un paseo al mediodía por una montaña, una mujer joven, con un trabajo muy normal, que acude a clases de cerámica y que está conociendo a otras mujeres de Laredo y sus alrededores para tener amigas con las que realizar actividades y compartir confidencias. Una existencia que sería muy parecida a la de millones de mujeres si no tuviera cada noche a las nueve menos dos minutos exactos la visita de un hombre: Beltrán. No voy a poder olvidarme de él, ¿para qué luchar si yo quiero rendirme?

Beltrán vive en un año en el que yo podría llevar muchos convertida en polvo. Los viajes en el tiempo son algo de lo que he visto a científicos hablar en algunos reportajes de televisión. No he prestado nunca mucha atención a esta posibilidad porque bastante trabajo mental tenía acumulado y no necesitaba más carga planteándome si hay vida después de la muerte, si los extraterrestres existen o si la humanidad tendrá que buscar dentro de cinco mil años nuevos planetas donde vivir porque será imposible hacerlo en la Tierra.

Los “agujeros de gusano”, si el tiempo se puede plegar, si existen otras dimensiones... llegar a fin de mes y contener a la depresión eran mis prioridades y si había objetos volantes no identificados llenos de marcianitos verdes cotillas no me interesaba mientras no llamasen a mi puerta pidiéndome un pedacito de mi carne para examinar mis cromosomas.

Beltrán ha llegado y afirma no saber cómo lo ha hecho y porqué una cebolla roja le permite viajar en el tiempo. La confusión sobre lo que le está sucedido ha sido una constante en sus apariciones hasta que ha empezado a relajarse y asimilar que es real lo que percibimos, que los dos estamos vivos y que viaja al año dos mil diecisiete.

Tener tan poco tiempo no permite que nos pongamos a charlar sobre si

somos más de carne o de pescado. El intercambio de frases es siempre atropellado y por mi parte se agrava la torpeza al sentir los efectos de su presencia en mi organismo. Quiero saber y al mismo tiempo quiero contemplarle, llenarme de sus rasgos, memorizar sus gestos... los quince segundos son a la vez placer y agonía, suponen el momento del día, el único importante y el comienzo de la cuenta atrás hasta que se produzca un nuevo encuentro.

Es extraordinario y al mismo tiempo íntimo compartir segundos con un hombre del futuro. Podría ahora mismo haber en el mundo otras personas en las mismas circunstancias que yo me encuentro, y si así fuera no me extrañaría que siguieran la misma lógica que a mí me está dirigiendo.

¿Me conviene contarlo?, ¿con qué fin?, si Beltrán ha afirmado que en su época no se ha conseguido viajar en el tiempo, ¿qué podrían decir los científicos de mi tiempo que estudian este deseo de la humanidad? Ocuparían el apartamento, lo convertirían en una zona prohibida, me examinarían físicamente para determinar si mi cuerpo funciona como un imán atrayendo a Beltrán y cuando descubriesen que no tengo ninguna peculiaridad pasarían a escudriñar mi cerebro. Recuperarían recuerdos que tardé años en olvidar, tendría que repetir mil veces que ni torturándome diría nada, me harían firmar documentos clasificados como “muy secretos” y me alejarían del apartamento, de Laredo y de Cantabria si lo estimasen necesario. No puedo compartir mi secreto.

El camino se vuelve llano, un cartel de madera indica que hay un faro, lo sabía, he visto en un video un montón de escaleras, más de setecientas, que descienden por el acantilado hasta llegar al mar. Seguro que es precioso y me encantaría verlo si no tuviera un ligero problemilla para controlar la sensación de vértigo.

Aligero el paso, mis divagaciones han hecho que sin ser consciente rebajase el ritmo y necesito recuperar el tiempo perdido para no incumplir el horario que me he impuesto.

El sendero parece estrecharse hasta que simplemente desaparece debajo de mis pies y unas gruesas cuerdas blancas atadas a estacas clavadas entre las rocas son la única muestra de que a la ruta no se la ha comido la montaña. Las encinas, que hace unos pocos metros crecían pegaditas, ahora lo hacen dejando huecos por los que se puede ver un mar que está a muchos metros de distancia y todos en sentido vertical.

—Hola.

—Hola —respondo a un hombre que está dando la vuelta al Buciero en el sentido contrario al mío.

—¿Si continúo por aquí llegaré al otro faro? —Señalo las cuerdas.

—Sí.

—Como el camino ha desaparecido...

—Unos metros, después vuelve a aparecer. —El hombre parece una cabra montesa, ¡qué facilidad para moverse!—. Puedes pasar sin miedo.

Se aleja con una sonrisa y yo me quedo sola frente al peligro. No quiero darme la vuelta, si ese hombre ha cruzado yo también puedo hacerlo. En ningún video han hecho mención a la peligrosidad de un tramo de la ruta y en uno de ellos, que tiene quince días de antigüedad, la pareja llevaba dos niños.

Agarro la cuerda y tiro de ella, la estaca no se mueve, tienen que estar bien clavadas en el suelo para servir de ayuda, no tendría sentido que alguien trajera material y dedicara su tiempo y esfuerzo a colocar estas medidas de seguridad de cualquier manera.

Mirando al frente doy los primeros pasos cogiendo aire y soltándolo como las mujeres que van a dar a luz y dejan que las filmen en ese momento mágico y desconcertante para mí como espectadora. No ha sido tan difícil y me animo diciéndome que si supero este reto saldré fortalecida.

La cuarta estaca se despega de la tierra cuando tiro del tramo de cuerda a la que está sujeta. Me quedo bloqueada y no se me ocurre una tontería mayor que mirar hacia el acantilado. Las piernas comienzan a temblarme, no puedo hacerlo, me supera y rendida me dispongo a darme media vuelta cuando escucho una conversación entre dos voces masculinas.

Dos chicos con piernas musculosas y depiladas están charlando montados en sus bicicletas de montaña. Les veo sortear las piedras sin dejar de hablar a cuatro o cinco metros sobre mi cabeza. Yo no soy capaz de pasar caminando y ellos lo hacen ¡en bicicleta! y les queda tranquilidad para dialogar sobre una ruta que uno le recomienda al otro y que según el primero “es la hostia”. El amigo le responde que “es duro tío; pero cuando lo consigues te sientes de puta madre”. “Sí tío, el subidón es la hostia”

¿Serán los tacos los que les dan coraje para transitar por una ladera con mucha pendiente sobre una bicicleta sabiendo que si cayeran no dejarían de rodar hasta llegar al mar?

Se marchan con sus tacos y cuando ya no puedo verles y apenas

escucharles me pondo a susurrar todos los tacos que se me ocurren, no son muchos y los tengo que repetir. ¡Hostia!, y doy un paso, ¡hijo de puta!, y doy el siguiente...el temblequeo de las piernas no desaparece pero voy avanzando entre un ¡cabrón! y varios ¡me cago en tu puta madre! que me avergüenzan al no haberlos dicho nunca.

¡Lo he superado, he podido! Aplaudo simbólicamente y me felicito. Miro el tramo que he atravesado y me cuesta creer que yo solita haya sido capaz de vencer al miedo. Bueno... solita no, con la ayuda de los insultos. Al soltarlos no solo he dado los pasos, también he sentido que arrojaba al mar algunas de las pesas que todavía tenía amarradas a los tobillos.

Liberada y complacida por mi logro recorro el resto de la ruta disfrutando de las vistas de la playa de Berria y de un edificio robusto rodeado por varios muros de piedra muy altos que resultan ser para mi sorpresa el penal del Dueso.

Llego al apartamento arrastrando las piernas, me preparo un bocadillo con las dos últimas rodajas de pan de molde que lucen aplastadas por el cierre con su propio envoltorio con el que he intentado protegerlo del aire. Me tomo un flan de huevo y una natilla de chocolate para premiarme por vencer uno de los miedos irracionales que tantas cosas me ha impedido hacer.

Me lavo los dientes calculando las horas que faltan para ver a Beltrán y me dejo caer el sofá pensando en su sonrisa. Busco la manta y me cubro el pecho y las piernas, el sueño está llegando.

Despierto desorientada, cerré los ojos de día y ahora es de noche. ¿Y si ya han pasado las nueve?, ¿y sí ha llegado y me ha estado esperando en el pasillo? Fuerzo la vista hasta que la hora del teléfono móvil me tranquiliza; las ocho y cinco, ¡he dormido tres horas! y me siento realmente bien.

Me ducho y lo hago estrenando un gel de baño con olor a frutas del bosque que llena el minúsculo cuarto de su penetrante olor. Dejo que mi pelo se seque al aire mientras ceno frugalmente y preparo dos plátanos pequeños y un batido de vainilla para llevar al trabajo.

Me hago un moño y acerco el secador al recogido para que el calor penetre. Me lo dijo Camila, que tiene el pelo rizado y cuando quiere que se formen ondas lo termina de secar de este modo. No es, probablemente, el mejor momento para probar, podría quedarme hecho un asco y no tendría tiempo de aparecer decente delante de Beltrán. Solo a mí se me ocurre ponerme a hacer experimentos a menos de media hora de su llegada.

—Hola.

—Hola.

El beso, su beso, es todo lo que he soñado multiplicado por mil: suave, dulce, posesivo... mis brazos buscan su cuerpo, su camisa cubre unos músculos que me hacen desear que no queden milímetros entre nosotros. Los otros besos recibidos de las dos relaciones que no llegaron a formalizarse se vuelven ridículos al lado de lo que el contacto de sus labios me hace sentir. Quiero más recuerdos con los que sobrevivir hasta el lunes por la noche y reuniendo un valor nacido del deseo despego mis labios. El contacto de nuestras lenguas es fugaz y me abrazo deslizándome hasta el suelo para capturar las emociones que han dejado mi cuerpo anhelando más.

—Esta tarde no os acompañaré en el paseo, seguramente acudiré a casa de Mirian, ha llegado mi rímel y quiere enseñarme otros productos.

Camila asiente con la cabeza sin dejar de colocar tarros de crema con aloe vera en una composición en forma de pirámide que será un reclamo para las clientas principalmente. Los hombres no suelen echar al carro de la compra este tipo de productos aunque cada vez sea más frecuente que sí se los apliquen si otra persona los compra y los pone a su alcance.

—Tengo las piernas cansadas por el paseo de ayer —ya le había contado a Camila en las primeras horas de trabajo mi descubrimiento del monte Buciero y mi aventura con las cuerdas donde no había camino.

—El próximo fin de semana que haga buen tiempo se lo propondré a Alfredo. Tendré que tentarle diciéndole que iremos en coche y que haremos dos rutas: la de la montaña y la de los bares de Santoña.

—¿No le gusta caminar?

—No le gusta la idea —puntualiza sujetándose un rizo que se le había escapado de la pinza—, protesta antes de ir y durante los primeros minutos del recorrido. Después le va cogiendo gusto y cuando acaba está eufórico. Los días posteriores se dedica a recomendar a todos sus amigos que hagan el recorrido porque es maravilloso. Pasan las semanas, se le va olvidando de lo que disfrutó y cuando le hablo de ir a un sitio nuevo partimos de cero otra vez.

—Es un lugar maravilloso y lo tenemos aquí al lado.

El domingo ha sido un día increíble, he caminado entre encinas, he contemplado unas aguas cristalinas y azules como no creía que existieran y he superado una prueba que tenía cuerdas y estacas. Beltrán me he ha besado y mis labios tienen grabado su sabor.

¡Me deseaba!, y yo no me encontraba en un estado diferente. ¿Me habría detenido si Beltrán no se hubiera marchado? No, no, ¡no! Le hubiera dicho dónde estaba mi habitación y yo misma habría retirado las sábanas, su ropa y la mía si me lo hubiera pedido...

—Tienes una carita...

—¿De cansada? —Me molestan ligeramente las piernas pero me siento bien, como si el aire se hubiera vuelto más puro y me permitiera ver mejor los contornos.

—¡Nooo!, “ja, ja, ja” —La pirámide está hecha y Camila se aleja para revisar que todos los botes estén bien colocados—. Tienes carita de enamorada.

—¿Yo?

—Sí, tú, ¿es el chico de la foto verdad?, cuando bailabas con Sebas no la tenías. ¿Os visteis ayer?

—Sí.

—Entonces lo vuestro va en serio, habéis estado juntos el sábado, ayer... a ver cuándo conozco a ese hombre.

—Es complicado...

—¿Era un decir!, a mí lo que me interesa es que tú estés feliz, ¿lo estás?

—Sí.

—Eso es lo que importa, la vida es muy corta y hay muchas desgracias que no podemos esquivar, si te hace feliz no le dejes escapar.

¡Como si pudiera! La dulzura que siento en el alma se vuelve amarga al imaginarme dentro de un año esperando en el pasillo, sacrificando veintitrés horas, cincuenta y nueve minutos y cuarenta y cinco segundos cada día por quince entre los brazos de un hombre que seguramente nunca desayunará conmigo ni verá como anochece con mi cuerpo entre sus brazos.

¿Puede la felicidad de quince segundos extenderse hasta hacer tolerable una existencia en soledad? En la fiesta Camila y Alfredo se buscaban, él pasaba la mano por la espalda de ella cuando charlaban con otras personas, ella le llevaba un pincho de tortilla de patata antes de que se vaciase el plato, él la miraba como si no hubiera más mujeres en el planeta... Sentí envidia, de esa buena que hace que te alegre que esas dos personas se hayan encontrado, la que llaman “sana” y que para mí significa que yo quiero que sigan cuidando ese grandioso amor tanto como anhelo descubrirlo yo.

No quiero sacrificar mi existencia, supondría pagar un precio muy alto

pero, ¿cómo dar la espalda al pasillo?, ¿podría sonreírle a otro hombre a las nueve menos dos minutos? Ya no me siento feliz, ya no tengo ganas de cantar y maldigo el momento en el que elegí ese apartamento.

—Soy cuarenta y cinco euros más pobre pero luzco monísima.

—Yo me he gastado sesenta y ocho y me hubiera gustado comprar más barras de labios, ¡me encantaban todas!

—Has encargado diez barras. —Camila lleva la cuenta, a mí la mente se me escapaba del cuerpo en cuanto podía—. ¿Para qué quieres tantas?, nunca te he visto pintarte.

—Mañana me vas a ver, y el miércoles, el jueves... voy a empezar a cuidarme y a dedicar algo de tiempo a embellecerme.

—Los propósitos son buenos, cumplirlos es otra cuestión. Opino que deberías haber comprado un par de barras, Mirian te ha dicho que los pedidos suelen tardar tres o cuatro días, pero te has puesto a apuntar números de colores como si estuvieras jugando al bingo. —Camila sonrío condescendiente, Noelia es la mujer de las buenas intenciones y como suele suceder, la mayoría se quedan en palabras.

—Tú también has pedido un montón de cosas —se defiende Noelia.

—He comprado para “las correcaminos” que no querían perderse el paseo.

Nunca había visto comprar así: enviando la lista de colores de barras de labios por foto al whatsapp. No han tardado ni tres minutos en contestar, estoy segura de que ni Belén ni Raquel se han detenido, han elegido caminando y Camila ha comprado para ellas, además de las barras de labios un producto para eliminar brillos de la cara para Raquel y un maquillaje fluido para Belén.

Mirian me ha sugerido que trajera a alguna amiga si quería y hemos terminado las tres metidas en su casa tomando vino dulce que le habían traído de Málaga y probando cremas y coloretos.

Noelia le ha enviado un mensaje a su hermana, a sus cuñadas y a sus primas para que no dejaran pasar la oportunidad de comprar cosméticos buenos y baratos añadiendo al final de los textos que estos mensajes deberían borrarse para que nadie sepa que no recomienda los productos del supermercado donde trabaja.

Camila no entiende por qué tanto miedo con el asunto de recomendar que compren algo que también vende la empresa que la contrató. Le da como argumentos que toda la familia de Noelia ya compra habitualmente en el

supermercado, que no está obligada a adquirir productos que no le gustan y que sus jefes no acuden a su marido cuando quieren alicatar un baño para los clientes.

Bajamos las escaleras de casa de Mirian, Camila y Noelia interrumpiéndose para darse argumentos que afiancen sus posturas, yo en silencio. No llegan a ningún acuerdo, me preguntan mi parecer y salgo del paso como puedo. No soy capaz de centrarme en esa cuestión, son las siete y media y todavía no he resuelto cómo voy a comportarme cuando Beltrán aparezca.

¡Decidido!, le pediré que haga todo lo posible para no volver a mi pasillo. Sin cebolla no pasaba, por ponerle un nombre a lo que hace para llegar desde su tiempo al mío, con cebolla si pasa, que tire la cebolla a la basura, que la cueza y se haga una sopita o que la entierre, me es indiferente como se deshaga de ella.

¿Y si su respuesta es negativa? Si se empeña en volver alquilaré otro apartamento, renunciaré a la fianza, mi salud está primero y ya he tenido que apretar el cinturón para no pisarme los bajos del pantalón. No tengo familia, si enfermase mis compañeras de trabajo y “las correccaminos” serían mis únicas visitas.

Yo soy una mera espectadora, no viajo en el tiempo, no salto de un año a otro para presentarme en el comedor de alguien cuando está desayunando pan con aceite y tomate.

El pasillo es una localización neutral y conveniente, Beltrán podría haber aterrizado dentro de mi baño, metido en la bañera o subido al inodoro. También podría haberse presentado en el paseo marítimo o ponerse delante de mi bicicleta cuando estaba pedaleando. ¿Por qué el pasillo, por qué a esa hora?, ¿por qué yo?

Va a estar entrando y saliendo de mi vida a su antojo y cuando se canse de hacerlo soltará la cebolla, su vida continuará y seré una anécdota. ¿Cómo quedaré yo?: destrozada, no podría seguir viviendo en ese apartamento, atravesar el pasillo sería revivir los segundos, sufrir por no poder tener un segundo beso. Le pediré que no vuelva.

Si he repetido quinientas veces desde que llegué a casa que le rechazaré todas las veces que pueda, ¿qué hago saltando la línea del suelo y echando mis brazos a su cuello para atraerle a mi boca?

Sin saber muy bien cómo comportarme me dejo guiar por el instinto y paso

mis dedos por su pelo deleitándome con su suavidad. Perfiló con mi lengua su boca y suspiro al notar sus dientes capturar mi labio inferior. El gruñido de Beltrán y sus manos en mis caderas atrayéndome liberan el deseo que había estado conteniendo. Ya no hay delicadeza, su lengua exige, doy y bebo a borbotones. ¿Quién quiere lógica en este momento?

Entro al salón con los labios sensibilizados y el cuerpo irritado por lo que podía haber sido, me envuelvo en la manta compadeciéndome ante la visión del futuro que se despliega ante mí: le esperaré todas las noches y rechazaré todo lo que suponga un impedimento para verle, con este beso he firmado mi condena.

—¿Y si destruimos la cebolla en mi pasillo?

—¿Qué has dicho?

—¿Yo?, nada.

—Pues debo de estar volviéndome loca porque juraría que te he oído hablar algo sobre una cebolla.

—Querría quejarme para mis adentros y lo he murmurado sin querer. —No encuentro una palabra parecida a cebolla que justifique el sonido que han formado mis labios.

—¿Y de qué te quejabas?

—Me duele la cabeza. —Un recurso muy socorrido y que estreno como disculpa—. Se me va la olla. —Ahí está una palabra que rima con cebolla.

Me parece ver por el rabillo del ojo que Camila me está mirando pero me mantengo firme y no muevo la cabeza de la caja de cartón que aplasto y reduzco a un tamaño manejable. ¿Se parecen olla y cebolla?, bastante y en la olla se mete la cebolla, y si comes cebolla te crece la p.... ¡Arggg!, no he podido evitarlo, dos años escuchándolo a un compañero de trabajo de Zaragoza dejó esa frase grabada y de vez en cuando, cuando menos me lo espero, aparece recordándome la cara de Ramón cuando pasaba a nuestro lado con la caja de cebollas. Era un tipo simpático que tenía un repertorio de chistes muy malo y según las malas lenguas una cosita muy pequeña que le tenía muy preocupado.

—¿Quieres un calmante?, tengo en mi bolso.

—No gracias. —¿Y qué no tiene Camila dentro de su bolso?, es una tienda de los chinos concentrada—. Se me pasará solo.

—Como quieras. Dedícate a las baldas altas para que no tengas que agachar la cabeza.

—Puedo hacerlo. —¡Qué vergüenza, eso me sucede por mentir!—. Ya me encuentro mejor.

—¿Y la cebolla? —Todo el día concienciándome para no lanzarme a sus brazos con el fin de hablar de la cebolla y no la veo.

—No la he cogido, anoche tampoco la traje, tuve un percance llegando a casa, entré corriendo en la cocina pero no llegué a tiempo.

—Y aun así pasaste... no me di cuenta.

El sofoco que se forma en las profundidades de mi cuerpo calienta mi sangre que asciende hasta mis mejillas llenándolas de color. No le saludé, no me fijé en qué ropa llevaba ni en si su cara era la de alguien feliz o llegaba enfadado. Me lancé hambrienta y volvería a hacerlo, el rubor, la vergüenza, el pudor... no son rivales para el deseo insatisfecho que agujonea mis piernas a avanzar hacia Beltrán.

—Me gustó.

No hace falta hablar, me lo dicen sus ojos que se han vuelto oscuros, me lo cuentan sus manos convertidas en puños y me lo susurra mi instinto. Beltrán me besaría ahora mismo si tuviéramos algo que no me parecía tan importante hasta que nos lo arrebataron: tiempo.

—Y a mí también —le confieso y por si le quedaba alguna duda el calor de mis mejillas se intensifica para que entienda que el recuerdo de esa intimidad vuelve a excitarme.

—No es la cebolla. —Su voz es demasiado íntima y carraspea—. Ahora sí que no sé qué me trae aquí y no me atrevo a desvelar el secreto, no puedo arriesgarme a que te hagan daño.

Se acerca, la cuenta atrás estará a punto de llegar a cero. Me ofrece sus manos, las mías son pequeñas entre las suyas y maldigo mentalmente con todos los insultos que se me ocurren a lo que ha provocado que viniera y a que no se pueda controlar para que se quede.

CAPÍTULO OCHO

—Deja que te lleve hoy. —Isaac me ha cogido desprevenida, no esperaba encontrarle de nuevo y menos aún en la puerta del trastero después de la conversación que mantuvimos en el portal—. Sé que hoy vas a ir en bicicleta al trabajo porque no llueve.

—Les he dicho a Camila y Noelia que quiero ir en bicicleta porque prefiero pedalear antes que meterme en un coche.

Necesito pensar en mis cosas, por si acaso no había meditado bastante antes, quiero examinar cada uno de los quince segundos de cada encuentro para ver si me he dejado algo en el tintero, un detalle que le ayude a averiguar si podemos influir en lo que está sucediendo.

Dentro del apartamento me estaba volviendo loca, el pasillo huele a él, veo sus ojos mirándome, sus manos abiertas pidiendo las mías... se ha adueñado del espacio y no queda sitio para que pueda recordar nada que no sea su presencia y añorar su regreso.

He bajado quince minutos antes para sentir el aire en la cara, necesitaba ir por el paseo marítimo hasta donde me diera tiempo, sentir el olor de las dunas al avanzar, dejar atrás el pasillo y a Beltrán aunque sepa que no va a ser posible.

Hoy no tengo humor para Isaac, me pongo en su lugar y me parece bien que luce por lo que desea. Yo también estoy peleando por aquello que me hace feliz y este chico no me aporta ninguna alegría. Debe de notar en mi cara mi rechazo ya que se aleja dejando un espacio más cómodo entre nuestros cuerpos.

—He dejado de tomar.

—¿Tomar?

¿De qué habla?, ¿y por qué se quita la chaqueta y me muestra su brazo?, no hace un frío excesivo pero si intenta seducirme a base de músculos no me extraña que no encuentre una pareja estable.

—Para esto.

—¡Ah! —es verdad, no huele mal, de hecho hay un agradable olor en el aire a colonia.

—Me lo ha dicho mi madre. —Baja los párpados, le abochorna confesar que su progenitora le ha abierto los ojos en lo referente a su olor corporal. Vuelve a ponerse la chaqueta y a subir la cremallera hasta el cuello—. Hacía días que no visitaba a mis padres y en cuanto he entrado en la cocina y le he dado un beso me ha echado una reprimenda que todavía me está haciendo daño. Cuando ha abierto todas las ventanas de casa me he marchado, he anulado el pedido que había hecho y he tirado a la basura lo que tenía.

—Lo siento.

Es una buena persona, nunca lo había dudado pero ahora mismo le consolaría si con ello no alimentase el caprichoso amor que ha depositado en mí sin conocerme y que nunca será correspondido aunque ahora huela bien.

—Has hecho lo correcto haciendo caso a tu madre.

—¿Lo notabas y no me dijiste nada?

—Yo apenas he estado a tu lado, y he tenido constipado, no podía respirar por la nariz. —Mentir se me da fatal y he practicado muy poco en mis treinta y cinco años de existencia.

—Eres un encanto, y envidio al hombre que tenga la suerte de tener tu cariño. —Retrocede otro paso.

Me están dando ganas de llorar, no he hecho daño voluntariamente a Isaac pero si le habría correspondido ahora mismo no estaría hundido. Se le pasará, encontrará a otra mujer en la que volcar las ganas que tiene de enamorarse, y ahora que no huele mal tendrá el camino más fácil.

—Gracias. Te mereces una chica que te quiera, seguro que más de una está suspirando por ti y tú no lo sabes.

—¡A ver si es verdad! Tengo ganas de enamorarme, de compartir momentos con una pareja, de hacer planes para el futuro. Estoy cansado de tomar copas con los pocos amigos que no tienen novia y de ir de juerga para fingir cuando a mí lo que me apetecería es irme a mi casa con mi chica y ver una película tranquilos.

—Cualquier día de estos nos cruzaremos y tú irás acompañado, solo es cuestión de tiempo.

Saco la bicicleta, todavía necesito los diez minutos de tiempo extra para despejarme.

—A ver...

—Te lo aseguro. —¡Para asegurar estoy yo!, la intención es lo que cuenta y quiero que se anime.

—¿Seguimos siendo amigos?

—¡Sí!

—Puedo llevarte en mi furgoneta.

—Otro día, hoy me apetece dar una vuelta antes de meterme en el trabajo.

—Sí, ya me lo habías dicho. Otro día te llevaré, uno que no tengas ganas de pedalear. —Salimos los dos a la carretera.

—¡Por supuesto!

Monto sobre el duro sillín al que pienso poner algo de mullido cualquier día de estos. Dicen los que usan mucho la bicicleta de carretera que el culo se termina acostumbrando. No quiero que me salga callo en las posaderas, no voy a competir y sé que venden unas fundas con relleno para las personas que queremos seguir teniendo la piel suave y sensibilidad en la zona.

Las primeras pedaladas son muy fáciles, Isaac me ha quitado un peso de encima dándose por vencido y aceptando que no habrá nada que no sea una sana amistad.

El paseo marítimo está desierto, los que corren ya han debido de terminar el circuito y a estas horas estarán debajo de la ducha o cenando tranquilos en sus casas. Me agrada esta soledad, nadie en la calle, apartamentos con las persianas bajadas, no se escucha el ruido de los coches... no tengo distracción para no pensar por enésima vez en Beltrán.

Visualizo nuestros encuentros, la ropa que llevaba, sus movimientos, sus palabras... repaso una y otra vez cada detalle que quedó registrado en mi retina. Podría dedicar años a hacerlo, quedarme quieta cual estatua de parque recordando y eso no cambiaría algo que ya sé: que ni en mi pasillo ni en mí está la clave, que en mi época no hay respuestas.

Una mujer está dando de comer a los gatos callejeros. La conozco, es la misma que alimenta a los que viven en la zona donde yo vivo. Carga con dos bolsas cada noche y rellena los recipientes que deja medio ocultos entre los setos de los cerramientos de las residencias.

También lleva cajas de leche recortadas y partes inferiores de botellas de agua para poner comida en nuevas localizaciones o en aquellas donde han desaparecido sus recipientes. Estamos lejos de mi apartamento y si todas las noches llega hasta aquí debe de gastar mucho dinero en dar de comer a los gatos.

Se gira al escuchar el ruido que hago yo al llegar a su altura. Ya me ha visto otras veces y sabe que yo no voy a recriminarla, ella es libre para

decidir en qué quiere gastarse su dinero y su tiempo.

Tranquila al saber que no supongo un peligro, y que me voy a alejar de ella sigue con su catering que es agradecido por dos gatos que vienen maullando mimosamente para cenar sin tener que esforzarse persiguiendo a las ratas.

—Tengo los pies helados con estos zapatos, en cuanto llegue a casa los voy a tirar a la basura.

Mari Luz acaba de cambiarse al turno de noche, su pareja lleva dos años en este horario y estaba harta de no coincidir con él, de dormir cuando él trabajaba y de no poder hacer nunca planes tan sencillos como dar un paseo un domingo a primera hora.

Es de ese tipo de mujeres que cuenta las cosas como si te conociera de toda la vida aunque solo hayan pasado quince minutos desde que alguien nos presentó. A mí tanta familiaridad me agobia un poquito porque invade mi perímetro de seguridad. Ya estuve cerca de Mari Luz ayer y sé que es inofensiva, para ella contar y preguntar es algo natural.

—¿Has probado a meter periódicos?

La sala donde nos cambiamos y dejamos nuestras cosas parece el patio de un colegio en la hora del recreo, todas hablan de todo y responder o hacer un comentario forma parte de este cruce de frases aunque a veces algunas se queden sin que nadie las reciba.

—¿Dónde?

—Debajo del pie. Recortas dos o tres hojas con la forma de una plantilla y la metes con cuidado, pones el pie sobre el papel y éste funciona como aislante proporcionándote calor al mismo tiempo.

—¿Cómo el cartón con el que se tapan las personas que duermen en la calle?

—Sí, mi tía siempre recuerda que cuando era pequeña y hacía mucho frío su madre se metía un papel de periódico debajo del jersey para protegerse el pecho. Decía que no había mejor calefacción.

Escucho, pronuncio alguna palabra que justifique que estoy participando en la conversación. Una idea germina en mi interior y la jornada laboral se convierte, más que nunca, en movimientos mecánicos de mis brazos llevando botes de champú anticaspa, cacao de labios y lociones anti piojos a las baldas.

—¿Nos vemos luego en el paseo?

—Sí.

—Hasta luego, y ten cuidado con la bici.

—Sí.

Camila va a ser, cuando llegue el momento, una madre estupenda. Su naturaleza es cuidar a todas las personas que están a su alrededor aunque en este caso el peligro que pueda tener sobre la bicicleta a las cinco y diez de la mañana se limite a que no esquive algún bache o que el movimiento ascendente del sillín me deje esa parte tan íntima reprimiéndome por no cuidarla como se merece.

Sin sueño y exultante ante esta ventana que siempre había estado delante de mis narices; pero que era incapaz de abrir me acomodo en el sofá con la libreta y el bolígrafo. La noche ha sido fría y ha traspasado las paredes exteriores del apartamento, ajusto la manta para que me tape bien las piernas y meto los bordes de la tela detrás de la espalda. Cómoda y con una sensación que es mezcla de esperanza y prudencia a partes iguales y una pizca de nerviosismo empiezo a escribir.

“Si estás leyendo esta carta...

—¡Eres tonta, Clara!

Arranco la hoja del cuaderno, formo una pelota y la dejo al lado de mi muslo derecho. Siempre me ha parecido una redundancia innecesaria decirle a quien lee un escrito que lo está leyendo porque lo tiene; porque ha llegado a sus manos. Mi carta tiene que informar y el comienzo que he arrugado le hubiera causado una impresión a Beltrán que no busco, yo no quiero que piense que soy boba.

Chupo el tapón del bolígrafo, quiero contarle que se ha convertido en el centro de mi existencia, que miro el reloj constantemente, que me lamento por no haber podido estudiar física porque esos conocimientos podrían ayudar a desentrañar este misterio.

Es una carta de prueba que espero no quede en el suelo cuando se marche. Si pasase tendría un motivo para terminar las hojas del cuaderno y comprar tres o cuatro más grandes si lo necesitase. Mordisqueo de mentiras el tapón y cuando creo que tengo una idea de lo que es apropiado contar en este primer comunicado me pongo manos a la obra.

“Hola, Beltrán. Me gustaría extenderme pero no tendría sentido hacerlo sin realizar antes una prueba. No le he contado a nadie lo que sucede en el pasillo, dudo mucho que los científicos de mi época puedan ayudar si los que viven en la tuya no han sido capaces de hacer que la gente viaje en el tiempo. Siempre se habla de los secretos que guardan los gobiernos, de laboratorios que están

escondidos y en los que se realizan experimentos que el pueblo (la gente que no trabajamos dentro de esos lugares misteriosos) ni se imagina. ¿Es posible que estos viajes en el tiempo sean una realidad que mantienen en secreto?”

Levanto el bolígrafo para no estropear lo que me parece un buen comienzo, los sentimientos, las sensaciones que besarnos ha dejado de forma permanente en mi cuerpo y alma no deben formar parte de este escrito.

Releo en voz alta cuatro veces la pequeña misiva. ¿Cambio algo, añado, rompo y empiezo de nuevo? Puedo hacerlo más tarde, decidir después de dormir que es lo que ahora mismo amenaza con hacer mi cuerpo si no le doy el descanso que necesita.

—Hola, he pensado una cosa.

—Hola —me interrumpe añadiendo una sonrisa que derretiría los casquetes polares. Aprovecho para tomar aire, el tiempo nunca fue tan oro como ahora—, yo también he estado pensando.

Me mira los labios, los mismos que se han quedado secos y los humedezco con un gesto reflejo inoportuno para mí; pero que resulta sugerente para Beltrán por la manera en la que sus ojos se suman a su sonrisa.

—El otro día el papel estaba alejado de tu cuerpo.

—Lo sujeté con la mano.

—Sí, pero estaba fuera de tu contorno. La ropa que traes tiene diferentes grosores y pasa. ¿Y sí metieras el papel entre tu piel y la ropa?, pruébalo, no perdemos nada por hacerlo.

—No —me responde positivo—, lo vamos a intentar.

Suelta un par de botones de su camisa vaquera. El ruido que hacen los automáticos al separarse me da hambre, me alimentaría de su piel y bebería de su boca. No ha dejado de mirarme mientras se metía mi papel y vuelve a unir las piezas metálicas al tiempo que se acerca. ¿Cuántos segundos nos quedan, seis, cinco? Suficientes para besarnos, insuficientes para saciarnos. No me acostumbro a besar al aire, mi cuerpo se tambalea y al dar un paso hacia adelante para equilibrarme veo el suelo y la cinta adhesiva, el papel no está.

—Tarareas, sonrías y te has comido las galletas de mantequilla que te ha ofrecido Noelia.

—Estoy contenta, es por el chico que vino cuando celebraste la fiesta en tu terreno. —Si no comparto la emoción que siento con Camila voy a empezar a hablar sola

—Lo había deducido, Sebas me ha preguntado tu número de teléfono, si no

lo tiene y recurre a mí para obtener esta información no puede haber sido él quien te ha hecho florecer.

—¿He florecido?

—Sí, cuando las mujeres nos enamoramos florecemos, la piel se pone radiante, los ojos brillan más, el pelo se vuelve más sedoso. Cuando nos enamoramos nuestro cuerpo lo refleja y tú has florecido; estás enamorada.

—Solo hemos estado juntos unos minutos.

Casi tres si sumamos todos los quince segundos. ¿Estoy enamorada de un hombre con quien he compartido tres minutos?, a ver como se lo explico a Camila sin descubrir mi secreto.

—¿Te he contado alguna vez como me enamoré de Alfredo?

—No.

—Es mayor que yo, siete años, y aunque los dos hemos nacido y crecido en Laredo yo no le conocía, cuando yo estaba estudiando primaria él estaba en el instituto, demasiada diferencia de edad. Yo vivía en el barrio de San Antonio y él en San Lorenzo, yo todavía jugaba con muñecas cuando él empezaba a decidir qué carrera universitaria quería estudiar. Se fue a Madrid y por coincidencias de la vida no nos veíamos nunca cuando regresaba a pasar algún fin de semana con su familia. Al terminar la carrera decidió vivir en Inglaterra para mejorar su inglés, ese año yo me marché a Salamanca a estudiar matemáticas. Seguimos sin cruzarnos y no fue hasta unos años después que por fin nos encontramos. Necesité un minuto para saber que si yo también le gustaba nada nos separaría. Hay cosas que se descubren en el primer minuto.

Sabía que Camila había estudiado esa carrera y que había perdido la esperanza de encontrar trabajo a menos que se pusiera a preparar una oposición. Este supermercado había supuesto una opción temporal y había descubierto que le gustaba aunque no tuviera relación con aquello a lo que había dedicado años a aprender.

—Se llama Beltrán. —Al pronunciar su nombre en voz alta me ruborizo, se vuelve más real.

—Le pega, ¿todavía tienes la foto?

—Sí.

—Déjame verle de nuevo, eché un vistazo tan rápido que no pude fijarme en los detalles.

Busco la foto, está entre las de la bahía de Laredo y las de la montaña de

Santoña.

—Toma.

Camila amplia la foto examinándola con la minuciosidad de un tratante de arte. Me devuelve el móvil echando un último vistazo y asintiendo con la cabeza para que sepa que sigue aprobándole. Guardo el terminal a tiempo, la encargada es muy estricta y no quiere que saquemos nuestros móviles mientras reponemos, no me ha visto y aun así se acerca con su cara de tener una piedrita en el zapato.

—¿Qué tal vais con eso?

Eso son las cajas de espuma de afeitarse y los botes de champú de viaje que los clientes suelen meter en sus bolsas de hacer deporte.

—Bien, estamos terminando ¿necesitas algo? —Camila la conoce mejor que yo—.

—Que agilicéis en vuestra sección y vayáis a echar una mano a los que están colocando en las nuevas baldas la comida para perros. Los instaladores han tenido problemas al sustituir las que estaban dañadas y solo queda una hora de trabajo. Todos los productos están esparcidos por el suelo.

—Sin problema —le contesta Camila con su mejor sonrisa, la encargada intenta responder con otra que se parece a la de los niños cuando muerden por primera vez una rodaja de limón.

—Se marcha contenta.

—¡Claro!, le vamos a sacar las castañas del fuego. —Aceleramos, todavía tenemos muchos productos que reponer antes de pasarnos a los huesos para perros y barritas para el mal aliento.

—No creo que sea mala persona.

—No, ella es así, amarga como la corteza de un limón, no lo puede remediar. Ya has visto que cara ha puesto cuando ha intentado sonreírnos.

—Si me la encontrase al coger la bicicleta sonriéndome así me daría mucho miedo.

—¡Uf!, esa mujer en la cama con su marido tiene que ser de película de terror, el pobre hombre tiene que sufrir cuando ella se acerque allí abajo a hacerle cositas, con la cara que tiene dudará de si va a hacerle algo que le dé placer o se lo va a arrancar de un mordisco.

Camila simula arrancar algo con los dientes y para darle más realismo abre mucho los ojos y enseña todos los dientes. Me río porque con cuatro palabras y dos gestos ha sabido presentarme una escena de película de

psicópata que se obsesiona con una posible infidelidad de su marido y decide acabar con el problema de un solo mordisco.

—A lo mejor es una mujer dulce y cariñosa en la intimidad.

—Eso es tan poco probable como que a mí me salgan dos alitas y me convierta en una súper woman. —Es verdad, esa mujer tiene cara de amargadita hasta cuando cobramos las pagas extras—. Cuéntame cosas sobre Beltrán, ¿a qué se dedica?, ¿tiene que viajar mucho y por eso apenas os veis?, ¿o vive en Zaragoza?

—Vive en Madrid. —No hace falta especificar localidad.

No tengo nada preparado, sentía la necesidad de contarle a alguien que él me hace feliz, que cuando me mira me pongo nerviosa y al mismo tiempo percibo una maravillosa sensación de estar en paz; de haber encontrado mi lugar en el mundo.

—Lejos —se queja por mí—, ¿y cómo os conocisteis?

—En un pasillo en una galería de arte, es escultor. —Ahora tocaba intercalar una mentira, en realidad no es tan difícil.

—¿Sí?, ¡qué interesante! Un encuentro como el de las películas, ella va caminando distraída observando las obras y se detiene a contemplar una, un chico monísimo se acerca y le pregunta qué le parece la escultura, ella responde algo muy ocurrente y se despide. Cuando vuelve a verle en la sala de exposiciones se entera de que ha estado hablando con el creador de la obra. Se encuentran al día siguiente, él la invita a tomar un café porque quedó prendado de ella y ella acepta porque su corazoncito también hizo “pun pun” cuando él le preguntó con esa voz masculina qué le inspiraba la escultura. La camarera sonrío cuando les sirve el café, todos los clientes han notado que están hechos el uno para el otro, que los únicos que aún no se han dado cuenta son ellos mismos.

—Fue algo parecido. —Estábamos solos en el pasillo y también había una obra, la foto de la puesta de sol con palmerita.

—Así que escultor. —Medita sobre este modo de ganarse la vida—. ¡Qué romántico!, ¿y que está, muy liado con exposiciones y por eso no tenéis tiempo para quedar?

—Sí.

—En algún momento tendrá que dejar de viajar.

—Eso espero.

Lo deseo con todas mis fuerzas aunque no tenga la capacidad de alterar

nuestra realidad. Vuelvo a sentirme decaída al recordar que podríamos pasar así años.

—Tranquila, si te quiere encontrará el modo de compatibilizar su trabajo contigo.

—Sí. —Aparto la tristeza a codazos, podría ser un camino largo y no puedo ponerme obstáculos en los primeros pasos—. Ya he terminado, te ayudo.

Trabajo en la sección de alimentos para mascotas esforzándome por olvidar a Beltrán. Cuento tarros, cuento bolsas de galletas anti sarro para perros, comida gourmet para gatos, semillas para pajaritos y los pesados sacos de comida para perros de razas grandes... cuento los segundos que dedicamos a cada actividad.

Soy consciente, algo que ya había intuido cuando los momentos malos se sobreponían, que el cerebro (el mío que es el único que conozco) tiene varias vías simultaneas de pensamiento. Puedo contar y sin equivocarme evocar los besos de Beltrán. Sigo la conversación de Camila y respondo a sus comentarios mientras me deleito con las diapositivas del momento en que se abría la camisa y podía ver un pedacito de su pecho.

—¿Va a volver pronto?

—No lo sé. —Ya no se pueden decir más mentiras, me escuecen.

—¿Tienes vacaciones pendientes?

—Sí, tengo un par de semanas.

—Madrid es muy bonito.

—No lo conozco.

—Imagínate —suspira—, los dos juntos, paseando por esas callejuelas de la parte antigua...

—Sí —me oigo decir, estoy viéndome a mí misma caminando por unas calles empedradas, sin prisa porque sabemos que nada va a separarnos.

—Es una ciudad con rincones románticos.

—Sí. —Sería un sueño ir a Madrid, uno donde yo caminaría sola por calles donde Beltrán también lo haría con ochenta y un años de diferencia.

¿Y si todo lo que yo siento no es recíproco? Me besó, tomó la iniciativa, me mordió el labio, me abrazó... ¡qué tonta soy!, los que solo quieren sexo también se besan y abrazan, forma parte del cortejo y de los preliminares.

Me avergüenzo de no haber sido capaz de pensar en esta posibilidad. Estaba tan ocupada tratando de conseguir tiempo para nosotros que no había

pensado en que podría tratarse de una simple seducción, un flirteo, un juego...

¿Un hombre puede mirar a una mujer con esa vehemencia cuando en su interior solo está pensando en ponerla a buscar una moneda en el suelo que solo él puede ver?, seguramente, pero me resisto a aceptar que Beltrán sea uno de esos tipos que siempre dejan que mande su entrepierna.

Sé, porque me lo asegura el corazón y hasta que no me demuestre lo contrario mantendré mi fe en su instinto, que es un hombre que sabe distinguir la verdad de la mentira y actúa con honestidad. Acepté su beso y descubrí que necesitaba más, al responder sinceramente le mostré mi falta de experiencia. ¿Fue mentira para él?, no, la gente se enamora, hay flechazos, parejas que se quieren toda la vida, no negaré algo hermoso por miedo.

—Hola.

El borde de mis zapatillas toca la línea blanca del suelo. El aire que desplaza el cuerpo de Beltrán al aparecer transporta su perfume envolviéndome.

—¡Que ganas tenía de hacer esto!

Sus dedos por mi pelo recién peinado se deslizan suavemente. Saca un papel del mismo lugar donde ayer guardó el mío y me lo entrega sin dejar de acariciarme. Lo dejo caer cuando sus labios y los míos se encuentran. Empuja mi cuerpo contra el suyo y me siento pequeña y protegida entre sus brazos. Saber que la hoja pasó y que también me haya escrito me da alas y las utilizo para saborear su boca y disfrutar de los estimulantes efectos de su lengua.

—¡Ummm! —¿He sido yo?

Se separa jadeando, le complace comprobar que a mí también me falta el aire y que estoy temblando por la excitación.

—Escríbeme, quiero saber, conocer... —Enmarca mi cara y deposita un último beso en mis sensibles labios.

Se terminó el tiempo y recojo el folio mirando por última vez al pasillo antes de entrar en el salón para leer despacio la carta.

“Hola, Clara. En cuanto regresé a mi cocina busqué en el pecho y ni te imaginas la euforia que sentí al tocar el papel. Me llamé tonto por no haberlo pensado antes y me alegré de que tú tuvieras mejores ideas que las mías. Cada día la ropa que me pongo atraviesa el tiempo y el espacio para llegar a tu casa, no es orgánica y eso significa que se desplaza mi cuerpo y lo que le recubre. Te aseguro que me he estado esforzando para entender este hecho insólito pero lo haré con más intensidad porque tu clarividencia me demuestra

que es posible que haya pequeños detalles muy valiosos que han pasado desapercibidos.

Tener un modo de comunicarnos ha hecho que renazcan las esperanzas, había empezado a resignarme, a pensar que nunca tendríamos tiempo para hablar de lo que nos gusta, a tener que elegir entre intercambiar unas pocas palabras contigo o dedicar esos segundos a besarnos. El deseo me domina cuando se acerca el momento, y todas las frases que tenía preparadas dejan de tener importancia porque necesito sentirte muy cerca”

Me toco el cuello nerviosa, ¡me desea tanto como yo a él! Esperaba una carta con datos sobre lo que ha descubierto, información impersonal centrada en el asunto del viaje en el tiempo. Leer sus primeras palabras y descubrir que están dedicadas a sus sentimientos ha hecho que el folio comenzase a moverse. Respiro varias veces y retiro una lágrima que la emoción ha colocado al borde.

“Yo tampoco le he dicho nada a nadie, he tenido un razonamiento parecido al tuyo y tengo miedo, a que si lo cuento me impidan volver a verte. Me gustaría poder decirte que he avanzado, que intuyo lo que está sucediendo cada noche, que tengo la solución pero no es así.

La noche en que nos vimos por primera vez regresaba a casa después de pasar el día en Madrid por asuntos relacionados con mi trabajo. Había entregado una obra que me habían pedido con urgencia y después de trabajar muchos días y parte de las noches había agotado las reservas de comida. La nevera estaba vacía, estaba harto de alimentarme a base de latas y me apetecía prepararme una cena con productos frescos.

Paré en un centro comercial a la salida de Madrid y llené la cesta de verduras y frutas. Conduje hasta casa, al llegar saqué las bolsas del coche, las metí en casa y las dejé en la cocina. Contesté un par de mensajes que eran importantes y empecé a sacar la comida. La cebolla roja cayó al suelo y la recogí sorprendido porque no recordaba haberla comprado, a mí no me gusta la cebolla en ninguna de las variedades que he probado. Entonces percibí un sonido, parecido al de un trueno muy lejano y de repente me encontré en el pasillo de tu vivienda con la cebolla roja en la mano.

Nunca olvidaré tu mirada, quería tranquilizarte, decirte que no quería hacerte daño pero estaba tan confuso que no podía pronunciar nada coherente. No sabía si estaba soñando, si me había mareado y estaba desmayado o si me había muerto y estaba teniendo mi primera experiencia en el más allá. Antes

de que pudiese tener más datos ya estaba de vuelta en la cocina y decidí que había sido un reajuste de la mente. Había trabajado muchas horas, dormido pocas y me había alimentado mal. Me habría cruzado contigo en alguna calle de Madrid y aunque no había sido consciente de ello tu físico habría quedado grabado en mi cerebro. Eres una mujer muy hermosa y mi mente estaba recreándose, esa tenía que ser la razón, ¿qué otra explicación podría haber?

No sé por qué no arroje la cebolla a la basura, como ya te he dicho a mí no me gustan y no pensaba añadirla a la ensalada. La cogí dos veces y las dos volví a dejarla en su sitio, te había sentido tan real que busqué como explicación que seguramente te había visto cogiendo una cebolla en la sección de verduras del supermercado y atontado ante tu belleza había metido también yo una en mi cesta de la compra. Quizá si la cogía de nuevo volvería a recuperar ese momento y ver algo más que me permitiese buscarte.

Tomé la cebolla, la moví, la agarré con fuerza, fingí que no me importaba para engañar al consciente... esperé hasta que recordé que tenía muchísima hambre. Cené y volví a sujetar la cebolla repitiendo los movimientos que había hecho la primera vez. No pasó nada y me fui a dormir, al despertar y entrar en la cocina para prepararme un café volví a intentarlo. Me regañé por ser tan idiota como para andar meneando una cebolla como si de una maraca se tratase.

Llegó la noche, me sentía cada vez más abatido, quería verte así que la cogí en la que iba a ser mi última vez y entonces sucedió; volví y ahí estabas, interrogándome con tus preciosos ojos verdes. Al regresar seguía sin saber nada, tú eras real, y si no lo eras lo aceptaba con tal de volver a estar frente a ti, definitivamente la cebolla se quedaba en la cocina.

Esperé sin tocar la cebolla hasta que llegó la noche, la tercera, la cogí a las ocho y media y no me moví de la cocina hasta que llegó la hora. Tu casa estaba vacía, te busqué por las habitaciones, miré por la ventana, no reconocía el lugar, no era un sueño, tenía que ser real, no podía haber añadido tantos detalles.

Cuando me preguntaste si era un espíritu entendí que si yo estaba desconcertado tú debías de estar volviéndote loca viéndome aparecer y desaparecer con una cebolla en la mano. Creo que después de varios días y de esos momentos íntimos tan maravillosos que hemos (espero los dos) disfrutado ya no tenemos dudas sobre nuestra humanidad.

Estaba buscando un lugar discreto donde pudieran examinar el interior de

la cebolla sin romperla y sin hacerme preguntas cuando pasé sin ella. Fue fortuito, sucedió a la misma hora y me dejó sin ideas, si no era la hortaliza, ¿qué originaba que viajase en el tiempo?

Hemos avanzado en muchos aspectos, hay coches que conducen solos, robots que operan, hemos llegado a Plutón... sigue hablándose de los viajes en el tiempo, de que teóricamente es posible pero no he encontrado ningún artículo de científico de renombre que afirme haber descubierto cómo hacerlo.

He contactado con un físico japonés, es un hombre muy esquivo y solo ha respondido a mi saludo después de enviarle más de cincuenta mensajes. Tengo fe en que sepa leer entre líneas, no le he desvelado lo que me sucede para no levantar sospechas porque todas las comunicaciones podrían ser interceptadas.

Quiero que sepas que haré todo lo posible para aclarar esta situación y por encontrar a alguien que pueda ayudarnos para que los quince segundos se conviertan en años.

Me coloco todas las noches en el mismo lugar de la cocina donde sucedió por primera vez. No me atrevo a realizar pruebas por dos razones: no quiero perder quince segundos a tu lado y tampoco quiero arriesgarme a realizar cambios que supongan no poder volver nunca más, eres demasiado importante para mí.

Deseando que llegue mañana...”

Lloro, la última vez que lo hice cumplía veintidós años y me sentía tan sola que la idea de morirme no me parecía un mal regalo. Al leer la carta recupero esta capacidad y es la emoción la que empuja las lágrimas que caen tranquilas. El papel se moja y lo seco para que las palabras escritas de su puño y letra no se borren.

Se me ocurren mil cosas que contarle, son las nueve y veinticinco, hoy llueve y dentro de veinte minutos Camila y Noelia estarán esperándome. Me levanto, guardo la carta en la mesilla como si alguien que no fuera yo pudiera leerla y entro en el baño para que el agua fría borre los efectos de este llanto que tanto bien me ha hecho.

CAPÍTULO NUEVE

“¿Un viaje a Plutón?, me gustaría mucho poder ver cómo es el futuro, tu presente. Yo también estoy muy contenta por tener esta correspondencia, porque nos permitirá intercambiar datos y dedicar el poco tiempo que tenemos cada día para besarnos”

Me pongo roja como un tomate al escribir “besarnos”. Dejo la libreta en la mesa del salón, me rasco la cabeza, me froto los ojos, me levanto, paseo por el salón, salgo al pasillo, entro en la cocina, bebo agua, cojo un trozo de chocolate y regreso al sofá. La palabra “besarnos” se queda, Beltrán ha expuesto sus sentimientos, yo quiero hacer lo mismo.

“Me gusta lo que me haces sentir, me gusta lo que pienso cuando te veo. Lamento no tener experiencia, no saber besar y responder con torpeza a tus caricias. Yo también anhelo el día en que no tenga un cronómetro en la cabeza contando los segundos, y nada me gustaría más que encontrar el modo de alterar este viaje que realizas cada día para que no tuvieras que irte. Si se te ocurre algo que pueda hacer estaré encantada de llevarlo a cabo.

Trabajo de noche de lunes a sábado, repongo productos en las baldas de un supermercado y no pude evitar reírme cuando leí que estabas convencido de que me tenías que haber visto en el centro comercial comprando cebollas en el que tú también estabas llenando el carro. A mí tampoco me gustan; pero si tuvo algo que ver para que se iniciaran tus viajes las miraré a partir de ahora con otros ojos.

Cuando yo trabajo no hay clientes, el comercio está cerrado, colocar botes en una balda permite pensar y eso es lo que he estado haciendo hace unas horas, pensar en si será verdad que cualquier cambio en mi presente podría alterar el tuyo. Opino que tiene sentido, que yo tenga una gripe no cambiaría tu existencia pero si cojo la gripe y decido ir a visitar a quienes serán tus padres porque tú me has hablado de ellos podría contagiarles y causar la muerte de uno de ellos. Este ejemplo es seguramente demasiado obvio pero considero que es mejor que no me cuentes nada sobre tus antepasados para que no tenga oportunidad de causar alteraciones”

Leo lo que acabo de escribir. Me siento ridícula hablando de asuntos de

los que no tengo ninguna idea pero, ¿alguien la tiene?, ¿se ha mandado a una cobaya al futuro y se ha cocinado después a su madre para comprobar si la cobaya hija volvía o la cápsula estaba vacía al abrirla porque el pobre animalito se había volatilizado? Dudo mucho de que se haya intentado, y si ha sido así nadie lo ha hecho público. No sobran, por tanto, las advertencias, los consejos o cualquier idea que sirva de ayuda para dar algo de luz a este misterio.

“Me despido por hoy...deseando que llegue la hora de verte”

—No lo cambies, Clara —me digo para apoyarme a mí misma, lo he hecho tantas veces que se ha vuelto una costumbre hablarme—, lo has escrito con el corazón.

No tengo fotocopidora y no quiero acudir a una librería para que me hagan una copia, nunca sabes si el operario va a tocar sin querer la tecla de copiar por duplicado dejando una prueba de lo que ocurre en mi pasillo. No tengo nada mejor que hacer, no quiero abandonar a Beltrán y mientras le leo o le escribo le siento cerca. Me pongo a copiarla, mi vida antes de conocer a Beltrán se ha desdibujado, como si hubiera sido un borrador, un esbozo, un tiempo de relleno.

Escribo en la parte superior derecha: “carta número dos”. Ya no puedo recuperar la primera y me lamento pero ¿cómo iba a saber que la idea sería buena y que querría conservar lo que le escribí? Si algún día descubrimos como controlar los viajes en el tiempo me presentaré cinco minutos antes de entregársela y le sacaré una foto.

Guardo la carta que le voy a entregar a Beltrán en el cajón superior de la mesilla, la copia de esa carta la dejo en el cajón central y la que él me ha escrito en el inferior después de leerla por quinta, sexta o quizá décima vez con una sonrisa tonta en la boca. Es hora de salir a caminar con “las correccaminos”.

—Cada día estás más guapa. —Belén me da un codazo cariñoso.

—Eso mismo estaba pensando yo. —Raquel se baja las gafas de sol que siempre lleva aunque hoy está medio nublado—. te está sentando muy bien vivir en Laredo.

—Sí, el aire de Laredo mejora el cutis que da gusto.

Ni Belén ni Raquel saben de la existencia de Beltrán pero el tono de Camila las ha puesto en alerta como si de un radar de avión de caza se tratase.

—¿Tienes churri?

—¿Churri? —me suena a algo que no puede ser.

—¿Que si te has echado novio? —traduce Raquel.

Me río disimuladamente según mi criterio; pero no lo bastante para Raquel que se para y me coge del tejido de la chaqueta para que yo también me detenga.

—¿No lo habías oído nunca?

—No. —¡A risilla floja se me cuela entre los dientes.

—¿Y qué creías que te estaba preguntando?

—Si tenía... —Los ojos me empiezan a llorar y la risa se vuelve incontrolada.

—¿Pensabas que te estaba preguntando si tenías chochete?

—¡Raquel!, que bruta eres.

—A ver, señorita educada —pone voz engolada al dirigirse a Camila—, ¿y cómo lo llamas tú?

—Pues...

A Camila también le entra la risa. Las palabras que hacen referencia al sexo femenino son casi todas muy feas y hacen que imaginemos a mujeres bigotudas, orondas y sudorosas.

—¿Pues qué?, ¿tú como lo llamas, huchita, rajita, cosita?

—¡Conejito! —Y saca las paletas mordiéndose compulsivamente el labio inferior.

Reírse hasta que nos duele la tripa es maravilloso, libera las tensiones, relaja y llama la atención de dos señoras con las que nos cruzamos y que miran extrañadas el cachondeo que llevamos a las cinco menos cuarto de la tarde hablando sobre un conejito.

—Así que ese hombre de momento es solo un amigo.

Raquel no se da por vencida, estoy segura de que si pudiera metería las cosas de Beltrán en mi armario, colocaría su cepillo de dientes junto al mío en el vaso del baño, le daría una lista de todo lo que está permitido hacer y lo que tiene prohibido y le ordenaría vivir conmigo inmediatamente.

—¡Que no es solo un amigo! , es su chico. —Camila mueve las manos como si estuviera empujando el aire.

—¡Pues hija no lo entiendo! Debo ser demasiado chapada a la antigua pero a mí me gustan que estén a mi lado y no por ahí.

—Es complicado.

Saben que hay alguien y que apenas puedo verle. ¿Hago bien contándolo?,

no pueden ponerle rostro, no pueden buscarle en internet porque a Camila le dije que trabaja bajo un pseudónimo y que casi nadie conoce su identidad porque prefiere la libertad que le permite el anonimato.

—Será complicado pero te ha cambiado la cara. Si las cosas se “descomplican” vas a parecer una niña de dieciséis años como sigas guapeando.

—Muchas gracias. Es el pelo, antes no le hacía ningún caso y ahora intento dedicarle cinco minutos.

—Además del pelo, que está precioso, es el brillo que tiene tu piel, son tus ojos que parecen agua del caribe. Que no se te escape ese chico; aunque si es un poquito inteligente no lo hará. No encontraría a nadie mejor que tú.

—Muchas gracias, hasta mañana chicas. Hasta luego, Camila. —Hemos llegado a la altura de mi residencia, me gustaría seguir pero han comenzado a caer gotas y no tenemos paraguas.

Me sonrojo y no es por Beltrán, él no está ahora conmigo, es debido a que nunca había sentido tanto cariño. Me paro en el descansillo de la primera planta, ¿qué habría pasado si hubiera buscado el apoyo de mis antiguos compañeros de trabajo? Los hubo malos, personas que estoy segura se alegraban cuando me encontraba hundida. Otros a los que mi vida les era indiferente y lo entiendo, cada uno convive con sus propios demonios y si ni siquiera tenemos capacidad para curarnos no podemos ayudar a nadie. Pero sí que hubo buenos compañeros, personas que me preguntaban cómo me encontraba, que me invitaban a pasar el día de Noche Buena en sus casas con sus familias.

Ayudarme era difícil, mis silencios ante la psiquiatra no facilitaban su trabajo. Era una mujer, no un ser divino con poderes sobrenaturales. Yo acudía a la consulta, me sentaba, miraba la alfombra roja con motivos árabes esperando a que ella moviese una barita mágica que pulverizase las garras que aprisionaban mi corazón.

Me hacía preguntas que para mí eran tonterías y es ahora, después de muchos años, cuando empiezo a entender que utilizaba las armas que tenía, y no podían ser efectivas si yo me obstinaba en contestar con monosílabos tan débiles que le obligaban a acercar su silla a la mía para poder escucharme.

Ahora me siento bien, el pasado, de momento, no se puede cambiar y tampoco es algo que intentaría. El dolor ya pasó y si estoy subiendo las escaleras de este edificio es por todo lo que he vivido. ¡A saber dónde estaría

ahora mismo si mi madre no se hubiera detenido a mirar a ese hombre, si hubiésemos paseado por otro parque aquel día!

—¡Clara, Clara!

—¡Voy!

Es Antonia, la vecina y subo hasta su planta todo lo rápido que puedo. La puerta está abierta y asomo la cabeza cuando vuelvo a escuchar mi nombre. El sonido no sale de su casa, está aporreando mi puerta y retomo el ascenso temiéndome lo peor.

—¿Qué pasa?

La mujer está en bata y tan nerviosa que no se ha dado cuenta de que los botones superiores de la prenda no están atados. Sus flácidos pechos asoman en cada respiración como si me saludasen y lo primero que hago es unir cada botón con su ojal porque me recuerdan a otros pechos grandes y libres que también solían escaparse porque su dueña no conocía una prenda llamada sujetador.

—¡Ay Clara, que bien que estás! —Ni siquiera se ha percatado de lo que estaba haciendo.

—Estaba subiendo cuando te he escuchado. —Ella parece estar bien si no tengo en cuenta que tiene la respiración agitada y que sus pechos estaban observándome ¿qué puede haber sucedido?

—Tienes que ayudarme.

Antonia junta las manos suplicándome, la pobre mujer está angustiada y yo también estoy poniéndome muy nerviosa.

—Yo te ayudo, pero cálmate que te vas a poner enferma.

—Está bien, tienes que ayudarme, vamos, vamos. —La mujer se pasa las manos por el pelo que ahora que me fijo está muy alborotado.

Me empuja hasta el ascensor, yo no quiero entrar, me dan miedo, la cabina es una cajita que pende de un cable que no veo, podría estar medio roto, a punto de soltarse la última hebra metálica. Antonia no me suelta y antes de que pueda encontrar la frase me veo dentro. “Beltrán, Beltrán...” pienso en lo primero que me viene a la mente para que la histeria no haga que me tire al suelo como una niña. Por suerte Antonio y Jacinta no viven en las plantas bajas del edificio, el viaje ha durado un pestañeo y me anoto otro logro que coloco al lado de mi paso por la zona de cuerdas del monte Buciero.

—Pasa, pasa. —Antonia sigue empujándome y me sorprende la fuerza con la que lo hace, cuando me he cruzado con ella en el portal me ha parecido una

mujer frágil—, Jacinto, ya estoy aquí, Clara viene conmigo.

—¡Ohhh! —esta respuesta no es buena.

El apartamento de Jacinto y Antonia huele a cocidos con morcilla, a sopas de ajo y a jabón de Marsella. No se ve el suelo, las alfombras se superponen en una vivienda que es bastante más grande que la mía.

—Jacinto, no te asustes, voy a entrar yo sola primero.

—¡Ay!

¡Uf!, ha sido un lamento en toda regla, ¿qué me voy a encontrar? Antonia ha dicho: “entrar yo sola primero”. ¿Se ha caído?, la gente mayor suele romperse la cadera. Yo no soy médico ni enfermera, no tengo conocimientos médicos, no sabría por dónde cogerle y tampoco soy una mujer muy fuerte.

—Ahora salgo, no te marches por favor.

Me toca las manos con las tuyas que están frías y secas. Asiento con la cabeza lamentando no haber seguido caminando hasta el puerto pesquero con “las correccaminos” Me reprendo inmediatamente por tener pensamientos de mala vecina, si yo me accidentase en mi apartamento querría que alguien me ayudase. Es el miedo a lo desconocido lo que me vuelve egoísta e insolidaria.

Me quito la chaqueta de forro polar y la sujeto a la cintura. En esta casa hace un calor malsano que sumado al que yo tengo después de subir las escaleras corriendo hace que me moleste la coleta que recojo en un improvisado moño. Escucho cuchicheos con tono de reprimenda que no comprendo porque Jacinta ha arrimado la puerta a su paso.

Saco mi teléfono móvil y busco el número de urgencias que es a quien hay que llamar para que ayuden a Jacinto. A punto de marcar la tecla de llamada retiro el dedo porque es posible que ya estén de camino y no quiero crear confusiones innecesarias.

—Ya ha aceptado que le veas.

—¿Has llamado a la ambulancia? —Si hay que darle la mano para transmitirle mi apoyo lo haré encantada mientras esperamos a los que realmente pueden ayudarle.

—No, y con tu colaboración quizá no será necesario.

—Antonia, yo trabajo en un supermercado, ya lo sabes. No sé hacer nada que supere colocar una tiritita. —¿Se le había olvidado?

—Jacinto no está herido, se ha quedado trabado y con tu ayuda le liberaremos y no tendremos que molestar a la ambulancia o a la policía.

—¡Ah!

Se habrá caído entre dos sillas y no puede levantarse, o dentro de la bañera y no puede salir, se ha subido en una escalera para cambiar una bombilla y no se atreve a descender... espero que no sea verdad lo de la bañera, las personas solemos ducharnos desnudos y manipular el cuerpo de Jacinto como vino al mundo no sería cómodo.

—Veas lo que veas finge, haz como que no tuviera importancia, no quería que buscase a nadie, quería soltarse solo. Ya lo hemos intentado y solo hemos conseguido ponerle peor.

—Claro, claro, todos tenemos percances. —De claro nada; pero veré la luz en cuanto tenga delante a Jacinto y su circunstancia.

Estoy deseando ayudar para que esta incómoda situación termine y pueda irme a mi casa. Si tengo que pasar por un mal trago prefiero hacerlo ya para que Antonia deje de poner sus frías manos sobre mi carne.

—Voy a por la tijera de limpiar el pescado.

La veo entrar en la cocina y rebuscar en un cajón. Levanta la tijera para enseñármela y el calor escapa de mi cuerpo al relucir el metal debajo del fluorescente. Antonia me está asustando, ¿qué vamos a hacer con la tijera?

—Buenas tardes, Jacinto —digo por decir algo, no le veo, no sé si le tengo delante o voy a pasar por encima de su cuerpo.

La habitación está en penumbra y si hubiera algún mueble ya me habría golpeado con él. Sigo a Antonia quien no ha soltado la tijera y el pulso se me dispara conjeturando en qué condiciones me puedo encontrar a Jacinto para que necesitemos una tijera.

—Te he dicho que estaba descansando para volver a intentarlo, ¡cojones!
—¡Pues sí que tiene mal genio Jacinto!

—¡Cállate! —Le exige Antonia. La señora está, además de asustada, bastante cabreada y tiene un arma—. Estoy muerta de miedo y tú te dedicas a soltar insultos delante de la vecina que ha venido a echarnos una mano.

Antonia levanta la persiana, muy poco; pero suficiente para que la oscuridad desaparezca y pueda ver que hay algo colgando del techo. Antonio está suspendido como si estuviera volando con las piernas y los brazos extendidos. Su pierna derecha está flexionada hacia arriba y su brazo izquierdo también señala hacia el tejado.

Anchas cintas negras sujetan cada extremidad y todas ellas convergen, a través de un enmarañado nudo, en una barra horizontal que a su vez tiene una gran cuerda enganchada en una argolla del techo.

Una toalla de baño rosa envuelve el tronco de Jacinto y para que no se caiga un cinturón de cuero la rodea. Las piernas y los brazos están desnudos, ¿no hay nada debajo de la toalla?

—¿Es una máquina ortopédica? —Algo para corregir malas posturas de la espalda, no acierto a comprender lo que veo.

—Sí —me responde Antonia comprobando que el cinturón sujete bien la toalla—, se ha metido mal, ha enredado las cuerdas y ahora no puede bajarse y me da miedo que se lastime la espalda, cada vez que se mueve lo pone peor.

—Es mejor que no lo intente de nuevo —digo por no quedarnos en silencio, así como está dudo mucho que pueda ponerlo peor, está totalmente paralizado, me recuerda la imagen del cuadro de Leonardo da Vinci donde un hombre está con las extremidades extendidas

—Eso mismo le he dicho yo. —Antonía ha guardado la tijera en el bolsillo de su bata para mi tranquilidad.

—Quizá podríamos soltar a Jacinto sin romperlo. —Estos aparatos suelen ser caros... ¿y es necesario quitarse la ropa para subirse?, llevará calzoncillos aunque sean de esos blancos y grandes como pañales—. Voy a abrir los enganches que sujetan sus muñecas y tobillos.

—Tiene vueltas de cuerda alrededor apretándole por encima.

Me acerco para ver realmente cual es la situación y efectivamente, no sé cómo ha sido capaz Jacinto de enredarlo tanto pero la cinta, que se parece a la que llevan los cinturones de seguridad rodea en varias vueltas a cada enganche. El propio peso de Jacinto hace que se incrusten en su piel lo cual debe resultar muy doloroso. No me atrevería a meter ahí la punta de la tijera.

—Hay que cortar la del techo. —Antonía sale de la habitación dejándome sola con Jacinto.

—¡Ah!, no aguanto más. —A Jacinto le duele mucho, algo normal en vista como tiran de él las cuerdas.

—Ahora lo solucionamos.

Es una especie de combinación entre paracaídas y arnés para tirarse de *puenting*. No pongo en duda que será muy beneficioso usado correctamente pero también puede dejarte hecho un lío y con dolor en las articulaciones para varios días como le va a suceder a Jacinto.

—Trae una banqueta de la cocina. —Antonía ha regresado con varios cojines y una colcha.

Corro al escuchar un aullido de Jacinto. Al regresar Antonía ya ha

colocado los cojines y la colcha debajo del cuerpo de su lastimado marido. El golpe va a ser pequeño siempre que caiga dentro pero sigo sin entender qué es lo que pinto yo aquí. Mi vecina parece tenerlo todo controlado.

—Toma, corta por favor, yo no puedo hacerlo, tengo artrosis en las manos.
—Me da la tijera.

Me las muestra, sus dedos están deformados y me recuerdan a los de Cándida, la vecina que teníamos en el piso de Sevilla. Mi abuela y yo vivíamos en un primer piso y nuestra cocina tenía acceso al pequeño patio de luces del edificio. Cándida vivía en el segundo y también tenía artrosis, no le permitía mover bien los dedos y cuando colgaba la ropa mojada en las cuerdas de la ventana de su cocina siempre había pinzas, bragas o camisetas de su marido que terminaban en el suelo del patio. Yo la tenía cariño, era una mujer buena que siempre me animaba a seguir estudiando y le subía la ropa que se le había caído intentado no mirar aquellas horribles bragas que eran como manteles de mesa camilla porque la señora tenía obesidad y había mucha carne que cubrir. Antonia tiene algunos dedos montados sobre otros y eso le impide usar la tijera para algo que oponga más resistencia que el hijo de la madeja con la que hace chaquetitas a su nieto.

Me tengo que emplear a fondo, es probable que la tijera no esté muy afilada, o que la cinta sea muy eficaz haciendo su trabajo de sujetar un cuerpo. Corto clavándome el metal de la tijera en los dedos hasta que el último trozo se separa dejando a Jacinto en el suelo.

—¿Estás bien?

—Sí —me responde con la cabeza enterrada entre el raso azul cielo de la colcha.

—¿Te ayudo a liberarte?

—No, gracias. —Le ha salido un gallo.

—Ahora ya puedo yo. —Antonia me está echando de casa—. Muchas gracias, Clara.

Empieza a cerrar la puerta cuando todavía tengo medio cuerpo dentro. Me quedo sospechando que aquí hay algo que está mal y que Antonia no me ha contado toda la verdad.

Nos damos las cartas sin hablar y me abraza como si acabasen de anunciar el fin del mundo. Aspira en mi cuello, es muy alto y su ancho pecho me envuelve sin apretar.

—¡Qué bien hueles!

Nos separamos para poder besarnos, para mirarnos a los ojos, para decirnos sin hablar aquello que necesitaría demasiadas palabras.

—No pararé hasta encontrar el modo. —Su desesperación genera una falla en mi corazón, el dolor también es físico y se refleja en mis ojos—. Lo prometo.

Nos besamos y volvemos a abrazarnos muy fuerte, lucho para que el futuro no le reclame, ¡dame diez segundos, cinco! ¡Por favor!... me toco el pecho, el dolor se va reduciendo hasta quedar en un molesto recuerdo de la desesperación que supone tener tan cerca el cielo y no poder tocarlo.

Arrastro las piernas hasta la habitación con su escrito en la mano. Son tres hojas de una letra ligeramente inclinada hacia la derecha donde no hay ni un solo tachón. La meto en su cajón correspondiente, no voy a leerla ahora, tampoco lo haré cuando regrese del trabajo. Necesito desconectar, poner espacio entre mi vida real y los quince segundos de magia para no perderme. He perdido la alegría, me la ha arrebatado la incertidumbre que Beltrán no ha podido esconder cuando me ha mirado.

—¡Mira a ese, será cochino!

—A mí me parece bien que rebusque en la basura. Hay gente que tira cosas que para otras son tesoros, pero abrir todas las bolsas y dejar el contenido esparcido por la acera no está bien.

—Es la primera vez que le veo, cuando he dejado la basura en el contenedor otros días la calle estaba limpia. —Este hombre lo está poniendo todo perdido de peladuras de patata y otros restos orgánicos.

—¡No arranques! —Noelia le pide a Camila es quien lleva esta semana el coche que se incorpore a la carretera. Yo como siempre, me he sentado en la parte trasera.

—¿Porqué?

—Espera un minuto vamos bien de tiempo y quiero ver si lo que está sacando es lo que me estoy imaginando. —Noelia mira el reloj.

Miro por la ventanilla derecha, el contenedor está muy cerca y lo que este hombre está examinando por todos los costados lo conozco, ¡es el artilugio de mis vecinos!

—¿Qué es?

—Un columpio para adultos, “ja, ja, ja”. Alguien se ha cansado de jugar y lo ha tirado a la basura.

—¿Uno de esos inventos para hacerlo suspendido?

—Sí.

—Arranca, el tipo está mirándonos, no sea que ya haya descubierto para qué sirve y quiera acercarse para pedirnos que nos montemos en el columpio...

—Ese columpio lo he visto yo esta tarde —confieso llamándome tonta mil y una veces—, he liberado a mi vecino de ese aparato.

—¿Qué?

—Ha sido al llegar a casa después del paseo —les contesto a las dos, veo a Camila y tiene los ojos abiertos como platos, Noelia, como no tiene que conducir ha girado medio cuerpo y me mira incrédula—, subía las escaleras y mi vecina estaba tocando a mi puerta.

—¿Han llegado nuevos vecinos?

—No —les conté que solo había una pareja de abuelos viviendo en el portal— estamos hablando de mis vecinos, Jacinta y Antonio.

—¡Si dijiste que son mayores!

—Lo son, lo son, “ja, ja, ja”

Ahora me río pero menudo mal trago me han hecho pasar por querer tener sexo desenfrenado, ¡Jod... hasta los abueletes tienen vida sexual activa y original! Yo también la tendría si Beltrán no fuera como una estrella fugaz, ¿se puede hacer algo en quince segundos?, ¿algo rapidito?, ¿a velocidad de la luz? Me tiraría de los pelos si sirviese para algo.

—¡Jolin con los vecinos!, voy a prestar más atención a los ruidos que hacen los míos a partir de ahora, pensándolo mejor prefiero no saberlo. — Noelia se queda pensando—,

Les resumo la petición de Jacinta con sus pechos al aire, la postura de Antonio, que parecía un mártir a punto de caer en un caldero de agua hirviendo y mi ingenuo comentario sobre si se trataba de una máquina para hacer ejercicio.

—¿Y te dijo que sí?

—Sí, no entendía muy bien porqué Jacinto estaba envuelto en una toalla pero yo nunca había visto un artilugio de esos y tampoco sabía que existían, ¡cómo iba a suponer que a mis vecinos le gustaban las emociones fuertes! No voy a poder mirarles cuando me les cruce en el portal.

—¡Oye! —Camila detiene el coche en medio de la maniobra de aparcamiento para poder mirarme sin un retrovisor como intermediario—. Los que han comprado algo que no sabían usar son ellos. El señor se hace un lío

con las cuerdas, tú le tienes que ayudar y ¿te vas a poner nerviosa cuando les veas?, de eso nada, si alguien tiene que ponerse colorado que sean ellos.

—¡Eso!, que están comprando cosas que nosotras todavía no hemos probado.

Camila observa a Noelia que de repente parece tener prisa por bajarse del coche para empezar a colocar detergentes y limpiar suelos. Hay momentos en los que es mejor no decir nada más.

No concebía cómo era posible que una persona se pudiera mover tanto en la cama como para terminar la noche con las sábanas y las mantas sacadas de su sitio. Hoy he tenido esa experiencia, ya formo parte del grupo que dice que cuando duerme el colchón parece un tatami y la ropa de cama es el kimono del contrario. ¿De qué me ha servido contener las ganas de leer la carta de Beltrán? Si la hubiera leído no habría podido dormirme y la habría releído hasta aprenderla de memoria. Guardada en el cajón tampoco he dormido y tengo los nervios agotados, el pelo como si lo hubieran usado para hacer un nido las golondrinas y un dolor de cabeza que no me deja abrir totalmente los ojos.

Son las once menos cuarto, demasiado pronto para una persona que ha trabajado en turno de noche. Sigue lloviendo, este otoño está cumpliendo en el cantábrico y llueve dos o tres días de modo ininterrumpido para después conceder un breve respiro, el sol aparece, seca los charcos y nos ilusiona mostrándonos toda la belleza del paisaje.

Me gusta la lluvia, el olor con el que impregna todo lo que toca, me apetece quedarme en la cama mientras leo la carta de Beltrán y busco un pico de la manta para lanzarla a los pies y que tapone la entrada del frío.

“Hola cielo...”

¡Cielo!, una palabra parecida a cariño, tesoro, amor... tantas veces usadas y no por ello desprovista de un significado especial para cada pareja que la añade a su vocabulario. Me dice cielo y tiemblo, me gusta esta reacción, me gusta lo que esta palabra me hace sentir.

“...pienso que si pudiera estar a tu lado ahora mismo no necesitaría escribir, te lo contaría tomando una copa de vino, dando un paseo por la playa o sentados en el sofá con mi cuerpo abrazando el tuyo. Sé, y ni siquiera yo conozco de donde brota esta seguridad, que lo haremos, que esta situación es transitoria. Nos hemos encontrado y eso es lo más difícil en la vida; cruzarse con esa persona que puede comunicarse contigo con una mirada.

Quiero saber de ti, tu niñez, tus gustos, lo que te hace reír, si te dan miedo las tormentas... esas cosas de las que suelen hablar las parejas que están conociéndose de un modo tradicional. Resulta curioso, estamos separados por docenas de años y sin embargo me siento más unido a tu época de lo que estoy a la que me ha tocado vivir. Si mi abuelo supiera que vuelvo, aunque sea brevemente, a los años de los que tanto me habló abriría una de sus botellas de vino para que lo celebrásemos.

Mi padre era hijo único, mi abuela falleció cuando yo tenía un año, era demasiado pequeño para tener recuerdos con ella pero mi abuelo se encargó de que quedasen grabados en mi memoria como si los hubiese vivido a su lado.

Mi padre quería que mi abuelo viniese a vivir con mis padres y conmigo. Él no deseaba ser una carga, decía que mis padres eran jóvenes y tenían que vivir su vida sin la interferencia de un hombre viejo y sin ilusiones sentado en el sofá mirando la televisión durante horas. (Yo, como te podrás imaginar, no me enteraba de nada, mi madre me lo contó cuando tuve edad para comprender ciertas cosas).

Mi padre y mi abuelo se parecían mucho, los dos eran obstinados y sensibles. Cada vez que mi padre regresaba de casa de mis abuelos lo hacía de peor humor, sin ser consciente redujo el tiempo que pasaba al lado de mi madre, ella fue muy paciente porque sabía cuánto daño le causaba a mi padre ver a mi abuelo abandonándose.

Cuando mi padre dejó de jugar conmigo al regresar del trabajo mi madre tomó una decisión y se presentó en la vivienda de mis abuelos sin decírselo a nadie. Hablaron y una hora más tarde mi abuelo estaba instalándose en la habitación que había libre en casa.

Mi abuelo se convirtió en mi mejor amigo, me llevaba al parque, me contaba cuentos y me enseñaba fotos y películas de tu época, de las excursiones que hacía con mi abuela, de los electrodomésticos que tenían, de lo que veían en la televisión, de la ropa que se ponían..."

Las cosas no cambian tanto, mi abuela tenía un cajón de la cómoda de su habitación repleto de recuerdos de cuando era joven. Me encantaba ponerme sus ropas y mirarme en el espejo.

Había tenido a mi madre muy mayor y siempre decía que le había consentido demasiado, que no había sabido imponerse y que no quería volver a cometer los mismos errores. Mi abuela me hablaba de su pasado y el abuelo

de Beltrán le mostraba mi presente.

“No te voy a negar que el mundo ha cambiado, en algunos aspectos ha mejorado y en otros somos víctimas de los mismos errores de siempre. Me ha gustado trabajar con las manos desde que recuerdo y estudié Bellas Artes (ese nombre me parece más bonito que el que aparece en mi título) sin saber muy bien si había elegido bien. Un profesor me animó a presentar una escultura a un concurso, gané, fue el primer paso de muchos y desde hace diez años me gano la vida trabajando exclusivamente en mis obras.

Madrid me fascina para callejear por los barrios antiguos y mezclarme con gente de todos los países. Vivir en una ciudad tan grande dejó de gustarme hace unos años y busqué un lugar donde tener una existencia más tranquila. Lo encontré a las afueras de un pueblo llamado El Escorial, un terreno grande con una casa muy vieja que me permitió rehabilitarla a mi gusto.

Tengo un hermano pequeño, con una diferencia de trece años no tenemos muchas cosas en común. Estudió oceanografía, obtuvo una beca y está estudiando algo relacionado con las corrientes marinas en Terranova.

Mis padres siguen juntos aunque discuten a todas horas, suelo cenar dos veces por semana con ellos siempre que el trabajo me lo permite pero desde hace unos días (¿por qué será?) acudo a comer con la excusa de que trabajo mejor por la noche. El día que voy soy incapaz de cenar, mi madre se empeña en darme de comer como si llevase días sin hacerlo, y como sé que lo hace de corazón y además cocina muy bien dejo limpios los platos.

No tengo pareja, si la hubiera tenido no te habría besado; aunque reconozco que me habría quedado con las ganas de hacerlo. He conocido a mujeres con las cuales he mantenido relaciones, nunca han sido largas porque sentía que me faltaba algo, que no eran para mí.

En la próxima carta añadiré algunas fotos, de donde vivo, de algunos “inventos” que para mí son habituales y de mi gato Rufián, un trotamundos que un buen día decidió que mi sofá era un buen lugar donde echarse la siesta y que aunque sigue entrando y saliendo a su antojo siempre regresa a casa, y muchas veces con el cuerpo lleno de heridas de guerra.

Y después de este desordenado resumen sobre mi vida pasare a contarte que lamentablemente sigo sin saber nada sobre mi “viaje” diario. He revisado mi casa varias veces sin encontrar nada, he pensado hasta volverme loco en cada paso que di las horas previas a la primera vez... podría probar a no situarme en la cocina a esa hora pero no me atrevo, ¿y si al hacerlo finaliza de

modo permanente?

El físico sigue sin escribirme, es un hombre que no suele dar conferencias y no concede entrevistas pero no pierdo la fe, insistiré hasta que acepte. No voy a dejar que busque porque tengo la mejor razón: tú.

Deseando que llegue mañana...”

Me veo con el pelo lleno de canas y varios armarios repletos de cartas de Beltrán esperándole en el pasillo. La visión es tan deprimente que me dan ganas de llorar y romper cosas al mismo tiempo, de maldecir, de gritar hasta quedarme sin voz. Puedo hacerlo, en este momento no me importan los vecinos y su malogrado columpio del amor o el señor calvo que mantiene el ascensor engrasado. No lo hago porque patear no arregla nada, escribiré y no levantaré el bolígrafo del papel hasta que no quede rabia.

“Hola cariño...”

Paseo las yemas de mis dedos por encima de la palabra cariño. Me acerco a Beltrán y me entretengo fantaseando con sus besos mientras mi piel siente la suavidad del folio.

“A mí también me crio una abuela algunos años de mi vida. Mi historia es triste, no quiero deprimirte pero tampoco puedo mentir porque sería hacérmelo a mí misma.

Desde los tres años hasta los catorce viví con mi madre en una comuna en un lugar apartado de la civilización en la provincia de Granada. Como desconozco si este término te es familiar te confirmaré que el lugar donde estuve era una especie de cabaña grande abandonada que fue ocupada por adultos que no querían vivir bajo las reglas. No quiero hablar de mi madre; pero tampoco puedo decir nada bonito porque me hizo mucho daño dejándome sin amigas, sin colegio, sin nada... Me escapé y regresé a casa de mi abuela hasta que falleció. He trabajado en muchos sitios y pedí traslado a Laredo para comenzar una nueva vida.

Me gusta el pueblo y aunque soy una persona solitaria he encontrado unas amigas estupendas que han hecho más fácil la aclimatación a mi nuevo hogar. Mi turno de trabajo comienza a las diez de la noche, no tengo familia a la que visitar por lo que no he tenido que hacer cambios para poder estar puntual cada noche esperándote.

Me siento impotente, te veo llegar y desaparecer y no puedo hacer nada para impedirlo. Es injusto y muy cruel pero no voy a darme por vencida, no quiero acostumbrarme y si tú tienes fe yo también la alimentaré.

Esperando que llegue la noche...”

Al soltar el bolígrafo soy consciente de que he estado presionando con excesiva fuerza y, además de una molesta marca donde el dedo ha estado en contacto con el plástico, he dejado el papel como si hubiera escrito en Braille. Abro y cierro hasta que noto que mis músculos se relajan y tomo un nuevo folio donde transcribo con más suavidad ya que será el que se llevará Beltrán. Ha dejado de llover y un rayo me recuerda que después de la tempestad siempre viene la calma.

CAPÍTULO DIEZ

—¡Que chubasquero más chulo!, ¿lo hay en otros colores?

—Azul marino y beige.

—Azul marino me vendría muy bien. —Camila examina la prenda que he comprado en la popular superficie que vende ropa específica para cada deporte que queramos practicar—. ¡Si también tiene una chaqueta interior que se puede quitar!

—Sí, por eso me ha gustado, es una prenda muy versátil, se puede utilizar cuando hace mucho frío y también cuando no lo hace pero está lloviendo, y la chaqueta interior tiene bolsillos con cremallera.

—¿Y el precio?

—Cuarenta y nueve euros.

—¡Ahora me gusta aún más!, ¿en qué pasillo?

—Te acompaño. —Necesito volver a ver la ropa y el calzado de los pasillos por los que he pasado para saber dónde están colgadas estas prendas.

—Yo os espero aquí.

Alfredo ya tiene lo que ha venido a buscar; su calzado para correr y una banda con luz que se coloca en el brazo para que los conductores le vean cuando hace running de noche por las calles de Laredo.

—Enseguida volvemos, dejamos aquí las cestas.

Camila sabía que yo tenía intención de acudir a comprar varios artículos que aquí se pueden encontrar a un precio razonable. Alfredo también quería renovar parte de su atuendo deportivo y ha convencido a Camila, quien ha aceptado a cambio de que pudiera comer helado y quedarse después para ver una película de amor.

Hemos comido una de esas hamburguesas insípidas de una cadena de comida rápida. Camila siente pasión por un tipo de helado de nata con sirope de caramelo y trocitos de galletas que solo se puede degustar en este establecimiento. Le gustan tanto esos helados que ha “pasado” de la carne y de las patatas frías y ha pedido dos unidades.

Me ha dado algo de apuro aceptar la invitación de Camila para venir con ellos de compras pero hacerlo yo sola hubiera conllevado una considerable

pérdida de tiempo al tener que coger un autobús para llegar a la estación de Santander y otro que me acercase hasta la zona comercial ya que está a varios kilómetros y no conozco la capital.

En mi cesta hay calcetines, unas zapatillas impermeables para caminar cuando llueve, la deseada funda para el sillín de la bicicleta, dos pantalones de chándal, una sudadera y el chubasquero “tres en uno” que ahora mismo se está probando Camila en otro color.

—¡Me lo quedo!, ¿no te importa?

—¿A mí?, ¿por qué iba a importarme?

—Vamos a coincidir con la misma prenda muchas veces.

—¡Qué más da!, además la mía es roja y la tuya azul marino.

—Tienes razón ¿qué hora es?

—Las siete menos veinticinco.

—¿De verdad no quieres ver la película?

—No. —Yo tengo otro plan y ver cómo se aproxima la hora a cuarenta kilómetros de mi apartamento empieza a desasosegarme—. Prefiero acostarme pronto, necesito dormir.

—¡Mujer!, estaríamos en Laredo a las doce y media o una menos cuarto como muy tarde.

—Muchas gracias, en otra ocasión me quedaré, aprovecha que Alfredo ha accedido a ver la película que tú querías.

—Como deseas, vamos a pagar entonces y te llevamos a la estación de autobuses, ¿a qué hora tienes viaje? —Que no insista es bueno, mi respuesta siempre iba a ser negativa, quiero ver a Beltrán.

—A las siete.

—Ese autobús está lleno.

—¿No tengo plaza?

—No. —El hombre se muestra impasible, estará aburrido de vender billetes y responder a preguntas que ya habrá contestado millones de veces; si está lleno no se puede vender un billete.

—¿A qué hora tengo billete?

—A las siete y media.

—Muy bien. —¡Menudo alivio!—. Deme un billete para ese autobús por favor.

A las ocho y diez estaré en la estación de Laredo, llegaré con tiempo para cambiarme de ropa si me apetece y pasar por el cuarto de baño para

arreglarme sin parecer que lo he hecho.

Sin alejarme de la estación dedico los veinte minutos siguientes a recorrer las calles del centro de Santander.

—¿Por qué hemos parado aquí?

—Este autobús se detiene siempre en el aeropuerto.

—Pero llegará a tiempo a Laredo...

—A las ocho y media.

¡A las ocho y media!, podría habérmelo dicho el amargado vendedor de las entradas. El de las siete de la tarde tenía un trayecto directo, yo lo miré. Cuando vuelva se lo reprocharé, bueno quizá no se lo diga ¡pero le miraré con inquina!

—Un accidente.

—¡Uf! —No llego.

Miro hacia donde me dice mi compañera de asiento. Dos conductores están discutiendo en la rotonda por donde siempre paso para ir a trabajar.

—Podrían apartar los coches para que pasásemos los demás —sugiere una mujer que lleva un maquillaje tan espeso que parece que se ha dado una capa de barro, del que usamos para aprender a hacer figuritas por ejemplo.

—No pueden, si no se han puesto de acuerdo sobre quien ha tenido la culpa deben dejar los coches tal y como han quedado después del golpe para que la policía levante un informe.

Si hay que esperar a que acuda la policía y a que examinen la situación no llegaré a tiempo.

—Tengo que bajar.

—No puedo abrir la puerta en la carretera. —El conductor se sabe la frase de carrerilla.

—Por favor, estamos ya en Laredo.

—Enseguida pasaremos.

—Tengo que estar a las nueve, es muy importante —bajo el tono—, no se lo pediría si no fuera cierto.

—Deje bajar a la chica, nadie va a decir nada y parece muy preocupada.

—Una voz masculina lo pide y agradezco mentalmente que alguien me apoye.

—Está bien, pero que no sirva de precedente.

—Gracias, muchas gracias.

La puerta se abre entre aplausos de los pasajeros. Corro con la bolsa sujeta como si fuera un jamón, sorteando a los coches que atascan la rotonda y los

accesos a ésta. Me meto por los callejones segura de que el camino será más corto. Aspiro y expiro ruidosamente, no hay nadie y tampoco me importa que me vean resoplando.

Las nueve menos cinco y estoy abriendo la puerta del portal, ¡no lo conseguiré!, ya no me quedan fuerzas.

Sin pensarlo ni mucho ni poco entro en el ascensor, pulso la tecla once y me tapo la cara con una mano para no ver la cabina. Tarareo lo primero que se me viene a la cabeza para no escuchar el ruido y cuando se detiene ya tengo la llave preparada.

Corro hasta la habitación, tiro la bolsa, cojo la carta y entro al baño, ¡menuda pinta tengo! La coleta tiene más mechones fuera que dentro de la goma, estoy colorada y estoy segura de que me ha abandonado el desodorante a mitad de carrera. Sin tiempo para asearme me aplico colonia. Beltrán ha llegado.

—¿Hola?

—¡Hola!

—Estás sofocada.

—He corrido para llegar a casa, ya te lo contaré.

—¿Tantas ganas tenías de verme?

—Sí. —Le doy la carta y aprovecho la cercanía para besarle.

—Yo más. —Mete sus manos por debajo de mi camiseta después de dejar caer su carta al suelo.

Acaricia mi espalda y decido imitar su gesto para deleitarme con sus músculos.

—Tu piel es suave y está muy caliente. —Me muerde el lóbulo, un placer que parece difícil de superar.

—Es por la carrera.

—Hasta mañana, que descanses.

—Hasta mañana. —Beltrán ha calculado muy bien el tiempo y me sonrío antes de volatilizarse.

“Qué lento pasa el tiempo cuando no estoy a tu lado. Hoy he tenido que llevar a Rufián al veterinario. Tenía una fea herida en un costado y le han tenido que dar dos puntos. Se ha portado fatal, ha intentado arañar al médico, a la ayudante y a mí. Han tenido que anestesiarle para poder curarle y esta noche la pasará en la clínica en observación.

He intentado trabajar en mi nueva obra y la he dejado porque estaba

perdiendo el tiempo. He salido al terreno y lo he peinado metro a metro buscando algo que me llamase la atención. En la casa ya había mirado pero he vuelto a hacerlo. No hay nada pero me quedan por recorrer los alrededores y eso es lo que voy a hacer mañana, pasar por todos los caminos.

He sacado algunas fotos de mi casa, del gato (antes del percance que le ha dejado en la clínica) y de mi taller. Yo puedo ver cómo es tu casa por fuera y todo lo relacionado con tu tiempo gracias a la información que se guarda (algo parecido al internet que tienes)

La próxima noche voy a hacer una prueba, me da miedo pero creo que es la única manera de avanzar. No me colocaré en la cocina a las nueve menos dos minutos, me quedaré cerca observando. De esa manera sabremos si es algo de mi cuerpo lo que causa el viaje o es el lugar el que tiene esa capacidad. Va a ser duro mantenerme fuera cuando lo que más deseo en el mundo es verte, besarte, abrazarte...

Deseando (aunque con temor) que llegue mañana..."

Todo el sofoco que sentía se ha neutralizado con el frío que ha empezado a invadirme al saber que quizá mañana no le veré, y que este cambio buscado también podría desencadenar otros que le impidiesen regresar en noches posteriores.

Abro el grifo del agua caliente y me quito la ropa. Entro en la ducha, sé, por el vapor que me envuelve, que el agua está muy caliente pero no me quema, los sensores de la piel de mi cuerpo están ahora mismo corriendo ahora mismo por mi mente buscando al responsable para pedirle que mueva inmediatamente el brazo y rebaje la temperatura. No hay nadie, todos los responsables de las diferentes áreas se han ausentado de su puesto, están reunidos recordando el contenido de la carta y cuando vuelven a ocupar sus puestos es cuando siento que me estoy quemando por fuera y giro la palanca para no escaldarme.

El tiempo atmosférico tiene ojos y piernas, ayer estuvo espíandome en el comercio y se fijó en lo que estaba comprando. Si pudiera hablar me diría cuando abro la ventana de mi cuarto para que se renueve el aire: "he creado el clima perfecto para que estrenes lo que has comprado: sol para que pruebes la funda del sillín de tu bicicleta, nubes cargadas de agua a lo lejos para que te pongas el chubasquero y tu nuevo calzado y viento frío para que no retires la prenda interior de la chaqueta"

Cierro la ventana en cuanto hago la cama, si el aire ha querido renovarse

ha tenido tiempo de hacerlo. Desayuno mirando un programa de humor sobre niños pequeños que se quedan dormidos cuando están comiendo, meten la cabeza dentro del plato de puré y se despiertan desorientados. Lavo la taza y la cucharilla diciéndome que tengo que hacer algo para que el domingo no sea un calvario.

No estoy de buen humor, prefiero evitar a la gente, y la única forma de salir de casa y no tener que hablar con nadie es hacerlo montada en la bicicleta. Ir y volver al puntal no me ocuparía una hora, las cuestas no me seducen por lo que tampoco iré hacia Liendo. ¿Qué destinos me quedan?

Atravesar los puentes de Santoña en bicicleta es coquetear con la muerte, e incluye varios boletos en una tómbola donde sortean una pierna rota con operación incluida para colocar dos docenas de clavos. No hay arcén, los coches no van precisamente despacio y noto el aire que desplazan al pasar a pocos centímetros de mi indefenso cuerpo.

Las nubes se mantienen a una distancia prudencial, podrían quedarse donde están todo el día o decidir moverse y presentarse sobre la marisma en menos que se cuenta diez. El viento me está dejando la cara rígida y el que entra por los laterales de mis gafas de sol me hace llorar los ojos.

Ir desde Laredo hasta Santoña en bicicleta me está cansando más de lo que esperaba. Regresar va a ser muy duro, voy a sufrir por mucho sillín mullido que tenga debajo de las posaderas.

“Hola cariño, me parece bien que quieras hacer esa prueba, entiendo que contemplando como te sucede cada noche no vas a saber nunca qué lo desencadena. Entenderlo no me quita el miedo, estoy aterrada.

Deseando que llegue mañana...”

Mis peores pronósticos se cumplen y paso los quince segundos esperando una llegada que no se produce con la carta en la mano.

—Buenas noches.

—Hola.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—¿Has discutido con Beltrán?

—No. —Así no lo puedo dejar, si no le cuento la razón se preocupará—. Iba a venir hoy y al final no ha podido, me hacía ilusión verle.

—¡Normal! —Noelia intenta darme ánimos—. Si sales con alguien y te es indiferente estar con él o que se marche a la Antártida durante seis meses algo

marcha muy mal en la relación.

—Sí.

No puedo aclararles que lo que me produce tanta angustia no es que no haya venido esta noche, es el miedo a que mañana tampoco lo haga.

—Si te quiere sacará tiempo de donde sea para verte.

—Seguro que sí.

Me animo yo sola, sabíamos que podría pasar, es una noche y tenemos que esperar hasta mañana para saber si realmente debemos empezar a preocuparnos. “No te adelantes, Clara, si sufres por lo que puede pasar ya estará pasando porque tú lo sentirás así”

—Ho...

No puedo terminar la palabra, Beltrán se abalanza para besarme y abrazarme. Estoy tan contenta que rio en su boca y muevo las manos frenéticamente tocando donde puedo.

—Es la ubicación. —Nos intercambiamos las cartas—. He visto algo, te lo explico en la carta.

—¿Sí?

Me gustaría mirarle a los ojos para buscar si está ilusionado por lo que ha descubierto pero estoy demasiado ansiosa por besarle y agotamos los últimos segundos en un beso que deja mis labios inflamados.

“Cielo, he roto la primera carta, la que había escrito para entregártela ayer. En ella te contaba que había recorrido los alrededores de mi casa y me había regresado igual de ignorante que antes de hacerlo. Hoy, sin embargo sí que tengo algo que contarte.

Me coloqué en la puerta de la cocina, cerca de donde me pongo cada noche. Puse el ordenador (así lo llamáis) con el reloj ocupando toda la pantalla para comprobar la hora y la cámara de mi terminal sujeta en mi mano para que grabase.

No aparté la vista de los números y cuando marcó las nueve menos dos minutos sucedió, apareció una tenue luz azul que iluminó una superficie equivalente a las dimensiones de mi cuerpo. Permaneció quince segundos y desapareció.

La ventana de la cocina siempre está libre de cierres como persianas o contraventanas que impidan ver el jardín. El haz de luz había atravesado el cristal, llegado hasta la pared opuesta y en su trayectoria me había colocado yo de espaldas para posar sobre la encimera las bolsas de la compra, cebolla

incluida.

Revisé la grabación y también puede verse, la luz es muy suave y tiene diferentes intensidades, ¿de dónde viene? Esta noche volveré a colocarme en su camino porque quiero compartir contigo esta buena noticia y sobre todo porque quiero verte.

Deseando que llegue mañana...”

—Buenos días, ¿Clara Montero?

—Sí, soy yo. —Estoy esperando mi turno en la cola de la frutería y contesto en tono bajo para no compartir mi conversación con el resto de clientes.

—Hola, soy Almudena y trabajo en la inmobiliaria “Pisos Laredo”.

—¿Dónde alquilé la vivienda?

La señora que está a mi lado no necesita megáfono, lo lleva incorporado en la garganta, ¡menudo tono para preguntarle a otra mujer que tal está después de la operación de prótesis de rodilla! Clavo mi teléfono en la oreja para poder escuchar algo.

—Sí.

—¿Puedo devolverte la llamada en cinco minutos?

La dependienta me está haciendo gestos con la cabeza, es mi turno, la tienda está llena a estas horas y hay mucha fruta que despachar por lo que observa mi teléfono móvil con una cara que no me está gustando nada, no quiero enfadarla y que me venda fruta pocha.

—Sí, sí, sin problema, y perdona.

—Estoy en una tienda —me justifico—, en cuanto terminen de atenderme llamo.

—Muy bien.

Compro mandarinas, la oferta de tres kilogramos por el precio de dos es buena y estoy acostumbrada a mirar mucho por el dinero. No me supone ningún problema comer mandarinas al mediodía, a la tarde y a la noche; es fruta de temporada, está buena y a mí me gusta. Las manzanas Smith también tienen un precio muy seductor y pido seis en un acto impulsivo que empiezo a tomar como excesivo en cuanto veo lo que pesan.

Los plátanos no pueden faltar, los pequeños están tan maduros que no quedan más que unos pocos reductos de su color original, el resto de la piel luce un aspecto negruzco que me obliga a decantarme por otros más grandes que sí son comestibles. Con cinco kilogramos y medio de fruta me veo

obligada a pagar por una bolsa de plástico donde repartir el peso. Me anoto traer la próxima vez dos bolsas en vez de una para evitar consumir plástico innecesariamente.

La frutería está situada en un local de un edificio que tiene un soportal que aporta un espacio extra para que circulen los transeúntes. Dejo las dos bolsas entre mis piernas y pulso llamadas atendidas para contactar con la inmobiliaria, ¿qué querrán?, estoy al día en los pagos...

—Hola, Almudena por favor.

—Está atendiendo a un cliente, ¿puedo ayudarle yo?

—Soy Clara Montero, me ha llamado ella.

—Entonces no se preocupe, en cuanto quede libre le diré que le llame.

—Muy bien, muchas gracias.

Busco una panadería donde vendan pan de maíz de buena calidad. Compró una hogaza pequeña y una palmera de cereales que acaba de ser horneada y cuyo olor seguramente será todavía mejor que su sabor. Me muero por hincarle el diente pero tengo dos manos y dos bolsas, no voy a cargar las dos con una sola mano, puedo resistir aunque tenga la boca llena de saliva.

El sol no se ha marchado, apenas tiene fuerza pero su luz alegre y empiezo a caminar hacia mi apartamento pensando en los dos huevos fritos que voy a comer untando el pan de maíz en sus yemas. El teléfono suena, me gustaría no cogerlo y llamar por la tarde pero continuo siendo tan exigente conmigo misma que no me permito eludir el sonido para seguir pensando en mis huevos fritos con puntilla.

—¿Sí?

—¿Podemos hablar ahora Clara?

—Sí, dime.

—Tienes un contrato de alquiler vigente hasta el treinta y uno de Marzo del próximo año.

—Así es.

—La propietaria ha contactado esta mañana, no renovará a su vencimiento.

—¿Cómo? —No renovar significa no volver a firmar dejar, he tenido he entender mal.

—Quiere que te marches el treinta y uno de Marzo Clara.

—Pero firmamos un contrato, pagué una fianza... —empiezo a sentir los primeros síntomas de un mareo que incluye ganas de vomitar.

—Naturalmente la fianza se te abonará cuando entregues las llaves del

piso, como es habitual.

—Pero, ¿no puedo renovar, no le interesa a la propietaria?, si es por el importe podríamos negociarlo. —No puedo pensar con claridad, estoy bloqueada.

—No creo.

—¿Puedes preguntárselo?

—Llamaré esta tarde, no atiende el teléfono cuando está trabajando.

—¿Y a qué hora puedo pasar?

—Te llamo yo cuando haya hablado con ella.

—Muy bien. Gracias.

—Y podemos ir mirando otras viviendas, tengo un par de ellas que se ajustarían muy bien a tus necesidades tanto en precio como en ubicación.

—Luego hablamos.

—Sí, hasta luego.

Estoy tan concentrada contando los días que tenemos, lo que podemos hacer, cómo puedo convencer a la dueña para que no me aleje de Beltrán que no solo dejo las bolsas en la cabina del ascensor, yo también me subo y no me percató hasta que estoy llegando a la octava planta.

Las puntillas de los huevos han dejado de ser importantes, flotan en demasiado aceite y cuando los deposito en el plato me recuerdan a la comida de mentiras que venden en las jugueterías para que los niños simulen ser cocineros expertos en sus cocinitas de plástico de brillantes colores. Toda la alegría que llevaba conmigo después de que Beltrán me escribiera sobre el haz de luz azul se ha disuelto en la mala noticia que acaban de darme.

El tiempo se ha vuelto plastilina y se estira separando los minutos y exponiendo mi paciencia a una prueba de la que salgo mal parada.

—Estoy esperando una llamada.

—¿De tu chico?

—No, de la inmobiliaria. —¡Ojalá fuera de Beltrán!

—¿Tienes algún problema?, ¿goteras?

—No, la dueña no quiere renovarme el contrato a su vencimiento. —El marido de Raquel es albañil y en invierno hace muchas reparaciones relacionadas con filtraciones de agua en comunidades de propietarios.

—Tendrá una oferta mejor. ¿Y cuando vence?, acabas de mudarte.

—El treinta y uno de marzo.

—Todavía tienes tiempo, ya encontrarás otro sitio mejor, si quieres

pregunto por el centro por si te apetece estar más cerca de todo.

—Yo me quiero quedar aquí.

No entienden, porque no pueden hacerlo, cómo es de vital para mí que no me saquen de mi apartamento. No volvería a ver a Beltrán aunque eso no es lo que más me preocupa en este momento. Mi mayor temor es que llegue el día y no hayamos conseguido la clave para controlar su viaje en el tiempo, regrese cuando menos se lo espere porque ese haz de luz se haya movido de sitio y la propietaria del apartamento le ataque al suponer que es un ladrón.

—También habrá apartamentos en esta zona, tranquila pondremos a todos nuestros contactos a trabajar. —Se me nota el miedo, estoy aterrada y saber que todavía tenemos cuatro meses de margen no me calma.

—Gracias.

Me dan ganas de llorar, si ya no fueran poco los quince miserables segundos que tenemos cada noche para nosotros éstos podrían reducirse a cero, ¡que me llamen y que haya cambiado de idea!

—Voy con vosotras.

—¡Ah!, muy bien, ¿a la inmobiliaria?

—Sí —no han llamado y no aguanto más.

—¿Quieres que te acompañe? —Camila siempre tan atenta, se ha convertido en la hermana que nunca tuve.

—No hace falta, pero te lo agradezco.

—No me cuesta nada, conozco a las dos empleadas.

—Está bien. —No quiero estar sola, por primera vez necesito apoyarme en alguien—, serán cinco minutos, si no me ha llamado será porque no ha podido contactar con la dueña.

—O quizá la mujer ha cambiado de idea y está pensando qué nuevo alquiler proponerte.

—Sí.

He hecho cuentas hasta quedarme sin números para saber cuál sería el alquiler máximo que podría pagar en el supuesto de que la dueña quisiera recapacitar y mantenerme como inquilina. Pagaré todo lo que pueda aunque todas piensen que me he vuelto loca.

—Buenas tardes.

—Hola. —En la oficina solo hay una chica que estaba tecleando en su móvil cuando hemos llegado y que lo deja sobre la mesa en cuanto nos ve entrar —. Hola, Camila, ¿vienes a mirar piso?

Se nota que se conocen, algo que ya ha dejado de sorprenderme, todos se saludan, todos saben parte de la vida de los demás y todos quieren saber lo que los vecinos intentan ocultar.

—Si me lo regalas lo acepto —Camila tiene respuesta para todo—, estoy viviendo en pecado, estoy casada con Alfredo y con el banco y no podré divorciarme de él hasta dentro de veintidós años a menos que me toque la lotería.

—¿Juegas?, es importante.

—Juego todas las semanas pero no me toca ni la devolución de lo que he jugado.

—Por eso yo no juego.

La empleada se ríe, ella está cómoda, Camila también lo está, a mí los nervios me están matando pero la educación me impide decirles que se callen, que pueden hablar de la lotería más tarde.

—Entonces nunca te tocará.

—Con lo que me ahorro me puedo ir un fin de semana al año a un balneario.

—Yo creo que un día me tocará, ¿tú juegas, Clara?

—No —yo no tengo suerte.

—¿Eres Clara, la chica con la que he hablado esta mañana?

—Sí.

—Encantada, soy Almudena, ¿venís juntas?

—Sí —le aclara Camila apartando una silla para sentarse—, trabajamos juntas en el súper, somos amigas.

—Estupendo, es buena chica, en el patio del colegio no había niño que se sobrepasase con las niñas cuando ella estaba cerca, los tenía a todos firmes.

—No soportaba que nos levantasen las faldas en el recreo.

—Les bajó el pantalón a un par de ellos y se solucionó el problema, dejaron de hacerlo, arreglado en dos minutos, los que tardo en atraparlos.

Se ríen al recordar el ajuste de cuentas de Camila, yo también lo hago pero es de mentiras y mantengo la mueca hasta que dejan de hablar de su paso por el colegio.

—Voy a llamar de nuevo, lo he intentado un par de veces y tenía el teléfono apagado o fuera de cobertura

—Muy bien.

Espero con los dedos cruzados debajo de la mesa, ¿qué dirá, que le ha

hecho cambiar de idea?, ¿se habrán quejado de mí?, solo podrían escucharme los vecinos del columpio sexual. Su vivienda está alejada del portal, no puede molestarles la puerta al cerrarse y tampoco mi bicicleta porque no hace ruido. Subo y bajo andando y lo hago siempre con calzado con suela de goma, yo no llevo tacones, no hay ruido, no voy saltando los peldaños de dos en dos, no voy cantando.

—Buenas tardes, soy Almudena, de la inmobiliaria que gestiona el alquiler de su vivienda en la Residencia “Vistaverde”.

Almudena me sonrío y me señala el teléfono, ya he visto que te han atendido la llamada ¡estoy delante!

—Esta mañana —continúa— informé a su inquilina que usted no tenía intención de renovar el alquiler a su vencimiento.

Un silencio de Almudena y sus asentimientos con la cabeza son pruebas de que la otra persona está hablando, ¡lástima que no se pueda escuchar lo que dice!

—La inquilina está muy contenta en su apartamento y me ha pedido que le llame para saber si tiene alguna posibilidad de que cambie de idea.

Otro largo silencio por parte de Almudena, no me mira, ha cogido un bolígrafo y garabatea lo que me parecen formas al azar.

—Podría subir el precio —le digo para que se lo haga saber ahora que están comunicándose—, estaría dispuesta a aceptar un aumento.

—Entiendo que, por lo que me ha contado, una subida del alquiler no cambiaría tu decisión.

Es una afirmación, no le interesa y empiezo a sentir las palmas de las manos pegajosas. “Tenemos tiempo —me digo—, yo no me puedo hacer una idea de los avances de la ciencia pero hace cuarenta años no existía WhatsApp, no se trasplantaban rostros, no se podía hacer un pedido por internet... los descubrimientos, que sin duda se producirán, y que serán parte del día a día de Beltrán han tenido que ser muy importantes, es muy probable que dentro de unos días aparezca con buenas noticias y todos estos nervios estén siendo innecesarios.

—Gracias, que tengas buena tarde.

Almudena deja el teléfono en su sitio y se quita la chaqueta, la conversación le ha debido de dar calor, todo el que yo he perdido al ver desvanecerse mis esperanzas de permanecer en la vivienda.

—Nada. —Almudena bebe un trago de agua—. El apartamento ha estado

en alquiler mientras ella estaba trabajando. Se jubilará en Junio y quiere pasar el verano en el apartamento.

—¿Y abril y mayo? —Serían dos meses más.

—Quiere hacer obras, me ha dicho que enviará a una empresa para que le haga un presupuesto y que contactarán contigo para que les dejes entrar. Quiere tirarlo todo porque va a mudarse a vivir de modo permanente.

—¿Y Clara tiene que dejarles pasar?

—Hombre... —Almudena se lo piensa—. Yo creo que no pasa nada porque hagan unas mediciones. Quiere que las obras comiencen el uno de Abril y para ello tiene que tener aceptado el presupuesto y la empresa estar organizada y con el material preparado para empezar los trabajos en cuanto te marches.

—Les dejaré pasar. —¿Qué ganaría negándome?

—No te desanimes. —Lo estoy—. Hay tiempo de sobra para buscar otro apartamento. Entiendo que es un trastorno volver a meter todo en las maletas pero cuando uno está de alquiler ¡ya se sabe que esto puede pasar!

—Sí. —No, no se sabe, ¡qué vas a saber tú!

—Si quieres puedo empezar facilitándome una selección de apartamentos similares en precio.

—Pasaré yo dentro de unas semanas. —Estoy intentado solucionar un problema tan importante que ni te puedes imaginar. Si tengo que irme, ¿qué importará un apartamento u otro?

—Muy bien, aquí estaré.

Obras, operarios tirando paredes, nuestro pasillo desmantelado. Borro de la mente la imagen de las baldosas arrancadas, las paredes picadas... tengo que hablar de ello con Beltrán, tengo que escribirselo.

“Este mediodía me ha llamado una chica de la inmobiliaria. El apartamento no es mío, lo alquilé al aceptar mi empresa trasladarme a otra localidad donde tuvieran uno de sus supermercados. Firmé un contrato hasta el treinta y uno de marzo de dos mil dieciocho, el precio era bueno y no pensé en nada más, (suponer que tú ibas a presentarte desde el futuro hubiera sido síntoma de locura).

La dueña no va a renovarme el alquiler. El treinta y uno de Marzo tendré que abandonar la vivienda y al día siguiente los albañiles y demás gremios comenzarán las obras de reforma, la propietaria quiere que se efectúen antes de que se traslade de modo permanente a vivir.

He creído conveniente que lo supieras, tenemos muchos días, te has alejado de la luz y no te has transportado pero del mismo modo que ha aparecido en un punto podría moverse de sitio cuando menos te lo esperases, disponemos de tiempo pero no es ilimitado”

La copio y adjunto el original a la carta que escribí esta mañana mientras tomaba el desayuno. Faltan dos horas.

—Hola.

El beso ha sido el primer modo de saludarnos, el más placentero.

—Hola —ronroneo, Beltrán acaricia mi cuello y mi piel reparte la maravillosa sensación al resto del cuerpo.

—La carta.

En un arranque de atrevimiento la saco de su pecho, rozando intencionadamente su piel. Los besos empiezan a ser insuficientes.

—La mía está aquí. —Muevo la mano que tiene sujeta las dos hojas—. Mañana la meteré yo debajo de mi ropa. —No voy a dejar que una fecha límite estropee este momento.

—Ven aquí. —Me abraza en el momento justo, cuando la piel de las mejillas se ha puesto al rojo vivo después de confesarle que quiero que me toque en lugares que no están expuestos.

—Tengo otra pista.

—¿Sí? —Así de feliz debe de sentirse alguien a quien le dan un premio.

—Sí, te lo cuento en mi carta. —Me da un nuevo beso para celebrar este avance.

—Estoy impaciente por leerla.

—Y yo la tuya.

Me quedo sola con la letra “a” en mi boca.

BELTRÁN

CAPÍTULO ONCE

Un coche sale levantando el polvo del camino. Hace muchos días que no llueve y las hojas de los árboles también han recogido suciedad que el viento arroja al suelo llenándolo de materia muerta.

La antigua puerta metálica de barrotes que ha atravesado se cierra lentamente, sus motores son antiguos. El vehículo que deja de verse al tomar el desvío a la derecha que conduce al pueblo es un modelo nuevo, uno de los últimos avances en materia de transportes y ha salido al mercado con un precio que muchas personas no pueden permitirse.

Además de conducir sin necesidad de tripulante en cualquier terreno y circunstancia, puede elevarse a varios metros sobre el nivel del suelo, sumergirse, navegar por ríos y lagos como si fuera una lancha rápida y lo mejor de todo: se reduce cuando no se está utilizando hasta convertirse en una maleta con motor de avance que puede meterse en cualquier establecimiento o llevarse como equipaje de mano en la cabina de un avión.

Me gusta ese coche, vivo en una época donde la tecnología ha avanzado tanto que los inventores tienen a su disposición infinidad de recursos para hacer realidad muchos de los sueños que demandan los voraces consumidores.

El problema del aparcamiento en grandes núcleos urbanos como Madrid es un cáncer viejo que hasta ahora continúa sin cura, y que podría tener los días contados gracias a esta solución si se abaratasen los costes de estos coches plegables fabricando muchas unidades.

Las personas que llevan a sus hijos al colegio, las parejas que llegan a la capital para disfrutar de un fin de semana romántico; cenan y acuden a un espectáculo, los hombres y mujeres que por motivos de trabajo tienen que ir a bancos, despachos de abogados u otro tipo de empresas... podrán optar, si su economía se lo permite, a un coche versátil, deportivo y reducible, y olvidarse de buscar un parking y pagar los exorbitados precios por hora con los que se hacen ricos sus dueños.

Yo necesito un coche clásico, de esos que tienen buen maletero donde se puede dejar desde comida hasta una de mis obras si no es muy grande. Un vehículo cuyo interior no esté lleno de consolas que me aporte información

sobre cosas tan absurdas como las calorías que he consumido durante el día. Un modelo de los que conducía mi abuelo y que ahora paradójicamente se ha vuelto a poner de moda gracias a la simplicidad de su conducción. Hay cosas que no deben cambiarse porque se hicieron bien desde el principio.

Soy un bicho raro, uno de los pocos que quedan en estos tiempos, que prefieren ir al supermercado cuando de productos frescos se trata. Comprar cómodamente sentado desde casa latas de espárragos, bonito en aceite de oliva, confitura de frambuesa o el champú que habitualmente uso es cómodo y práctico y casi siempre lo hago. Si quiero una ensalada de tomate y una lubina al horno prefiero ver, oler, coger un tomate para comprobar su peso... y eso solo se puede hacer acudiendo a una tienda.

Me encanta dejarme seducir, meter dos tabletas de chocolate con almendras y caramelo que no tenía pensado comprar, añadir finas lonchas de queso parmesano a la ensalada de tomate porque al pasar delante de la sección de quesos su olor me ha atrapado o cambiar de pescado en un arrebato y decantarme por un rodaballo demasiado grande para la bandeja de mi horno. Definitivamente el coche que se aleja no es para mí.

El polvo en suspensión se deja caer lentamente en el suelo y en mis botas que sacudo golpeando la punta. Hace más días que no llueve de lo que parece, ¿cuántos?, no recuerdo cuando lo hizo por última vez. Estoy físicamente en este lugar, pero mi cabeza y mi corazón no se encuentran cómodos en mi tiempo y buscan constantemente a Clara en la biblioteca de los recuerdos donde ella está presente en la letra “A” de amor, en la “B” de besos, en la “C” de calidez, en la “F” de felicidad, en la “M” de maravillosa o en la “U” de única.

He paseado por este camino alguna que otra vez, cuando no encuentro cómo llevar al plano físico las formas que construyo en mi mente. Las ideas no se muestran siempre nítidamente, la mayoría de las veces están recubiertas de capas de niebla que hay que retirar y para eso caminar en soledad es bueno, se desprenden en cada paso dejando al descubierto aquello que realmente importa.

El camino que llega desde el pueblo y continúa adentrándose en la montaña después de dejar atrás mi casa no es un terreno llano, estoy ascendiendo aunque visualmente no pueda percibir la pendiente. Los árboles hacen sombra a la pista y sin ver el sol me resulta difícil orientarme. Estoy tratando de seguir el haz de luz, buscar su origen pero hacerlo con la única

referencia de lo que vi desde dentro de la cocina es buscar una aguja en un pajar.

Camino sin prisa, hay momentos en los que intentar trabajar en una escultura es perder el tiempo y estropear el trabajo de días anteriores haciendo modificaciones que atienden a malas decisiones provocadas por la falta de inspiración. Es muy probable que mi búsqueda del origen de la luz resulte infructuosa pero quizá encuentre accidentalmente esa motivación que necesito para terminar un trabajo que empieza a reclamarme mi representante.

La finca de donde ha salido precipitadamente el coche tiene una valla a juego de las puertas, fue construida hace muchos años y se hizo para durar. El muro de piedra de un metro de altura está muy bien trabajado y sobre él se encastran altos barrotes de metal oxidado. Un signo de la antigüedad es la forma en que los árboles han crecido mezclándose con el metal hasta ocultarlo en algunos tramos.

Llego al final del terreno, el solar contiguo no está delimitado y entro siguiendo una corazonada. Estos parajes donde los árboles recubren la mayor parte del espacio no dejan ver casi nada por mucha nitidez que tengan las fotos de los satélites. Todo es verde; más claro en las cimas de las montañas y oscuro en las depresiones. Hacer una inspección sobre el terreno es la única manera de saber si las copas de los árboles esconden construcciones. No creo que la luz se origine en un tronco y tenga un reloj natural que salte a las nueve menos dos minutos.

Desde el camino parecía fácil moverse sorteando los árboles, cuando solo he avanzado diez o quince metros desisto, hay mucha vegetación que llega a mis caderas y mi pantalón de chándal no está preparado para aguantar demasiados enganchones.

Me doy media vuelta agradeciendo llegar de nuevo a la carretera donde puedo sentir los rayos del sol al haberse elevado en el cielo. Miro en mi terminal si hay algún otro camino desde el cual se pueda observar mejor este terreno, si yo fuera el propietario de una finca no ordenaría construir un cierre tan caro a menos que dentro tuviera algo valioso que guardar y una casa es lo único que se me ocurre, aquí no hay granjas de animales grandes porque no hay pastos ni zonas despejadas donde dejarles pasear y eso hoy en día es obligatorio, todas las explotaciones ganaderas tienen que tener terrenos donde poder soltarlos ciertas horas al día. Un espacio despejado de árboles se vería desde el cielo y no lo hay.

Amplio la imagen de mi pantalla hasta que veo un tejado que no está demasiado lejos. Miro la hora, son las once y veinte, no tengo prisa, quiero escribir a Clara, contarle mis planes pero el contenido de ese escrito podría variar dependiendo de lo que descubriese hoy.

Nunca he llegado caminando hasta la carretera que pasa delante de la casa cuya foto del tejado estoy mirando. Casi siempre me he dirigido en mis paseos hacia el otro sentido; al pueblo del Escorial donde he aprovechado para comparar el pan o algo de fruta.

Estos terrenos que ahora observo se adentran en la montaña. Sin haberlo planeado voy a descubrir unos parajes que tenía en el cajón de asuntos pendientes y que nunca ponía en práctica porque la vida es así, hacemos planes, algunos se cumplen y otros nunca se llevan a cabo.

Me pongo en marcha, me doy de margen las cuatro de la tarde como fecha límite para regresar, anochece muy pronto y antes de que el sol se oculte la espesura del bosque se encargará de rebajar la luz. Creo que hay animales salvajes en estos montes lo cual me parece fantástico pero no quiero exponerme a que uno de ellos me tome por una amenaza y me ataque.

¿Debería haber venido en coche?, llevo caminando una hora y una de dos: o estoy interpretando mal la pantalla y me estoy alejando del lugar al que quiero llegar o está más lejos de lo que pensaba. En coche no se pueden apreciar ciertas cosas, caminar es lo correcto y será un modo de hacer deporte y olvidar, si es que eso es posible. No quiero pensar constantemente en que esta noche será la última que bese a Clara, cuando comience a seguir el haz de luz no pararé hasta encontrar donde se genera y en esta orografía podría tardar días o semanas.

¿Es luz lo que entra por la ventana de mi cocina?, mire a donde mire hay grandes árboles llenos de hojas, algunas son caducas pero muchas otras se mantienen en sus ramas todo el año, ¿cómo es posible que la luz no encuentre obstáculo que la pare?, tiene que tratarse de algo diferente, algo que escapa a mi escaso conocimiento de las leyes físicas.

La casa aparece cuando ya había empezado a plantearme darme media vuelta. Tiene que ser la que estoy buscando, no se ven más tejados, no hay otras viviendas, por fin he llegado y reviso el tiempo que he tardado en recorrerlo, una hora y veinte minutos caminando y todos cuesta arriba. Menudo rodeo he dado, si pudiera cruzar en línea recta tardaría una cuarta parte, el camino ha bordeado la montaña, lo ha hecho adaptándose a la orografía y yo

ahora me encuentro en el punto más alejado de mi casa.

El sonido de los ladridos de los perros se va acercando al mismo ritmo que yo me aproximo a la valla. Mi calzado con suela de goma no hace mucho ruido, pero eso lo estimo yo que soy humano y tengo este sentido mucho menos desarrollado que los canes. Llegan corriendo y son muchos, todos menos uno son pastores alemanes. Es curioso ver entre ocho perros grandes y poderosos a uno pequeño y blanco lleno de pelo rizado.

Los ocho pastores alemanes se mantienen a cinco centímetros de la valla de alambres enseñándome sus perfectos dientes. El pequeño, que tiene un ladrido tan agudo que resulta el más molesto, también me enseña sus colmillos que parecen de juguete al lado de los de sus compañeros de escuadrón de ataque. No me detengo, estoy seguro de que los animales no saltan la valla porque no quieren y no deseo darles motivos para que me demuestren su evidente agilidad.

La casa no es muy grande, un tejado a dos aguas, ventanas repartidas simétricamente y un porche que está en gran parte ocupado por la leña perfectamente apilada, claro signo de que a quien lo haya hecho le gusta el orden.

Un todo terreno que hace tiempo cumplió los cincuenta años está aparcado a un lado, del resto poco se puede decir porque los árboles parecen rodear a la casa protegiéndola de las miradas curiosas.

¿Qué estoy buscando aquí?, me siento perdido, no veo nada que me llame la atención, estoy dando palos de ciego, gritos de mudo e intentando escuchar siendo sordo pero no me queda otra alternativa. No voy a renunciar a Clara y no me voy a conformar con quince segundos.

Un silbido hace que los perros, incluyendo al chiquitín, se callen. Un hombre se acerca: gastadas botas, pantalón vaquero con muchos lavados y una chaqueta muy vieja que en su origen pudo ser verde y ahora luce un tono más cercano al marrón. El gorro de lana calado hasta las cejas no me permite ver si tiene pelo y tampoco averiguar si lo lleva porque le apetece o está calvo y es un modo de mantener el calor corporal que tan rápidamente se pierde cuando la alopecia deja la testa sin su protección.

—Buenos días.

Es un hombre de edad indeterminada, podrían ser sesenta y cinco, setenta y cinco u ochenta y dos. Su piel está curtida por el sol, el viento y la lluvia, nadie ha borrado sus arrugas.

—Buenos días.

—¿Se ha perdido?

—Creo que no. —Su pregunta no tiene mala entonación y mi respuesta pretende mantener el mismo nivel de empatía.

—Se lo pregunto porque hay gente de la ciudad que viene, se pone a andar y no mira por donde lo hace.

—Vivo cerca y si mi orientación no me falla mi casa está en esa dirección.

Le señalo con el dedo su tejado, el hombre lo mira y vuelve la cabeza lentamente. Se toma su tiempo para examinarme y su escáner visual no se salta ni las botas.

—¿Eres el escultor?

—Sí.

—Te he visto alguna vez pasando con tu coche, un modelo de dos mil veintinueve, un clásico.

—No soy el único al que le gustan las cosas de otras épocas. —Ahora es su todoterreno el centro de nuestra conversación.

—Si algo funciona, ¿para qué cambiarlo? Cuando yo me muera ese cacharro seguirá arrancando, pero no habrá nadie que lo aproveche. —Se queda meditando como si yo no existiera—. ¿Te apetece calentarte?, voy a tomarme un descanso. —Ha recuperado la concentración.

Siento curiosidad por este hombre y también quiero saber sobre la otra finca, sobre el haz de luz... los perros me están mirando como el dueño, de arriba abajo y sus ojos son opacos, no sé si están pensando en que parte de mi cuerpo les parece más apetecible o esperan a que yo entre para que su dueño les dé un premio por ser tan obedientes.

—No te harán nada siempre que yo lo ordene. —El hombre comienza a abrir la cerradura de la puerta peatonal, es una advertencia y me parece bien que la haga, no conoce a quien está dejando entrar en su casa.

—Son muy hermosos, ¿los crías?

—Sí, y serán los últimos, son jóvenes y con un poco de suerte nuestras vidas terminarán a la par. Me llamo Rafael.

—Beltrán. —Le ofrezco la mano al pasar, la mía es grande y tiene marcas permanentes de algunos percances sufridos con el metal de mis trabajos, la de Rafael todavía es mayor y raspa como la lija—. Encantado.

El perrito blanco ha entendido el saludo y se acerca meneando su mini rabito, solo entonces, y después de pedir permiso a Rafael, los pastores

alemanes se levantan y acercan con las orejas plegadas.

—¿Puedo acariciarles?

—Lo están deseando, casi nunca recibimos visitas pero primero tendrás que echarle algún piropo a Merengue.

—Hola bonito. —Se pone a dos patas y le remuevo sus suaves rizos.

—Bonita.

—¿Cómo?

—Que es chica, por eso la respetan, porque es una señorita y ellos unos caballeros.

—¡Ah!, mujeres al poder.

Los perros esperan pacientemente, esta hembra es pequeña pero tiene carácter y se marcha cuando ya se siente satisfecha moviendo el culo zalameramente. Solo entonces los ocho pastores se presentan pasando sus cabezas por debajo de mis manos.

—¿Te gustan, no?, los animales tienen muy desarrollada la capacidad para percibir esos sentimientos, saben a primera vista a quien pueden acercarse.

—Sí, mucho, siempre he tenido debilidad por los animales. Ahora tengo un gato, bueno, hay un gato que usa mi casa como hotel, cuando quiere entra, cuando quiere se marcha y vuelve lleno de suciedad y con mucha hambre atrasada, es un truhan.

—Mis chicos no salen ni aunque la puerta se quede abierta todo el día. Tienen todo lo que desean aquí; mucho terreno para investigar, cama, comida y mucho cariño. —Les frota los hocicos y los perros se derriten de gusto

—Una buena vida.

—Sí y de vez en cuando les dejo probar mis experimentos.

¿Experimentos?, ¿se referirá a comidas que hace por primera vez? Mi gato no acepta cualquier comida, para frecuentar la vida nómada y los contenedores de basura tiene un morro muy fino y solo acepta latas de comida “gourmet” cuyo precio por kilogramo es mejor no calcular.

—Mis licores —esclarece rascándose la cabeza por encima de la lana de su gorro—, los elaboro yo y ellos son los primeros en probarlos.

—¿Les das licor, licor con alcohol?

—¿Hay algún licor que no lo tenga?, serían zumos.

—Pues sí.

Los perros se alejan corriendo para volver con un palo, una pelota... me tientan y antes de que pueda agarrar lo que me ofrecen se dan media vuelta

para que les persiga.

—Dejadle ya, que sois muy pesados.

Si el tono de voz de Rafael ha cambiado al darles esta orden ha sido muy sutilmente, tanto que no lo he percibido pero para los perros y para Merengue ha sido suficiente. Deciden jugar entre ellos y olvidarse de nosotros durante un rato.

—En estos momentos me planteo tener un par de perros que me reciban así cuando llego a casa. Después pienso que a veces estoy todo el día fuera o varios si viajo al extranjero y no sería justo ni para ellos ni para mí.

—No, los animales necesitan cuidados constantes. Aquí tenemos el laboratorio del doctor Jekyll y mister Hyde, entro rabioso y salgo manso como un corderito. —Detrás de la casa hay una caseta de madera

El espacio no está dividido y por todas partes pueden verse botellas de diferentes formas rellenas de líquidos de colores. Reconozco los alambiques, mi abuelo tenía uno con el que hacía orujo, una bebida que quemaba por donde pasaba y que a él le soltaba la lengua haciendo que contase unos chistes malísimos que solo le hacían gracia a él.

Yo quería probar esa bebida que parecía agua y cuya preparación me robaba a mi abuelo algunas tardes cuando se metía en el garaje del chalet adosado donde vivíamos a las afueras de Madrid. Insistí tanto que me sirvió una pequeña cantidad en un vaso advirtiéndome que no me iba a gustar. Yo quería demostrarle a mi abuelo que si él lo tomaba yo también podía hacerlo y lo pasé de un trago. Me quedé sin respiración, la boca me abrasaba y me parecía que mi estómago había entrado en combustión instantánea.

Mi abuelo se quedó mirándome, yo aguanté el tipo como pude y aprendí la lección; con las cosas de los mayores no se juega. Ahora soy mayor, al menos grande de estatura, y sigo recordando que nunca hay que hacerse el chulo, ir de listillo solo sirve para crearse enemistades.

—¿Haces licores de todas estas frutas?

—Sí, utilizo fruta de temporada, ahora hay buenas manzanas, peras, naranjas...el frutero del pueblo sabe de mi afición y suele comprar cajas para mí cuando está muy barata. —Coge una manzana verde y la frota contra la chaqueta para sacarla el brillo.

—Son muchas botellas.

—Es un hobby, no creas que me paso el día tomando chupitos, regalo muchas botellas a gente que aprecio.

Frota con un trapo un par de delicados vasitos de cristal. Por la ventana solo se ven árboles, si el terreno de Rafael linda con la finca del vallado caro solo lo sabré preguntándolo.

—Te recomiendo el de moras, el de frambuesa y el de pera y canela, son sabores equilibrados y no molestan en la boca. Si quieres algo más fuerte el de miel y naranja o el de cacao y mandarina no están nada mal y no tienes miedo a probar sabores exóticos el de mango podría ser tu elección.

—El de frambuesa estará bien. —Esa fruta me recuerda a Clara, suele oler a campo, a fruta recién recolectada... ¡qué ganas tengo de verla!

—Buena elección, me regaló las frambuesas una buena amiga porque sabe que me encantan.

Me da uno de los vasos, llena los dos hasta el borde y entrechoca muy suavemente su cristal contra el mío. El líquido es oscuro y luminoso al tiempo, el olor a frambuesa es intenso y meto un pequeño sorbo en la boca sintiendo una explosión de sabor a fruta que enmascara el calor que llega después, y que sin molestar a su paso extiende su poder hasta el estómago.

—¡Excelente! —Apuro el contenido relamiéndome ante el intenso sabor a frambuesas.

—Has venido andando, puedes tomarte otro, y yo también lo necesitaré para quedarme dormido mirando las noticias que es lo mejor que puede pasarme “ja, ja, ja” —Antes de que diga sí rellena mi vaso y el suyo.

Bebemos en silencio para que nuestros sentidos no pierdan detalle del licor. Los efectos relajantes del alcohol empiezan a ser evidentes, yo no tengo costumbre de tomar bebidas alcohólicas y esta tiene graduación alta.

—¿Y ese camino? —le pregunto inocentemente gracias a la relajación que empiezo a sentir, lo acabo de ver a través de la ventana de la caseta, un sendero perfectamente marcado en la tierra que desaparece en línea recta.

—Es el que lleva a casa de Mariola.

—¿En un terreno que tiene una valla de hierro labrada?

—Sí.

La cara de Rafael ha cambiado, me observa como si estuviera buscando el secreto que guardan mis ojos. ¿Sabrá lo que me sucede todas las noches? Rechazo la pregunta porque es una tontería. Este hombre, que vive como lo hacía mi abuelo, no puede ser el responsable de que yo me transporte, ¿o sí?

—Nunca había visto abrirse o cerrarse las puertas, pensaba que era uno más de tantos terrenos de la zona. Hoy he visto un coche salir derrapando de la

finca, uno muy moderno, demasiado para visitar con él una tierra llena de árboles.

Mis palabras son sinceras y Rafael las acepta relajándose. Lava los vasos minuciosamente y los deja boca abajo para que escurran el agua sobre un trapo blanco.

—Si no se lava muy bien el cristal se tiñe de la fruta. —Se gira hasta quedar apoyado contra la fregadera—. Conozco al conductor. Te regalo la botella. —El intento de cambio de tema es evidente.

—No puedo aceptar.

—Por supuesto que puedes, ¿para qué quiero yo tantas botellas? —Con la mano derecha me muestra lo que ya había visto, que las estanterías están llenas de botellas que contienen licor—. Me gusta tomar un sorbito de vez en cuando pero me resultaría imposible acabar con todas a menos que se las pusiera a los perros en sus bebederos y créeme, un perro borracho se pone muy pesado.

—¿Se ha emborrachado alguno de tus perros? —Tengo la botella entre las manos, Rafael me la ha dejado y ha retirado la suya, o la cogía o se caía al suelo.

—Este verano hacía viento, la puerta debió de quedar mal cerrada y entraron. Les llamé y aparecieron siete, faltaba Carter. Les pregunté a los demás y agacharon las cabezas, ¡ahí pasaba algo! Le encontré dentro de la cabaña, tirado en el suelo todo lo largo que era y con la lengua fuera lamiendo lo que quedaba de la botella de licor de plátano. La había tirado, o se había caído, eso no lo sabré nunca; pero lo cierto es que estaba en el suelo, el cristal no se había roto pero el tapón de corcho se había aflojado. Carter chupaba como si fuera la teta de una vaca. El suelo es de madera y absorbería parte del líquido pero el resto estaba en las venas de Carter. Un día entero estuvo borracho, se tambaleaba, aullaba mirando al cielo, corría y se caía... no ha vuelto a querer entrar, mira desde fuera y cuando le acerco alguna botella abierta se pone a estornudar. Desde entonces cierro con llave para que los siete que todavía no se han emborrachado no puedan entrar. —Salimos de la casita-destilería.

—¿Y Merengue?

—Esa viene un rato todos los días, les pone firmes y cuando está satisfecha se vuelve a su casa.

No me atrevo a enunciar una nueva pregunta. Rafael me ha invitado sin conocerme y aunque no puedo saber si la luz proviene de la casa de Mariola

es la única pista que tengo y no la voy a rechazar poniendo a su vecino a la defensiva.

—Ha sido un placer conocerte, Rafael.

—Lo mismo digo muchacho.

Nos estrechamos la mano con decisión a modo de despedida, los perros vuelven a frotarse contra mis piernas para que les haga caso, me están diciendo adiós a su manera.

—Hasta la próxima vez chicos.

Los perros empujan con sus hocicos, intentan acceder a mis bolsillos, dentro hay galletas de mantequilla envueltas individualmente en paquetes de plástico. El ruido que hace el material al moverlo contra mi ropa me ha recordado que las había metido para saciar el hambre si aparecía.

—¡No!

Se cuadran ante la voz de Rafael, es increíble el grado de obediencia que tienen los ocho perros, me gustaría premiarles pero no lo haré a menos que su dueño me lo permita.

—¿Les puedo dar galletas?, no son buenas para sus dientes, son galletas de mantequilla, tengo cuatro así que sería un trozo pequeño para cada uno. — Merengue ya no está.

—¿Y para quien lo son?, puedes dárselas, pero antes tienes que decirles que se sienten.

Se lo ordeno y antes de acabar la palabra ya están los ocho sentados babeando al intuir que van a recibir eso que tan buen olor emana. Troceo las cuatro galletas en partes iguales y las reparto, son pedacitos pero los degustan con cara de felicidad absoluta.

—Ya no tengo más. —Les muestro mis manos abiertas—. Tengo que llevar a Rufián, mi gato, al veterinario para que le examine los puntos, ¿podría comprarles allí unas chucherías a los perros?, son especiales para animales, nada de azúcar ni pepitas de chocolate.

—Está bien, la vida don dos días y uno lo pasamos durmiendo. —Accede después de mirar con cariño a sus perros que están atendiendo a la conversación muy concentrados.

Camino de regreso a mi casa a paso ligero y me favorece el hacerlo todo el tiempo cuesta abajo. Aprovecho este tiempo para meditar sobre lo que voy a hacer y en consecuencia sobre lo que voy a escribirle a Clara.

“Hola cielo,

He leído tu carta y he sentido tu preocupación. Yo también lo estoy y por eso voy a dejar de aparecer en tu pasillo durante algunas noches. No puedo hacer nada mirando desde mi cocina como la luz aparece y desaparece a los quince segundos. Además del problema de la salida de tu apartamento, algo que ya había pensado como solucionar, hay otra cuestión que haría imposible que buscarse el origen del haz dentro de un tiempo: la propia luz del día.

La intensidad es muy débil y con luz natural, algo que sucederá en primavera no podría seguir su rastro, hay que empezar ahora para tener tiempo de encontrarlo y de (no sé de qué modo; pero esta cuestión se abordará cuando llegue su momento) ampliar las dimensiones para que ambos podamos pasar de una época a otra. No me importa donde vivamos, en dos mil noventa y ocho o en dos mil diecisiete, sueño con estar juntos, con despertar a tu lado.

Hoy te abrazaré muy fuerte, te besaré y te prometeré al oído que volveré, no lo entenderás hasta que leas esta carta pero quiero que sepas que voy a cumplir mi promesa porque la vida sería muy triste sin estar a tu lado, porque he descubierto que tengo mucho que ofrecer y solo puedo imaginar que eres tú quien recibe todo el amor que has hecho crecer en mi alma.

Te ruego que, aunque pasen días, aunque sean semanas, no pierdas la fe en nosotros.

Esperando que llegue el día en que no tengamos que mirar el reloj...”

No leo la carta, he escrito desde el corazón, han sido palabras sinceras que Clara entenderá. Dedicaré el tiempo que queda hasta las nueve menos dos minutos a ducharme y a rechazar, tal y como llevo haciendo desde que conocí a Clara, cualquier acto social, aunque sea importante para mi carrera, cuyo horario me impida estar en mi casa a la hora crítica.

Tengo, en alguna parte de la vivienda, una cámara y un trípode. Se me ocurrió hace un par de años la brillante idea de filmar el proceso de creación de una de mis obras. Cuando termino un trabajo desconozco siempre como ha sido esa evolución, miro el metal y recuerdo que cenando, al despertar o al conducir surgió una idea bastante abstracta, que durante varios días deambulé por el taller buscando la inspiración y que de repente la obra estaba terminada, no había que tocar nada, cada ángulo tenía sentido.

Visualicé algunas grabaciones y me sentí ridículo, yo caminando por el taller intentando olvidar que me estaba filmando a mí mismo. Abandoné el proyecto asumiendo que si la obra me gustaba no tenía necesidad de buscar el momento en el que ponía cara de genio loco, y guardé ambos objetos en una

caja, ¿dónde?

Vivir en una casa grande implica tener muchos lugares donde mirar. Dedico una hora a buscar, a punto estoy de abandonar el registro de armarios pero persisto porque quiero ver lo que le sucede a mi cuerpo cuando entra en contacto con el haz de luz azul y la cámara tenía bastante calidad, no tiene sentido comprar una cuando la tendré delante de los ojos.

—¡Por fin! —Encuentro la caja entre los juegos de toallas que mi madre me compra compulsivamente cuando pasa por delante de la sección de textiles de las grandes superficies—. Tengo que ponerme a ordenar —me digo pronunciando lentamente las tres palabras para creer que lo haré algún día de estos, buscando he encontrado una camiseta que me encantaba en el fondo del cajón donde guardo los calcetines. ¡Y yo echándole la culpa al gato!

Compruebo que siga funcionando y solo entonces me dirijo a la ducha sabiendo que no tengo nada más que hacer hasta que llegue el momento. La cámara está conectada enfocando el punto donde yo me esfumo y la cena la prepararé al regresar, el viaje no resulta nunca agradable y es peor cuando el estómago está lleno de comida.

Clara me preguntó qué se sentía al viajar en el tiempo, no le respondí para no asustarla innecesariamente pero no es placentero, he tenido unas cuantas experiencias y aun así la presión que parece envolver mi cuerpo siempre me sorprende negativamente.

Saco una de mis camisas de cuadros, tengo muchas y casi todas eran de mi abuelo, un hombre con el que compartía además de parentesco la misma fisonomía. Me gusta ponérmelas, huelen al jabón con el que las lavo y sin embargo mi mente recrea, en cuanto toco la tela, el aroma del bálsamo que se aplicaba cuando se afeitaba su tupida barba.

Muchas cosas me recuerdan a él; mi padre cuando se ríe, los abuelos que veo esperar a sus nietos a la puerta del colegio, los helados de nata con cobertura de chocolate caliente que tanto nos gustaban de aquella heladería... le echo mucho de menos y si estuviera vivo le contaría lo que me sucede, él guardaría nuestro secreto sin armar un alboroto. A mi madre no puedo decirle que viajo al año dos mil diecisiete, empezaría a hiperventilar y terminaría desmayándose por el susto. Mi padre tampoco es un confidente válido, intentaría mantener las formas y lo haría hasta que mi madre le mirase, entonces confesaría sin que ella se lo pidiese, no pueden saberlo.

—Hola.

—Hola.

La mano de Clara en mi pecho con la excusa de dejar su carta dispara los latidos de mi corazón, dejo la mía en el mismo lugar de su cuerpo y me doy el lujo de rozar la tela de su sujetador. El suspiro que escucho es demasiado íntimo para que pueda mantenerme alejada de su boca y la beso memorizando cada rincón y grabando su esencia.

—Te quiero —susurro soltando su coleta—, no me olvides.

—No voy a hacerlo. —Sospecha algo y me empuja con ambas manos para poder mirarme, no quiero ensombrecer este encuentro y le sonrío aunque por dentro una riada de dolor esté ahogando mi corazón.

—Volveré, removeré cielo y tierra para que esta vez sea la última vez que el tiempo nos separa.

Trago saliva para que se me destaponen los oídos, algo que solo sucede en el viaje de vuelta y que se suma a la molesta sensación de que el estómago se ha llenado de ácido. Clara sabía que era una despedida temporal, es muy intuitiva y mucho más lista que yo, si ella estuviera aquí ya habría encontrado el foco de la luz, no me cabe duda.

Tengo su carta pegada a mi corazón, la leeré cuando no me sienta tan vulnerable, ahora necesito serenarme, asumir que ella está muy lejos y que depende de mí que podamos acortar distancias.

Salgo al jardín vigilando que Rufián no se escape a buscar a hembras receptivas de su ansia de repartir cariño entre maullidos. Los puntos están cubiertos con un grueso vendaje a prueba de lenguas rasposas y como no puedo ver si están curando correctamente deduzco que no le molesta demasiado por la euforia con la que ha atacado el plato de su comida favorita: paté de langostinos con salsa de ostras.

El cielo está despejado, las estrellas brillan y la luna genera sombras en los árboles del jardín. ¿Habrá leído ya mi carta Clara?, ¿estará mirando al mismo cielo pidiendo un deseo? Hace frío, mucho para que mi camisa pueda aislarme y entro con la cabeza despejada y las manos frías.

La cámara reproduce mi cuerpo esperando el momento, de repente ya no estoy en la pantalla y busco la reproducción lenta. La luz aparece, se ven unos destellos y mi figura desaparece, quince segundos después los fogonazos se mezclan con mi aparición. Lo contemplo varias veces inútilmente, no hay pistas, no sé interpretar las alteraciones de la luz y apago la cámara para prepararme una cena a base de restos de la nevera, vuelo a quedarme sin

comida, es un hecho que últimamente se repite con demasiada frecuencia.

“Hola cariño...”

Me encanta pronunciar la palabra “cariño” cerrando los ojos. En mi mente son los sensuales y dulces labios de Clara los que forman la palabra, los que la dejan escapar entre gemidos cuando la acaricio en una cama que no es ni esta en la que estoy, ni la suya con vistas al mar. Es una cama imaginaria donde tenemos tiempo para amarnos sin prisa.

Ansío que conozca mi mundo, que caminemos sin destino por las calles de Madrid, que busquemos un restaurante pequeño e íntimo donde cenar entre confesiones, estar juntos en una gran bañera llena de agua caliente y dormitar hasta que se enfríe, hacer el amor una vez y otra, y una última vez más hasta quedar tan cansado que no pueda levantar los brazos para algo más que sea atraerla hacia mi cuerpo. No existen estos momentos por lo que los imagino, coloco su imagen, pongo palabras que ella ha pronunciado y relleno el resto con bonitos colores y música suave.

“Tienes que seguir esa pista sacrificando estos momentos si es preciso. Me duele tanto el alma al escribirlo que tengo que obligarme a continuar, renunciar a ti temporalmente es la decisión más dolorosa que he tenido que tomar.

Te quiero, no es una declaración que espera una correspondencia por tu parte, mi amor hacia ti es mío y quiero que lo sepas por si no tenemos la oportunidad de volver a vernos. No imaginaba así el amor y si es maravilloso abrazarnos quince segundos al día, ¿cómo sería no depender del tiempo, tener horas para estar a tu lado escuchándote, enredando mis dedos con los tuyos?

Te deseo, tanto que cuando te vas mi cuerpo se mantiene en tensión durante horas. Me besaste y ahora quiero más, lo quiero todo y por ello te suplico que no decaigas, yo estaré todas las noches a las nueve menos dos minutos esperándote”

Salto de la cama y corro a la cocina, la luz de la luna ilumina el suelo y los ojos de Rufián brillan desde el rincón del sofá donde acostumbra a dormir. Tomo un vaso al azar y me sirvo una buena medida de la botella de licor de frambuesas. El alcohol suaviza la impotencia que en este momento comprime mis entrañas.

Guardo la carta con las demás, de nada sirve lamentarse, Clara confía en mí, me quiere, ¡me quiere! El licor me ha templado, podría tomarme el resto del líquido, adormilarme al cobijo de las sábanas. No quiero perder ni un

minuto y enciendo la luz del salón para molestia de Rufián, que se levanta a buscar otro lugar en el salón más acogedor donde seguir durmiendo. Tengo una idea y le doy forma con trazos rápidos sobre el papel, el ruido termina por asustar al gato que sale por el pasillo mirándome con cara de indignado.

CAPÍTULO DOCE

Mis pies tocan algo blando, miro al suelo y una masa grisácea y densa rodea mis botas. El desafortunado poster, porque eso no se puede llamar cuadro, de una puesta de sol con su palmera inclinada, y su arena blanca y fina ha desaparecido. Dos cables; uno azul y otro blanco, cuelgan donde antes había una insulsa lámpara con láminas de cristal unidas con argollas doradas recubriendo la bombilla.

La pared derecha tiene tres pruebas de color en diferentes tonos. No es naranja, no es rosa, es simplemente un color horroroso. Escucho las voces de dos personas, provienen de la cocina y muevo mis piernas muy despacio arrastrando mis pies por la masa gris para no hacer ruido que les indique mi presencia. Por suerte para mí de la estancia sale el sonido de una canción que no había escuchado en mi vida. El aparato que la emite no tiene calidad para una reproducción a tanto volumen y la chica que canta algo así: “un mojito otro mojito, mira que ojito bonito” parece que hubiera pasado la noche gritando en la pista de baile

Están de espaldas, los muebles y el alicatado de paredes y suelo ha desaparecido. ¡Obras!, Clara ya no vive aquí, metió su ropa en su maleta y se fue. La buscaré, iré al supermercado y la esperaré en la puerta, entra a las diez, van a ser las nueve, puedo ir caminando, me dijo que solo se tardaban quince minutos a paso rápido.

Trago saliva en un gesto involuntario para que se me destaponen los oídos. Tenía la mano puesta sobre la manilla de la puerta de entrada al apartamento de Clara y ahora estoy de nuevo en mi cocina. ¿Cómo la localizaré?

Despierto desorientado, busco la luz de mi mesilla pero solo toco aire. Trato de sujetar el edredón para retirarlo de mi cuerpo pero es mi camisa la que noto entre mis dedos.

Me froto los ojos que todavía no había abierto, me he quedado dormido en el sofá y cuando me incorporo el cuaderno y el bolígrafo donde estaba apuntando todo lo que podía hacer caen al suelo. Los recojo y escribo en letras mayúsculas: “BUSCAR QUE NÚMEROS RESULTARÁN PREMIADOS EN LA LOTERÍA MÁS CERCANA AL DÍA DE HOY EN LA

ÉPOCA DE CLARA Y DÁRSELOS”

Euro millón del viernes diecisiete de Noviembre, un acertante se lleva una indecente cantidad de dinero. Si apunto los números el afortunado ganador seguirá siendo millonario; el 50% de ochenta y dos millones de euros es una fortuna y con cuarenta y millones Clara tendrá dinero para comprar el apartamento y no tener que preocuparse por el trabajo durante el resto de su vida. Anoto los números y por si acaso lo pierde, no puede acudir a tiempo, o no tramitan bien su apuesta busco otro premio similar y escribo en otro papel los números ganadores para que tenga una segunda oportunidad.

“Hola cielo,

No te asustes, no ha pasado nada malo, simplemente he tenido una pesadilla. En ella los meses pasaban y me presentaba una noche en tu pasillo, tú ya no estabas, habías tenido que irte. El apartamento estaba en obras y cuando intentaba salir a buscarte la luz me devolvía a mi cocina.

Sigo siendo optimista, vamos a estar juntos, voy a descubrir cómo alterar el paso de una época a otra para que nada nos pueda separar; pero hay que ser realista y podrían transcurrir meses. Es por eso que he vuelto, para que este apartamento pueda ser tuyo. Estoy seguro de que con la oferta adecuada la dueña no se podrá resistir y si quiere vivir en Laredo encontrará un lugar donde no tener que hacer obras. Hazlo por favor, te quiero”

Le anoto los números ganadores de los dos sorteos y los días de apuestas en la parte inferior del folio y añado otra hoja donde también los apunto porque toda precaución es poca. Dejo los dos papeles sobre la encimera y me preparo el primer café del día.

CAPÍTULO TRECE

—Te has portado muy bien Rufián.

—Hemos tenido una charla de hombre a gato muy seria mientras veníamos hacia tu consulta.

—No sé lo que le habrás dicho pero ha dado resultado. —El veterinario le coloca un nuevo apósito—. Cuando quieras te dejo a los mellizos y les montas en tu coche, ¿les darías esa charla?, ¡ya está! —Me da a Rufián y le meto en su trasportín, no me fío de esta aparente calma, podría decidir vengarse y hacerlo tirando todo lo que se encontrase a su paso. El veterinario aprovecha para bostezar por quinta vez desde que he entrado en su consulta, es tan grande el sueño que arrastra que las lágrimas caen de sus ojos—. Prefiero estar de guardia en la clínica, descanso más que cuando estoy en casa.

—No necesitas ir al gimnasio por lo que dices.

—Son incansables, a las siete de la mañana están los dos saltando sobre sus camas aunque les hayamos acostado tarde, me estoy planteando empezar a tomar la papilla que desayunan, tiene que contener algún ingrediente secreto, no sé, una droga de esas que te ponen eufórico durante horas.

—Todo es probar, si te funciona me pasas la marca y cambio el pan por la papilla en el desayuno. —No estaría mal tener un súper alimento que me permitiera recuperarme después de una noche de trabajo en el taller—. Quiero llevar una golosina para perros.

—¿Es un perro pequeño?

—Hay una perra pequeña y ocho grandes, la pequeña parece un caniche aunque no lo podría asegurar, los ocho restantes son pastores alemanes.

—¡Muchos premios!, te va a costar un dinero. —No creo que el importe me arruine pero aunque así fuera lo gastaría gustoso si ello ayudase a estar con Clara—. Voy a por una bolsa.

Metes ocho huesos grandes hechos con piel seca prensada y uno verde más pequeño cuya pasta ayudara a mantener limpios los dientes de Merengue.

—Este se lo regalo a Rufián.

El “miau” del felino lo interpretamos como un agradecimiento, no quiero pensar que es muy probable que esté diciendo: “menuda mierda me estás

dando después del daño que me has hecho, si lo llego a saber te pongo la cara fina”

—Hola chicos, hola Merengue. —Recuerdo a Carter, ¿y el resto de nombres?

Los perros no ladran enseñando todos los dientes como hicieron ayer pero mantienen la misma pose defensiva a dos metros de la valla, siguen trabajando, padre no hay más que Rafael y a mí me han encontrado en la calle.

—Avisad a Rafael. —No veo timbre y tampoco quiero darles los huesos sin el visto bueno del dueño.

Estos perros son increíbles, dos salen corriendo hacia la casa y el resto se sienta a esperar a que regresen con Rafael.

—Hola —le saludo también con la mano cuando viene caminando hacia la verja y levanta el brazo al reconocermee—, no quiero molestar, vengo del veterinario y traigo unos premios para los nueve.

—Hola, Beltrán, pasa.

—Gracias pero no puedo, a Rufián le estresa estar encerrado. Todavía tiene los puntos y no quiero que empiece a moverse ahora que está curando bien.

Abro la puerta trasera del coche y saco la bolsa. Si el olor es perfectamente apreciable para mí para los perros debe ser como estar dentro de un secadero de jamones. Comienzan a ladrar de alegría, unos giran sobre sí mismos, otros me ofrecen una pata, la otra, las dos a la vez... Merengue se yergue sobre sus patas traseras para arañar la valla con las delanteras.

Rafael abre la verja, a los perros les cuesta mantenerse dentro del terreno y paso con la bolsa para no alargarles la agonía. Todos salen corriendo con su hueso entre los dientes y yo sonrío porque me da envidia que la vida sea tan fácil para ellos.

—No olvidarán nunca tu regalo.

—Ellos también me lo hacen a mí, me encanta verlos.

—Esta tarde tengo que salir a hacer unas gestiones y no regresaré hasta la noche, ¿por qué no vienes mañana por la mañana?, hay un árbol enfermo, quiero cortarlo antes de que caiga arrastrando a otros y me vendrían bien un par de brazos jóvenes.

—Encantado.

—Si tienes otras obligaciones no las dejes por mí.

—¡No las tengo!, y a mí el trabajo físico también me servirá para despejar

la cabeza.

—¿Para que la inspiración regrese?

—Sí, se marchó hace dos semanas y se ha debido de perder en algún pasillo del aeropuerto.

—Volverá, no te preocupes.

No lo estoy, podría vivir el resto de mi vida sin trabajar con lo que he ganado estos años si no lo despilfarro en coches que se convierten en maletas, yo solo estoy preocupado por Clara, por nosotros...

—¿A las once?, a primera hora suelo acercarme hasta casa de Mariola, a veces tomamos un café juntos, si hace bueno paseamos alrededor de la casa y si llueve cuidamos las plantas de su invernadero.

—A las once está bien.

—Muchas gracias muchacho.

—Será un placer.

Conduzco hasta casa satisfecho, aprecio a Rafael, me gustan sus perros y me gusta el trabajo físico, le hubiera dicho que sí aunque no tuviera interés en ver la casa de Mariola y a la misma Mariola. Los remordimientos se pueden tapar con razones pero en el fondo sé que no debería mentir, me incomoda demasiado.

—Sal.

Rufián no quiere abandonar el trasportín, meto la mano para agarrarle de la pata y me lanza un bufido. Nunca me ha atacado, es uno de sus faroles y decido dejar la jaula sobre la alfombra del salón. Pongo un cojín para impedir que la puerta se cierre.

—Cuando quieras. —Que es cuando él quiera, siempre a su manera.

Vestido con la ropa vieja que guardo para estar en el jardín salgo al exterior. Mi vista no puede tomar curvas, si la luz tampoco puede hacerlo podré acotar, centímetro arriba o abajo, una zona del cierre de mi terreno por donde entra el haz.

Podría ser más complicado de lo que había pensado. Yo solo vi la luz y la ventana tiene casi dos metros de ancho, podría haber entrado por cualquiera de los puntos. Ato una de las dos cuerdas que he sacado del trastero a la contraventana y repito la operación con la otra contraventana. Tomo la cuerda de la contraventana que tengo a mi derecha y empiezo a caminar marcha atrás sin dejar de mirar la pared donde desaparezco cada noche. Me desplazo a mi derecha hasta que dejo de ver esa parte de la cocina. Rectifico mi posición y

ato la cuerda a mi cerramiento.

Repito la misma maniobra con la cuerda de la contraventana izquierda. Ya tengo el espacio por el que puede haber entrado la luz a mi terreno, según mi entender solo puede haberlo hecho desde un punto donde yo también pueda ver la pared de la cocina.

Salgo a la carretera, sin otros medios que mi vista hago un nuevo cálculo y si no estoy equivocando el planteamiento me reafirmo en lo que ayer pensé: que lo que causa que viaje en el tiempo sale del terreno que tiene la valla antigua.

¿Se produce dentro?, ¿simplemente lo atraviesa en su camino? Si así fuera encontrar el punto de salida se volvería mucho más complicado, los montes que hay detrás de las casa de Rafael no están recorridos por caminos que puedan ser transitados por vehículos no adaptados a senderos de barro. La luz viaja durante kilómetros, cientos... el sol es prueba de ello.

Me quedo mirando la valla y los árboles que hay detrás. ¿Quién habita dentro?, ¿es Mariola?, ¿cómo es posible que en todos los años que llevo viviendo aquí no haya visto a nadie entrando o saliendo de esta propiedad? Para llegar a mi casa no tengo que pasar por delante de estas puertas pero están en la misma recta a escasos treinta metros, ¿habría visto a alguien!

—Buenos días papá.

A mi padre no le gusta mostrar su cara mientras habla por teléfono, dice que se siente ridículo mirando a la pantalla.

—Hola, Beltrán, ¿estás en El Escorial?

—Sí, ¿ha pasado algo?

—No, tranquilo, todo está bien, ¿vas a venir hoy a comer?

—Sí, ayer hablé con mamá y se lo confirmé pero si os viene mal no hay problema.

—Nos viene bien. Quería contarte algo y no hacerlo en casa porque tu madre estará perdiendo vista pero lo está ganando todo en oído.

—“Ja, ja, ja” —Cierto, desde la cocina puede escuchar lo que estamos diciendo aunque tenga el extractor de humos conectado, la puerta cerrada y nosotros estemos en el salón viendo las noticias—. ¿De qué se trata?

—Dentro de tres semanas tu madre se jubilará.

—Lo sé.

—Y ya sabes que eso la tiene un poco abatida.

—También lo sé.

Mi madre acude feliz cada mañana a la notaria donde trabaja desde hace treinta y siete años. La notario, que es año y medio menor que mi madre, enviudó siete meses después de que mi madre y otras dos empleadas comenzasen a trabajar en su despacho.

Las tres consolaron al notario, que tenía un niño de cuatro años y a toda su familia de Huelva de donde es oriunda. La ayudaban cuando un cliente le preguntaba por su marido desconociendo que un ladrón le había asestado una puñalada mortal y a ella se le escapaban las lágrimas y también cuidaban a su hijo cuando ella enfermaba.

Las cuatro son amigas y mi madre será la primera que dejará de trabajar. Aunque trata de disimular mi padre y yo sabemos que lo está pasando mal por muchas veces que repita que las otras dos empleadas y a la propia notario también se jubilarán dentro de medio año.

—Quiero organizarle un viaje sorpresa.

—¡Qué buena idea!

—Eso mismo opino yo, quiero que suponga una distracción y el primer día que no trabaje no tenga ocasión de echar de menos su puesto.

—Está muy bien pensado.

—Pero necesito tu ayuda.

—Tú dirás.

—Quiero que averigües a qué lugar le haría ilusión ir. Siempre ha dicho que le gustaría ir en un barco que recorriese las islas griegas pero en esta época del año no hace calor para bañarse. Ya sabes cómo es tu madre, tiene poderes sobrenaturales, si yo sacase accidentalmente el tema me miraría fijamente y me haría confesar.

—“Ja, ja, ja”, lo sé, lo sé. No te preocupes, entraré en la cocina con la excusa de ayudarle y sacaré el tema diciendo que se va a casar un amigo que ella no conoce y que estamos organizándole un viaje sorpresa. No te acerques a la cocina, quédate en el salón o sube a al baño...lo que quieras; pero que no te vea la cara mientras hablamos de ello porque entonces lo sabrá.

—Entendido. ¿Qué te parece si tú pides vino para acompañar la comida y yo voy al garaje a elegir una botella?

—Perfecto, dame cinco minutos, quédate en el garaje y no aparezcas hasta que yo te llame.

—Sí, sí, a ver si te dice algún lugar donde se pueda ir ahora.

—No te preocupes, yo me encargo.

—Gracias hijo.

—Nos vemos dentro de un rato.

Reviso la hora, tengo que ducharme y conducir hasta Madrid. Echo un último vistazo a la finca que podría contener el secreto antes de darme media vuelta.

Sonrío al meterme en la ducha, mis padres llevan juntos muchos años. De vez en cuando discuten, pero se les pasa enseguida porque se adoran. Mi madre parece ser la que manda en la relación pero es solo una apariencia, ella siempre está pendiente de mi padre y le mimaba atendiendo a detalles que para los demás pasarían desapercibidos.

Cada vez que una relación se rompía la idea de que yo nunca encontraría a esa mujer con la que reírme, soñar o caminar de la mano se volvía más fuerte. No he tenido tiempo de reírme con Clara, no hemos soñado despiertos mirando las estrellas pero sé que es la mujer, lo sé.

—¿Entonces me dices que vote por un viaje a los fiordos noruegos?

—Sí, siempre y cuando se realice a bordo de un crucero.

Mi madre está calentando a fuego muy lento las albóndigas con salsa de verduras que tanto me gustan. Las patatas fritas llenan una fuente de tamaño grande porque mi padre siempre dice que es un alimento sano y barato, ¡no hay que escatimar nunca con las patatas! Yo coincido con mi padre, no hay nada más triste que tener que contar las patatas para que cada trocito de carne tenga su acompañamiento.

—¿Entonces el viaje sería como un crucero por el mediterráneo pero en el norte de Europa? —Preparo la ensalada mirando la lechuga como si tuviera perlas, mi madre tiene poderes para los que yo tampoco soy inmune.

—Exacto. Lo he visto en una cadena de televisión que emite reportajes sobre viajes. Tenías que haber visto el barco, era precioso, con todos los lujos imaginables —a mi madre se le ilumina la mirada cuando habla del barco—, los camarotes tenían balcones y los clientes se sentaban a tomar chocolate caliente en confortables sillones tapados con mantas mientras contemplaban el paisaje.

—¿Y decían cuantos días? —Tiene ganas de hablar, hay que aprovechar—. No es lo mismo disponer de una semana que diez días o catorce.

—Una semana. —Apaga el fuego y retira la cazuela para que la salsa no se pegue—. Me encantaría ir, bajar del barco para ver los pueblitos, prepararme a la noche para cenar en la mesa del capitán...

Mi madre se ha quedado con la boca abierta mirando sin ver. Mi padre le va a dar la sorpresa de su vida. Cuando Clara y yo estemos juntos viajaremos a donde más le guste y si no le apetece hacerlo y prefiere que nos quedemos en casa viendo películas y comiendo palomitas también lo haremos, cualquier lugar me parecerá el paraíso si estoy a su lado.

—Beltrán, ¡Beltrán!

—¿Qué?

—¿Qué haces?

—¿Qué hago?

—Ahogar la ensalada, ¡deja de echar vinagre!

—¡Perdón!

Pongo la botella en posición vertical y escurro el exceso de vinagre en la fregadera antes de que la lechuga se impregne y se reblandezca.

—A ti te pasa algo, llevas unos días muy raro, ya no vienes a cenar, no has robado patatas fritas de la fuente...

Mi madre ha olvidado su soñado viaje a bordo de un barco por los fiordos noruegos para mirarme con detenimiento. Está evaluando si puedo estar enfermo y para ello no duda en ponerme la mano en la frente como hacía cuando era pequeño y yo me quejaba de que me dolía la garganta.

—Es el trabajo mamá, me han encargado una obra, tengo una idea y a veces me despisto pensando en sus formas, sus texturas...

—No te obsesiones, tienes mucho talento y tus piezas siempre gustan, relájate y disfruta de la comida. ¡Pero bueno!, ¿a dónde ha ido tu padre a buscar el vino, a un viñedo de la rioja alavesa?

—Un viaje a bordo de un barco por los fiordos noruegos.

—¿Eso te ha dicho?

—Sí.

Mi padre y yo fingimos estar revisando el motor de mi coche, algo que solo serviría en el caso de mi padre para pasar el tiempo. Él no entiende nada de motores, si su vehículo falla coge su teléfono y llama al taller para que le den una cita, dudo de que sepa qué palanca acciona la apertura de la pieza que oculta el motor.

—¡Y yo mirando horarios de vuelos para llevarla al Caribe!

—Quiere Noruega, no vas a poder ponerte bañador a menos que lo hagas en una piscina climatizada.

Acelero para que escuche el ruido del coche, la acabo de ver mirando por

la ventana.

—Yo encantado, la idea de ir en barco también me gusta a mí, si no la he dado gusto estos años es porque me mareo.

—Tienes mal recuerdo porque el tío Vicen te montó en su barquito en el Cantábrico un día que hacía mucho viento. —Tenía ocho metros de eslora—. Estos barcos para turistas están equipados con estabilizadores y en los fiordos no hay olas grandes papa.

—De todos modos iré al médico para que me aconseje qué puedo tomar contra el mareo. Si te encuentras mal en un coche puedes bajarte, pero de un barco, ¿cómo lo haces?

—Es verdad.

Tiene que ser horrible tener el estómago revuelto, saber que en tierra firme el malestar desaparecería y no poder hacerlo. Por suerte yo no he heredado este problema, me parezco a mi madre. Cuando era pequeño y acudíamos a un parque temático con atracciones mi padre se encargaba de sujetar las bolsas o las chaquetas y mi madre y yo nos montábamos en las montañas rusas más veloces.

—¿Te acuerdas del parque acuático de Tenerife?

—¡Cómo para olvidarlo!, todavía me mareo cuando miro las fotos de aquel genio.

Nos reímos recordando aquellas vacaciones en las que mi padre montó por última vez conmigo en una atracción. Habíamos acudido, aprovechando un puente que había en Diciembre, a la isla de Tenerife. Mi padre quería que conociera un parque acuático al que él había ido cuando tenía seis años. Él recordaba haber disfrutado mucho en la zona de juegos para los más pequeños. Sabía que continuaba habiendo atracciones muy intensas y yo a mis once años ya era un niño muy alto que podía montar, acompañado de un adulto, en la mayoría de ellas.

Mi madre y yo montamos en todas las atracciones, algunas de ellas eran increíbles y repetíamos una y otra vez mientras mi padre nos esperaba con las toallas en las manos.

Poco antes de la una mi madre comenzó a sentir frío, había mucha gente en el parque y hacer cola con la ropa mojada, y a la sombra en algunas ocasiones, no era agradable. Yo estaba emocionado y aunque no sentía los pies quería seguir y le propuse a mi padre que se montase conmigo.

Mi padre estaba comiendo una manzana y me aseguró que en cuanto la

terminase probaría la atracción más suave, y si no se encontraba mal al salir seguiría montándose conmigo para que mi madre descansase sentada al sol tapada con la toalla.

Esperé encantado, había disfrutado con mi madre y ahora también tendría recuerdos con mi padre. Pensé en la atracción más sencilla y la teníamos delante, una figura gigante que a mí me parecía un genio y que estaba pintado con brillantes colores. Era obligatorio, en casi todas, sentarse en una colchoneta con forma de rosquilla gigante. Trabajadores del parque vigilaban que todos metiésemos el culo dentro del agujero de la rosquilla y nos sujetásemos al flotador agarrándonos a dos asas.

Para quienes íbamos en pareja el “flotador rosquilla” era doble. Mi padre se colocó delante y yo lo hice detrás mirando a su nuca. El monitor controlaba que no se produjeran choques dentro de la atracción, retenía a los usuarios en una pequeña piscina previa al primer descenso para empujarlos cuando quedaba libre el artilugio de los anteriores turistas.

Mi madre y yo no habíamos vuelto a montar después de probar otras atracciones más intensas, ya no tenía gracia retroceder en emoción, era la atracción perfecta para que mi padre se estrenase en el parque.

El tubo oscuro inicial empujaba con un chorro de agua a los usuarios hasta una especie de embudo gigante horizontal. El agua hacía girar el flotador hasta que desaparecía por el desagüe central para salir a una piscina final, una atracción sencilla y rápida.

El monitor nos empujó y mi padre emitió un grito ahogado al notar el impulso del agua. Llegamos al embudo y dimos una primera vuelta, aquello se terminaba y mi padre no había vuelto a mostrar síntomas de malestar. No fuimos atraídos por el desagüe, dimos una segunda vuelta, y una tercera antes de volver a la oscuridad y caer en la piscina donde un monitor recogió el flotador y nos ofreció su ayuda.

No había estado nada mal, si de vez en cuando daba más de una vuelta yo quería repetir, tenía algo más de emoción. Salí del agua y entonces busqué a mi padre para pedirle que repitiésemos. A mi pobre padre le estaban ayudando a salir y parecía que su piel se había vuelto albina. Las piernas le temblaban y tuvo que sentarse en el suelo a esperar a que la manzana volviese a precipitarse al fondo del estómago.

Mi madre, que no había perdido detalle, acudió con la toalla para tapanle la espalda. Cuando se sintió con fuerzas para levantarse caminamos muy

despacito hasta las tumbonas, mi padre se dejó caer, mi madre le tapó con toallas secas, cerró los ojos y se quedó inmóvil.

Mi madre sacó los bocadillos que nos habían preparado en el hotel donde nos alojábamos y los comimos riéndonos en silencio al recordar como una atracción de lo más inocente había dejado a mi padre como un náufrago después de una noche de tormenta agarrado a una tabla.

—¡Me encantó que montases conmigo!

—Y a mí también hijo aunque pensé que me moriría. Fíjate cómo me encontraría de mal que ni me importó que los monitores me sacasen del agua a hombros y que todo el mundo estuviera mirando, yo solo quería que los pedazos de manzana decidiesen de una vez si se quedaban o salían.

—Fueron unas vacaciones geniales, excluyendo ese mal rato, lo pasamos muy bien.

—Sí que lo fueron.

Nos abrazamos, algo que no hacemos muy a menudo y que con los años valoro cada vez más. Cierro el capó, mi padre ya sabe que viaje contratar y me he ofrecido a ayudar en lo que sea preciso: si quiere que le acompañe, si necesita que distraiga a mi madre, que sirva de coartada... cualquier cosa porque me hace ilusión y me hace desear compartir con Clara uno de esos viajes románticos.

—Hola.

—¡Oh!

Clara estaba esperándome con una carta en la mano, sabía que no volvería esta noche y aun así ha escrito y ha acudido a la marca en el suelo. Nos abrazamos como si llevásemos días sin vernos porque cuando nos despedimos ayer yo creía que no volvería y ella al leer mi carta tampoco tendría esperanzas de que apareciese. Nos intercambiamos las cartas y después de un beso cuyo final tengo que forzar la miro a los ojos intensamente.

—Haz lo que te digo en la carta.

—Sí —me responde temblando.

—Prométemelo.

—Te lo prometo.

Me quedo más tranquilo sabiendo que si todo sale mal no tendrá problemas económicos durante el resto de su vida, de momento es lo único que puedo ofrecerle.

Dejo mis labios sobre los suyos y al regresar a la cocina me doy media

vuelta y miro la oscuridad que hay detrás de la ventana jurándome que lo encontraré.

“Hola cariño,

Sé que hoy no vendrás, que esperaré en el pasillo y que marcharé a trabajar sin saber si serán cuatro, veinte o cien los días que faltan para verte. Escribirte me ayudará a mantener la fe.

Esta noche hemos tenido un pequeño accidente en el trabajo, uno de los compañeros se ha partido el tobillo al caerle encima parte del contenido de un palet de botellas de jabón líquido.

Esta mañana he hecho mi primer bizcocho, ha quedado bastante duro pero el sabor es bueno así que lo he partido por la mitad y lo he untado con crema de cacao. Cuando lo termine volveré a probar añadiendo más levadura porque creo que ahí ha residido el error.

La tarde se presenta tranquila, caminaré con las amigas y acudiré al centro para jugar a la “Primitiva” una lotería que desconozco si todavía se jugará en tu tiempo. Nunca lo he hecho pero esta mañana me he levantado pensando que debería hacerlo, ¡mira qué tontería!, con lo difícil que es acertar.

Te quiero”

CAPÍTULO CATORCE

—Buenos días, Rafael.

—Hola muchacho.

Cada vez que le veo me recuerda más a mi abuelo. Hoy no se ha puesto el gorro de lana dejando al descubierto una buena mata de pelo blanco como la nieve. Lleva la mano al bolsillo trasero de su pantalón y se cubre con una visera, hoy hace mucho calor, el viento es cálido y se cuele entre los árboles moviendo las ramas, el ruido de las hojas al tocarse me resulta relajante.

—Hola chicos.

Los perros tienen buena memoria, antes de ayer comieron un pedacito de galleta y ayer se llevaron los huesos. Si yo fuera uno de ellos estaría ahora mismo frotándome las manos e imaginando qué podría salir de la bolsa del humano que en sus dos visitas ha repartido comida.

—Hoy tocan galletas para perros, tenéis unos dientes muy sanos y hasta que no aprendáis a cepillaros después de cada comida deberéis comer las que no tienen azúcar.

Yo les hablo como si ellos fueran mis alumnos y ellos me escuchan con las orejas tan tiesas que parecen de cartón. Desconozco que parte de mis palabras o gestos entenderán pero en fijarse les pondría ahora mismo una matrícula de honor a los ocho.

—Te van a manchar de babas.

—No importa, he traído ropa vieja para trabajar. —¿Qué son unas babas que la lavadora limpiará a cambio de estar rodeado de estos animales a los que tan rápidamente estoy cogiendo cariño?—. No veo a Merengue.

—Está con Mariola, cuando cocina pollo relleno a su manera no hay quien la saque de la cocina. Pone carita de buena y espera pacientemente hasta que Mariola no aguanta más y le pone un platito de pollo. ¡Es la primera en probarlo!

—Ah. —¡Y yo pensando que estaba malcriando a mi gato por comprarle comidas cuyas recetas parecen sacadas de la carta de un restaurante con tres estrellas Michelin!

Rafael cierra la puerta con llave, yo aprovecho para darle una galleta a

cada perro. Les enseño mis manos vacías para que entiendan que no hay más. Por la cara que me ponen creen que hay más galletas de donde he sacado las primeras. La bolsa conserva el aroma y la abro para que metan sus hocicos y lo comprueben por ellos mismos. Hacen tanta fuerza que antes de que me la arranquen de las manos saco las dos botellas de vino tinto que he traído y doy la vuelta a la bolsa sacudiéndola con fuerza. Se dan por satisfechos, dentro solo queda el olor a canela y eso no se puede comer. No han visto como guardaba en el bolsillo de mi chaqueta la galleta de Merengue.

—Espero que te guste el vino tinto.

—Me gusta y este es muy bueno pero no tenías que traer nada. Vienes a ayudarme y además traes comida para los perros y vino para acompañar la comida —Rafael se quita la visera para atusarse el pelo antes de volver a colocarla—, muchas gracias.

—De nada. —le sonrío honestamente—. Deberíamos dejarlas en un lugar fresco.

—¿Las meto en la nevera?

—Está bien, si se enfrían demasiado se pueden sacar unos minutos antes de que empecemos a comer.

—Muy bien, recuérdamelo, vamos a comer en casa de Mariola, es más cómodo no tener que transportar la comida.

—¿Sabe que yo también iré?, no quiero molestar.

—El pollo asado lo está cocinando para ti.

—¿Sí?

—Y unas berenjenas con jamón que son un pecado. El postre es sorpresa también para mí.

—¡Qué bien suena!

Ayer almorcé crema de calabacín, ensalada, albóndigas con muchas patatas fritas y mousse de limón, hoy comeré berenjenas con jamón, pollo relleno y un postre que también estará buenísimo porque a mí me gusta mucho el dulce. Mañana tendré que salir a correr y racionar mis incursiones a la balda de las galletas.

—Quedaros fuera, no quiero tomarme un vaso de agua y encontrarme pelos vuestros en la boca.

Rafael ordena a los pastores alemanes que no pasen al porche y los ocho se colocan como si fueran a sacarles una fotografía para una revista de animales. La casa de Rafael es sencilla y acogedora, pocos muebles, madera

oscura en el suelo y algunos cuadros en las paredes pintados por la misma persona. La letra “M” es pequeña, el autor es tímido y no quiere que su nombre llame la atención.

—Son de Mariola, pinta y lo hace muy bien.

Rafael se ha vuelto a quitar la visera, hoy le molesta; pero tampoco sabe estar sin nada cubriéndole la cabeza.

—Tienen algo que atrae.

Flores, de todas las formas y colores pintadas con esmero rellenan los lienzos. Hay color, hay sensibilidad y hay frescura en cada cuadro.

—La conocerás dentro de un par de horas. Espero que no te haya molestado que le dijera a Mariola que ibas a venir. Solemos comer juntos, nos hacemos compañía, los dos estamos solos y charlamos sobre lo que ocurre en el mundo, sobre los perros, o sobre nuevas frutas de las que se puede hacer licor.

—Eso está muy bien. —¿Quién soy yo para decir lo contrario?, la soledad es mala compañera.

—Fue idea mía lo de comer los tres juntos, también es vecina tuya aunque nunca os halláis visto.

—Es verdad.

¿Cómo es posible que en nueve años no nos hayamos cruzado?, me sigue pareciendo muy extraño. ¿Tendrá algo que ver con el haz de luz, será inventora y vive recluida en su casa con sus experimentos? No veo el momento de conocer a Mariola y salir de dudas.

—Yo cocinando soy muy limitado, tanto que había pensado preparar una tabla con quesos, otra con ibéricos y una ensalada.

—Ese es mi menú estrella, lo preparo casi todas las noches, fácil, rápido, sano y se ensucian dos platos.

—Y si añades todo a la ensalada solo manchas uno.

Nos reímos porque pensamos parecido, nos gusta comer pero no nos gusta ensuciar ya que después hay que limpiar, y evitamos cualquier menú que implique muchos platos y cazuelas.

Dejamos las botellas en la balda menos fría del frigorífico y salimos al exterior donde la temperatura sigue subiendo. Me quito la chaqueta y la camisa, debajo tengo una camiseta de manga corta y es un placer estar en Noviembre con los brazos descubiertos. Ato la camisa a mi cintura, en el porche hace sol pero cuando estemos debajo de los árboles la temperatura

descenderá algún grado y no quiero tener que volver a por ella.

—El picoteo nunca falla —seguimos hablando de lo que nos gusta, es un tema perfecto para dos personas que apenas se conocen—, yo recurro a los quesos muchas noches, hay tantas variedades y todos son tan buenos que siempre son bienvenidos.

—Así mismo pienso yo, los dos somos prácticos. No dejes la chaqueta ahí. —La acababa de posar sobre la mesa del porche—. Estos perros son unos cotillas y rebuscarían en los bolsillos, te la llevaré a la mesa del salón.

—Muy bien.

Rafael entra, yo me quedo fuera disfrutando del calor y de ese olor especial que emana la naturaleza cuando el sol incide sobre ella. Cada poco tiempo Clara pasa por delante como si fuera una estrella orbitando alrededor de mí, a ella le gustaría este lugar.

—Ya está, vamos al cobertizo a por la escalera y la sierra.

Sigo a Rafael, rodeamos la casa y en la fachada norte hay una puerta metálica adosada a la pared. Dentro, y perfectamente ordenado, hay todo tipo de herramientas para el mantenimiento de un jardín y de una casa: segadora, desbrozadora, tijeras de podar, carretilla, martillos, taladros... todo tiene su sitio y está organizado por secciones.

—Estás bien surtido.

—Son muchos años comprando y me gusta hacer trabajos con las manos, nada que ver con lo que tú haces.

Me quedo pensando a qué estará refiriéndose, de un tiempo a esta parte no estoy muy ágil mentalmente.

—Esta casa la construí yo. —Aclara mis dudas, él no hace esculturas.

—¿Sí?, está muy bien.

—Sencilla como yo. —Toca una pared como si la acariciase.

—Con gusto y bien integrada en el entorno.

—Espera entonces a ver la casa de Mariola. Coge la escalera por ese lado, tenemos que cortar algunas ramas antes de derribarlo.

—Voy.

No quiero hacer preguntas sobre Mariola, siento que estoy traicionando la confianza de Rafael y aunque lo estoy haciendo por una buena causa no dejo de reprocharme.

Rafael tiene mucha fuerza, la escalera pesa y aun así la lleva como si fuera de papel, y en la otra mano porta la sierra eléctrica que tampoco parece

liviana. Sorteamos los árboles, son altos y de diferentes variedades.

—Es este.

Posamos la escalera y Rafael me enseña una zona negra del tronco de un árbol.

—¿Qué le ha pasado? —Toco y la madera se deshace debajo de mis dedos.

—Un rayo, fue esta primavera, una tormenta. Salió por este lado y fue más profundo de lo que a simple vista se puede ver. Es un árbol con una copa muy tupida y cada vez que hace viento el tronco se abre en dos un poquito más.

Miro hacia arriba y entiendo perfectamente los gestos de Rafael, el tronco se está partiendo en dos verticalmente desde el punto por donde entró el rayo.

—Hay que cortar esas ramas, y después terminaremos lo que ha empezado la naturaleza.

Insisto en ser yo quien suba a la escalera, Rafael es reacio a ceder, me quiere proteger. Yo también quiero hacerlo y busco un argumento que no pueda rebatir.

—Si el que se suba se cae, y sabes que puede pasar, desde esa altura la rotura de una pierna o un brazo estaría garantizada. Yo no tengo a nadie a mi cargo, Rufián entra y sale de casa a su antojo. Tú tienes ocho perros, ¿quién los atendería si tuvieran que llevarte a un hospital?

Rafael se queda pensando, yo disimulo atándome el cordón de una de mis botas que tenía el nudo bien sujeto. No quiero presionarle pero tampoco voy a aceptar verle subido a lo alto de la escalera mientras yo la sujeto. Si quiere subirse cuando esté solo no podré evitarlo pero este no es el caso, ahora estoy aquí y no voy a cambiar de idea.

—Está bien, tienes razón aunque me cueste aceptarlo.

Nos ponemos manos a la obra, corto las ramas en el orden en el que me va diciendo llenando el suelo de una mullida capa verde.

—Ahora llega el momento de las apuestas.

Lo pienso y por más que me estrujo las neuronas no imagino a qué se puede estar refiriendo con esa frase.

—Hacia dónde va a caer el tronco. —¡Como para acertarlo!—. Si cortamos por este lado debería caer hacia el lado opuesto; pero no sabemos cómo está por dentro, podría inclinarse hacia delante y caernos encima. —Posa la mano en la brecha que hizo el rayo al buscar una salida a través del tronco.

—Sujetémoslo con una cuerda. Uno de nosotros se coloca lejos tirando de

la cuerda hacia el lado en que queremos que caiga y el otro lo sierra.

—Sí, será lo mejor. Voy a por la cuerda.

Le espero ojeando los alrededores, el camino que comunica con la casa de Mariola es de losas de piedra que se pierden en la parte más alta de la loma. Desde donde estoy no puedo ver la casa y tampoco la mía porque ambas están en la ladera opuesta de la montaña.

He centrado todas mis esperanzas en ese terreno, ¿y si no hay nada? Giro mi cuerpo hasta dar una vuelta completa y cierro después los ojos para no ver lo que ya sé, que es probable que nunca lo encuentre.

—¿Pasa algo muchacho?

—No. —Rafael puede ser silencioso como un fantasma—. Se me ha metido una brizna en el ojo y los había cerrado para que saliese.

—¿Y ya está?

—Sí, sí. —Muevo los ojos y pestañeo varias veces—. Ya no me molesta.

—Colócate allí, queremos que caiga en esa parte del suelo donde no hay nada. Mantente muy atento, y si ves que corres peligro sueltas la cuerda y te alejas.

—Muy bien.

Vuelvo a ponerme los guantes que he traído y me encamino hacia el punto más alejado que permite la longitud de la cuerda. La parte superior del tronco se inclina hacia donde yo estoy en cuanto tiro levemente, corro hacia otro lado y observo como cae sin hacer mucho ruido.

—Le daremos una oportunidad, no cortaremos el resto, tal y como está no supone ningún peligro y podría revivir.

Asiento recogiendo la cuerda, cargamos la escalera entre los dos y regresamos a dejar todo en su lugar correspondiente. Los perros llegan corriendo con Merengue como líder.

—Hora de ir a comer.

No digo nada, la inteligencia de estos perros y su compenetración con Rafael me dejan sin palabras. Nos lavamos, metemos el vino en la bolsa y recorro por primera vez el suelo de losas de piedra nervioso ante lo que podría ver.

Los perros se muestran encantados, les gusta el buen tiempo y que estemos al aire libre con ellos, y lo manifiestan ladrando. Merengue, como es una chica y muy fina por lo que parece, se limita a soltar algún pequeño “guau” que los demás canes corean moviendo sus rabos frenéticamente.

Después de llegar a la cima solo se puede bajar. El paisaje no cambia: árboles de diferentes especies allá donde mire. Merengue toma la iniciativa corriendo cuesta abajo como una posesa hasta que desaparece entre el follaje.

—Ya hemos llegado.

Miro y no encuentro ¿es una casa subterránea, está construida sobre un árbol? Rafael me está observando, si es una prueba no me voy a rendir y me esfuerzo hasta que lo que tenía delante de mis ojos se hace evidente.

—¡La casa está cubierta de vegetación!

—Totalmente. —Rafael se quita la visera y se revuelve el pelo por enésima vez, si este viento del Sahara se mantiene se va a quedar calvo de tanto rascarse.

La palabra “totalmente” en esta ocasión está muy bien utilizada, las paredes tienen hiedra y plantas de tamaño medio, en el tejado crecen árboles, los contornos de la casa se adivinan, solo pueden verse los cristales que reflejan el verdor del jardín volviendo la edificación invisible.

—¡Increíble!, había visto casas cubiertas de hiedra pero esto es muy diferente, la casa entera es un jardín.

—Un jardín que aprovecha el agua de la lluvia y almacena el excedente para épocas de sequía, las plantas que rodean las ventanas ahuyentan los insectos y todas las especies están pensadas para ser utilizadas como nutrientes, las hojas muertas de unas sirven de alimento para las plantas que están a su alrededor.

—Un ecosistema autosuficiente.

—¡Eso!, que no me salía esa palabra, “ecosistema”.

—¿Lo ideaste tú, es obra tuya?

—¡No!

—Tienes muchos útiles para el jardín y me consta que tienes conocimientos.

—Me apaño; pero esto es otro nivel, lo diseñó Octavio. Era el marido de Mariola... —Su mano abarca el verde chalet.

—Buenos días, ¿hablabais de mí?

Mariola es una mujer menuda que irradia una luz especial. Su pelo, que en su juventud fue negro, ahora está salpicado de vetas blancas que le confieren una elegancia natural. Lo lleva recogido en un práctico y coqueto moño que enmarca unos bellos rasgos que el tiempo ha sabido cuidar.

Camina ligera, como si levitase, una sensación potenciada por el vaporoso

vestido que tapa incluso sus pies. Su boca sonríe pero sus ojos oscuros no pierden detalle. No me molesta, soy su invitado pero es Rafael quien me trae hasta su casa y es normal que quiera saber qué tipo de persona soy.

—Buenos días —respondo extendiendo mi mano.

—Mariola, te presento a Beltrán, vive al otro lado del camino.

Coge mi mano y me agacho para que pueda darme los dos besos a los que correspondo encantado. Cuando miro a Rafael encuentro una sonrisilla que me confirma lo que ya había intuido al nombrarla, este hombre la adora.

—Mucho gusto Beltrán, somos vecinos, por lo que me ha contado Rafael desde hace años, y yo no he tenido el detalle de presentarme y ofrecer mi casa, lo siento.

—Yo tampoco lo he hecho. —No soy un hombre mentiroso, la mentira tiene patas cortas y con educación casi todo se puede decir—. No s e si me hubiera presentado con una tarta en la mano; pero ni siquiera sabía que había una casa.

—Normal, hace años que no utilizo esa puerta...catorce. —Calcula mentalmente.

—Har  quince en febrero.

—S ...  el tiempo pasa muy rápido! Entremos en casa, la comida est  en su punto.

—Y el vino también. —Rafael levanta la bolsa.

—Espero que te guste lo que he preparado, me he dejado aconsejar por Rafael.

—Muchas gracias por invitarme, seguro que est  todo buenísimo.

—Enseguida se sabr .

La casa es grande, la vegetación que la envuelve dificulta calcular sus dimensiones reales pero puedo ver ventanas en dos alturas. La entrada principal se sitúa frente a mi casa, si no he perdido la orientación, y por ahí entramos a una vivienda que sigue sorprendiendo.

Anchos tablones de madera clara recubren el suelo de la entrada. La escalera, construida íntegramente en madera, tiene una balaustrada en la que se han utilizado troncos de diferentes formas y tamaños que no han sido moldeados.

En la cocina, que mantiene el mismo suelo cálido, también se han elegido diferentes tipos de maderas para la elaboración de los muebles, y hay plantas aromáticas al lado de la ventana que aportan un toque de frescor en una estancia dominada por el color marrón.

—¡Qué bien huele! —Y no es un dicho para agradar, el olor está estimulando mis sentidos.

—Has hecho pan de maíz.

Rafael busca el sacacorchos en un cajón, conoce bien donde se guarda cada objeto.

—Sí, todavía estará caliente. Espero que tengáis mucha hambre porque he hecho bastante comida. —Mariola abre el horno y el olor a carne asada es como droga para mis papilas— ¿Prepararé el comedor?

—Yo creo que aquí estaremos bien. —Rafael eleva los hombros.

La cocina es muy grande y tiene una robusta mesa de una madera que no identifico y que está llena de nudos de tonos más oscuros. Mariola me mira de reojo.

—Por mí no cambies de sitio, esta cocina es muy acogedora.

—¿De verdad?, nosotros siempre comemos aquí, ni me acuerdo de la última vez que utilizamos el comedor —mira a su alrededor aunque conoce perfectamente cada azulejo de su cocina.

—Aquí —pide Rafael—, ese comedor me intimida.

—¡Serás exagerado! “ja, ja, ja” pero yo también prefiero la cocina.

—¿En qué puedo ayudar?

—Ya lo has hecho viniendo a comer. —Mariola saca mantel de hilo y servilletas a juego.

—Insisto, es lo menos que puedo hacer.

—Sacaré yo lo necesario para poner la mesa. —Rafael, saca los vasos—. Beltrán no sabe dónde lo guardas. ¿Los platos de rayas?

—No, los azules, tenemos un invitado.

¡Lo que había pensado!, entre los dos existe un grado de intimidad que solamente se consigue pasando muchas horas juntos. Me gusta ver cómo se comunican, se expresan como lo hacen mis padres, con su lenguaje particular que solo ellos dominan porque lo han ido inventado mientras se conocían. Yo, como hijo que se crio mientras lo ampliaban y que ha seguido acudiendo a clase de esta lengua un par de veces por semana después de independizarme, he conseguido un nivel medio.

En el caso de Rafael y Mariola estoy asistiendo como oyente a la primera clase y todo me suena a idioma de país lejano de esos que nos cuesta ubicar porque se han creado recientemente y están en alguna parte cercana a la cordillera de los montes Urales.

Clara y yo estamos formando nuestro propio lenguaje de signos cuyo avance ha quedado interrumpido por mi ausencia pero estoy seguro que lo reanudaremos en cuanto volvamos a vernos. Alejo su recuerdo porque necesito estar libre de dolor para ser receptivo ante cualquier pista.

Extiendo el mantel, coloco las tres servilletas y es entonces cuando el buen equipo que Rafael y yo hemos formado en el jardín se pone de nuevo en funcionamiento. Vasos para el agua, platos y cubertería van dando forma a una mesa donde los colores alegres invitan a sentarse y a disfrutar de la que sin duda alguna será una comida memorable.

—Estas copas para el vino hay que lavarlas. —Mariola ha salido mientras estábamos ocupados y trae en las manos tres delicadas copas donde la calidad del vino se potenciará porque el sentido de la vista y del tacto son muy importantes—. Solo quedan estas tres, mi madre las heredó de sus padres.

—Uf, ya me has puesto nervioso, yo tengo manazas, no controlo si hago poca fuerza o mucha.

—Las limpiaré yo.

Rafael me acerca el bote del detergente para la vajilla aliviado, tampoco yo estoy muy tranquilo, saber que entre mis manos hay cristal de doscientos años de antigüedad me obliga a tener un cuidado extra.

Corto trozos de papel de cocina y seco concienzudamente el cristal hasta que brilla a la luz de la ventana.

¡Um!, me relamo mentalmente al darme la vuelta y ver las berenjenas y el amarillo pan de maíz que todavía está liberando el calor que contenía en su interior.

—He engordado dos kilos, quizá tres.

—Yo prefiero no pensarlo. —Rafael se afloja el cinturón, yo no tengo y soltarme el botón del pantalón me parece una confianza excesiva que tendré que postergar hasta que llegue a casa.

—Habrá que hacer ejercicio para que no se acomoden las calorías.

—Hay que retirar lo que hemos cortado, si te animas...

—¡Deja al chico!, que le vas a explotar.

—Tengo la tarde libre.

Sin inspiración, con muchas horas para pensar en Clara y poco que hacer hasta que llegue la noche estar al lado de Rafael y de Mariola, si quiere acompañarnos, es mi mejor plan.

—¿Ahora no iréis a cargar ramas, no?

—No, ahora con tu permiso os serviré un vasito de licor para ayudar a hacer la digestión, ¿de qué le quieres?

—Uno dulce... ¿queda de avellana?

Rafael enreda en una alhacena. Separo mi silla para levantarme y llevar los platos sucios a la pila, Mariola me pone la mano sobre el brazo y niega con la cabeza.

—Luego recogemos, terminemos la comida con calma.

—Tienes razón.

—No queda. —Rafael enseña la botella, tiene apenas dos gotas que muestran un sospechoso tono sucio—. Esto no se puede tomar.

—Ponme otro, el que sea.

—Iré a por una botella.

—No, no vayas ahora, de mora, o el de canela...el que haya.

—Voy a ir y de paso les pondré agua limpia a los perros, hace mucho calor y no han parado de correr en todo el día.

Rafael se atusa el pelo, se pone la visera y se ata el cinturón. Yo también me levanto para acompañarle.

—Quédate sentado, ahora vuelvo, haz compañía a Mariola.

Sale por la puerta que comunica la cocina con el jardín. Miro de reojo la tarta de manzana, está exquisita y podría comer otro pedazo.

—¿Te sirvo?

—La comería gustoso, pero realmente estoy lleno.

—Tienes buen apetito, y es un disfrute para la vista verte comer con cara sonriente. Cocinar y ponerle cariño para ver que la persona para la que te has esforzado no muestra interés y deja los platos intactos no es agradable. —Me sonrojo, ¿tanto he devorado?

No creo que esté hablando de Rafael, se nota que el hombre la adora y estoy segura de que aunque Mariola pusiera una loncha rancia de jamón en el plato lo comería como si fuera el mejor manjar del mundo.

—No estaba pensando en Rafael. —Matiza por si me habían quedado dudas—. ¿Te gustan los invernaderos, quieres ver el que hay en la casa?, es pequeño pero las plantas son hermosas.

—Me gustaría.

—Mi marido era paisajista, nos conocimos en Francia, yo estaba trabajando en el restaurante de un hotel de lujo, un castillo, y él llegó contratado para reformar los jardines.

Atravesamos el hall y el salón, la madera sigue siendo la protagonista absoluta y la piedra de la chimenea pone el contraste.

—Vivimos en Inglaterra, en Japón, en Estados Unidos... compramos este terreno en una visita relámpago al monasterio del Escorial. Trabajando en Finlandia nos enamoramos de este tipo de casas, queríamos construirnos una casa y utilizar materiales de la naturaleza, un hogar que no agrediera el entorno, eficiente energéticamente.

—Es increíble, se camufla en el paisaje, ¿se puede ver desde algún punto de la carretera?

—Hace muchos años que no utilizo esa puerta para entrar o salir, la última vez sí se podía ver... los árboles crecen, no podría decirte.

—Me fijaré.

—Sí —responde distraída, es evidente que el exterior no le interesa demasiado—, y este es mi rincón favorito de la casa.

El invernadero podría ocupar la portada de cualquier revista de decoración, de casas con estilo, de jardinería.... es un lugar mágico donde se concentra el olor de las flores.

—¡Es precioso!

—Lo es... —Pasa los dedos por los pétalos de exóticas flores, a Clara le encantaría, ¡rectifico!, a Clara le encantará—. Octavio lo diseñó para mí, no me gusta el frío y lo orientó al sur para que recogiera los rayos del sol. Los cristales acumulan el calor y cuando es excesivo lo repelen.

—Yo también pasaría aquí muchas horas.

—Esa era la idea, pero Octavio enfermó, disfrutamos poco de este banco. —Se sienta y me pide con la mano que ocupe el espacio libre—. Se fue demasiado pronto.

¿Qué se puede decir?, no conocí a su marido, mi única impresión al ver su obra que tuvo muy buenas ideas que aplicó a la casa y, ¿qué sé de ella?, que es una mujer con una educación exquisita y que cocina muy bien.

—Cuéntame cosas sobre ti, Rafael me dijo que eres escultor y de prestigio. Yo no salgo casi nunca de casa y tampoco veo la televisión, lamento no estar al corriente de tus obras. No suelo usar el ordenador pero lo encenderé para buscarte y poder ver tu trayectoria.

—Muchas gracias. Compré el terreno hace nueve años. La casa estaba abandonada, encargué una reforma que me costó casi más que tirar lo que quedaba en pie y mandar hacer una nueva. Tengo el taller donde vivo y resulta

muy cómodo.

—La inspiración llega sin avisar.

—Más veces de las que quisiera, a veces comiendo, a veces en la ducha, hay que aprovechar el momento antes de que la imagen desaparezca.

—Te entiendo, Octavio se podía levantar a las tres de la madrugada para tomar notas. Dibujaba en servilletas de papel, en pañuelos, en la pared de su estudio, cualquier momento o lugar era bueno para plasmar sus ideas.

—Mi madre guarda en una maleta cientos de papelitos donde yo hacía mis bocetos cuando estaba en la universidad.

—¿Tus padres viven también en El Escorial?

—No, viven en Madrid, nos vemos todas las semanas.

—Es bonito que padres e hijos mantengan la relación.

—Mis padres echan mucho de menos a mi hermano, trabaja en el extranjero y solo viene una vez al año o dos a lo sumo.

—Mi hijo vive en Barcelona y solo viene cuando tiene ganas de discutir conmigo y siempre se marcha enfadado.

—Ya estoy aquí.

El tiempo pasa volando cuando la compañía es buena y la charla amena.

—Estamos en el invernadero —le dice Mariola a Rafael.

—Llevo el licor.

—Y los vasos.

—Bien.

—Es muy hábil haciendo licores.

—Es un hombre muy especial.

Eso lo dice todo, Rafael es especial para ella y para él ella lo es todo. Me alegro mucho por ellos, por esa complicidad, por sus miradas que son párrafos, por esos silencios que cuentan capítulos.

—¿Tienes chimenea de leña?

—Sí, y aunque cueste creerlo todavía está sin estrenar.

—Es muy agradable en invierno, da sensación de hogar. Si te animas a ponerla aquí tienes leña, llévate la que te haga falta.

El árbol al que hemos cortado la copa y parte de su tronco era muy grande y saldrá mucha leña. Yo también tengo muchos troncos apilados, los de los árboles que derribaron porque estaban demasiado cerca de la casa y podían causar daños, los que hubo que talar porque estaban enfermos o los que ya estaban en el suelo cuando compré la propiedad.

Rafael ha dejado la chimenea de casa de Mariola encendida antes de irnos porque el viento sur ya nos había abandonado y la temperatura de la casa tampoco había tenido tiempo de subir; hubieran hecho falta varios días de viento cálido para calentar una casa de esas dimensiones.

En la planta de abajo no he visto nada que me llamara la atención. Sin excusa para visitar la segunda planta tendré que esperar a esta noche. Me acercaré a la verja y buscaré el haz de luz.

—Tengo leña —le comento volviendo a la conversación—, en realidad tengo los troncos, ¿me recomiendas esta motosierra o debería comprar otro modelo?

—Esta está muy bien, no es pesada y a mí no me ha dado problemas en el tiempo que la tengo.

—La voy a poner. —No sé por qué no lo he hecho hasta ahora, a mí me gusta el calor que dan las chimeneas y lo más difícil es tenerla—. Me acercaré a comprar una motosierra el lunes. El fin de semana no me apetece acudir a los centros comerciales, están llenos de gente desde primera hora de la mañana.

—Han anunciado un desplome en las temperaturas, llega un frente frío por el atlántico y nos alcanzará mañana por la tarde.

—Aguantaré, “ja, ja, ja”, pondré la calefacción a máxima potencia.

—¿Qué árboles son?

—¿Los troncos?, no tengo ni idea, están apilados unos sobre otros debajo del porche de una caseta de aperos.

—Toda la leña no arde igual.

—Lo sé, aprenderé probando.

—Ahora se está haciendo de noche, si te apetece encenderla llévate un par de docenas de los que ya tengo cortados y secos. Si quieres, mañana por la mañana meto la motosierra en el coche, echo un vistazo a la madera que tienes, la seleccionamos según su calidad y la cortamos.

—Te lo agradezco. —Es hora de irse y el apretón de manos en la puerta transmite el respeto que nos tenemos.

—Quien tiene que agradecértelo soy yo. Mariola y yo estamos demasiado tiempo solos, es bueno conversar con otras personas, que entre un poco de aire fresco en nuestra rutina.

—¿Por qué no le dices que venga?, si es que a ella le apetece, yo no puedo comprometerme a elaborar una comida sofisticada pero abriendo latas me defiende muy bien y hay un vino blanco enfriándose en la nevera que no

deberíamos desaprovechar.

—Se lo diré, no te garantizo nada, se ha acostumbrado a estar en ese mini mundo que es su casa y a que su paseo diario consista, si el tiempo lo permite, en desplazarse hasta la mía.

—Está bien, ella decidirá, venid cuando queráis, yo estaré en casa.

Monto al coche y en cuanto lo hago y ya no tengo la distracción de la conversación con Rafael el recuerdo de Clara y la preocupación por lo que pueda averiguar esta noche regresa de golpe apoderándose de mi ánimo.

El terreno donde se asienta la casa de Mariola es grande y los árboles podrían ocultar construcciones como casetas o incluso existir otras casas igual de grandes que la que hizo su marido si también están recubiertas de vegetación.

Había imaginado un laboratorio súper secreto con muchos científicos vestidos con buzos blancos y mascarillas en la cara, una discreta construcción en la superficie que estuviera unida por medio de un ascensor a unas amplias instalaciones en el subsuelo. La imaginación es libre y la mía lleva días trabajando a destajo.

¿Es Mariola una consumada actriz que interpreta el papel de amable mujer que pasa sus días cuidando a sus plantas y horneando pan?, ¿es la puerta que hay a un lado de la caja de escalera el acceso a un laboratorio? En cualquier lugar del exterior podría estar oculta debajo de una falsa capa de tierra una antena que se replegaría cuando no estuviese utilizándose.

Detengo el coche en la carretera, ¿pero qué es lo que estoy pensando?, ¿qué sentido tendría invitarme a su falsa casa?, ¿investigar los efectos en mi cuerpo del viaje en el tiempo? Dándome berenjena y pollo relleno solo han descubierto que tengo muy buen apetito y no creo que sea trascendente tener hambre o ser un escogido a la hora de comer para viajar por el tiempo.

—¡Para Beltrán!, rebobina.

Me froto los ojos y reanudo la conducción, que yo desee con todas mis fuerzas encontrar una solución para Clara y para mí es normal, que me invente una película al mejor estilo de Hollywood no tiene sentido. ¿Qué pruebas tengo para desconfiar de Rafael y Mariola?:

- Yo entro y saldo casi todos los días de mi casa, si hubiera personas trabajando las habría visto llegar y marchar con sus coches.
- Yo pasé por delante de la casa de Rafael, él no vino a buscarme, no propició un encuentro casual.

- Rafael me ha invitado y me ha dejado libertad para investigar, cuando se marchó a buscar la cuerda me quedé solo y con licencia para mirar.
- En casa de Mariola he pedido ir al baño cuando parte del licor de avellana se ha derramado al brindar y ella me ha indicado donde podía limpiarme, no me ha acompañado, no le ha preocupado que dedicase ese tiempo a fisgar.
- No me he sentido observado, he comido y bebido lo que me apetecía, las preguntas han sido las típicas de una conversación fluida entre personas que están conociéndose.

¿Podrían llegar los operarios a través de un túnel cuya entrada estaría a varios kilómetros de distancia?, podrían...

¿Podrían tener intereses que yo no consigo adivinar y estar todo sucediendo según sus planes?, podrían...

¿Podría estar ahora mismo durmiendo y ser este un sueño muy largo y complejo?, podría...

—Olvídalo Beltrán, céntrate, son personas normales, no te inventes explicaciones, búscalas.

CAPÍTULO CATORCE

¿Aguantará?, salto, agito los brazos y la cámara permanece sujeta a mi pecho. Es un modelo diseñado para grabar enganchada a un trípode o cogida con una mano. Me ha costado un rato, mucha cinta aislante y un cinturón que se me está clavando en las costillas colocarla en medio de mi pecho para que pueda filmar lo que yo vea.

Son quince segundos, poco más de dos estornudos, un tiempo exasperadamente breve para pretender hacer algún descubrimiento, pero como es lo que hay apuraré hasta el último segundo, no queda otra opción.

He vuelto a hacer mis rudimentarios cálculos y el resultado ha sido el mismo, me colocaré en la mitad del tramo de verja de la finca de Mariola por donde estimo puede pasar la luz. La cámara filmando servirá para ver más tarde lo que mis ojos no captan si estoy mirando hacia otro lado.

Espero que no pase ningún coche, casi nunca lo hace y ya sería mala suerte que atravesase el camino en el momento en el que yo necesito oscuridad total. La luna, que juega al gato y al ratón con las nubes, es mi aliada, me concede una ligerísima claridad con la que puedo moverme por un terreno que conozco.

Salgo al camino y miro la hora, son las nueve menos diez, enciendo la cámara para que grabe cualquier signo previo a la emisión de la luz. Avanzo hasta la verja, abro las piernas y espero.

Vuelvo a mirar, y esta es la quinta vez desde que me he quedado parado, las nueve menos cuatro minutos, no debo volver a hacerlo, podría perdérmelo. ¡Ahí está la luz!, justo delante de mis ojos.

—¡Bien! —Me felicito por estar en el lugar adecuado, por no haber errado con mis básicos cálculos.

El haz se pierde ladera arriba, muevo la cabeza para esquivar los barrotes, me doy media vuelta y confirmo que sigue entrando en mi cocina, ¿y ahora qué?

Me despierto igual de perdido que me acosté anoche, ¿qué haré en esta ocasión, saltaré la valla y me expondré a los dientes de los perros de Rafael? Aunque los pastores alemanes me perdonasen la vida es más que probable que terminase detenido acusado de intento de robo y vigilado a partir de entonces.

Perdería la confianza de mis vecinos y quedaría como un vulgar ladrón.

Me preparo el café y me abraso la lengua al tomarlo sin comprobar su temperatura. Poso la taza en la mesa y visualizo la grabación por décima vez, ¿me daría algún dato si fuera una cámara específica para grabar con oscuridad absoluta? El principal problema no es la oscuridad, que también lo es, el mayor obstáculo es la cantidad de árboles que tiene el terreno, una compacta muralla verde contra la cual no puedo luchar talándolos y el casi inexistente tiempo que puedo estar siguiendo el haz de luz.

¿Un dron?, no vería nada sobrevolando por encima de las copas de los árboles. Me quedo sin ideas...

—¡Mariola!, has venido, me alegro mucho.

—Sí, tengo que reconocer que me daba pereza, no por ser tú, es salir de mi casa, me he acostumbrado a no sobrepasar mis dominios.

—¿Cuántos meses hace? —le pregunta Rafael sujetándola educadamente del brazo al llegar a los dos peldaños que hay que salvar para entrar en mi casa.

—Diez —le contesta ella con una sonrisa—, en Enero me hago el chequeo anual y no he vuelto a necesitar salir.

—¿Te traen la comida a casa?

—La compra él y tiene muy buen ojo para elegir los productos frescos.

Rufián sale corriendo en cuanto escucha voces desconocidas, el nuevo apósito en su lomo, más voluminoso y grueso para que no pueda empararlo con sus lametazos, le tiene asustado día y noche. Espero que cuando el veterinario le quite los puntos vuelva a ser el animal confiado y juerguista que solía ser.

—Es una casa preciosa —comenta Mariola sin perder detalle en el tour que hacemos para que vean donde vivo—, acogedora, funcional... es muy tuya.

—Nunca lo había pensado así, imagino que las casas reflejan a quienes viven en ellas.

—Las hacemos nuestras.

—Sí, y este el lugar donde trabajo.

Entramos al taller, anoche me parecía un lugar ordenado, ahora intento mirar a través de los ojos de Mariola y veo desorden allá donde los pose.

—¿Es tu nueva obra?

—Será cuando la termine, ahora mismo es un proyecto.

—No quiero interrumpir. —Rafael se ha acercado a la ventana—. Podría empezar a llover en cualquier momento.

—Id a cortar la leña.

—Estás en tu casa, en el salón hay varias novelas recientes que todavía no he tenido tiempo de leer.

—He traído una, no os alarméis si parezco desmayada cuando entréis, es tan aburrida que dudo que pueda terminarla, cada vez que lo intento me duermo.

—Doy fe —sentencia Rafael.

—Si quieres tomar algo o tienes hambre la cocina está a tu disposición, intentaremos hacerlo rápido.

Trabajamos en silencio, los dos sabemos qué tenemos que hacer con los troncos. Uno a uno vamos convirtiéndolo en leña de un tamaño manejable que dejamos en el porche en dos grupos: madera que arde fácilmente y que es la que hay que utilizar cuando se enciende la chimenea y madera más dura que solo debe meterse cuando el fuego ha alcanzado cierta temperatura.

Rafael ha traído pastillas para encender la lumbre y cerillas extra largas para prenderlas. Llevamos un viaje hasta el salón y encendemos mi primer fuego si no tengo en cuenta los que hacía con mi abuelo cuando acudíamos a pasar el día al monte y asábamos chorizos trinchados en un palito.

Dejamos la leña crepitando y acudimos a la cocina donde preparamos una comida ligera que resulta ser un atracón a embutido, quesos, pates y helados de chocolate, nata y dulce de leche aderezados con sirope de fresa.

—¿Queréis tomar café, licor de frambuesa de Rafael...? —Abro armarios para ver qué más puedo ofrecer—, ¿una infusión? —Compré una caja de madera repleta de diferentes variedades atraído sobre todo por las posibilidades del recipiente.

—Una infusión estaría bien —propone Mariola—, una manzanilla, tila, menta poleo... lo que tengas.

—Tengo de las tres. —Leo lo que contiene cada cajón—. También hay té negro, verde y rooibos.

—Para mí una menta poleo.

—Yo también la probaré. —Me parece a mí que Rafael no ha tomado infusiones hace mucho tiempo y ha elegido la menta poleo porque es la que va a tomar Mariola.

—Yo rooibos. —¿A qué sabrá?, la primera vez que leo esta palabra—. Lo

tomaremos en el salón, id y poneros cómodos, las preparo y las llevo.

Por si se han quedado con hambre añado a la bandeja unas galletas crujientes con virutas de coco y bombones de mi visita a Bruselas, es mi última caja y si no recuerdo mal rellené seis con exquisitas variedades. Saco azúcar morena, azúcar blanca, servilletas y cucharillas. Sin nada más que hacer espero a que el agua hierva.

Al cortar la madera, al preparar la comida, durante los momentos en los que se suponía estaba escuchando a Rafael y Mariola... la idea que a media noche me despertó ha estado emergiendo y hundiéndose en mi mente. Contárselo, no hacerlo, volver a mirar esta noche, confiar, no hacerlo... el agua hierve.

—Ha sido otra reunión encantadora. —Mariola se ata todos los botones de su chaquetón, ha llovido intermitentemente desde que empezamos a comer y el viento es frío y desagradable.

—Ha estado muy bien aunque ahora mismo me esté arrepintiendo de haber aceptado el postre.

—Cuando Beltrán te ha preguntado si te servía más helado no recuerdo haberte oído negándote.

—Por eso mismo me arrepiento, si le hubiera dicho que no ahora mismo no estaría sintiendo remordimientos.

—Gracias. —Mariola se pone de puntillas para darme dos besos—. Tienes una casa muy bonita.

—Cuando quieras muchacho. —Rafael me palmea la espalda—. Ya sabes el camino.

—Sentaros, por favor, tengo que contaros algo.

—A ver si me he enterado bien, una luz que viene de casa de Mariola llega cada noche a tu cocina, tú te colocas donde ilumina y desapareces viajando en el tiempo hasta llegar al dos mil diecisiete, al pasillo de una vivienda de un pueblo de Cantabria.

—Laredo —le apunta Mariola que no ha cerrado la boca desde que he comenzado a explicar algo que es de locos y que otras personas no hubieran tenido la paciencia de escuchar.

—Es el piso de Clara, la mujer de la que estoy enamorado. —Necesitaba compartirlo, hacerlo grande.

—¿Y antes no sucedía?

—No, estoy seguro, si me hubiera pasado a las tres menos cinco minutos

de la madrugada podría pensar que la luz ha estado siempre y que he sido yo quien no se ha enterado hasta que una noche casualmente he ido a la cocina a por agua. A las nueve menos dos minutos estoy muchas veces en la cocina; bien cocinando, bien entrando o saliendo, esa luz no estaba hace un mes, al menos a esas horas.

Rafael se rasca la cabeza, se coloca bien el pelo y vuelve a rascársela dejándose los cabellos como Einstein, Mariola le mira y se los atusa. Los dos han demostrado tener una educación exquisita y una tolerancia a prueba de balas.

Han escuchado sentados, con las tazas de sus segundas infusiones entre sus manos, un relato que he narrado moviéndome delante de ellos porque no podía parar quieto en el sofá mientras les confesaba que todas las noches me hago un viajecito en el tiempo y que quiero controlarlo para poder estar con mi chica del pasado.

—¿Os las caliento? —El líquido se ha enfriado.

—No —responde Rafael mirando sorprendido su taza. Se le había olvidado que tenía otra infusión que yo le había puesto en las manos sin que él me la pidiese. Se la di para que tuviera algo a lo que aferrarse mientras yo les confesaba mi demencia charlando tranquilamente al lado de la chimenea.

—Sí —y la afirmación de Mariola incluye la taza de Rafael—, nos vendrá bien tomar algo caliente y por favor, añádele un chorrito de alcohol, lo que sea.

—Claro.

Tomo las dos tazas y las llevo a la cocina. Quieren estar solos y no les critico, querrán ponerse de acuerdo para irse y no volver a verme en la vida. No quiero escuchar sus cuchicheos y cierro la puerta de la cocina. Si se van, ¿qué futuro tendremos Clara y yo?

El sonido del microondas, un modelo que imita en forma y sonido a los que Clara usa en dos mil diecisiete, me saca de mis pensamientos. Abro la puerta de la cocina y regreso a la encimera a por las tazas que cojo con cuidado de sus asas para no quemarme. Me encamino al salón presagiando por el silencio que podrían haberse ido y estar camino del puesto más cercano de las autoridades para comunicar mi locura.

Rafael se ha cambiado de sitio, ahora está muy cerca de Mariola, han hablado pero se han quedado y eso me concede una pizca de esperanza.

—Creo que están demasiado calientes, dejaré las tazas sobre la mesa.

—Bien —responden los dos, ¿a quién le importa ahora una manzanilla, aunque tenga un generoso chorrito de brandy? volverá a enfriarse.

—¿Siempre “viajas” al mismo lugar?

—Sí. —Las preguntas son buenas, demuestran interés—. Desde el primer día, siempre llego al mismo punto del pasillo de Clara. Ella colocó una cinta en el suelo para comprobarlo y cuando la luz me transporta y miro mis pies están siempre en el mismo punto.

—¿Si no te colocas en la luz no “viajas”?

—No, la he visto y la he grabado, me he grabado a mí mismo desapareciendo y volviendo a aparecer. ¿Queréis ver la grabación?

—Sí. —Mariola es quien me lo pide, Rafael todavía está demasiado impactado y necesitará más rascados de cabeza.

—Voy a por el portátil.

Estoy tan nervioso que tengo que detenerme en el pasillo a pensar donde lo he dejado. Está en mi cuarto, esta mañana envié mi última petición de ayuda al científico japonés, insistiré hasta que responda.

Coloco la pantalla en la mesa del salón, Rafael y Mariola se levantan y los tres nos sentamos alrededor del aparato. Pulso el botón que da inicio a la grabación.

—¿Puedes ponerlo otra vez?

Mariola saca las gafas de su bolso, espero a que se las coloque y volvemos a ver mi cuerpo esfumándose al contacto con la luz y reapareciendo a los quince segundos exactos.

Rafael pide con su mano una tercera visualización. ¿Significa que están valorando la veracidad de lo que les he contado? Sus rostros neutros no me dan pistas y les observo mirar mi cocina con los ojos muy abiertos.

—Muchacho...

Espero cualquier frase, estoy preparado para rebatir lo que me digan, para rogar, para aceptar que no me crean pero que me sigan la corriente y me dejen perseguir mi locura en forma de luz mágica.

—Beltrán, antes de venir, y para no parecer una ignorante, estuve mirando tu trayectoria, tus obras, las críticas... eres una persona aparentemente equilibrada que ha llevado una vida ordenada. —a Rafael las palabras no le salen y es Mariola quien llena este silencio tan denso.

Toma el primer sorbo a su infusión antes de proseguir, Rafael la imita y pone cara de póker al descubrir el sabor que no se parece a los licores que él

elabora, dudo que vuelva a pedirlo.

—Eres culto, educado...prudente. Todo lo que he visto en ti me anima a creerte, a valorar como cierto un hecho que describes con serenidad. Tienes que comprender que nos cueste mucho aceptar que en esa cocina se viaja en el tiempo.

—Lo comprendo y os estaré eternamente agradecido por escucharme, es una locura. —Vuelvo a levantarme, no puedo quedarme quieto—. Si vosotros me lo hubierais dicho os habría escuchado por educación y me habría vuelto a mi casa pensando que os habíais trastornado.

—El video podría estar trucado.

—Podría Rafael, pero no lo está y puedo demostrarlo, esta noche a las nueve menos dos minutos.

—¿Quieres que lo veamos?

—Sería la única manera de que comprobaseis que lo que os he contado es cierto.

Rafael hace el amago de llevarse a la boca la taza. Recuerda a tiempo que no le ha agradado el primer sorbo y la posa alejándola de su alcance. Mariola me sonrío tímidamente, les he puesto en un aprieto y no me arrepiento, si lo ven no quedarán dudas.

Apago el ordenador, no van a creer más por verlo cien veces y tampoco quiero insistir, la confianza no se consigue acorralándoles. Tienen que querer creer y esa decisión no se puede forzar.

—Yo quiero verlo. —Mariola es la primera en pronunciarse.

—Está bien. —Rafael también acepta, lo veremos.

—Gracias. —Mis ojos se humedecen, compartir este secreto y que no me estén mirando condescendentemente como si fuera un loco a quien es mejor seguir la corriente me aligera el espíritu.

—¿Qué hora es?, mi reloj se ha parado a las dos y diez.

—Las cinco.

—Tengo que atender a los perros.

—Sí, Merengue no está acostumbrada a permanecer tantas horas en el exterior.

—¿A las nueve menos dos minutos?

—Sí —le respondo a Rafael.

—Volveremos a tiempo.

Tres horas han pasado, ciento ochenta minutos que he tratado de capear

levantando pesas, saltando a la comba, ordenando el armario del calzado, tirando calcetines desparejados, trabajando en mi obra, fregando el suelo del taller, preparándome un bocadillo, avivando el fuego, probando a qué sabe el té verde...

Sentado en la alfombra y con la espalda apoyada en el sofá me dejo atrapar por las caprichosas lenguas de fuego. ¿Volverán?, yo lo haría, si me contasen un cuento chino y me ofreciesen la oportunidad de comprobarlo con mis propios ojos yo no lo rechazaría.

El sonido del timbre me agita, ¿cuánto tiempo llevo mirando a las llamas colarse entre los troncos? Son las ocho y media y estoy feliz, el camino se ha vuelto un poquito menos empinado, ver la luz es cuando necesitan para creer.

—Gracias, gracias. —Envuelvo a Mariola en un controlado abrazo, ella es pequeña y delicada.

—Gracias. —Con Rafael no tengo que contenerme tanto y el abrazo es intenso.

Se quitan sus abrigo y los manipulo con cuidado para que las gotas que han quedado sobre el tejido no caigan al suelo.

—Los dejaré cerca de la chimenea para que se sequen.

No hay riesgo de que salte una chispa y se prendan fuego, mi chimenea tiene una puerta con marco de metal y cristal específico para soportar altas temperaturas que permite disfrutar sin peligro y sin que se llene la casa de humo.

—Llueve mucho.

—Sí.

—Y mañana empeorará.

—Y bajará la temperatura.

Me hablan como si fuéramos extraños, y en cierta manera así es, ellos han venido pero eso no significa que crean en mi historia, su presencia solo demuestra que quieren llegar al fondo de la cuestión. Si la prueba no les satisface yo si seré un extraño para ellos a partir de ese momento, alguien con quien han compartido mesa fingiendo ser una persona que en realidad no soy.

—He preparado la cámara para que nos grabe.

—¿Qué vamos a hacer, vas a pasar? —Rafael no sabe cómo decirlo—, ¿vas a viajar?

—Es la única forma que hay para demostrar lo que digo, ver la luz no va a sacarnos de dudas, podría provenir de una linterna, de un foco que yo mismo he

colocado para engañaros.

—¿Es peligroso? —me interroga Mariola.

—¿Pasar?, no puedo afirmar que hayan aparecido síntomas importantes de que mi cuerpo no tolera bien estos viajes, al menos yo no los he notado.

Manipulo la cámara, lo que el objetivo capta la pantalla del ordenador lo reproduce, y cuando me coloco en el punto donde la luz toca la pared mi imagen aparece. Dejo la grabación activa, faltan tres minutos escasos y me preparo para recibir el desagradable malestar en el estómago que estoy deseando sentir porque me permitirá ver a Clara.

Se va a quedar muy sorprendida cuando vuelva a verme. No va a entender qué hago regresando a su tiempo cuando me había comprometido a quedarme.

—¿Dónde nos colocamos? —Los dos están esperando en el marco de la puerta de la cocina.

—Dame la mano —le pido a Mariola—, y apriétamela—. Quiero que no queden dudas, que perciba como mi mano desaparece—. Mantén la mano en la misma posición hasta que regrese.

No sé cómo lo ha hecho, yo estaba bien colocado y a punto de recibir el rayo y ahora estoy al lado de Rafael compartiendo cara de tonto con él. Es evidente que Mariola no le había comunicado su propósito de probar en sus propias carnes como es retroceder en el tiempo.

—¡La madre que la parió!

Rafael se rasca tan fuerte que me hace daño a mí. Yo trato de imaginar a Mariola presentándose en el pasillo de Clara y con malestar en el estómago que será peor si ha comido algo antes de venir.

Nunca la hubiera creído capaz; pero las personas somos algo más de lo que mostramos a los demás, hay facetas ocultas a simple vista que aparecen cuando menos lo esperamos.

—¡Guau!

—¿Estás bien? —Rafael la abraza.

—Si tú no me ahogas estaré bien —consigue decir.

—No vuelvas a hacer eso.

—Era la única manera de saber que era cierto.

—¿Y no podías habérmelo contado?

—¿Me hubieras dejado?

—¡Por supuesto que no!

—¿Me podrías ofrecer algo que tenga alcohol?

—Vino, brandy, ron...

—Lo que sea —me interrumpe y la comprendo, ¡ha viajado al año dos mil diecisiete!

—¿Tienes frío?

Rafael le frota los brazos, la temperatura en casa es buena, el frío que siente viene del interior de su cuerpo, el del propio viaje y el de la emoción de la primera vez, el de saber que durante unos segundos ha estado en un lugar que parecía inaccesible.

Apago la cámara, saco del armario tres vasos y busco el licor de frambuesa, todavía no había guardado la bandeja en la que llevé esta tarde las infusiones y añado dos bolsas de frutos secos para acompañar las bebidas.

—Si comes algo te encontrarás mejor.

—¿También a ti se te revuelve el estómago?

—Sí, desconozco qué le sucederá al cuerpo, cómo nos movemos de una época a otra y de un lugar a otro pero el malestar y esa sensación de frío desaparecen más rápidamente si comes algo sólido.

—Es leve, como si me hubiera montado en un barco y el mar estuviera revuelto.

—La chimenea sigue encendida.

—¿Mejor?

He añadido dos troncos al fuego y ahora se escucha el ruido que hace la resina al entrar en contacto con el calor. Mariola ha atendido a mi sugerencia y ha comido un puñadito de almendras y dos vasitos de licor de frambuesa.

—Sí, ha sido la impresión, lo he notado, como mi cuerpo era...

—¿Empujado?

—¡Sí!

—¿Has visto a Clara?

—La he visto. —Su sonrisa me devuelve la mía—. Es una mujer muy bella.

—Lo es —respondo sintiendo una punzada de dolor al recordarla.

—Estaba en el pasillo, en el punto que tú contaste, al lado de ese horrible cuadro de la palmera.

—Me estaba esperando.

—Sí, me ha dado esta carta para ti. —Rafael mira alucinado cómo se la saca de debajo de su blusa—. Me dijo que la tenía que dejar aquí para que pasase conmigo.

—Sí, solo viaja lo que entra dentro del haz de luz.

—Y no hay espacio para dos cuerpos...

—El primer folio lo cogí con la mano y no pasó, cuando nos abrazamos y se agotan los quince segundos su cuerpo no regresa conmigo.

—Lo he sentido, me estabas agarrando de la mano y de repente ya no estabas.

—¿Qué te decía, cómo estaba?

—Me ha preguntado quien era, le he contestado que era tu vecina, que tú me habías contado lo que sucedía y que iba a ayudarte a conseguir que los dos estuvierais juntos. Se ha emocionado y yo también lo he hecho, me habías hablado de ella y quería creerte pero verla en el pasillo esperando tu llegada...

—¡Oh! —Me tapo la cara con las manos, mis palmas están frías, yo también necesito algo que me entibie.

—Tenías que habérmelo contado —le reprocha Rafael cariñosamente—, han sido los quince segundos más angustiosos de mi vida.

—Necesitaba experimentarlo por mí misma, Beltrán tiene ese aura de honestidad... pensé que merecía que todas mis dudas se resolvieran y exponerme a la luz las ha hecho desaparecer.

—Solo lo sabéis vosotros.

—No se lo vamos a contar a nadie.

—A nadie —recalca Rafael cuando Mariola le aprieta la mano.

—Mis padres no lo saben y no os lo hubiese dicho si no fuera imprescindible para poder estar con Clara. A mí no me interesan los viajes en el tiempo, no quiero traer piedras preciosas de tesoros de los piratas del caribe, no deseo aprovechar esa puerta al pasado para alterar el futuro, yo solo quiero estar con Clara.

—Haremos lo que podamos muchacho.

—Gracias y perdonad. —Me miran extrañados, no han tenido todavía tiempo para pensar en las consecuencias de involucrarse en esta búsqueda—. Si estamos delante de un hecho extraordinario y las autoridades llegasen a tener conocimiento podríamos tener problemas.

—¡Ah! —Rafael cae en la cuenta de que este descubrimiento es poder y dinero para quien lo tenga.

—Como no sabemos de dónde proviene la luz tampoco podemos saber si alguien tiene conocimiento de este hecho, si es fruto de una coincidencia, si están investigando...

Hablamos, todo son hipótesis, ideas que soltamos sin saber si se aproximan a la realidad o son tonterías que inventamos para justificar algo sobre lo que no tenemos ni la más mínima idea.

—Hay un científico japonés, una persona que investiga los viajes en el tiempo y que ha escrito algunos artículos muy interesantes. Le he escrito pidiendo que contactase conmigo, he insistido, esta mañana le he enviado mi último correo, no me ha contestado.

—Si supiera lo que está ocurriendo en tu cocina no se mostraría tan esquivo.

—Tendría que contárselo personalmente, no puedo explicárselo de otro modo, si interceptasen el mensaje seguramente no volvería a ver a Clara nunca más.

—Yo tengo buenos amigos en Japón, Octavio diseñó los jardines de un parque tecnológico muy prestigioso. Rafael, ¿te da miedo volar?

—No me gusta, si hay que montar lo haría aunque opino que antes de ir en búsqueda de ese científico deberíamos buscar la luz.

—Sí.

—Empezaremos mañana, ¿me llevas a casa, Rafael? —Mariola es la primera en percatarse de que hemos hablado tanto que ya hemos superado la media noche.

—Vamos, dormir va a ser difícil después de lo que he visto.

“Hola cariño,

He jugado los números que me diste, me parece increíble que mi apuesta vaya a resultar ganadora. En cuanto eso ocurra le haré una oferta muy generosa a la propietaria para que me venda el apartamento. No tengo intención de dejar de trabajar, estoy acostumbrada al esfuerzo físico y me gusta el ambiente, mis compañeros son muy agradables y el tiempo pasa rápido.

Me gustaría conocer París, pasear por la orilla del río Sena, sentarme en una terraza y ver pasar a la gente. Me encantaría hacerlo a tu lado y espero que algún día podamos subir a la torre Eiffel.

Te echo de menos...”

Guardo la carta y empiezo a escribir la mía, una donde le cuento quienes son Rafael y Mariola, que ellos nos ayudarán, que conocerá a nueve perros y una casa que tiene un invernadero lleno de flores. Relleno dos folios y los guardo al lado de los de ella, algún día los leerá.

CAPÍTULO QUINCE

—¿Por dónde vamos a empezar?

El desayuno en casa de Mariola podría calificarse como magnífico, exquisito, abundante, entrañable, sabroso, variado... ¿ligero?, ¡no! Las tortitas con miel, la jugosa tortilla de champiñones y queso y los delicados bollos de mantequilla recién horneados no son ligeros y me prometo tenerlo muy presente antes de volver a sentarme en la mesa de esta magnífica cocinera.

¿Cómo lo hace?, ¿a qué hora se ha levantado para cocinar?, son las diez y cuarto, he llegado hace media hora y los bollos estaban dentro del horno, la mesa ya estaba puesta y Mariola estaba cocinando las pequeñas tortitas en una sartén. La fruta estaba cortada en pequeñas porciones y los champiñones ya estaban aderezados

Siempre me ha maravillado la organización que tienen algunas personas cuando de cocinar se trata. Enlazan una tarea con la siguiente; limpian cuando hay que esperar a que se cocine el producto, ponen más de un fuego a la vez, atienden a ambas cocciones y les da tiempo a seguir preparando alimentos... Yo tengo que centrar mis esfuerzos en un único alimento, si hago patatas fritas espero a que estén doradas para freír los huevos y por eso no soy buen cocinero, porque necesitaría muchas horas para elaborar un menú con el que estoy seguro tampoco sería el ganador de ningún premio.

—Hasta que llegue la hora no podremos acotar la zona a examinar. — Desde fuera de la verja no tuve tiempo ni modo de saber en qué parte del terreno deberíamos buscar—. Propongo pasear y mirar mientras tengamos luz.

—Está bien.

Ya hablamos anoche sobre el haz de luz hasta quedarnos sin saliva, podría llegar directamente de la luna, enviarlo una nave espacial, salir del polo norte e ir rebotando por los montes hasta mi casa... suponer es fácil cuando se es un completo ignorante en la materia y los que escuchan tienen el mismo nivel de desconocimiento, nadie cuestiona si es una tontería o tiene sentido. Empezaremos por lo que está a nuestro alcance; la finca de Mariola.

También relaté cada una de las visitas que realicé al pasillo de Clara, nuestros primeros intercambios de palabras, mi desconcierto, que ambos

habíamos pasado por un proceso parecido. Nos habíamos sentido perdidos ante lo que sucedía, ella había pensado que yo era un espíritu y yo que ella era parte de mis sueños, y habíamos necesitado varios días para asimilar que lo que vivíamos cada noche a las nueve menos dos minutos era real.

Rechazo el que sería mi tercer café, estoy suficientemente nervioso para necesitar dosis altas de cafeína en mi organismo. Me pregunto cómo hará Rafael para no engordar, le he visto comer tanto o más que yo. La curiosidad es fuerte y como tenemos confianza, tanta como para que sepan que estoy enamorado de una mujer que vive en dos mil diecisiete, preguntaré porque quizá sea su respuesta la única que consiga hoy.

—¿Haces mucho deporte?

—¿Por qué me lo preguntas? —Rafael acepta el café con una sonrisa que ya le hubiera gustado poder poner a la Mona Lisa.

—Voy a ducharme y a ponerme ropa apropiada, terminar de desayunar tranquilamente, tardaré un ratito.

Mariola nos deja solos, Rafael se levanta, camina de puntillas hasta la puerta y comprueba que está subiendo las escaleras, solo entonces me cuenta bajito su secreto.

—Únicamente me alimento cuando ella prepara las comidas. Si desayunamos y comemos juntos me salto la cena, si hacemos las tres comidas juntos al día siguiente me limito a tomar alguna pieza de fruta. Le gusta mucho cocinar, lo hace de maravilla, a mí me gusta comer todos sus guisos y ella está feliz viendo como dejo los platos limpios ¡no puedo decirle que no!

Nos reímos, será nuestro secreto, uno inocente que ayudará a forzar los lazos de amistad. A mí me sucede lo mismo cuando acudo a ver a mis padres, mi madre me ceba como si no hubiera comido en el último mes. En ocasiones rechazaría una segunda porción de lasaña o un cuenco tan grande de natillas, pero la veo mirarme con esos ojos que solo puede poner una madre cuando su hijo come todo lo que le ponen en el plato y no puedo decírselo.

—¿Os conocéis hace mucho?

Rafael y yo estamos preparados para caminar por el exterior pero no empezaremos a buscar hasta que baje Mariola. Nos levantamos cuando él termina su café y como ya se ha convertido en una costumbre nos repartimos el trabajo, mientras él recoge la comida que ha sobrado yo me encargo de la limpieza.

—Dieciocho años.

—¿Y cómo fue?

—No comenzamos con buen pie.

—¿No?, nadie lo diría...

—Yo vivía aquí cuando comenzaron las obras.

—¿Siempre has vivido en El Escorial?

—Sí, mi padre era criador de perros.

—¿Cómo tú?

—Sí, yo seguí con la tradición, me he criado entre perros.

—¿Siempre pastores alemanes?

—Siempre. Mi padre compró el terreno porque estaba alejado de otras casas. Los perros ladran, y cuando hay muchos el ruido molesta si hay vecinos cerca. Crie perros hasta hace cinco años. Los ocho perros que has conocido son hermanos, solo nacieron machos y me quedé con todos.

—Te molestaría entonces ver que hacían una casa cerca de la tuya.

—Un poco, llevaba un montón de años viviendo solo y me irritaba saber que ese tiempo se acabaría en cuanto se mudasen a la vivienda.

—Las dos casas no están muy cerca.

—No, y no podemos vernos al estar cada una lados opuestos de la montaña; pero la soledad me había vuelto un gruñón.

—Te entiendo, cada día me cuesta más soportar los ruidos y los atascos de Madrid.

—La soledad es adictiva y yo estaba enganchado, ¡que tonto!, no sabía lo que me estaba perdiendo.

—Y ahora estás encantado de tener una vecina. —No hace falta profundizar en los matices de su relación, se les ve felices.

—Sí, ¡quién me iba a decir a mí que esa mañana cambiaría mi vida!

—¿Qué pasó?

—Yo tenía una hembra que había salido en celo, era una perra preciosa y el propietario de un macho que había ganado numerosos premios había contactado conmigo para intentar que tuvieran descendencia. El dueño trajo al macho y les dejamos sueltos para que se conocieran. Lulú era muy selectiva, no aceptaba a cualquiera, ella decidía a que perro dejaba acercarse y cuando el macho intentó olisquearla le enseñó los dientes.

—Le puso en su sitio.

—Le asustó y Aquiles, que no era tonto y sabía que a una mujer nunca hay que llevarle la contraria, se fue a dar una vuelta por el terreno hasta que a Lulú

se le pasase el enfado. Nos pusimos a charlar de perros, de competiciones, de la mejor alimentación para que su pelo brille... estaríamos hablando una hora y decidimos volver a mirar si habían limado asperezas. Lulú apareció en cuanto le llamé, Aquiles no estaba.

—¿Tenías vallado el terreno?

—Sí.

—¿Lo había saltado?

—No, encontramos un butrón en el tramo de valla que separaba mi casa de la de Mariola. Revisamos que no estuviera escondido en algún rincón de mi casa, no aparecía, la valla ya estaba dañada, ampliamos el agujero, pasamos y nos pusimos a buscarle. Le encontramos en la casa en construcción de Octavio y Mariola, ayudando a elegir la decoración exterior. Una empresa de jardinería había acudido con multitud de plantas en tiestos negros de plástico que habían dejado alrededor de la casa para que los operarios las colocasen en las paredes y techos. Aquiles estaba corriendo entre las macetas con una planta en la boca, había tirado alguna, esparcido la tierra y dos trabajadores le estaban intentando ahuyentar con dos escobas. Octavio y Mariola llegaron en ese momento, él se enfadó muchísimo, el dueño de Aquiles sacó su cartera para abonar todos los daños, Mariola intervino calmándole y yo contribuí asegurándole que reforzaría la valla para que no volviera a suceder. No volví a ver a Mariola hasta un mes después. Estaba tocando mi timbre y traía una caja de pastas que había elaborado ella. ¡Nunca antes había comido algo tan bueno!, las devoré esa tarde.

—Te creo, estos bollos me están matando. —Los veo y aunque mi estómago me dice que no puede aceptar nada más mi cerebro sigue queriendo deleitarse con su sabor—. Los voy a ocultar.

Los meto dentro de una cazuela y pongo la tapa para que el olor tampoco pueda tentarme. Vuelvo a sentarme en la mesa, quiero escuchar el resto de esta historia.

—Octavio, una vez se le pasó el disgusto de ver dañadas a sus queridas plantas, resultó ser un tipo estupendo. Nos veíamos muy poco porque solían ausentarse para realizar sus trabajos de paisajista en cualquier lugar del mundo pero eso no impidió que nos hiciésemos amigos. Le gustaban las cosas bien hechas. —Sonríe al recordarle—. Era muy perfeccionista. Paseábamos por este jardín que vamos a inspeccionar cuando le vi echarse la mano al estómago. Habíamos celebrado su cumpleaños, Mariola había cocinado y

como te podrás imaginar nos habíamos excedido. El paseo iba a ayudar a nuestros estómagos a digerir los excesos y resultó ser el primer aviso. Tres meses después falleció.

—Lo siento. —No le conocí pero aprecio a Rafael y a Mariola.

—Mariola se encerró en la casa. Su hijo estaba fuera estudiando y solo volvía para pedir dinero, algo que no ha cambiado, aparece cuando alguno de sus negocios se malogra.

—¿El del vehículo nuevo que utiliza la puerta de la casa? —Eso me pareció entender.

—Sí —asiente con cara de resignación, es evidente que no le gusta—, el que siempre hace el tonto con los coches que trae circulando por estos caminos como si estuviera participando en un rally, menos mal que solamente aparece de vez en cuando.

—¿Sólo tiene ese hijo?

—Solo. Hice una puerta peatonal para no tener que dar toda la vuelta cuando la visitaba o la llevaba al médico. Caminar debajo de la lluvia con un suelo embarrado no es práctico, retiré el resto del vallado entre las dos casas, compré losas, hice una rústica carretera interna y solo utilizamos mi puerta para entrar y salir. Nos repartimos las tareas, yo compro y ella cocina, yo la llevo al médico y ella se preocupa de que no olvide mis citas con el traumatólogo.

—Sois un equipo.

—Sí

—¡Ya estoy lista!

Mariola baja preparada para una travesía de alta montaña: chubasquero, pantalón de agua y botas de goma.

—Nosotros también.

—¿Qué buscamos?

—Lo que te llame la atención, algo que brille, en el suelo, o colgado de la rama de un árbol...

—Bien, ¿y cómo nos dividimos el terreno?

—La casa está en la mitad de la finca, empecemos por el lado en el que estamos. —Hemos salido por la puerta de la cocina, la que ellos usan habitualmente—. Cuando terminemos pasamos a la otra mitad.

Nos colocamos en la cima, dejamos un metro de distancia entre nuestros cuerpos y empezamos a caminar despacio. Miramos al cielo, al suelo,

figamos entre las ramas de los arbustos, movemos hojas secas y repetimos en un nuevo tramo. Al finalizar el quinto descenso nos miramos, la finca es más grande de lo que parece a simple vista y queremos examinar otra parte igual de grande antes de que la luz desaparezca.

—Yo seguiré, comed vosotros.

—Ve a comer —le sugiere Rafael a Mariola—, yo me quedo con Beltrán.

—Y yo también, somos un equipo y este ejercicio me está sentando muy bien. Clara necesita nuestra ayuda, ya verás cuando la conozcas además de ser bellísima tiene cara de buena persona. —Se gira hacia Rafael.

—Lo es. Otra mujer en su lugar habría cogido un paraguas para atizarme con él.

—¿Y que hizo cuando te vio por primera vez?

—Mostrarme que no llevaba pendientes ni collares.

—¿Para qué?

—Para que comprobase que no tenía nada de valor, pensó que yo era un ladrón.

—¿Alguien quiere postre?, hoy no hay tarta, no he tenido tiempo, hay manzanas, naranjas y plátanos y si queréis café puedo prepararlo, no tardará más de cinco minutos.

—Yo comeré una naranja. —Agradezco no tener algo dulce cerca tentándome, el exceso de comida me daría sueño y quiero tener alertas todos los sentidos cuando llegue la hora.

—Yo un plátano.

—Yo otro —se apunta Carolina—, ella te estaba esperando.

Durante la inspección hemos permanecido muy callados atentos a cualquier detalle. Ahora estoy contestando a preguntas que es normal que surjan después de que haya reposado la noticia bomba que recibieron anoche sentados en mi sofá.

—Le escribí una carta explicándole mis planes, si quería encontrar el origen de la luz tenía que dejar de viajar cada noche.

—Normal, las dos cosas a la vez no se pueden hacer.

—Fue entonces cuando ella me escribió contándome que el piso donde vive lo ocupará la dueña dentro de cuatro meses, ese es el tiempo que tengo para encontrar una solución.

—Cuatro meses son muchos días, lo averiguaremos. —Mariola intenta darme ánimos.

—Volví para darle los números a los que debía jugar para ganar un premio que le permitiese comprar el apartamento y vivir; aunque nunca más volvíamos a vernos, sin preocupaciones económicas. Le había dicho en mi carta que no aparecería en un tiempo ella estaba en el pasillo con una nueva carta en la mano. —¿Cómo no querer a esa mujer?

—Acabamos de empezar, esta noche avanzaremos, estoy seguro.

—Os lo agradezco, pase lo que pase con Clara siempre estaré en deuda con vosotros.

—No es cierto. —Mariola me toca la mano—. Tú sin saberlo me has abierto los ojos, contigo estoy aprendiendo a valorar lo que tenemos y a no dejar para mañana lo que podemos hacer hoy.

Se levanta y abraza por detrás a Rafael para sorpresa de éste que no sabe cómo responder. Si esta muestra de amor no fuera suficiente le da un sonoro beso en la mejilla que supone el punto y final a un comportamiento que ya no volveré a ver; no aparentarán ser dos amigos, son un hombre y una mujer que se quieren y no tienen nada que ocultar.

—Faltan quince minutos.

Está lloviendo, la tormenta ha tocado la puerta a las siete con un discreto trueno y cuatro gotas dispersas, a las siete y media ya había decidido quedarse un ratito sobre estos montes y deshacerse de parte del exceso de agua que cargaba desde el Atlántico.

A las ocho Rafael y yo hemos salido con las cazadoras cerradas hasta el último botón, los gorros puestos y asegurados con las cuerdas y sendos paraguas. A sus perros no les gustan las tormentas, y rondaban la casa de Mariola buscando un agujero por el cual colarse.

Mariola ha propuesto abrir la puerta de la cocina para que se quedasen ahí hasta que lo peor pasase. Ella quiere mucho a los perros de Rafael y de vez en cuando les cocina un bizcocho con ingredientes específicos para ellos que los ocho canes devoran.

Los perros estaban calados y llenos de barro, la cocina de Mariola es muy grande y está llena de muebles y cacharros que cuelgan de ganchos. A los perros les gusta sacudirse y las gotas cargadas de restos de barro habrían llegado hasta el techo. Había que meterlos en sus casas, una construcción sólida adosada a la casa de Rafael donde tienen agua, comida y colchonetas impregnadas de su olor que les tranquilizan.

Hemos regresado con los pantalones empapados y el paraguas que llevaba

Rafael roto. Hemos girado, como pollos trinchados en un asador, alrededor del fuego para secarnos porque ni Rafael ni yo teníamos ropa de repuesto que ponernos y ahora estamos preparándonos de nuevo para salir.

—Mariola, quédate en casa, hace mucho viento.

—De eso nada —le responde a Rafael sin hacerle mucho caso—, son quince segundos, necesitamos todos los ojos.

Rafael la conoce y no insiste. Mariola se situará debajo de un árbol a diez metros de distancia mirando hacia la casa. La tormenta eléctrica ya está lejos pero el viento también puede hacer caer alguna rama, ruego que no pase nada porque no me lo perdonaría.

—¿Has probado a colocarte en otro lugar diferente en la luz?

—No te entiendo.

—Te preguntaba si has intentado situarte en otro tramo del haz de luz, si te ha transportado desde otro punto que no sea la pared de tu cocina.

—No, la verdad es que no me he atrevido a hacer experimentos.

—Querías ver a Clara.

—Sí.

Mariola me entiende, el flechazo que sentí al ver a Clara por primera vez se clavó tan profundamente en mi corazón que solo quería verla y me ha costado razonar, aceptar que para poder estar juntos tenía que sacrificar los quince segundos durante un tiempo indeterminado.

—¿Probarás si lo vemos esta noche?

—No, vamos a buscar el punto de salida de la luz.

Me abraza, me cuesta mucho renunciar a Clara, siento que ella está en su apartamento sola, sin poder compartir sus temores con nadie y este es un secreto que pesa demasiado.

—¿Estamos?

—Sí.

Ninguno de los tres llevaremos paraguas, queremos tener todo el campo de visión y además de poco serviría, en este momento el viento está moviendo las copas de los árboles como si fueran tiernas hierbitas.

Salimos con nuestras linternas enfocando el suelo. Es imposible comunicarse, el ruido de las hojas se suma al de las gotas.

Dejamos a Mariola en su punto de vigilancia y seguimos descendiendo hasta llegar a la verja. Apagamos las luces y nos quedamos en la más completa oscuridad que solo se rebaja por los rayos lejanos que apenas tienen fuerza

para penetrar entre las tupidas ramas.

Ver algo con la cara llena de agua es difícil, paso mis manos constantemente para retirarla y es en uno de estos gestos cuando la veo, la luz es tan débil por causa de la lluvia que por un momento creo que me la estoy inventando pero ahí está y corro ladera arriba sin dejar de mirar.

Un tronco se interpone y noto el golpe en el hombro derecho. La ropa amortigua el impacto pero el dolor brota, lo ignoro y reanudo la carrera. Me parece oír un grito, ¿Mariola?, no veo nada, tampoco la luz, ya no está y me paro marcando el árbol quitándome la cazadora y atándola alrededor del tronco.

Enciendo mi linterna, otra luz aparece y por la posición tiene que ser la de Rafael, camino hacia él impaciente por saber si desde su punto ha podido ver algo más que yo.

—¿La has visto? —grito pasándome la manga de la sudadera por la cara pero también está empapada y no puede absorber más agua.

—Sí —me responde con el brazo extendido hacia la casa de Mariola.

—Vamos.

No me ha oído y tiro de su brazo hacia arriba, aquí ya no pintamos nada y no nos beneficiará enfermarnos.

—¿Lo has visto?

Asiento a Mariola, el trueno sobre nuestras cabezas nos avisa del peligro que corremos, la tormenta ha vuelto, tenemos que ponernos a cubierto, podemos seguir hablando dentro.

—No lo has visto.

—Sí —respondo a Mariola quitándome las botas en la cocina nada más cerrar la puerta para no poner perdido el suelo.

—Si lo hubieras visto no estarías así. —Saca varios trapos de un cajón, me seco la cabeza y la cara. Camino en calcetines hasta la encimera donde me quito la sudadera.

—Dámela, la meteremos en la secadora, el pantalón puedes volver a secarlo en la chimenea.

—No tengo frío.

—No importa, la secaremos para que cuando lo tengas te la puedas poner.

—Bien.

Mariola manipula las teclas de la máquina y me pasa otro trapo con el que termino de retirarme la humedad del cuello y pelo.

—La luz sale de esta casa.

—¿Qué?

—Por eso te decía que no lo habías visto, era imposible que estuvieras tan tranquilo.

—Pensaba que me preguntabas si había visto la luz.

—Ya... —Mariola pone el tapón a la pila del agua y abre el grifo hasta que hay dos o tres centímetros de agua. —Estoy asimilando lo que me ha dicho y no comprendo que quiere hacer con mis botas—. El agua servirá para retirar el barro, no tengo calzado de tu número.

Veo como sumerge la suela y el agua se vuelve marrón, retira el tapón y vuelve a llenar la pila con agua limpia repitiendo la maniobra. Con papel de cocina las seca cuando el agua ya no se ensucia y me las devuelve limpias. Vuelve a poner agua limpia para las de Rafael que no ha dicho todavía nada y en un par de minutos volvemos a estar los dos calzados.

—¿Estás segura? —El corazón me va a mil.

—Sí.

Rafael y yo estábamos lejos, si el haz de luz ha salido de su casa ella es la única que ha podido verlo.

—¿De dónde?

—De la última planta, ¿subimos?

La casa tiene en realidad tres plantas y ascendemos las escaleras en silencio. La única puerta está cerrada y Mariola la abre despacito, no sabemos lo que nos vamos a encontrar, la luz de la lámpara del techo se ilumina en cuanto atravesamos el marco.

—No suelo entrar, de hecho ni siquiera recuerdo la última vez que lo hice, quizá hace tres o cuatro meses.

La estancia es grande, el techo alto en la zona central tiene las vigas de madera vistas. Una gran ventana en forma de media luna está situada en la fachada delantera de la casa, encima de la entrada.

—Era el cuarto de Fabián, quisimos darle un lugar donde se sintiera cómodo, tiene su propio baño. —Nos lo enseña y repite gesto abriendo la puerta que hay a la izquierda, y un vestidor que contiene unas pocas prendas ocupa la zona agaterada.

—Es una habitación enorme. —La cama de generosas dimensiones y el sofá parecen perdidos en un espacio que no tendrá menos de setenta u ochenta metros cuadrados.

—Podría contar con los dedos de las dos manos las noches que ha dormido en esta cama.

Me acerco a la ventana, las gotas de agua corren por el cristal, mi casa está ahí, en algún punto que ahora la oscuridad no me permite ver.

—¿Salía de aquí?

—Estoy casi segura y esta es la única ventana de la habitación. Tanto el baño como el vestidor tienen ventanas en el tejado y ambas en el lado opuesto. Ha salido de aquí, o del tejado.

Miramos los objetos, hay libros, fotos, recuerdos, todo parece normal, no hay nada que nos llame la atención.

—¿No ha entrado nadie últimamente?, alguien que haya hecho reparaciones... no sé.

—No, en esta casa solo hemos estado Rafael, tu y yo, y no hemos tenido necesidad de subir al tejado.

—¡Ojala esté aquí!

—Sí —le respondo a Rafael aunque todo lo que veo me parece tan normal que no me imagino de dónde puede brotar la luz.

Acerco mi mano a un cojín y la retiro antes de tocarlo. Podría alterar la escena, no debo dejar que mi impaciencia nos perjudique.

—¡No lo abras! —Mariola tiene la mano en el pomo de un cajón de la mesilla.

—Tienes razón.

—¿Nos quedamos, salimos? —Rafa no sabe si moverse hacia adelante o hacia atrás.

—Nos vamos. —Es un presentimiento, ¡no tenemos nada más!—. Mañana nos quedaremos en la puerta y observaremos.

—Será lo mejor.

Bajamos y le digo mentalmente a Clara que estamos más cerca, que voy a contárselo todo en una carta que será una de las últimas que tendré que escribir, porque pronto estaremos juntos.

—¿No te quedas a cenar?

—Te lo agradezco pero quiero ir a casa, darme una ducha, ponerme ropa limpia y meterme en el taller a trabajar.

—Te veo contento. —Me tantea Rafael.

—Sí, desde que entré en el ático tengo una buena sensación. Puede ser una tontería pero me siento con ganas de hacer cosas y estos momentos son los

buenos para estar en el taller, es cuando puede surgir algo positivo.

—Me alegro, yo también opino que hemos dado un primer paso inmejorable. —Mariola está enredando en la nevera—. Estoy deseando que llegue mañana para averiguar de dónde aparece la luz.

—Eso sí que es un misterio, ¿saldrá de la cama, de la lámpara del techo?
—Rafael se rasca la cabeza.

—Habrá que esperar, ¿quieres que ponga unos filetes de pechuga a la plancha y añada los pedazos a una ensalada?

—¿Te importa si ceno un yogur?

Rafael lo ha dicho con la boca pequeña, si a partir de ahora van a compartirlo todo Mariola tiene que saber que el pobre hombre no tiene tan buen apetito como aparenta.

—¿A mí?, ¿por qué iba a importarme?

—Como te gusta cocinar...

—Me gusta cocinar pero no a todas horas, yo suelo cenar un vaso de leche acompañado por un par de galletas.

—Yo también —confiesa Manuel poniéndose colorado.

Los dejo a los dos riéndose en la cocina, ha dejado de llover y quiero recuperar mi chaqueta. Mariola me ha dejado un mando que abre la puerta eléctrica y con la ayuda de la linterna en cinco minutos estaré dentro de mi casa.

Giro la cabeza al llegar a la verja, saber que dentro de esa habitación que ahora no puedo ver está guardada la llave que permitirá que Clara y yo tengamos nuestro tiempo me ha llenado de esperanzas y con un suspiro que no tengo que disimular salgo al camino sintiéndome ligero.

CAPÍTULO DIECISÉIS

—¡Es Fabián!

—¿Justo ahora?

—Este hijo mío es experto en molestar.

—¿Qué querrá?

—Ahora lo sabremos —le responde Mariola a Rafael sin saber qué cara poner, si de alegría por verle o de rabia porque su hijo haya elegido este momento para aparecer.

Miro mi reloj disimuladamente, son las ocho y diez, el hijo de Mariola solo viene cuando quiere dinero, y por lo que ha dicho Rafael abandona la casa familiar en cuanto lo consigue. Si su madre se lo da podremos quedar libres antes de las nueve menos dos minutos aunque esa es una suposición mía, ella hará lo que estime conveniente. Yo seré un simple observador, no podré decir nada. Mariola se está desviviendo por ayudarme y sería imperdonable que me quejase por algo que ella no puede controlar.

—Quedaros en la cocina por favor.

Sale cerrando la puerta con una de sus cálidas sonrisas. Si hoy no podemos subir a la habitación no se acabará el mundo.

—No puede quedarse a dormir, verá el haz de luz.

—Ya.

¿Y qué hacemos, le echamos?, es la casa de sus padres, ¿quiénes somos nosotros para impedirselo?, ¿quién soy yo para planteármelo?

Escuchamos voces, moderada la de la madre, exigente la del hijo, no se entiende lo que dicen. La puerta se entreabre, Mariola mantiene la manilla en su mano y nos levantamos sin saber qué vamos a decir.

—Ya te he dicho que no puedes quedarte, es peligroso —se lo dice con tono de madre apenada.

—¿Para tanto es?, solo quiero dormir esta noche en mi cama, estoy agotado, ha sido un día horrible.

—No hasta que cace al animal, transmite la rabia.

—¿Pero qué animal es?

—Como un ratón gigante, no recuerdo el nombre, el especialista te lo

podrá aclarar, está en la cocina con Rafael.

El técnico debo ser yo y busco en mi memoria algún animal peligroso que podría habitar en estos montes y colarse en las casas.

—Mira, te presento a Beltrán, habla con él si no me crees.

—Buenas noches.

—Buenas noches. —Me tiende la mano, tendrá unos pocos años menos que yo y mucha tontería en ese cuerpo que parece que nunca ha comido caliente, lo siento por Mariola.

—Dice mi madre que hay un roedor peligroso en casa.

—Así es. —Me he quedado bloqueado.

—¿Puedo saber que animal es?

—¡Una ardilla!

—¿Desde cuándo las ardillas son peligrosas?

Mariola me mira con una sonrisa de no haber roto en su vida un plato, acudo a Rafael quien tampoco está acostumbrado a mentir y levanta las cejas como diciéndome: “a mí no me mires, el especialista en ardillas eres tú”

—Desde que se han encontrado varios casos de personas con rabia en esta zona.

—¿Rabia?

—Sí, ya sabe, esa enfermedad que transmiten algunos animales y que tiene como síntoma más representativo las babas que se escapan de la boca de quienes la padecen.

—Ya sé lo que es la rabia.

Me mira por encima del hombro muy tieso. Yo no sé gran cosa de la rabia pero estoy seguro de que Fabián no tiene ni idea, a él le pone rabioso que su madre y yo le estemos llevando la contraria.

—Desconocemos como ha llegado la rabia a la primera ardilla, ahora la plaga se está extendiendo a toda la colonia. Son realmente agresivas, esa enfermedad transforma a amables animales en fieras incontrolables.

—Por eso no puedes quedarte. —Mariola le agarra del brazo y empieza a tirar de él hacia la puerta.

—¡Mamá! —se queja mirando con desagrado como su traje se arruga debajo de los dedos de su madre.

—Se cuelan por cualquier resquicio. Ayer encontré una en las escaleras. Se me tiró al cuello, menos mal que tenía unas toallas en la mano y se las pude arrojar. Beltrán va a colocar trampas, todos nos tenemos que ir de casa.

—¿Sí? —Continua sin estar muy convencido pero ya empieza a cambiarle la cara.

—Sí. —Intentaré convencerle—. En esta bolsa tengo todo lo necesario para capturarla viva. —Saco la cámara de fotos, espero que se conforme, dentro de mi mochila solo queda mi ordenador portátil—. Pondré varias cámaras en la casa para detectar por donde accede. Queremos erradicar la plaga antes de que se extienda a otros mamíferos.

—¿Y tú donde te vas a ir a dormir mamá?

Fabián empieza a mirar la cocina con cara de repulsión, algo que no le resultará muy difícil, es un hombre que nació con molestias en el culo y le perseguirán durante toda su existencia. ¿Cómo es posible que una mujer excepcional como Mariola tenga un hijo tan petardo como Fabián? Podría achacarle la culpa a Octavio pero Rafael ha hablado muy bien de él así que solo me queda atribuirle su desagradable presencia a algún antepasado cuyos genes eran tan dañinos que han sobrevivido imponiéndose a los de sus progenitores.

—En casa de Rafael.

—¿Sí? —Además de petulante tiene moralidad retrógrada, ¿este chico lo tiene todo!

—Sí hijo, Rafael y yo estamos juntos, somos pareja.

Mariola le sigue hablando con dulzura pero en su mirada no hay grietas, si Fabián desea seguir teniendo una buena relación con su madre tendrá que aceptar que Rafael y ella se comporten como dos personas que se aman.

—Bueno... —titubea, está recalculando como los navegadores cuando la carretera está cortada por obras—, me parece bien, estás sola, papá hace años que nos dejó...

—Así es hijo. —Punto y final de esta conversación, el asunto ya ha quedado aclarado—. Vamos a ayudar a Beltrán en lo que nos indique antes de cerrar la casa e irnos a dormir a la suya.

Aunque Fabián parece haber entendido que esta noche no va a poder dormir en esta casa no tiene prisa por irse, habrá que darle un empujoncito.

—Mariola, disculpe que la moleste, pero después de esta casa tendré que acudir a otras dos antes de las once.

Pongo cara de “lo siento pero ando fatal de tiempo y me tengo que poner a trabajar ya así que usted verá”. Rafael coge su chaqueta, se la ata y se pone la capucha. Saca unos guantes de los bolsillos y se los coloca ante la cara de

asombro de Fabián.

—Es mejor estar protegido, si se sienten acorraladas no dudan en morder y tienen dientes muy largos.

—¡Mamá!, ¿cómo no me habías contado nada? —Nos hemos pasado, ¡una plaga de ardillas con rabia!

—Hijo, yo hace semanas que no salgo de casa, Rafael sabe lo miedosa que soy, él creía que aquí dentro estaría a salvo.

—Pero ¿cómo es que no te has enterado de nada, no han efectuado algún tipo de comunicado avisando a los vecinos?

—Preferimos no alarmar y lo tenemos casi controlado, ahora si me dejan hacer mi trabajo...

—¡Claro!, disculpa Beltrán. ¿Necesitas dinero para un hotel?

—¡Por supuesto que no! —Le abochorna que estemos delante.

—Voy a empezar Rafael, necesito tu ayuda. —Cojo la mochila y la cámara.

—Sí, vamos.

—Un placer conocerte Fabián. —Le ofrezco la mano, la suya está fría, blanda y pegajosa.

—Mariola, en cuanto puedas acude a la última planta, voy a dejar unas trampas y quiero enseñarte su ubicación para que no corras peligro.

—Ahora mismo subo.

Rafael y yo salimos cerrando la puerta para que Fabián pueda aceptar el dinero que sin duda necesitará para pasar esta noche y probablemente unos cuantos días más en algún hotel con servicio de manicura en las habitaciones.

—No recuerdo haber dicho tantas mentiras y tan absurdas desde que le conté a mi madre que me iba a dormir un fin de semana a casa de un amigo para preparar un examen cuando en realidad estaba en Cádiz disfrutando de los carnavales.

—Fabián las merece, es un mal hijo que solo acude cuando se queda sin dinero. No tengas remordimientos, a Mariola le hace daño cada vez que viene, él la engatusa con dos abrazos, ella se deja engañar porque es su hijo y por muy sinvergüenza que sea le quiere, y cuando ella se confía siempre le da la estocada dejándola triste.

—Parece que esta vez no le ha salido bien.

—No te creas, ha venido a por dinero y si puede llevárselo sin tener que dormir ni una sola noche en esta casa se largará contento. No le gusta estar aquí, este barrio no tiene glamour. Aquí se le ensucia su juguetito y no hay

nadie a quien enseñárselo.

—Sí que lo hay, las ardillas rabiosas.

—“Ja, ja, ja”, ardillas con rabia saltando al cuello de la gente, tú has visto muchas películas malas los sábados por la tarde.

—Algunas. —De calamares gigantes, de ratones que crecen por la radioactividad, de peces que emiten rayos destructores; pero ardillas con babas en la boca nunca.

—¿En qué te ayudo?

—No hay mucho que hacer, poner el trípode, conectar la cámara y esperar.

El ruido de las ruedas al derrapar ha llegado antes de lo que esperábamos. Lo siento por Mariola, por mucha costumbre que tenga de que su hijo sea un aprovechado siempre duele.

—Ya está.

Rafael acude a abrazarla, yo me limito a sonreír y a asentir con la cabeza. Ha permitido que viera cómo es su hijo, ha querido ser fuerte y, aunque ha permanecido aparentemente serena, ahora mismo tiene que estar sufriendo. Le cogería y le quitaría la tontería al niño ese con dos guantazos por ser un capullo y hacer daño a una buena mujer.

—Está grabando, toca esperar.

Nos quedamos los tres en la puerta dejando libre todo el espacio de la habitación. Mariola apaga la luz y nuestras respiraciones, algo aceleradas a causa de los nervios, se escuchan amplificadas al estar el resto de la casa en silencio.

—¡Ahí!

La luz, mucho más nítida que en la calle o en mi cocina, emerge de una librería. Nos acercamos, pisando sin querer apoyar todo nuestro peso, y observamos.

—¿De dónde sale?

—De aquí. —Señalo con cuidado para no tocarla una pieza metálica que ayer me pareció un juego de niños.

—Tenías razón —La luz atraviesa la ventana, Mariola no se equivocó anoche al asegurar que la había visto salir de su casa.

Miramos, que es cuanto podemos hacer, hasta que el haz desaparece. Rafael se mueve despacio por la habitación para no golpearse hasta llegar al pulsador de la luz.

—Aquí lo tenemos —digo por rellenar el silencio—, ¿qué es?

—No lo sé.

—¿No lo sabes? —le pregunta Rafael buscando su mano—, ¿fue un regalo que alguien le hizo?

—No, lo compramos nosotros en un mercadillo en Londres. Habíamos acudido con Fabián, tendría siete u ocho años y se acercó al puesto donde lo tenían expuesto. La vendedora era una mujer muy negra vestida con ropa de colores típica de su país. Fabián empezó a tocarlo, esas piezas que sobresalen si se presionan por un lado salen por otro y eso le hizo gracia.

—¿Estas varillas metálicas?

Observo muy de cerca la pieza. Construido en un metal brillante dorado la pieza tiene la forma y el tamaño de un huevo de avestruz. Finas varillas del mismo metal atraviesan sin orden aparente el núcleo. Cuento doce que podrían ser la mitad si es cierto lo que ha dicho Mariola, que pasan de un lado a otro. Tienen unas muescas y en cada extremo hay un símbolo.

—Sí, Fabián empujaba una y sobresalía por el otro lado, era una tontería pero le hacía gracia.

—¿Se pueden retirar, salen totalmente?

—No, tienen una especie de tope, no se pueden sacar.

—¿Y qué hacen cuando las mueves? —Rafael se ha puesto las gafas que usa para ver de cerca.

—Nada, le preguntamos a la mujer, se explicaba muy mal en inglés y no pudimos sacar nada en claro. Pedía diez libras y Fabián ya lo había agarrado como si fuera suyo, lo pagamos y seguimos caminando. Comimos en un restaurante italiano, recuerdo que tardaron muchísimo en traernos la comida y durante todo el tiempo el niño estuvo enredando con los palitos. Después sucedió algo muy común, se cansó del juguete y se quedó en una balda acumulando polvo. Cuando nos mudamos a esta casa Fabián ya era mayor, habíamos donado la mayoría de los juguetes, conservamos este porque nos traía muy buenos recuerdos y lo pusimos junto a su colección de coches de metal.

Los veo, una docena de cochecitos deportivos metálicos, réplicas a escala de modelos clásicos con los que a la mayoría de los chicos nos gusta jugar cuando somos pequeños. Mi padre conserva en una vitrina los que le regaló su padre, yo jugué con ellos y heredaré la colección porque mi hermano nunca mostró el menor interés.

—Un libro está tocando una de las varillas. —Pego mi cara al artefacto

porque ha quedado claro que esto no es un juguete, al menos uno de nuestro tiempo—. Rectifico, son dos varillas las que está empujando.

—Es su colección de libros de Julio Verne, y estoy segura de que los separé porque es lo que siempre hago, no me gusta que los libros se apoyen en otros objetos.

—¿Y ahora qué hacemos? —Rafael se sienta en el borde de la cama de Fabián—. Ya tenemos la máquina.

—Si movemos los libros es probable que alteremos la posición de las varillas y obvia decir que quienes idearon y construyeron este aparato no las pusieron por adorno, tal y como están producen el haz de luz.

—Graba de cerca con tu cámara, aquí no podemos dejarlo. Si mi hijo se enterase de que le hemos tomado el pelo vendría hecho una fiera.

—¿Agresivo?

—No, Fabián no es de esos, pero tendría que contarle otra mentira como que Rafael y yo queríamos la casa esta noche para nosotros solos y conociéndole me chantajearía y yo terminaría dándole más dinero.

—¿Qué te pide?, nunca me lo has querido contar.

—Que venda la casa. —Se le parte el corazón al confesarlo—. La mitad le pertenece. Algún día, cuando yo ya no esté, será suya, la pondrá a la venta y en cuando consiga el dinero lo dilapidará en absurdos proyectos y en juergas con mujeres tan simples como él.

—¿Puede obligarte?

—Podría intentarlo.

—Por eso le das dinero cada vez que te lo pide.

—Sí, esta casa es mi vida, no quiero luchar contra mi hijo. En fin, son asuntos familiares y no van a cambiar por mucho que hable de ellos —se toca el pelo como si se hubiera estropeado su perfecto recogido—. ¡Menuda sorpresa tenía el juguetito!

Retiro la cámara de su trípode y grabo la pieza desde todos los ángulos posibles.

—Bueno, ¿lo cogemos, lo dejamos?

—Lo cogemos, hay que aguantar los libros.

—Hazlo tú Mariola, tienes manos pequeñas.

—Está bien, me coloco.

Actuamos como si estuviéramos manipulando una bomba nuclear. En cuanto Mariola mete sus manos y empuja los libros yo levanto el artilugio que

resulta ser muy ligero, como si por dentro estuviera hueco. Poso mi mano derecha por debajo donde es más fácil sujetarlo al no tener ninguna patilla que sobresalga en su base.

—Llévatelo, en tu casa estará a salvo.

—Lo dejaré en la cocina y veremos que sucede mañana a las nueve menos dos minutos.

—¿Dónde tienes las llaves de tu casa?

—En el bolsillo izquierdo.

—Te las cojo. —Rafael mete la mano en mi bolsillo—. Te llevaré en coche, será más seguro.

—Muy bien.

Bajamos las escaleras despacio, toda precaución es poca. Tener entre mis manos una máquina que transporta a la gente de una época a otra es algo extraño y más aún con forma de baratija.

—Abro la puerta.

—Gracias, Mariola.

Le sonrío para que sepa que tiene todo mi apoyo, que lamento que su hijo sea un ser insensible y que ella no tiene la culpa.

Rafael me abre la puerta de su coche, los palitos no deben moverse, su colocación tiene un propósito y no debe ser fácil sacarle partido al singular artefacto si Fabián no consiguió ni un rayito de luz durante las horas que dedicó a usarlo como juguete.

—¿Vas a hacer pruebas esta noche?

Conduce con cuidado esquivando los baches, la combinación de lluvias, heladas y días de sol están haciendo estragos en una carretera que no se ha reparado al menos desde que yo me mudé a vivir aquí y que se está convirtiendo a pasos agigantados en una sucesión de profundos socavones.

—No me atrevo, llámame cobarde pero prefiero dormir pensando que todo está por hacer a tumbarme sabiendo que me precipité tocando donde no debía y por hacerlo ya no puedo regresar a casa de Clara.

—Medítalo, tú eres el que debe decidir, yo no quiero irme a ningún lugar, todo cuando quiero está en este tiempo.

—Sí. —Aguardo a que me abra la puerta para bajar—. Clara está esperándome pero las prisas no son buenas. —Pasa por delante de mí y después de accionar la apertura de la verja mete la llave en la cerradura de la puerta de mi casa.

—Me gustan estas llaves metálicas —piensa en alto—, me niego a memorizar una clave numérica que tenga que pulsar en una pantalla, a poner mi dedo para que registre mi huella dactilar o a hablarle a un micrófono para que reconozca mi voz, la llave es una prolongación de la casa.

—Eso mismo pienso yo, la llave es tangible, cuando la aprieto en mi mano sé que tengo un hogar.

Entramos, Rufián se roza contra mi pierna y lanza un lastimero maullido. Hasta que no le quiten los puntos y el aparatoso vendaje que lo cubre no volverá a ser el mismo y empiezo a echar de menos su carácter canalla, ahora parece un alma perdida.

—¿Dónde lo vas a dejar?

—En la cocina. —Siento alivio cuando ya no tengo que sujetarlo—. Cerraré la puerta. —Empujo con las manos para comprobar que el pestillo ha entrado bien en su ranura—. Rufián está tan asustado que apenas se mueve del sofá pero es mejor prevenir.

—Sí. —Se rasca la cabeza, ya me he acostumbrado—. Vuelvo con Mariola, mañana hablamos.

—Que descanséis.

—A Mariola le va a costar, ahora mismo estará pensando en Fabián.

Se marcha murmurando algo que no llego a entender. Espero a que maniobre con el coche y cuando las luces traseras de su todoterreno desaparecen por el camino cierro definitivamente.

Una hora y media después de dar vueltas alrededor del misterioso objeto he sacado dos conclusiones:

- Lo atraviesan seis varillas (acepto como válido los recuerdos de Mariola sobre las maniobras de Fabián)
- No tengo ni idea de para qué sirve cada una.

Muevo la cabeza, los crujidos del cuello me dan dentera y me masajeo con las manos hasta que recupero la movilidad. Meto la última onza de chocolate en la boca y salgo de la cocina volviendo a cerrar bien la puerta.

Antes de encontrarlo mi subconsciente había imaginado una máquina con dos pulsadores en una pantalla táctil, con uno se elegiría el año al que se quisiera viajar y el otro serviría para decidir el lugar. Sencillo y práctico; pero la realidad no se parece a lo que a mí me venía bien, la realidad es un huevo metálico trinchado en varios puntos que no tiene un manual de instrucciones, la realidad es desconcertante.

¿Quién lo diseñó?, ¿cómo llegó a manos de una mujer que a duras penas parloteaba inglés y que lo tenía tirado sobre una tela de colores en un mercadillo?, ¿por qué no ha surgido la luz en estos años, lo ha hecho y nadie lo ha visto?, ¿la casualidad ha hecho que la luz nunca se haya encontrado en su camino con otra persona?

Hay otros seres vivos: pájaros, insectos, pequeños roedores que podrían haber viajado en el tiempo. Me imagino a una lechuza mirando como construían las pirámides o a una ardilla “rabiosa” comiéndose los restos de la cena de Napoleón.

Me cepillo los dientes con la mente saturada de interrogantes, estoy tan absorto en crear preguntas que tengo que sentir el sabor de la sangre para percatarme de que acabo de hacerme una herida en la encía.

Busco un enjuague bucal que ayude a cicatrizar la fea marca y me meto en la cama con gestos mecánicos. A tres tabiques de distancia está la solución, en cierta manera siento que en la cocina está Clara, la llave de nuestro futuro tiene forma de huevo, ¿por dónde salía la luz?, entre las varillas y las ranuras no he visto espacio libre...

—Hola.

—¿Clara? —¿Cómo es posible?—. ¿Eres tú?

—Sí.

Alargo el brazo buscando la luz de la mesilla de noche. Estoy en la mitad de mi cama y no voy a llegar porque yo mismo elegí una cama en la que poder extender las cuatro extremidades sin golpearme con otros muebles. Empiezo a moverme cuando una mano en mi pecho me paraliza.

—No, por favor. Entra algo de luz por la ventana, llevo un rato observándote y no llevas pijama.

—¿Por qué no me has despertado?

Busco la sábana que encuentro en mi cintura, tengo por costumbre dormir con slip pero últimamente me descubro haciendo cosas que no sé por qué se me ocurren, y por si este es uno de estos casos palpo para notar que hoy no es una excepción y también lo llevo puesto.

—Dormías profundamente, nunca te había visto así, ¡lo siento!

—Tranquila. —Me incorporo hasta quedar sentado, Clara retira la mano y lamento haberme movido—. Lo he dicho por egoísmo, no quiero perder ni un segundo.

—Tenemos tiempo.

Mis pupilas se acostumbran a sacarle el máximo partido a la luz que nos regala la luna. Clara lleva el pelo suelto y un vestido de tirantes, ¡qué guapa está!

—¿No te vas a marchar?

—No. —Titubeando su mano llega hasta mi cara y cuando se posa sobre mi mejilla cierro los ojos para concentrar mis sentidos en este placer.

—¿Habéis descubierto como controlar la máquina?

—Sí. —Ahora sus dedos rozan mis labios, una tortura que disfruto intensamente—. Ya no tendremos que preocuparnos, se terminó.

—Se terminó —repito sin saber qué estoy diciendo, tanto tiempo conteniéndonos, tantos deseos cautivos que ahora aporrean la puerta sacando los tornillos de sus bisagras—, tendrás sueño. —Trabo mis manos a la sábana, no quiero asustarla—, me iré al sofá, te puedo dejar una camiseta para dormir...

—No quiero dormir sola, ¿quieres hacerlo tú?

La miro, ha entendido que le estoy dando la oportunidad, quiero ser un caballero aunque se me calcinen las entrañas.

—Yo no quiero dormir.

—Ni yo.

Se levanta, no puedo distinguir tonos pero la conozco y el rubor estará cubriendo su cara mientras desliza los tirantes por sus hombros. El vestido, sin tener ningún lugar donde sujetarse, cae al suelo. No puedo esperar pero quiero hacerlo, es hermoso ver a Clara luchar contra su pudor, saber que me desea tanto como yo a ella.

Lleva las manos a su espalda para soltarse el sujetador, a mí el corazón se me detiene y cuando estoy a punto de electrocutarme en mi propia tensión se contiene mirándome insegura.

—Por favor —le suplico—, es muy hermoso verte.

Asiente, es cuanto puede hacer, lo sé, y mordiéndose el labio inferior retoma el camino que habían iniciado sus manos hasta que la tela libera sus pechos.

—Beltrán.

Mi nombre en sus labios es agonía para mis sentidos que sobrecargados de deseo van soltando mis dedos.

—Sí...

Me levanto y abrazo su cuerpo, temblamos los dos, huelo su piel, suspiro,

me trago las ganas de ser un salvaje, de alimentarme sin frenos de su pureza. Respiro su pelo, cinco segundos, veinte, hasta que la tormenta se aleja de mi cabeza.

La tomo en brazos, Clara es ligera, etérea, y la poso lentamente sobre las sábanas que están calientes. Sus ojos quieren saber y los míos les responden que seré delicado, que la cuidaré porque mi vida le pertenece.

Separa los labios y deja que el aire que ha estado conteniendo salga. Me gustaría calmarla pero me siento halagado por ser yo quien le haga sentir así: vulnerable, insegura, sin saber qué hacer con su deseo.

Me tomo mi tiempo para besarla, no hay prisa, la noche acaba de empezar para nosotros. Sus respuestas no tardan en llegar, su cuerpo se va relajando debajo del mío y prolongamos el beso tocándonos, atrayendo nuestros pechos, deleitándonos con el roce de nuestras pieles.

Nos reímos, volvemos a besarnos, inventamos mil maneras de tentarnos. Las manos de Clara viajan por mi espalda y sus dedos separan la cinturilla de mi slip. Llevo mi mano y la pongo sobre la suya paralizándola, quiero que esté segura, si continúa no tendré fuerzas.

—Te quiero. —No tiene que hacerlo si no está preparada, la amé los primeros quince segundos, la amaba esta mañana y la amaré dentro de diez años.

—Te quiero —me responde con una sonrisa.

Dejo libre su mano, Clara tira de la tela hacia abajo y nervioso como un colegial lucho con la prenda que termina en mis tobillos enredada. La braguita se desliza por sus muslos, mis manos aprovechan el camino acariciando por donde pasan.

Hay un momento en el que la vergüenza decide irse porque no tiene sitio, se lo arrebatada la agitación y ese instinto que nos dice que solo conseguiremos la calma cuando encontremos el modo de estar más unidos.

Mi voluntad me abandona, la excitación es tan poderosa que me convierto en sensaciones y las yemas de los dedos de Clara tocando mi sexo me estremecen.

—¿Mal? —Asustada retira la mano.

—No cielo, al contrario.

Cojo su mano y la vuelvo a dejar donde tanto bien me estaba haciendo. Busco su intimidad, está húmeda y mis dedos se deslizan por terciopelo. El gemido de Clara y su espalda arqueada borran el guion donde yo mantenía mi

autocontrol y nos descubríamos poco a poco.

Entro lentamente, nuestros cuerpos encajan, sin dejar de mirarla empiezo a moverme muy despacio atento a cualquier gesto pero solo encuentro unos ojos que me miran asombrados.

El pelo de Clara me hace cosquillas en la cara, acostumbrado a dormir solo cualquier movimiento me altera el sueño. Saber que es ella la que me ha despertado me alegra, estamos juntos y vuelvo a sumergirme en las profundidades del sueño. El mechón está juguetón, pasa por mi labio superior y me rasco enérgicamente recordando a Rafael y a su modo de frotarse la cabeza. Tanteo con los dedos, encuentro el mechón y lo retiro de mi cara.

—Miau.

¿Miau?, Clara ha sido mimosa como un gato y me ha clavado las uñas en la espalda cuando el orgasmo la ha sorprendido sacudiéndola debajo de mi cuerpo. En ese instante he sentido que encontraba la última pieza del puzle del universo, la he besado con fuerza y he dejado que mi cuerpo recorriese la galaxia con el suyo.

—Miau.

Atravieso con las manos el aire donde ella debería estar dormida, abro los ojos, la luna ya no está, se quedó en el sueño donde Clara y yo nos amábamos.

—¿Tú también quieres compañía?

—Miau.

Rufián frota su cabeza contra mi cuello. Todos necesitamos que nos quieran, sentir que formamos parte de otro corazón. Le acaricio reviviendo suspiros, las palabras entrecortadas, las promesas que algún día serán verdad.

—Está bien. —Guardo los momentos, vuelvo a sentir deseo—. Hoy puedes quedarte, pero no te acostumbres.

—Miau.

Este ha sido diferente, un “miau” tranquilo que da la conversación por finalizada, todavía queda noche para soñar.

CAPÍTULO DIECISIETE

A la luz del día la máquina parece aún menos sofisticada, un ovoide que tiene pequeños abollones, construida con un metal que no luce tan noble como anoche estimé. Las seis varillas tampoco están completamente rectas, sin atreverme a tocarlas las examino rodeando la mesa de la cocina. Tienen grabados unos símbolos que me recuerdan ligeramente al japonés.

Busco en el ordenador portátil imágenes de letras japonesas y ninguna de las “letras” que tienen las varillas se encuentran entre ellas. Pruebo con chino por si acaso y el parecido es menor, ¿cingalés?, tampoco, escritura cuneiforme, esta podría ser, tienen los mismos palitos verticales pero no tienen puntos y en las varillas sí que los hay.

Saco papel y lapicero y dibujo los símbolos, cada varilla tiene un símbolo en cada lado, hay seis varillas, en total doce símbolos. Me levanto esquivando las patas de la mesa para no mover el singular objeto que cada vez se muestra más hermético en lo que a revelar sus secretos se refiere.

Palpo el metal con un dedo buscando una muesca, una irregularidad, ¡algo! que haya pasado desapercibido a mi vista. No lo encuentro pero descubro otro dato: el metal está templado.

Me preparo el café, las máquinas modernas no me gustan, se pueden elegir mil tipos de cafés cuando a mí solo me gusta el clásico, preparado en una cafetera de esas metálicas donde hacer un buen café es un ritual. Hay que llenar de agua el depósito hasta la marca, poner la pieza que se llena de café y rellenar al gusto de cada usuario.

Mi abuelo solía presionar después con la cucharilla que usaba para sacar del tarro el café molido y yo hago los mismos gestos, voy girando la cucharilla alrededor del borde de la pieza hasta que todo el café está uniformemente compactado.

Espero, apoyado en la encimera, a que el agua hierva y empiece a traspasar el café en su ascenso hasta la cubeta donde queda listo para tomar. El ruido del agua borboteando y el olor del café me recuerdan la casa de mis padres cuando mi abuelo vivía con nosotros. A él le gustaba preparar nuestro desayuno, llenaba una taza de café con leche y troceaba el pan del día anterior.

Dentro del líquido caliente el pan se hinchaba y yo buscaba cada pedazo con una cuchara grande, el líquido que no había sido absorbido nunca quería tomarlo y para evitar que mi madre me riñese mi abuelo cargaba mi tazón con mucho pan.

No tengo pan, ni duro ni blando, la leche se está acabando, contabilizo tres huevos y dos los voy a usar para prepararme una tortilla francesa. Un huevo solo en la nevera es una imagen triste y lo añado a los que estoy batiendo. Tengo que comprar comida, necesito alimentarme si no quiero ir arrastrando los pies, olvidarme del huevo, del haz de luz y de Clara.

El sueño fue tan real, el tacto de su piel, su respiración en mi cuello... para ayudarnos a los dos tengo que centrarme, si quiero despertar algún día y ver sus ojos soñolientos debo arrinconar al sueño.

Es desesperante tener que esperar hasta las nueve menos dos minutos para avanzar. Tocaría ahora mismo todas las varillas, probaría, apuntaría los resultados pero no debo. Desayuno café con leche y tortilla de tres huevos tratando de imaginar qué puede contener esta cosita tan pequeña y discreta para que una persona viaje, con su ropa puesta, a otras épocas y lugares.

Cuando era pequeño solía ver con mi abuelo una película que para él había sido mágica cuando era niño: “Regreso al futuro”. Mi abuelo le decía a mi padre que llevara a pasear a mi madre o a ver un espectáculo en uno de los teatros de la Gran Vía de Madrid. Compraba, a escondidas para que mi madre no le regañase, una bolsa llena de las chucherías que nos gustaban a los dos y nos sentábamos a ver la película posando los pies sobre la mesita, un gesto que para mi madre era un sacrilegio por mucho que le dijéramos que la madera no se estropeaba por dejar los pies sobre ella con los calcetines puestos.

Ese coche era increíble, acelerando viajaba de una época a otra. Después de verla solía meterme durante horas en el coche de mi padre cuando no lo estaba usando para ir al trabajo. Me quedaba quieto en el asiento del conductor e imaginaba que los insulsos pero eficaces mandos que estaban en el volante eran los que programaban a donde viajar.

No tenía modo de arrancarlo, el coche solo se activaba con las huellas dactilares de mis padres, y sabiendo que por mucho que tocase no lo estamparía contra la pared del garaje me dedicaba a enredar y a hablar en alto simulando tener un compañero de viaje.

El coche de mis padres no se parecía en nada al deportivo de la película y

este artilugio no se asemeja ni a uno ni a otro. Meto en la boca el último trozo de tortilla y caminando hacia la ducha comienzo a hacer una lista mental de todo lo que tendré que comprar para llenar la nevera.

Me río recordando la cebolla roja, esa que cuidé como oro en paño y que cogía todas las noches pensando que contenía el secreto de mis viajes. Llegué a buscar un lugar donde escanearla sin que hicieran preguntas, algo realmente difícil de plantear a quien me atendía por teléfono.

Esas máquinas están diseñadas para buscar daños en el interior de las personas, no podía decirles que quería pagar para que un técnico pusiera la cebolla en medio de la camilla, la tapase con una bata verde con cintas y le dijera que no podía moverse.

Llegué a argumentar que necesitaba una prueba porque tenía fuertes dolores en la espalda y que yo sin mi cebolla no iba a ningún sitio. Al nombrar la cebolla la voz de quien estaba en el otro lado enmudecía, asimilar que una persona convive con una cebolla es complicado. Algunas decían no haber entendido bien, otras proponían dejar la cebolla en un lugar visible para que yo estuviera tranquilo, otras simplemente colgaban creyendo que era una broma. Por suerte la cebolla se cayó del suelo una noche, me habría vuelto loco viendo cómo se pudría.

Al salir de la ducha y entrar en mi habitación la cama revuelta captura mi mirada. Me siento en ella y paso mi mano por donde Clara estuvo, decido que no fue simplemente un sueño, visualicé lo que sucederá y se me acaba de ocurrir una idea para lograrlo.

—¡Muchacho!, ¿has dejado algo en las baldas de la tienda?

—Tranquilo, que si tienes hambre y no quieres ir a comprar en mi casa dispondrás durante dos semanas de tres comidas calientes con primer plato, segundo, postre, pan, agua y vino.

Rafael está hablándome desde el interior de la finca de Mariola. Los perros ladran animándome a que busque algo en las bolsas de la compra que pueda compartir con ellos. Yo siempre he escuchado que el pan es bueno y he comprado tres barras pensando en ellos y una hogaza para mí. Hoy acompañará a mi comida y mañana me quitará las ganas de leche con sopas.

—¿Pueden?

—¡Como para negárselo ahora!, ¿has visto la cara con la que me están mirando?, si te digo que no son capaces de pudrirme la madera de la caseta meándola en turnos de ocho horas.

—“Ja, ja, ja” —Me río porque no me esperaba esta venganza perruna pero estos animales son extremadamente inteligentes y juraría que ahora mismo también están valorando esta venganza.

—¿Y Merengue?

—Aquí abajo. —El muro de un metro no me permite verla pero sabiendo que está partiré las tres barras en tres pedazos idénticos para que la chica, aunque más pequeña, no se sienta perjudicada.

—¿Te hace falta ayuda?

—No gracias, estas bolsas son las últimas.

Cada perro espera pacientemente a que meta los trozos de pan entre las verjas. Los muerden con delicadeza saliendo cada uno en una dirección distinta para comerlo atentos al que pueda arrebatárselo.

—Dáselo a Merengue.

Al alejarse puedo verla, el pan abulta tanto como ella pero lo lleva con la cabeza muy erguida y el rabito en forma de pompón moviéndose sin orden aparente.

—¿Pudiste dormir algo anoche?

—Poco. —Pero el tiempo que estuve dormido lo aproveché muy bien—. Dejé la pieza en la cocina y me puse a trabajar.

—¿Y te cundió?

—Sí —respondo satisfecho—, volveré a meterme en el taller en cuanto ordene todo lo que he comprado.

—Inventarte a las ardillas rabiosas te ha hecho recuperar la inspiración.

—Pues sí. —Rafael sabe qué desde hace varios días mi nueva escultura no había cambiado de aspecto; el de un trabajo a medio hacer.

—Me alegro muchacho, de todo se puede sacar algo positivo, incluso de mentir.

—¡Si lo oyera mi madre! —Pero no está aquí para escuchar lo que decimos y tampoco para enterarse de lo que sucede cada noche a las nueve menos dos minutos—. Voy a filmarme esta noche viajando en el tiempo.

—No te sigo. —Rafael se rasca la cabeza—, ¿No querías hacer pruebas?

—Quería, y anoche me fui a trabajar en la escultura convencido de que hoy me pondría a experimentar. Al sentarme a desayunar, ya no lo veía tan fácil, sin saber lo que hay dentro tocar es dar palos de ciego y exponerme a dañar algo de forma permanente.

—Mariola y yo nos quedamos hasta muy tarde hablando en el salón. —Me

encanta ver la cara que se le pone al hablar de ella, han dado un paso de gigante en su relación—. Está emocionada, habló con Clara y empatizó con ella desde el segundo número uno.

—Es fácil hacerlo al verla, transmite algo especial.

—Cuenta con nosotros para lo que decidas. Si vas a hacerlo deja que estemos a tu lado, seis ojos ven más que dos y mientras tú viajas nosotros podemos mirar a ese cacharro.

—Está bien.

Como siempre las palabras de Rafael son las de un hombre sabio, somos un equipo y no debería haber pensado en hacerlo solo, les he involucrado y ahora no puedo darles la espalda si ellos no desean retirarse.

—¿Y cuál es el motivo para viajar esta noche, añoras a Clara?

—La añoro siempre pero viajaré por otro motivo, facilitarle una prueba gráfica al científico al que estoy avasallando a correos.

—Si visualiza la grabación correrás el riesgo de que él o alguien que lo vea pueda desear tenerlo para sí solo. Si eso sucediera perderías la oportunidad de volver a ver a Clara.

—Sé que es peligroso, quizá sea necesario meditarlo de nuevo. —Las consecuencias no solamente me afectarían a mí—. Aun así quiero viajar, filmar todo el proceso, el comienzo del haz de luz, mi desaparición, mi regreso y la desconexión del artilugio.

—¿A qué hora?

—¿A las ocho en mi casa?

—Perfecto, para prepararlo todo con calma.

Voy a ver a Clara, me costará contenerme pero soy consciente de lo que pueden dar de sí quince segundos: un suspiro.

“Hola cielo,

Tengo buenas noticias. Hemos encontrado la máquina que hace que viaje en el tiempo. ¡Menuda cara pondrás cuando la veas!, es algo pequeño, redondeado, trinchado por varillas... ¡una locura!

La mujer que llegó a tu pasillo antes de ayer se llama Mariola. Vive en una casa situada en un terreno que hay frente al mío. La luz venía de ahí, y ella y Rafael, que es su pareja, me han ayudado a localizarla.

Ahora lo tenemos pero me da miedo manipularla, Mariola la compró hace muchos años en un mercadillo pensando que era un juguete, estaba posado sobre una tela que la mujer que lo vendía había colocado en el suelo. Como

podrás imaginar, ni la vendedora ni la compradora sabían qué era realmente, no traía instrucciones, no emitía ningún destello.

Creemos que alguna de las varillas se ha movido al caerle encima un libro y eso ha puesto en funcionamiento la máquina. Esta noche filmaremos mi viaje y se lo mandaré al científico, podría ayudarnos.

Te quiero”

—Desde este punto la cámara grabaría cómo se ilumina la pared y como me marcho y vuelvo pero no enfocarí­a al punto desde el que mana la luz.

—Y desde otros ángulos también se perderían detalles.

—Así es —respondo a Mariola.

—Yo grabaré, moveré la cámara, no te preocupes que sé lo que tengo que hacer.

—Sí. —Me gustaría repetirlo porque estoy muy nervioso pero cierro la boca a tiempo.

Nos preparamos apagando la luz de la cocina y cerrando la puerta aunque Rufián no ha asomado los bigotes. Rafael busca un lugar donde quedarse sin interceptar ni el haz ni la filmación de Mariola. Yo me sitúo mirando la pared, como si estuviera castigado, y en completo silencio esperamos a que lleguen las nueve menos dos minutos.

—¡Ahora! —exclama Rafael.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Me esfuerzo para ver la luz recortando mi silueta en la pared pero no tengo tiempo porque instintivamente cierro los ojos para sentir la presión que siempre empuja mi cuerpo cuando voy a viajar. El momento no llega, abro los ojos, es la primera vez que puedo ver el haz y cuando se consumen los quince segundos la luz se apaga sin que yo haya podido entregarle la carta a Clara.

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé.

Esa es la respuesta que serviría para casi todo: ¿quién fabricó esta máquina?: no lo sé, ¿qué significan los símbolos que hay escritos?: no lo sé, ¿cómo funciona?: no lo sé.

—Mira.

Mariola se acerca con la cámara en la mano. Rebobina y Rafael y yo metemos la cabeza para ver la pantalla. Ampliamos hasta que el zoom dice basta y deja de verse con nitidez. La luz no sale de una de las ranuras, que es lo que habíamos pensado los tres, lo hace directamente a través del metal.

—¡Endemoniada máquina!

Rafael se sienta en una silla, yo vuelvo a visualizar la secuencia, esta cámara no es de un laboratorio, la compré en un comercio donde entran personas que quieren un recuerdo de una boda, o de una puesta de sol en Madagascar y no quieren depender de su teléfono móvil, solo filma lo que los ojos ven.

—Si se abriese una pequeñísima ranura tampoco la veríamos.

—Tienes razón, pero tampoco encuentro que utilidad puede tener saber si la luz atraviesa el metal o sale por un agujerito. —Dejo la carta sobre la mesa, me siento mal

Estamos tratando de descubrir el origen del universo con conocimientos básicos y el resultado es el esperado: no tenemos ni la más remota idea, y mirando al huevo metálico tampoco vamos a sacar muchas conclusiones.

Me froto la cara con las manos, ¡algo he tocado!, he cambiado alguna varilla y no he sido consciente, he cambiado de posición exacta de la máquina... el corazón comienza a latirme muy fuerte, no volveré a ver a Clara,

no podré decirle cuanto la quiero.

—Espero que me haya hecho caso, haya jugado los números a la lotería y ahora mismo tenga la vida resuelta. —Estoy deshecho, como si me hubiera pasado una apisonadora por encima y mi cuerpo se hubiera partido en mil pedazos que no pudieran pegarse.

—Me dijo que lo había hecho.

Mariola me abraza, no recuerdo si ya me lo había dicho o es la primera vez, siento unas ganas inmensas de chillar, de llorar, de hacerme un ovillo y dejar que mi cuerpo se consuma lentamente.

—Beltrán, no te desanimes. —La cara es el reflejo del alma y la mía está en carne viva—. Sé que es duro y muy difícil pero no vamos a tirar la toalla. La máquina ha funcionado varias veces y te ha transportado, tenemos que hacer pruebas hasta que vuelva a hacerlo.

—Solo son quince putos segundos al día, Rafael, solo quince segundos.

Odio el número quince, las nueve menos dos minutos... ahora mismo odio este artefacto, la mano de quien introdujo por error la cebolla en mi bolsa y me odio a mí mismo por desear comer verduras esa noche. Amo a Clara con toda mi alma y el sentimiento se hace cada vez más fuerte porque no hay ningún recuerdo malo que lo dañe y no puedo inventarlos.

—Lo siento. —Retiro mis manos de mi cara para pedir disculpas a Mariola—. No debería haber dicho un taco delante de ti.

—Te estás comportando muy bien para las circunstancias que te están tocando vivir. Cuando se conoce el amor todo lo demás pasa a un segundo plano, te veo a ti y vi la cara de decepción de Clara cuando aparecí yo y no la persona que ella esperaba. Os amáis y es muy duro estar separados, puedes pronunciar todos los tacos que se te ocurran si con eso te sientes un poco mejor.

—No me siento mejor. —Me siento avergonzado, nunca los digo y no quiero empezar a hacerlo.

Respiro hondo y estiro los hombros. Esto no puede quedar así, algo hizo que funcionase y volverá a hacerlo, es en eso en lo que debo centrarme porque si dejo de creer mi vida no tendrá sentido.

—Volvamos a colocarlo en el ático —rebobinemos, volvamos al principio, al momento en que funcionó.

—Sí —aplaude Mariola—, sacamos fotos de su colocación, llevémoslo y esperemos a mañana.

—Sí. —Acabo de borrar el “no” de mi vocabulario—. Si vuelve a salir la luz, y puedo viajar, sabremos que es la distancia lo que le hace ser eficaz.

—La distancia o el tipo de aire que atraviesa, los cristales, las ramas de los árboles...

—Rafael, no compliquemos aún más las cosas porque ya son bastante raras de por sí. Si funciona desde la balda del ático perfecto, eso nos sirve como punto de partida.

—Sí.

Nos sirve.

—Tu madre está como loca.

—Ya lo estoy viendo.

Besos, abrazos, más besos, guiños, más besos que empiezan a hacerme sentir incómodo en la mesa del comedor de casa de mis padres. Aprovechamos para hablar en los tiempos que mi madre utiliza para ir a la cocina y preparar el segundo plato o el postre.

Hoy no me ha dejado ayudar, ¡a las mujeres no hay quien las entienda! Pero sí que la comprendo, está feliz porque mi padre le ha organizado el viaje de sus sueños, un crucero por los fiordos noruegos en una cabina con balcón que ya está disfrutando antes de montarse al avión.

He llegado a casa a la una del mediodía, algo que siempre suelo hacer porque me gusta tomar un vino con mi padre. También colaboro pelando las patatas fritas que siempre acompañan a los platos que mi madre sabe son mis favoritos.

Hoy mi madre ya tenía las patatas peladas y cortadas en los trozos perfectos, el pollo estaba asándose lentamente dentro del horno, la ensalada estaba limpia y preparada para aliñarse y en la mesa del comedor había un mantel de hilo que no sabía que tuviéramos y una vajilla que mi madre nunca ponía porque se la regaló una tía a la que tenía mucho cariño y no quería quedarse sin ninguna pieza al no existir repuestos a la venta.

Me ha plantado dos sonoros besos, que me han dejado literalmente sordo durante dos minutos y medio, y me ha abrazado como ha podido teniendo en cuenta que yo supero el metro noventa y mi madre llega al metro sesenta y cinco si se pone de puntillas.

Me ha empujado hacia el salón sin ningún tipo de disimulo y me ha quitado la cazadora como cuando era pequeño y volvía del parque mojado después de jugar debajo de la lluvia. Al ver la mesa llena de papeles y el ordenador

encendido he comprendido de golpe tantas muestras de cariño y la prisa por llevarme a donde quería.

—Aconséjame. —Mira a mi padre que no ha dicho ni pio—. Aconséjanos, tú has viajado por medio mundo.

—A ver, ¿todo son cruceros? —Me siento en el borde del sofá para poder tener al alcance de la mano los folletos y pongo cara de asombro.

—Sí.

Yo no he estado en Noruega, y echando un rápido vistazo a las lujosas cabinas de los cruceros, al jacuzzi al aire libre y a las impresionantes montañas que se elevan a ambos lados de los fiordos se me escapa un suspiro que ruego solo sea mental. Imagino a Clara durmiendo a mi lado en una de esas camas, con las cortinas descorridas para ver el paisaje porque no hay nadie tan cerca como para poder expiar el interior de los camarotes.

—¿Cuál escogerías?

—No he estado en Noruega mamá. —Pensaba que ya tenían elegido el barco y la ruta.

—Lo sé, pero has viajado mucho. Tu padre y yo podemos contar con los dedos de una mano los lugares que conocemos fuera de España.

—Tener un negocio propio...

—Lo sé, lo sé, y ese negocio ha pagado esta casa y los estudios de los chicos. —Mi madre le da un beso a mi padre en los labios que le deja con cara de tontito y también como ella quería: calladito.

—Tú también has colaborado con tu trabajo.

Mi padre está igual de contento que mi madre, parecen dos adolescentes con las hormonas trabajando a destajo. Le sonrío y para mi desconcierto le da una palmadita, ¡en el culo!

—Sí, lo hemos hecho bien.

Tanto azúcar en el ambiente me está sobrealimentando. Reviso los itinerarios, los días, los horarios o las críticas en las redes de personas que han disfrutado de estos viajes y han querido dejar sus opiniones.

—Este parece muy completo y os deja el último día libre para visitar la capital que también tiene muchos lugares interesantes.

—Este entonces, ahora vamos a brindar por este maravilloso viaje. —Recoge el resto de panfletos, a mi madre le gusta el papel.

Saca copas de la vitrina, las lleva a la cocina y nos deja a mi padre y a mí esperando. Me río porque la escucho cantar y mi padre me mira como

queriendo decir: “tu madre está feliz y yo también al verla”

—Has abierto la caja de Pandora, como le coja gusto no va a querer parar.

—¡En algo habrá que ocupar el tiempo a partir de ahora!, vosotros tenéis vuestras vidas, no nos necesitáis.

—Siempre os necesitaremos.

—Y nosotros a vosotros. —Ahora el abrazo es entre dos hombres; fuerte y con dos palmadas en la espalda.

—¡Alegría!

El tapón de la botella de cava salé disparado y mis buenos reflejos me salvan de un impacto seguro. El espumoso líquido se derrama sobre la alfombra y mi madre ni se preocupa, ¡si es su alfombra persa!, deja la botella en la bandeja y con dos servilletas de papel frota hasta que se da por satisfecha. ¡A mi madre no la reconozco, me ha han cambiado!

—Brindemos.

Con las copas vacías y el estómago sin alimento que absorba el alcohol llegamos a la mesa del comedor con unas risas tontas y contagiosas que alimentamos con otras dos botellas de cava.

Los restos del flan de queso se recalientan sobre la mesa del comedor, mis padres se han levantado tambaleándose con una borrachera en toda regla. El tropiezo en las escaleras de mi madre y las palabras incomprensibles de mi padre son pruebas de que yo no soy el único de esta familia a quien el cava ha vencido en tres asaltos. Sin posibilidad de conducir y con un sueño que no puedo controlar me arrastro hasta el sofá donde me tumbo sintiéndome en el paraíso.

Con el cava corriendo por mis venas y los recuerdos del viaje que mis padres van a hacer a los fiordos genero un sueño rocambolesco donde yo estoy en un jacuzzi con el agua caliente hasta el cuello. ¡Qué gusto!, pienso sintiendo en mi cara el frío aire que viaja por las escarpadas cumbres nevadas.

Una mujer también ha creído buena idea sumergirse y relajarse antes de irse a dormir. Se descalza, se retira el albornoz y se mete lentamente. En ningún momento puedo verle la cara, no sé si porque la lleva oculta por su melena o porque estoy babeando ante el perfecto cuerpo que luce. Está vestida con un diminuto bikini como los que llevan las modelos que se tumban en playas paradisíacas con cara de pecadoras mezclada con ojitos de no haber roto en su vida un plato.

Contemplo como el agua va cubriendo sus caderas, su cintura y sus

turgentes pechos. ¿De dónde ha salido esta mujer?, no he visto su perfecto cuerpo en el comedor del barco, ni tomando un refresco en la cafetería. “Hola hijo” me dice con voz que se me hace familiar.

¡Mi madre!, el corazón me da un vuelco, yo pensando en ella en un tono inequívocamente sexual y resulta que es la mujer que me parió la que me está sonriendo. Me avergüenzo dentro del sueño y me perdono echándole la culpa al alcohol.

CAPÍTULO DIECINUEVE

—¿Así? —pregunta Rafael.

—Yo creo que está bien —responde Mariola—, ¿qué te parece a ti?

Rafael y Mariola están en la habitación de Fabián, él está colocando la máquina del tiempo en la balda y ella está enfocándole con su terminal para que yo lo pueda ver desde mi cocina.

—Yo también opino que está en la misma posición que lo encontramos. Mantendremos la conexión durante todo el tiempo, hasta que no aparezca la luz no podremos confirmarlo.

—Entendido, sigo filmando, Rafael, échate a un lado.

—El ayudante se retira. —Escucho la voz de Rafael que ha asumido que su puesto en este trabajo en equipo es el de mover la pieza, la ha manipulado con mucho cuidado.

—Muy bien cariño.

¡Cómo me gusta esta pareja!, me posiciono en el punto exacto donde, si hemos hecho bien nuestros cálculos, debería iluminarse la pared. Tengo la carta debajo de mi camiseta y el móvil en la mano, solo queda esperar.

—Un poquito a la derecha —grito a Mariola, estoy muy nervioso—, la luz está iluminando los muebles.

—Vale —contesta repitiendo mis indicaciones a Rafael quien debe estar deseando rascarse la cabeza.

—Ya.

No sé si lo ha oído o me he movido en el tiempo y el espacio llevándome conmigo mi “ya”. Clara está mirando a un punto indeterminado con los brazos cruzados.

—Hola cielo. —Cruzo la línea del suelo del pasillo y la beso.

—Hola —me responde con lágrimas desbordándose de sus ojos—, no esperaba verte.

—Te quiero —le digo acariciando su pelo—, ya falta menos.

Los segundos perdidos en la cocina de mi casa son los que no tenemos en el pasillo del apartamento de Clara. Regreso con los oídos taponados y el pecho comprimido por verla sufrir y por mi propio dolor.

—Ya he vuelto —le comunico a Mariola al recoger mi teléfono del suelo —, hemos descubierto dos cosas nuevas: mi teléfono no ha pasado y he regresado aunque mi cuerpo no estaba en la posición donde había aparecido.

—Interesante y positivo, eso hay que hablarlo.

—Sí, que mi teléfono móvil no haya pasado no es un buen descubrimiento.

—Que hayas vuelto incluso moviéndote sí.

—Voy yo si te parece bien, tienes que explicarme dónde está el lado positivo.

—Te esperamos en la cocina, he dejado una lasaña en el horno —Mariola se ríe, algo le ha debido de decir Rafael, un comentario que no he entendido —, de verduras.

—¡Ah! —Me río yo también antes de cerrar la conexión.

Rafael me ha dicho hace un rato que tenía que hablar muy seriamente con Mariola sobre la cantidad de comida que prepara. Ahora que están prácticamente a todas horas juntos ya no puede hacer ayuno para compensar el exceso de comida y ya ha tenido que cambiar de posición su cinturón de modo permanente.

Una lasaña, según mis conocimientos culinarios, es un alimento importante aunque se rebajen sus calorías intercalando las capas de pasta con verduras en vez hacerlo con carne.

—¿Quién quiere repetir de lasaña?

—Yo. —Rafael levanta el plato como si fuera un niño chico.

—Pónselo a Rafael.

—Hay de sobra para los tres.

Mariola saca la bandeja del horno donde la comida ha estado conservándose caliente al haberlo dejado encendido a muy baja temperatura. Me la muestra y es verdad, hemos comido la mitad.

—No debería; pero está demasiado buena para rechazarla. —Es una cocinera excelente y a mí me encanta la verdura.

—Mañana cenaremos ensalada y pescado al horno.

Mariola ha tomado nota de las sugerencias de Rafael y está dando un giro de ciento ochenta grados a los platos.

—Está buenísima y es súper ligera.

—Solamente capas de verduras, nada de grasa.

—Riquísima —consigue decir Rafael con la boca llena—, perdón —se disculpa cuando puede—, pero está para chuparse los dedos.

—De postre hay yogures desnatados o fruta.

Divide lo que ha quedado en tres raciones de muy diferentes tamaños; dos son grandes y tienen como destino nuestros platos y la suya pequeña, casi simbólica.

—Me acabo de dar cuenta de un detalle.

—¿Sobre qué?

—Sobre mi teléfono móvil tenía el brazo extendido en el momento de pasar. —Me ha venido a la cabeza de repente.

—¿Quedaría fuera del haz de luz?

—Probablemente.

—Eso explicaría por qué no pasó.

—Sí.

—Cuéntanos que tal estaba Clara.

—Bien. —No quiero insistir en su tristeza, tienen corazón para imaginar lo duro que es que estemos separados—. Cuando llegué me desplazé avanzando hacia ella porque sabía que ya se habían consumido parte de los segundos. Le entregué mi carta, cruzamos dos palabras y antes de poder volver a mi posición ya estaba de nuevo en la cocina.

—¿Estás seguro?

—Totalmente, Clara ha mantenido la cinta adhesiva en el suelo.

—Me acuerdo —dice Mariola—, cuando llegué miré al suelo al ver algo por el rabillo del ojo y no saber lo que era.

—La luz no me captura si no dejo que me ilumine; pero sí que regreso aunque me haya alejado del punto de llegada.

—Yo sigo opinando que es una ventaja.

—¿Por qué? —Me interesa el punto de vista de Mariola, es una mujer con una lógica y una claridad de ideas increíble.

—Hemos acordado que vamos a empezar a mover las varillas, que la máquina te capture, por decirlo de alguna manera, garantizará que aunque te envíe por más tiempo no estarás obligado a quedarte en el pasillo, siempre volverás a casa.

—Mirado bajo ese punto de vista tienes razón pero tampoco me permitirá quedarme en el tiempo de Clara.

—De momento, para eso vamos a hacer pruebas, para cambiar las cosas. Ella también podría venir aquí, nos has dicho que no le queda familia. —Me da una palmadita en la mano

—Eso es lo que me escribió. ¿Cómo va a venir?, estábamos abrazándonos cuando regresé y lo hice solo.

—Quedan varillas por tocar.

—Sí. —Tiene razón—. Quizá moviendo alguna...

Yo también he pensado que me encantaría que viviera en mi época, en mi casa. Para mí sería muy doloroso alejarme de mis padres para siempre y para ellos supondría un daño irreparable. El tiempo dirá, de momento no quiero seguir cavilando sobre ello.

—Ahora que hemos restaurado la efectividad del haz de luz, ¿sigues creyendo que es buena idea enviar un video mostrando lo que sucede?

—No. —Fue una mala decisión tomada en un momento de debilidad—. Es demasiado peligroso.

—¡Qué bueno que hayas cambiado de idea!, Mariola y yo no te lo habríamos impedido pero teníamos miedo.

—¡Lo lamento!

Ahora sí soy consciente de las posibles repercusiones que esa grabación en manos de personas avariciosas hubiera podido causar tanto a Rafael como a Mariola—, solo pensé en mí.

—Es normal, nos enfrentamos a algo desconocido, buscar ayuda es algo lógico —Mariola se levanta, saca cucharillas y yogures desnatados de limón, fresa y macedonia.

—Nos tendremos que apañar solos. —A Rafael ya le estaba costando rascarse la cabeza.

—¿Por dónde empezaremos?

—Por cualquier varilla, total, ¿no sabemos para qué sirve ninguna!

—Propongo llevar un control de cada una de las pruebas.

—Yo también lo había contemplado, si vamos a experimentar habrá que llevar un registro exhaustivo de cada ensayo para poder llevar una memoria de lo que funciona o lo que no hay que repetir.

Mariola y yo tenemos un modo parecido de pensar y Rafael aceptará cualquier propuesta porque quiere ayudar; a mí porque me aprecia y a Mariola porque la quiere y sabe que traer a Clara se ha convertido en una cuestión de vital importancia, una lucha por el amor.

Prueba número uno

—Cámara grabando.

—Rafael, mueve hacia adentro la patilla que hemos marcado cuando te

diga yo.

—Entendido.

Rafael será el encargado de manipular las varillas, Mariola grabará lo que suceda y yo me ocuparé de manipular un muñeco teledirigido, que tiene a su vez una cámara y grabará lo que vea, cuando atraviere el tiempo y el espacio. Nos basaremos en algo básico: prueba-resultado.

Acertar en el primer intento sería posible pero muy difícil. Será un trabajo tedioso, tener que esperar veintitrés horas para el siguiente experimento es desmoralizador, podríamos tardar años en entender para qué sirve cada varilla.

Mariola nos ha dado ánimos con una frase que nos ha dejado sin réplicas: “esto es lo que hay”, cinco palabras que resumen que no tenemos manual de su funcionamiento, que no podemos ni debemos pedirle consejo a nadie, que no entendemos los signos, no sabemos quién lo hizo, si era humano o alguien llegado de un planeta a millones de años luz... realmente no tenemos conocimiento de nada y seguiremos en la ignorancia a menos que nos pongamos a hacer pruebas al azar. Cada día que esperemos será tiempo perdido.

—Ya la he movido hasta la marca.

Las varillas son largas, una posición u otra podrían tener consecuencias muy diferentes.

—Bien.

Sujeto el mando que maneja a distancia al robot sin dejar de mirar la pared por si el haz aparece en otro sitio y tengo que desplazarlo. La luz ilumina el lugar habitual y veo a la máquina desaparecer.

—Se ha ido a las nueve menos dos minutos— informo a Mariola.

—Lo apuntaré luego. —Todavía está concentrada filmando al pequeño robot plateado.

Miro el reloj digital que he colocado en la encimera para no perderme detalle agachando la cabeza. A las nueve menos un minuto y cuarenta y cinco segundos el robot reaparece y un desagradable olor se extiende rápidamente por la cocina.

—Ha regresado a la misma hora de siempre.

—Lo voy a anotar ahora.

La voz de Mariola ha cambiado, se ha vuelto nasal debido a los dos dedos con los que se está presionando la nariz para no respirar este espantoso olor.

—No sé dónde ha estado este robot; pero te aseguro que el pasillo de Clara no olía así.

—Ni tenía esto en el suelo. —Algo pringoso va ensuciando en las baldosas de mi cocina al paso de las ruedas del robot.

—Lo siento Mariola, voy a ser poco elegante pero muy claro, esto es mierda, caca de algún animal.

Cogemos papel de cocina, usamos el rollo entero recogiendo los restos orgánicos del suelo y los que aún le quedan al robot. Con toallitas húmedas de limpieza de cocina desinfectamos todo lo que las heces han tocado incluyéndonos a nosotros mismos.

—¿Qué pasa ahí? —reclama Rafael desde el ático de casa de Mariola—, desde aquí no me entero de nada.

—Danos cinco minutos, tenemos que ver lo que ha filmado.

La pantalla del ordenador estaba emitiendo en directo lo que veía la cámara del robot; pero se ha cortado la transmisión en cuanto la máquina ha iniciado su viaje en el tiempo.

—Vale, vale, espero.

Conecto la cámara al portátil, lo coloco en la mesa de la cocina y Mariola y yo nos sentamos para ver dónde ha podido meterse esa máquina para salir tan perjudicada.

—¡Cuántas patas!

Veo pezuñas moviéndose por un suelo lleno de la misma caca que ha traído de vuelta el robot. Los gruñidos son conocidos, ¿quién siendo niño no ha imitado a este animal?

—¡Cerdos!

Mariola se muere de risa viendo los morros mocosos de un cerdo olisqueando la pantalla con sus dos enormes orejas cayéndole sobre los ojos.

—Rafael.

—Dime.

—Has mandado a nuestro robot a una piara de cerdos.

—¡Toma!

—Vuelve a dejar la varilla en la posición original, no queremos volver a este sitio.

Mariola abre su artesanal libro de notas con tapas de raso verde pistacho anotando el tiempo que ha durado la luz y a donde ha enviado a nuestra máquina esa patilla cuyo símbolo ya había dibujado debajo de “Prueba

número uno”

—Salgamos de la cocina —le pido a Mariola—, voy a abrir un rato las ventanas, aquí sigue oliendo a cerdito revolcándose en un charco lleno de barro.

—Abre solo un poco para que no entre la lluvia —me aconseja maternalmente—, de momento es ligera pero podría empeorar, y vayamos a mi casa, al pescado le harán falta quince minutos, los que le dedicaremos a Rafael para contarle hasta el último detalle.

—¡Tenías que haber estado allí!

—¿Para oler la caca de los cerdos? Mi bisabuelo los criaba, no tendría más de cinco o seis años cuando fui por última vez; pero ese olor no se olvida.

—¿Y tú —me pregunta Mariola—, has estado alguna vez en una piara?, había oído que el olor era desagradable; aunque no esperaba que fuera tan malo.

—No y ahora tengo menos ganas de ir que antes. —Reconozco.

—Estoy deseando que llegue mañana, que probemos con la siguiente varilla, cada una tiene que tener una función diferente.

—Y yo.

—¡Claro!, por supuesto, tú tendrás muchas más ganas que yo.

Mariola se queda callada. Empiezo a conocerla y por eso sé que ahora mismo estará pensando que se ha excedido en su efusividad.

—Me encanta que estés emocionada, me da ánimos cuando pienso que estamos dando palos a ciegas.

—Lo conseguiremos, te lo aseguro.

Prueba número dos.

—Aquí todo listo.

—¿Muevo la patilla?

—Adelante.

—¡Oído ático!

—Veremos a donde enviamos al robot esta noche, espero que no le demos un paseo por una granja de gallinas, la caca de los cerdos se le incrustó hasta en la última tuerca y como no se puede sumergir en agua con jabón tuve que usar bastoncillos para los oídos.

Manipulo con el mando a Armstrong, Mariola ha empezado a llamarle como al primer hombre que viajó a la luna y con ese nombre se ha quedado. Le acerco al punto y miro el reloj iniciando mi cuenta atrás mental.

—A las nueve menos dos minutos. —Es positivo que no se haya modificado la

¿A dónde le habremos enviado? Podría estar en la cocina de Clara, dándose una vuelta por la playa de Laredo o a punto de morir devorado por un cocodrilo del Nilo.

—¡Ya vuelve!

¡Y en qué condiciones!, corro al taller y vacío el extintor sobre el amasijo de metal y plástico maloliente.

—¡Oh!

—Vete al salón.

Mariola se marcha sin soltar la cámara, el humo del plástico quemado escuece en los ojos y pica en la garganta. Respirando lo menos posible abro las ventanas después de asegurarme de haber enterrado debajo de varias capas de espuma lo que queda de Armstrong.

—Ya está —le digo respirando una bocanada de aire limpio que me sienta de maravilla—, habrá que ir pensando otro nombre.

—Pobre Armstrong, ha dado su vida por la ciencia.

—Yo creo que ha ido involuntariamente; pero le haremos los honores.

—Habrá que comprar a Edwin Aldrin. —Mariola tiene nombres de repuesto.

—Y a Michael Collins por si acaso. —Llevar un robot a un lugar desconocido y que regrese intacto es una suerte que ya hemos comprobado no siempre tendremos.

—Sí, habrá que tener tres o cuatro. Mañana tengo consulta con el dentista en Madrid a las diez. Rafael y yo pasaremos allí la mañana y si no me deja la boca muy dolorida me gustaría quedarme a comer en un restaurante que quiero que conozca Rafael.

—Me parece buen plan, algo agradable para compensar la consulta del dentista.

La medicina avanza tanto que lo que ayer era descubrimiento hoy se aplica con normalidad y mañana será el recuerdo de una técnica que quedó obsoleta. Pero hay cosas que nunca cambian y una de ellas es el temor al dentista.

—Si miramos ahora qué modelos nos pueden servir los compraremos mañana en Madrid.

—Muy bien. Buscaremos unos fiables y baratos, no sé cuántos perderemos por el camino.

—Pasa al salón, aquí vamos a quedarnos helados, yo le daré sepultura a Armstrong.

—¿Quieres que te acompañe en el oficio?

—Será breve, lo que tarde en meterlo en una bolsa de plástico, hacer un nudo para que no salga el olor y dejarlo dentro del cubo de la basura del taller.

—Estará feliz en el paraíso de los robots que dieron su vida por la ciencia.

—Desplazándose de un lugar a otro y grabando todo lo que vea.

Seguirle el humor a Mariola es fácil, ella allana las montañas, derriba paredes y cubre los agujeros, sin ella estaría perdido. Cuando todo esto acabe me gustaría que conocieran a mis padres.

—¡Qué rápido se mueve este!

—El dependiente me aseguró que son lo último que ha salido al mercado, totalmente silencioso, autonomía para tres horas, cámara con alta definición, foco de gran potencia y un par de simpáticos bracitos con pinzas que pueden coger objetos que no superen los dos kilogramos.

—No podemos ver lo que sucede al otro lado pero aunque lo viéramos yo no traería ni una piedra sin saber en qué época tenemos paseando al robot. Imagínate que le mandamos al año cinco mil ochocientos cuarenta y tres antes de Cristo. ¡A saber los virus y bacterias que serían normales en esa época! Podríamos contaminar el planeta y por eso he comprado un producto que rociado sobre el robot matará cualquier microorganismo o bichito de cualquier tamaño que pueda haberse adosado al metal.

—¡Joder! —Rascarse es contagioso y ver cómo lo hace Rafael me está dando envidia—. No lo había pensado, yo seguiré encargándome de mover las varillas a las posiciones que me digáis.

—Tranquilo cariño, que no vamos a hacer nada peligroso. Tocamos a los robots con guantes que después tiramos al fuego de la chimenea. Beltrán pulverizará siempre todo lo que toque el robot y a él mismo con ese producto, no nos pondremos en riesgo.

—Voy para allá, a ver qué sucede hoy.

—Enseguida lo veremos.

Rafael sale y atraviesa la puerta mecánica de la finca que Mariola que desde hace unos días se abre a todas horas porque es el modo más cómodo para cruzar de una vivienda a otra.

Hoy tocaremos la tercera varilla, siempre empujando hacia adentro lo cual hace que sobresalgan más por el lado contrario. Las combinaciones son tantas que calcularlas me revuelve el estómago.

Prueba número tres.

—A ver qué sorpresa nos da hoy Amancio.

—¿Amancio? —¿De quién está hablando?

—El robot, Amancio. —Lo pronuncia como si le conociéramos de toda la vida.

—¿Pero no se iba a llamar como el otro astronauta que pisó en el primer viaje a la luna?

—Pues sí pero a Rafael no se le queda grabado ese nombre.

—Y Amancio sí.

—Sí, Amancio se llama el de la frutería.

—Espero que no se entere ese hombre.

—¡Naaaa!, no hay problema. Voy a empezar a grabar, ¿lo tenemos todo?

—Repasemos, que tenemos tiempo. —Nos estamos ajustando los guantes de goma.

—Sí. —Mariola siempre tiene una carta debajo de la manga para aligerar la tensión—. “Cinco lobitos tiene la loba, cinco lobitos detrás de la escoba”

—“Ja, ja, ja”, mi tía Olga lo hacía siempre que venía a vernos a mi hermano y a mí. Que se lo hiciera a él que es bastante menor que yo me parecía bien, pero que me persiguiera moviendo las manos y cantando para que yo lo repitiera me ponía nervioso, tenía unos ojos muy grandes, parecía que iban a salirse de las órbitas en cualquier momento.

—Algún día se lo cantarás a tus hijos.

Trago saliva para que el estómago regrese a su sitio, ¡hijos! Los niños no vienen de París y Clara también está muy lejos, paso a paso.

—Dos frascos de desinfectante, he añadido otro para prevenir, bolsas de plástico, extintores...

—No va a volver siempre chamuscado.

—Si le llevamos a una época en la que la corteza no estaba solidificada...

—También le podríamos transportar a la última cena de Jesucristo y cambiar la historia.

—¡Jod...! no me digas eso.

—Son quince segundos Beltrán, no les daría tiempo a interpretar qué podía ser lo que estaba caminando delante de sus pies, escribirían en las sagradas

escrituras que se produjo un milagro, que el metal cobró vida y se paseó entre los doce apóstoles.

—Eso es tener mucha imaginación. —¡Imposible!

—¿Lo has hecho cariño?

—¡Pues claro! —Mi teléfono con el altavoz activado sirve para poder comunicarnos los tres—. Yo no tengo con quien divagar sobre la última cena.

—“Ja, ja, ja”, no me seas gruñón, si quieres alternamos mañana el puesto.

—Prefiero seguir aquí, ver a esa máquina atravesar la pared me produciría pesadillas.

—Ahora sí que comienzo a grabar, faltan diez segundos.

—Bien.

El primer paso no tiene nada especial que comentar: la luz, el robot avanzando y desapareciendo al contacto con el haz. Pasan los quince segundos, la luz deja de cruzar la cocina y Amancio no regresa. Nos quedamos mirando hasta que empezamos a plantearnos que seguramente tendremos que buscar otro nombre.

Amancio podría estar siendo absorbido por un agujero negro, fundiéndose en un volcán de la Polinesia o estar orbitando tres días alrededor de la tierra.

—¿Por qué no habrá vuelto? —Mariola es tan sensible que siente pena por el robot desaparecido.

—¡A saber a dónde lo hemos mandado! —Rafael apura el fondo del cuenco, el puré de calabacín está para meter el dedo y chupárselo.

—Esa es la cuestión, nuestro absoluto desconocimiento, esta máquina parece tan sofisticada que me hace pensar que la han inventado seres de otro planeta.

—¿Extraterrestres? —Mariola abre la boca.

—Nunca los hemos visto, yo al menos.

—Ni yo —confirma Rafael.

—Ni yo, ni yo. —Se suma Mariola.

—Tampoco sabíamos que existen máquinas que permiten que personas y objetos viajen en el espacio y en el tiempo y estamos manipulando una.

—Máquinas que se venden en un mercadillo de Londres —apunta Rafael.

—Esa mujer no tenía ni la más remota idea de lo que estaba ofreciendo.

Si yo supiese que tengo una máquina del tiempo no la pondría a la venta por diez libras, y si supiera como funciona no la vendería, me dedicaría a visitar momentos del pasado: a quienes construyeron las pirámides de Egipto,

ver cómo vivían en la Ciudad Prohibida de Pekín, conocer a Einstein...

—Ni yo cuando le pregunté cuál era su precio.

—El robot podría haber traspasado los confines de nuestra galaxia, o haber sido devorado por un dinosaurio.

—Mañana tocaremos otra varilla. —Rafael también se muestra animado, de hecho los dos están con la moral alta y sé que la razón soy yo.

—Sí, me voy a trabajar un rato, mi agente ha amenazado con presentarse en mi casa si no le envío la pieza mañana por la tarde.

—¿Y la tienes muy avanzada?

—Sí, está prácticamente terminada, faltan un par de horas de trabajo, prefiero hacerlo ahora y dormir tranquilo.

—Eso está bien muchacho, se descansa mejor cuando el trabajo está hecho.

—¿Volverás a tiempo?

—¿Para la noche?, ¡por supuesto!, le he invitado a comer para apaciguarle, después dejaremos la escultura en el centro cultural para volver directamente a casa. Felices sueños.

Prueba número cuatro.

—¿Cómo se llama este?

—Amancio.

—¿No era el nombre del anterior? —Debe estar fallándome la memoria.

—Sí.

Mariola está organizando nuestro laboratorio que también es la cocina de mi casa. Miro los extintores, los líquidos desinfectantes, las bolsas de plástico negro resistente, y la zona del suelo cubierta para que sea más fácil y eficiente la limpieza si nuestro nuevo Amancio regresa en malas condiciones o lleno de excrementos de murciélagos.

“Cuando todo esto termine...” esta es mi frase estrella desde que encontramos el indescifrable aparato. Cuando todo esto termine reformaré la cocina y empezaré por hacer algo con esa pared blanca que estoy cansado de mirar y por la que entran y salen personas y objetos.

—Rafael es un hombre conservador en muchos aspectos. —Me mira para que no malinterprete sus palabras y las tome como una crítica porque no lo es —. Según él, a una máquina no se le debe poner nombre, aceptó Amancio porque le pareció una tontería mía. Si le digo que llamemos a este Moisés me tomaría por loca, le ha llamado Amancio y con ese nombre se va a quedar éste

y los sucesivos, que no los va a haber, bueno, puede que uno o dos, pero ya estamos más cerca de conseguirlo. —Rectifica, tampoco es cuestión de contentarme como si fuera un niño.

Me abraza como solo sabe hacer ella, transmitiéndome una bocanada de esperanza, asegurándome que un día encontraremos la varilla que controla el tiempo y entonces no tendré que separarme de Clara en ese pasillo.

—A Clara le va a hacer mucha gracia cuando le contemos todo lo que hemos hecho para uniros.

—La infraestructura que hemos montado.

—A Newton le bastó una manzana para formular su teoría física de la gravedad. Nosotros tenemos a Amancio.

—Así mirado el éxito está garantizado. —Muchos de los avances se producen por hechos que se descubren por casualidad, eso dice la historia al menos—. Rafael, cuando quieras.

—¡Ya era hora!, parece que estuviera escuchando una telenovela en la radio, ¡que está bien eh!

—¡Claro que está bien!, Beltrán y yo tenemos unas voces muy armoniosas, perfectas para radio. Mueve la varilla —pone voz radiofónica—, mi amor.

—Ya está hecho. —Rafael responde con voz grave, que no falte el humor porque ese sí está a nuestra disposición sin tener que viajar en el tiempo.

—Vamos allá.

“Amancio dos” se pone mirando a la pared con sus bracitos metálicos extendidos hacia delante como si fuera un sonámbulo, Mariola graba y yo pienso que la suerte podría ayudarnos un poquito, no quisiera que ese cuaderno tan coqueto donde Mariola escribe todo lo que acontece en cada prueba se quedase sin hojas.

Que aparezca el haz siempre es positivo, evidencia que no hemos apagado la máquina. “Amancio dos” desaparece a las nueve menos dos minutos. Empiezan a contar los segundos y en el número cinco Amancio regresa con un papel enganchado en una de sus pinzas.

—Hemos rebajado el tiempo. —Ahora son cinco segundos, esto no va bien.

—Si la varilla hacia adentro disminuye el tiempo del viaje, la misma varilla hacia fuera podría extenderlo.

—Sí —Tiene lógica.

—Si es así habríamos encontrado lo que buscábamos. —Aplaude y

después eleva los puños al cielo, yo me dejo contagiar por este momento y por primera vez en días sonrío de verdad.

“Hola cariño,

Soy una mujer rica, puse tus números y gané. Sé que lo hemos hecho por nosotros pero no por ello me siento mejor. Soy una idiota, ese dinero no lo he robado y me permitirá hacer algo que siempre ha estado en mi mente pero que mi modesta economía no me ha permitido hacer hasta ahora: donar una parte importante a diferentes organizaciones que ayudan a niños con enfermedades raras.

El director del banco al que he acudido a depositar el boleto se ha hecho amigo íntimo mío y no deja de llamarme para ofrecerme a todo lo imaginable: un plan de pensiones (algo que no entiendo porque si ya tengo el dinero para que quiero ahorrarlo), un seguro para esta vivienda, una vajilla, una televisión de más pulgadas que el hueco del mueble del salón, una pulsera que mide cuantos pasos doy al día y si mi corazón late muy despacio o muy rápido.

Me ha invitado a cenar en su casa, tiene mujer y dos hijos y no sé qué pintaría yo cenando con una familia a la que no conozco. He tenido la precaución de llevar el boleto a una sucursal de Santander para evitar, en la medida de lo posible, que la gente de Laredo se entere de que soy yo la agraciada. El boleto lo presenté en una administración de lotería del pueblo y todos se miran entre ellos queriendo averiguar a quien le ha cambiado la vida.

Esperaré unos días antes de hacerle una oferta a la dueña del edificio. Quiero hablar con el director del banco y proponerle que me conceda un crédito para justificar que puedo permitirme comprar el apartamento. Espero que la dueña acepte una oferta generosa y que no me vea obligada a subir el precio demasiado porque eso sería incomprensible para la chica de la inmobiliaria.

Sigo manteniendo la fe en que estaremos juntos de modo permanente; pero soy consciente de que podría ser dentro de bastante tiempo y no quiero que mientras eso sucede todos los del pueblo me miren constantemente o me pregunten sobre lo que siento siendo rica”

Me la imagino, con lo tímida que es, haciendo planes para que nada en su vida cambie y la gente comience a mirarla con otros ojos sabiendo que tiene muchos millones de euros en el banco.

“Seguiré trabajando y haciendo la misma vida, tampoco sabría en qué gastar el dinero, todo me parece gris si no lo comparto contigo.

Te quiero”

CAPÍTULO VEINTE

—¿Me estás pidiendo que te acompañe a comprarle un bikini a mamá? — Cuando pienso que a estas alturas ya me ha pasado de todo mi padre añade algo nuevo.

—Por favor, quiero que sea un viaje muy especial y sé que a tu madre le haría mucha ilusión.

—Mira lo que tiene en los cajones cuando ella no esté, puedes coger uno y llevarlo a la tienda para que te den la misma talla.

Ir de tiendas con mi padre y elegir un bikini para mi madre me va a resultar un poquito violento, y por eso intento ofrecerle otras soluciones que no sean mirar algo que no podría imaginar en el cuerpo de mi madre porque me recordaría el sueño del jacuzzi convertido en pesadilla.

—Hijo, quiero darle una sorpresa y comprar un modelo como los que ya tiene no lo sería. Además a mí no me gustan. —Descubro que mi padre tiene sus propias ideas sobre la ropa que usa mi madre—. Unicamente tiene bañadores, todos son negros y parecen armaduras para proteger la castidad, algo que sobra decirte ya no es necesario. —Lo que está buscando mi padre es que mi madre se muestre sexy, solo espero que ella acepte bien la indirecta.

—Ya, ya...

—He mirado en un centro comercial, sería cuestión de entrar en un par de tiendas. ¿Vas a venir a comer hoy?

—Sí, mamá me ha llamado hace una hora, está haciendo pimientos rellenos de bacalao y una tarta de café.

—Estoy engordando, desde que sabe que vamos a ir de vacaciones románticas no para de hacer platos riquísimos. Voy a tener que meter tripa durante todo el viaje.

—Me ha preparado un táper con croquetas y otro con merluza rellena de marisco.

Congelaré lo que mi madre me dé porque tengo el frigorífico lleno de comida perecedera y a Mariola, que aunque ha rebajado la cantidad de comida, sigue ofreciéndonos riquísimos menús que degustamos mientras hablamos de la máquina del tiempo. En eso coinciden las dos mujeres; en

meterse en la cocina cuando están nerviosas.

—¡Lo que yo te digo!, le ha dado por cocinar y no para, además cuando lo hace canta, enlaza una canción con otra y también lo hace cuando está duchándose o cuando está vistiéndose.

—Está feliz papa.

—Y yo también. —No hace falta que me lo diga, se le nota en esa risilla que intercala entre cada frase—. Estamos pasando un segundo noviazgo, ¡quién nos lo iba a decir a nuestra edad!

—Me alegro. —Quiero muchísimo a mis padres y me encanta saber que son felices, que no se han vuelto gruñones con los años, que la ilusión estaba ahí esperando a que algo la animase a salir—. ¿Qué prefieres, que miremos ese bikini antes o después de comer?

—Después, si no te importa. Ha quedado para hacerse no sé qué tratamiento que debe ser la hostia porque me ha dicho que tendrá que estar tres horas en el centro de estética. Aprovecharé que la casa estará vacía para esconder el bikini que compre, tu madre tiene un radar especial y tendré que guardarlo muy bien para que no lo encuentre.

—Está bien, comeremos y después te pediré que me acompañes a una tienda de bricolaje porque necesito varias herramientas para mi trabajo, ¿qué te parece como excusa?

—¡Perfecta!, odia todo lo relacionado con las obras, no sospechará porque sabe que a mí también me gusta. Hasta luego hijo, y muchas gracias.

—De nada papá, adiós.

Mis padres comportándose como dos colegiales, Mariola y Rafael lanzándose besos y miraditas tiernas, mi gato se volverá a escapar en búsqueda de gatitas cariñosas en cuanto le quiten los puntos... Tengo que pensar en cosas bonitas para no deprimirme, el amor está en el aire y el mío está levantando la arena de las dunas de la playa de Laredo.

Prueba número cinco.

—¿Cuánto quieres que empuje, hasta dónde?

—Un poquito.

—¿Y cuánto es un poquito, hasta esta?

—Por ejemplo.

Todas las varillas tienen muescas, como las marcas de una cinta métrica, algo básico y cómodo si supiéramos qué sistema de medida usaron los que lo construyeron.

—Ocho y media. —Mariola controla el tiempo—. Tenemos que irnos ya, yo no puedo correr como tú.

—Tienes razón, todo está preparado en la cocina pero no nos conviene llegar con el tiempo justo.

—Suerte.

—Gracias Rafael, alguna vez acertaremos.

Me guardo decir que hemos dado por cierto que la máquina incluye un sistema para ampliar el tiempo del viaje. Son nuestras suposiciones, es posible que no se pueda bien, porque sea inviable mantener un cuerpo lejos de su época y lugar todo el tiempo que se desee o porque sea la máquina la que no tenga esta opción. Existe la posibilidad de que los que la construyeron no quisieran que nadie pudiera quedarse de modo permanente en otro momento de la historia de la humanidad.

Bajamos por la carretera que comunica la valla con la casa de Mariola. Ahora distingo la edificación perfectamente y no entiendo cómo no fui capaz de verla cuando acudí por primera vez con Rafael.

Hay momentos en los que la mente se empeña en ver entre rendijas y otras en las que estas se pliegan para dejarnos ver todo el paisaje. A mí me sucedió por primera vez cuando tenía catorce años. Era septiembre y empezábamos un nuevo curso con dos alumnos nuevos, unos gemelos que habían estado viviendo en Guadalajara hasta que sus padres se habían separado. Su madre había buscado trabajo en Madrid porque a los dos hijos les encantaba la gimnasia, y viviendo en la capital podrían acudir a entrenamientos muy especializados.

Eran idénticos: Kike y Marcos, castaños, ojos marrones, misma voz, sonrisa permanente, idéntico corte de pelo y cuerpos llenos de músculos. Me resultaba imposible distinguirlos, cuando hablaba con uno de ellos siempre terminaba preguntándole su nombre, ¡eran dos gotas de agua!

Cuando pasaron unas semanas las diferencias entre los dos eran tan evidentes que no comprendía cómo no había sido capaz de verlo el primer día que llegaron a clase. Kike era más musculoso, Marcos tenía la voz más grave, Kike era un guasón y Marcos más responsable. A Kike le salían dos hoyuelos cuando se reía y a Marcos solamente se le marcaba en la mejilla derecha. Hace tiempo que no sé nada de ellos, tenían un gimnasio en San Sebastián de los Reyes...

—Nueve menos dos minutos, empecemos a contar.

“Amancio dos” se marcha, llegamos a los quince segundos y lo superamos. Conteniendo el aire empezamos a contar al mismo tiempo festejando cada número.

—Dieciocho, diecinueve, veinte, veintiuno, veintidós, veintitrés...

—¡La luz no se acaba!

El grito de Rafael se escucha a través del teléfono móvil como si estuviera hablándome al oído.

—¡No!

—Ya hemos sobrepasado los diez minutos.

Mariola está eufórica, a mí el alma se me va con cada minuto que permanece encendida la luz del increíble cacharrito, ¡funciona, funciona!

—Las nueve y cuarenta minutos —apunta Mariola en su agenda gritando de alegría— y “Amancio dos” regresa sano y salvo y con una carta.

La cojo y me tapo la cara para contener la emoción. ¡Cuarenta y dos minutos!, tiempo para hablar, para dar un pequeño paseo por la playa, para besarnos sin prisa, para que recueste su cabeza en mi hombro, para mirarnos... ¡Hay tantas cosas que se pueden hacer en cuarenta y dos minutos!, mi cuerpo se ha vuelto ligero, como si hubiera tenido pesas sujetas a los tobillos y muñecas y se habrían soltado.

—¡Rafael!

—Dime.

—No lo toques.

—“Ja, ja, ja”, no pensaba hacerlo muchacho.

Me doy media vuelta y me arrojo a los brazos abiertos de Mariola. No lloraba desde que se murió mi abuelo. Si él estuviera aquí estaría abriendo puertas, sacando vasos y descorchando una botella para brindar y eso es lo que vamos a hacer en cuanto consiga reponerme. ¡Cuarenta y dos minutos!

—Rafael, vamos a ver lo que ha grabado Amancio, ¿vienes?

—Ya estoy en la puerta de tu casa, ábreme. —El teléfono seguía con el altavoz activado.

—Voy a abrir a Rafael. —Mariola sale dando saltitos, todos tenemos los nervios hiperactivos.

—Bien, le espero.

Me cuesta aguantar el dedo en el aire, hace días que no la veo, es urgente que vuelva a contemplar su rostro, su sonrisa. ¿Y si hoy no estaba?, ¿y si la cámara no ha grabado?, me estoy volviendo un paranoico, Rafael entra

frotándose las manos, fuera debe hacer mucho frío.

—¡Ahí está! —He pulsado en cuanto Rafael se ha acercado a la mesa de la cocina.

—Qué guapa es. —Rafael no la había visto antes.

—Sí, muy guapa y tiene unos gestos muy dulces al hablar.

—No se oye.

—No, y está hablando.

—¡Qué pena!, no era problema del primer robot, este es de otra marca y tampoco lo hace, será cosa del viaje en el tiempo.

Clara está explicando algo con una sonrisa, mueve las manos, se toca el pelo nerviosa y lanza un beso a “Amancio dos” que me ha hecho una faena al no grabar la voz de mi chica.

Los minutos pasan y nosotros contemplamos la película muda con una única protagonista: Clara. Si Mariola y Rafael se cansan de verla gesticular se guardan muy bien de decirlo o de hacer algún ademán que denote aburrimiento.

—Tenía una carta.

—Sí. —Se la enseño a Rafael, él no estaba cuando “Amancio dos” ha regresado con la hoja entre sus bracitos metálicos.

La abro y en letras grandes escritas con un rotulador grueso ha escrito: “no pierdas la fe, te quiero”

—Mañana pasaré.

El palmeo de Rafael en la espalda y la mano de Mariola frotando mi brazo es cuanto necesito.

—Avísanos cuando regreses, por favor. Solo queremos saber que todo ha salido bien.

—Os llamaré. —No me puedo comprometer a ir a casa de Mariola cuando regrese para hablar con ellos, sé que estaré demasiado sensible y que necesitaré un tiempo a solas—. No os preocupéis, “Amancio dos” llegó bien, no hemos movido las patillas así que yo también estaré perfectamente.

—He rezado para que todo salga bien. —Mariola me coge las manos, está emocionada y Rafael no para de quitarse y ponerse el gorro de lana.

—Gracias, estoy muy nervioso.

—Yo también lo estoy, Rafael está siempre a mi lado pero me hago una pequeña idea de lo que puedes estar sintiendo en este momento.

Rafael ha sacado los vasitos de chupitos y los ha llenado hasta la mitad de

licor de manzana reineta. Lo tomo de un trago para apaciguar los nervios y dejar de temblar. Falta media hora.

—Hola.

—Beltrán.

La abrazo tan fuerte que me da miedo hacerle daño y aflojo sin soltar. Su olor es mejor que mi recuerdo, su delicado cuerpo que parece perderse entre mis brazos, su calor... ella es mejor que cualquier sueño.

—Has adelgazado.

—Un poco —me confiesa retirando su mirada para protegerla de la mía.

—Cariño.

Vuelvo a atraerla hacia mi pecho y pienso que está sola en esta aventura sin saber si yo la había olvidado o si volveríamos a vernos. Mi dolor se vuelve insignificante ante el suyo y beso su pelo y su cuello en el punto donde el pulso desvela que su corazón late acelerado.

—¿Cuarenta y dos minutos?

Me mira al preguntármelo, hoy sus ojos tienen el tono del musgo después de una noche de lluvia y asiento con una sonrisa porque he perdido la voz en la tormenta de emociones que azota mi interior.

—Ven.

Extiende su frágil mano hacia la mía, la sujeta entre sus delgados dedos y comienza a andar, mis piernas la siguen, mi mente intenta poner en su sitio cada sentimiento pero son como niños pequeños saliendo al patio, corren, saltan, se chocan y ríen sin pensar en que este gozo será pasajero.

Su habitación está en penumbra, no entra luz por la ventana que tiene la persiana levantada y la cortina plegada a un lateral. Es de noche y las gotas de lluvia arremeten contra el cristal que las apacigua deslizándolas. La luz del pasillo llega suavizada y confiere un ambiente que yo, con las emociones a flor de piel, encuentro sutil y romántico.

—Tendrás que ayudarme cuando veas que no puedo continuar.

—Sí —respondo sin saber muy bien de qué me está hablando, estoy emborrachándome con nuestros besos.

—¡Ummm!

Despega sus labios de los míos, intento volver a unirlos, quiero más pero Clara se mantiene firme y sus dedos desatan los botones de mi camisa ante mi mirada incrédula.

Me encantaría que pudiéramos ser lentos, tomarnos minutos en cada gesto

para exprimirlo; pero recuerdo los cuarenta y dos minutos que ahora mismo se habrán rebajado a cuarenta y recobrando la lucidez busco mi cinturón, lo suelto y para no ser descarado me salto el pantalón sacándome primero las deportivas que no oponen mucha resistencia al estar flojos los cordones.

Mi pantalón vaquero cae al suelo, Clara se está quitando la camiseta y ansioso como estoy por sentir su cuerpo desnudo pegado al mío elevo mis piernas para liberarlas de las perneras del pantalón y de paso quitarme los calcetines.

—Ahora —me susurra tocándose el pelo.

—¿Ahora?

—Ayúdame ahora. —Se retuerce las manos, se ha quedado en ropa interior y puedo ver su piel erizada.

Retiro la manta y la sábana, la tomo en brazos sonriendo al recordar ese sueño, y la dejo sobre la cama. Me quito el slip mirándola fijamente, Clara me imita retirándose su sujetador y su braguita. Nos besamos y nos sabe a poco, nos tocamos y queremos más, mucho más.

¿Cómo describir un arcoíris a quien nunca ha visto el cielo atravesado por una paleta de colores después de una tormenta?, ¿con qué palabras se imaginaría quien no se ha acercado a un acantilado el sonido de las olas al romper contra las rocas y el olor a sal?, ¿cómo explicar la magia?

—¿Estás bien?

—Sí.

Su voz es perezosa al igual que los movimientos de su mano sobre mi pecho. Ahora respira tranquila pero hace unos momentos a los dos nos faltaba el aire, me habría levantado y abierto la ventana del cuarto si con eso se hubiera solucionado nuestras respiraciones agitadas pero era tiempo lo que necesitábamos. Nunca había sentido esa conexión, ese momento en el que me vuelto parte de Clara y ella de mí.

—Te quiero.

—Te quiero. —Detiene el movimiento de su mano y levanta la cabeza para mirarme—. No quiero que te vayas.

—¡Ni yo quiero hacerlo! —La atraigo hacia mí y beso con desesperación su cabello—. Hemos conseguido cuarenta y dos minutos.

—¿Y cuánto tiempo nos queda?

—No lo sé. —Podría jurar que he llegado hace cinco minutos, los dos estábamos demasiado necesitados y nos hemos saltado algún paso que no

hemos echado en falta—. Voy a mirar.

Muevo el brazo que rodea los hombros de Clara para acercar mi muñeca, al hacerlo el pecho de Clara toca el mío y eso despierta lo que solamente hemos calmado superficialmente.

—Las nueve y media.

—¿Ya? —Se incorpora y me mira apenada.

—Ya. —A mí también me duele saber que únicamente tenemos diez minutos—. Mañana no podré venir, vamos a seguir moviendo varillas, la que hemos tocado y que ha ampliado el tiempo todavía tiene unos milímetros que podemos introducir en el huevo.

—Y hasta que lo hagáis no sabréis si aumenta el tiempo que la luz está encendida.

—Así es, en una de las pruebas uno de los robots volvió en llamas.

—Ten cuidado. —Se ha asustado, no tenía que habérselo contado.

—Lo tendremos, y si funciona volveré a pasar pasado mañana.

—¿Y sí no?

—Volveríamos a colocar la varilla en la posición que tiene hoy.

—Tendríamos de nuevo cuarenta y dos minutos.

—Sí.

La máquina es tan misteriosa... hay varillas que todavía no hemos tocado y podrían ser muy peligrosas. Clara besa mi cuello y aleja los oscuros pensamientos que acechan mi mente.

—¡Ummm!

—¿Qué?

—No deberías hacer eso.

—¿No te gusta?

—Me encanta. —Me parece que está jugando conmigo—. Lamentablemente no tenemos tiempo.

—¡Oh! —Compone un exagerado puchero, no quiere que nos despedamos tristes—, es una lástima.

—Sí que lo es, ¿quieres ducharte? —Se ha incorporado y ver el contorno de su cuerpo me hace hervir la sangre.

—¿Lo hacemos juntos?, un minuto.

—Sí.

Contamos en alto los segundos para no despistarnos, sesenta segundos que apuramos mirándonos a los ojos mientras el agua cae por nuestros cuerpos.

—¿No te has dado ningún capricho? —Me estoy atando las botas, nos quedan dos minutos y medio.

—No, todavía no he tenido tiempo. —Se queda con la mirada perdida en algún punto del cuarto

—¿No?

—No he querido —rectifica mirándome muy fijamente—, sin ti...

Dedicamos los últimos segundos a abrazarnos y a hacernos promesas. Al llegar a mi cocina la rabia me puede y golpeo la pared con el puño dejando una marca de sangre en la pintura.

Prueba número seis.

—¿Seguimos con esta varilla?

—Sí. —Acerco la cámara y amplio la imagen—. Todavía se puede introducir cinco milímetros.

—Está bien, tú mandas.

—Yo propongo, el que manda se supone que sabe lo que hay que hacer y yo no tengo la menor idea.

—¿Nos vamos?

—Sí.

—Hoy te va a dar pena no poder pasar.

—Mucha —le confieso a Mariola al bajar las escaleras—, anoche fue muy especial.

—Me lo puedo imaginar, pasar de tener quince segundos a cuarenta y dos minutos es un salto al vacío.

—Sí, fue maravilloso.

—Tarde o temprano acabaremos entendiendo el funcionamiento de la máquina, la controlaremos.

—Sí.

Mariola tiene un corazón de oro y le duele que Clara y yo no podamos estar juntos.

Preparamos el suelo, los guantes, la cámara y a “Amancio dos”. Mi terminal está conectado al de Rafael, el reloj marca las nueve menos cuarto, es la hora de enredar en el artilugio.

—Cuando quieras Rafael.

—Voy.

Coloco a “Amancio dos” frente a la pared. Mariola empieza a grabar, ¿Cuántos minutos podremos ampliar esta noche?

—¡Me cago en...!

—¿Qué pasa?

—No sé, algo ha crujido, la varilla se ha trabado.

La luz aparece y Amancio se marcha. Empezamos a contar y a los quince segundos exactos Amancio regresa dejándome deshecho.

—¡La luz se ha apagado! —Brama Rafael.

—Lo hemos visto —le responde Mariola, yo estoy maldiciendo mentalmente que una vez más las cosas no salgan como deseamos, Clara no entenderá nada y yo no puedo explicárselo.

—Voy para allá, quiero verlo.

—Y yo también.

Sin acordarme de la cazadora abro la puerta de la calle para que pase Mariola que sí tiene la cabeza en su sitio y además de ponerse la suya me pasa la mía que encuentra en el salón.

—Gracias —le digo con todo el cariño que puedo reunir en este momento.

—Si no te cuidas no podrás traer a Clara.

—Sí. —recapacito—. ¡Pobre Rafael!, se estará echando la culpa. —Ahora ya no puede oírnos.

—No lo dudes, le conozco muy bien y le habrá dolido tanto o más que a ti.

—Él lo ha hecho siempre muy bien. El metal de esa máquina es muy endeble, lo raro es que haya aguantado tanta manipulación.

—Fabián estuvo un par de días metiendo y sacando las varillas sin parar, se le cayó al suelo, lo chutó, se mojó con el zumo de naranja... ¡no sé cómo ha durado tanto!

—Tiene abollones.

—¡Pobre Rafa!

Ya no decimos más, estoy pensando en Clara, en Rafa que se estará sintiendo culpable y en una idea, no es la primera vez que pienso en algo que empieza a presentarse como la única solución.

—¡No quiero escuchar ni una sola palabra diciendo que lo has roto!

—Pero...

—Ni pero ni pera. —Eso me recuerda a mi madre, solo las madres saben decir esas palabras—. Se ha roto por viejo y se me hubiera roto a mí, a Beltrán, o la varilla se hubiera terminado cayendo sola.

—Tiene razón Mariola. —Es cuando puedo añadir.

—Está bien, yo solo puedo decir que la he tocado con el mismo cuidado

que siempre.

—Por supuesto que sí cariño.

Examinamos de cerca el huevo, Mariola intenta mover la varilla, ella es quien menos fuerza tiene, y sabe controlarla mejor.

—¡Para, para! —le pido gritando.

—¿Qué? —me pregunta con las manos levantadas como si la estuviera atracando pistola en mano.

—No podemos tirar de la varilla, he visto como empezaba a moverse esa. —Acerco mi dedo a otra de las patillas—. Se han debido enganchar por dentro.

—¿Y qué hacemos?

Rafael se rasca la cabeza, Mariola se atusa el recogido y yo me toco la barbilla. Ahora estamos demasiado nerviosos, podríamos hacer una tontería, lo mejor será que nos vayamos a la cama.

—Dormir y hablar mañana.

—Bien pensado muchacho, no nos precipitemos.

—¡Qué pena!, ya estábamos muy cerca.

—Todavía podemos conseguirlo tengo que pensar, hasta mañana. —Lo tuvimos cerca.

—Hasta mañana, intenta descansar y llámanos si nos necesitas.

Me coloco delante de la pared de mi cocina, es la única manera, la máquina del tiempo se rompe y no sabemos si mañana producirá la luz. ¿Serán suficientes quince segundos para Clara?

CAPÍTULO VEINTIUNO

—No queremos preocuparte más de lo que ya estarás pero esta noche hemos escuchado un ruido extraño.

—¿Qué tipo de ruido?

Estamos desayunando los tres en la cocina de Mariola a la que he acudido después de una noche de insomnio. Hoy no tenemos el hambre que otras mañanas nos hacía devorar las tortitas o los deliciosos bollos de mantequilla. Hoy nos limitamos a masticar, tragar y beber porque sabemos que alimentarnos bien a estas horas es importante para tener la mente activa y con energía suficiente para afrontar un día incierto.

—El ruido lo hacía la máquina —me aclara Ramón aunque me lo imaginaba, no me iban a hablar del grifo del baño que gotea—, no sabría decirte, como chirríos, como si alguien abriese una puerta cuyas bisagras estuvieran oxidadas.

—¿Sigue haciéndolo?

—No, lo oiríamos desde aquí.

—¿Tan fuerte era? —Hay dos plantas de diferencia, tuvo que darles un buen susto.

—Lo escuchamos a las dos, a las tres y media más o menos y a las cinco y diez —puntualiza Mariola sirviéndonos otro café, ese sí es bien recibido, yo al menos sí que lo agradezco.

—Subimos los dos a mirar y en el centro el huevo tenía una pequeñísima luz. —Rafael ya estaba tardando en rascarse.

—Sí, como si hubiera una vela encendida dentro.

—¿Cuándo el ruido paraba la luz se apagaba?

—Sí.

Mariola me ofrece un bollo, ha vuelto a cocinar cosas sabrosas y llenas de calorías para, como ella mismo ha dicho: “matar el tiempo”, y sin hambre lo acepto, el día podría ser muy largo.

—Se está rompiendo.

—A lo mejor es un tipo de ajuste.

—Gracias Mariola por tus ánimos pero no tengo esa esperanza.

Apuro el café esperando que me reconforte pero solo siento frío. Anoche me dormí pasadas las cinco de la madrugada sintiendo que algo no iba bien, que no nos quedaba mucho tiempo. Hoy lo que era un presentimiento se ha convertido en una realidad.

—Tengo que ir a Madrid, volveré antes de la noche.

—Buenos días.

—Hola, ¿en qué puedo ayudarle?

—¿Tienen peluches con forma de persona?

—¿Perdón?

La tercera tienda en la que entro y los tres dependientes me han mirado como si yo fuera un perverso buscando material nuevo. No me extraña, a mí también me lo parecería si estuviera trabajando en un comercio que vende ositos de peluche, jirafas, monos, elefantes...y un tipo entrase pidiéndome uno con la forma y el tamaño de una mujer.

—Déjelo, perdone.

Busco lo que no quería; pero no me queda otro remedio. Hay una tienda especializada a tres manzanas de donde estoy y me encamino convenciéndome que no hay diferencia, yo no quiero una muñeca hinchable para tener un sexo solitario y deprimente, yo necesito una forma de mujer y si tengo que entrar a un sex shop para conseguirlo lo haré sin dudar aunque sean lugares que siempre me hayan parecido sórdidos.

—Buenos días.

—Que hay.

El tipo está apoyado sobre el mostrador que hay al fondo del local, está leyendo un comic y ni siquiera ha levantado la vista para saludarme. Debe tener lentes de visión nocturna integradas en los ojos que le permiten distinguir las letras porque la luz es escasa y rojiza.

Una televisión situada estratégicamente en la entrada está emitiendo una película porno, imposible no mirar y ver a tres musculosos hombres negros turnándose para darle gusto a una chica de rasgos orientales muy pequeña. Viendo lo que dos de ellos le hacen pienso que la chica tiene que estar anestesiada para poder acoger “esas enormes cosas” sin perder la sonrisa.

A ambos lados del local hay vitrinas que muestran todo lo que vende este comercio: penes de diferentes formas y tamaños, anillos, cremas lubricantes, fustas, máscaras para la cara y muchas otras cosas para dar placer y que no me interesan. Tres personas están mirando sin mucha intención de comprar, algo

que yo si quiero hacer y como no veo muñecas hinchables no me quedará más remedio que sacar de su entretenimiento al de la cresta de mil colores.

—¿Tenéis muñecas hinchables?

—Sí.

—Quiero comprar una.

Por fin levanta la cabeza, podría haberla mantenido oculta, tiene dilataciones en los lóbulos y también luce unos considerables agujeros en ambas mejillas y otros más pequeños a en las dos fosas nasales. Le puedo ver las muelas y la lengua moviéndose dentro de la boca. No me resulta agradable de mirar. ¿Cómo hace para que la comida o la bebida no se le escape por los agujeros?, ¿y cuando está constipado?, mejor no visualizarlo

—¿De qué tipo?

¡Tiene la lengua partida en dos como las serpientes!, paso la punta de la mía por el interior de los dientes, me está dando dentera ver cómo se humedece los labios.

—De un metro sesenta de altura.

—¿Solo necesitas ese requisito?

—Solo.

—Ok tío.

Entra al almacén con el pantalón cayéndose, ¿cuándo va a morir esa moda de llevar la ropa enseñando medio culo?, este chico ha juntado todas las tendencias y se las ha echado encima. Tampoco su piel se ha librado de la invasión de tatuajes que agolpados unos contra otros no permiten distinguir donde acaba uno y empieza el siguiente. Sale con varias cajas que deja caer sin ningún miramiento sobre el mostrador.

—Tengo a Sabrina, a Davinia, a Melissa. —Me va pasando las cajas que tienen fotos de muñecas con la boca abierta y pintada de rojo—. Roxy es algo más cara porque tiene un tacto más suave y tiene pelo natural de mujer en el coño y Pamela que incluye un programa que emite suspiros y orgasmos. Y si te gustan las negras Kim es perfecta, tetas altas, culo en forma de manzana y pelo rizado. Creo que me queda una asiática, si te ponen entro a buscarla.

Me he quedado sin palabras, no por la diversidad de muñecas hinchables que hay en el mercado, no soy un chiquillo, las he visto anteriormente y he jugado con mis amigos lanzándolas al aire en alguna fiesta universitaria. ¿Le habrá dado tiempo de mirar la altura de cada una de ellas o es tan listo que guarda en su memoria hasta las medidas de todos los penes que tiene en la

vitrina y si llevan dos pilas o cuatro?

—¿Todas miden un metro y setenta centímetros?

—Eso no lo he mirado.

A este chico se le van las ideas por los agujeros de su cara, ¡si es lo único que le he pedido! A veces las apariencias engañan, este no es el caso, el muchacho no da más de sí. Si le he pedido una muñeca hinchable es porque no soy vergonzoso, no estoy dando un rodeo para saber que muñeca tiene unas características mejores para mis gustos, solo quiero que cumpla con el requisito de medir un metro y setenta centímetros.

—Davinia mide un metro y setenta centímetros. —Desplaza la caja por el mostrador haciéndola girar.

—Me la llevo.

—Yo me llevaría a Roxy, si quieres te la saco de la caja para que lo compruebes tío. Con Davinia te va a quedar el nabo escocido para una semana, ¡como raspa la hija puta! Y si no te gusta que tenga pelo se lo quitas, lo tiene pegado con un velcro para que puedas lavarlo después de correrte si eres escrupuloso.

Empieza a sacar a Roxy de su caja, ¡este chaval es tonto o es demasiado listo y me quiere vender la más cara!

—¿Cuánto mide Roxy?

—Un metro sesenta.

—No me sirve.

—Claro tío que la quieres de un metro setenta, entonces llévate a Kim, eres un tío grande y si todo lo tienes proporcionado te vas a sentir más cómodo con la negra.

—¿Y mide? —Estoy empezando a perder la paciencia.

—A ver...un metro y setenta y cinco centímetros. Tú eres un tío muy grande, cinco centímetros más te van a venir muy bien cuando estés empotrándotela, ya sabes, tienes que agarrarla tú, ellas no se mueven mucho “ja, ja, ja”. Hay gente que rodea a la muñeca con una cuerda y se la ata a la cintura, eso facilita que no se le escurra en el momento final.

—Ponme a Davinia, se me hace tarde. —Añado para que entienda de una vez por todas que: o me vende a Davinia o se queda sin venta y busco otro sex shop donde tengan un dependiente algo más espabilado.

La puerta del baño de mi habitación está abierta y me veo a mí mismo sentado en mi cama con Davinia creciendo entre mis piernas. Cada soplido hace

aumentar un antebrazo, una mano y la cabeza que no tiene pelo. Los ojos son muy grandes y redondos, como en los dibujos japoneses, la nariz es diminuta y la boca abierta en forma de rosquilla de anís está pintada tanto por fuera como por dentro de un obscuro rojo sangre.

Las piernas son las últimas en inflarse y cuando lo hacen miro hacia otro lado, ya sé lo que tiene entre las extremidades inferiores, y en cuanto alcanza su tamaño completo la dejo sobre la cama y busco en mi armario algo con lo que cubrir ciertas zonas. Encuentro un equipaje de mi época de jugador aficionado al fútbol sala y visto a Davinia. Ya no parece un objeto para viciosos del sexo, ahora parece una animadora de un equipo del barrio.

La pongo en posición vertical, compruebo que sus pies estén tocando el suelo y la abrazo. Cierro los ojos y mantengo las manos sobre la tela de la camiseta para alejar de mí a Davinia y colocar en su lugar a Clara. El volumen es muy parecido, no percibo diferencia y si la hay es insignificante. El teléfono suena, poso con cuidado a Davinia sobre la cama como si pudiera lastimarse.

—Beltrán, ¿estás bien?

—Sí.

—Esta mañana cuando te has marchado de casa tenías una cara rara. Rafael y yo hemos preferido esperar pero yo ya no aguantaba más.

—Perdonad, no pretendía asustaros. Estoy en casa, ¿por qué no venís y os explico en lo que estaba pensando?

—Danos diez minutos, lo que tarde en cambiarme de ropa.

—No hay problema, aquí me encontraréis.

Son las cinco y veinticinco, nunca había deseado tanto que llegase las nueve menos dos minutos. Estoy aterrado, la máquina ha dado muestras evidentes de su deterioro, ¿funcionará hoy?, ¿me llevará a casa de Clara o los cambios también habrán afectado a la dirección? No quiero pensarlo...

—¡Muchacho! —El abrazo me deja sin respiración, Rafael tiene mucha fuerza y ha decidido aplicarla apretando mi pecho—. Nos tenías preocupado.

—Ya lo siento, me dejé llevar por mis pensamientos y no me di cuenta de que mi comportamiento podía asustaros. Sentaros, por favor. —Me hago a un lado para que entren y que busquen acomodo frente al fuego.

—Bueno, es normal que andes un poco alterado. —Dejo sus chaquetas en las sillas del salón y regreso la chimenea, a la que me he acostumbrado rápidamente, proporciona un calor muy acogedor—. Después de lo que le ha pasado a la máquina del tiempo.

—Tenía una idea, de hecho es algo que vengo pensando desde hace tiempo, digamos que un plan “b” por si no conseguíamos controlar la máquina.

—Y anoche sucedió.

—Sí, anoche se hizo evidente que no íbamos a poder manipularla por más tiempo, tengo el presentimiento de que hoy, si funciona, será mi última oportunidad.

—Yo también lo creo. —Mariola busca la mano de Rafael—. No pensaba confesarlo pero ahora que tú mismo lo estás diciendo ya no tengo que ocultarlo.

—¿Y qué idea es esa? —Rafael está intrigado.

—Ahora os la enseño.

Entro en mi habitación, Davinia está tumbada mirando al techo con las piernas y brazos extendidos. La cojo de una mano y la llevo al salón dejando a Mariola y a Rafael con las bocas abiertas.

—¡Ah! —consigue decir Rafael demasiado confundido para rascarse la cabeza.

—¿Ah? —Mariola le mira— ¿Tú sabías algo de esto?

—¿Yo?, ¡qué va!

—Cómo has dicho ¡ah!...

—Mujer, por no quedarme en silencio.

—Yo os lo explico. He comprado esta mañana esta muñeca hinchable que tiene la misma altura que Clara para atravesar el tiempo agarrándola. Si pasa conmigo le pediría a Clara que volviese abrazándose a mí.

—¿Hoy?

—Sí, esta noche si el haz aparece.

—Pero nos contaste que la primera carta no pasó porque sobresalía de tu cuerpo.

—Sí, así fue, pero me he fijado en que los robots aunque más pequeños que yo tienen más profundidad y sin embargo pasan.

—¿Quieres decir que si tu agarras a esta muñeca y no sobresale de tu cuerpo pasará contigo?

—Sí, eso creo, todo lo que enviamos vuelve.

—¿Hablasteis de ello Clara y tú antes de ayer?

—No.

—Al comprobar que podíamos ampliar el tiempo que duraba el viaje creí que eso mismo era lo que tendríamos; tiempo para hablar con calma, para

conocernos mejor. Evidentemente no podemos estar juntos viviendo en dos épocas diferentes por lo que nos sentaríamos y acordaríamos si era mejor quedarnos los dos en su tiempo o en el mío. La rotura de la patilla lo ha precipitado todo.

—¡Uf!

—Buen resumen cariño. —Mariola palmea a Rafael, los dos están todavía intentando digerir a Davinia y lo que quiero hacer con ella.

—Viajan objetos: la carta, el robot... también seres vivos: tú, yo...

—Teníamos que haberle puesto algo sobre los brazos al robot para simular más volumen.

—Es un poco tarde Mariola, no me atrevo a dejar pasar una oportunidad, si es que la tenemos.

—Ya. —Mira de reojo a Davinia que tiene cara estar viendo en el techo la octava maravilla—. ¿Y si no quiere venir?, ¿lo has tenido en cuenta?, no quiero desanimarte pero...

—Lo he pensado. —La bilis asciende por mi garganta al imaginar sus labios formando la palabra “no”—. Aceptaré lo que ella decida.

—Cuando te vea llegar con la muñeca se va a quedar de piedra.

—Davinia. —Apunto sonriendo como puedo, si pienso en todo lo que puede salir mal me derrumbaría y ya habrá tiempo para hacerlo.

—¿Traía esa ropa? —Rafael se ha puesto las gafas para ver mejor su cara y su gesto de: “hazme lo que quieras”

—No, se la he puesto yo, venía desnuda.

—Tapadita está mejor.

—Sí, busqué un peluche de este tamaño pero no encontré nada, no me quedó más remedio que comprar esto.

—Bueno, ¿qué más dará un muñeco u otro?, lo importante es que pase y permita que pueda volver Clara en su lugar. —Mariola ha retomado la entonación alegre.

—Pues sí. —Rafael coge a Davinia del brazo y la eleva, al comprobar que no pesa nada la vuelve a dejar en su sitio—. ¿Te dará tiempo a explicarle lo que ocurre en quince segundos?

—Tendrá que dar, hablaré rápido y seré muy conciso.

—¿Tienes pensado el texto?, no puedes arriesgarte a llegar y a quedarte en blanco.

—No... ¿me ayudáis?

—Claro muchacho.

—¿Preparo café? —Mariola ya se está dirigiendo a la cocina.

—Sí, nos vendrá bien para tener la mente despejada.

—Cuando me digas.

—Voy a decir: preparados, listos, ya. Después del “ya” empezará a contar el tiempo.

—Muy bien.

Tomo el papel, me aclaro la voz y me preparo para hablar todo lo rápido que pueda sin comerme palabras o letras.

—Preparados, listos...ya.

—Clara, no hables, no tenemos tiempo, la máquina se está rompiendo, solo tendremos esta oportunidad, ¿quieres venir conmigo? Una vez que pasemos no podrás regresar a tu tiempo, tendrás que quedarte en mi mundo de modo permanente. Clara te quiero más que a mí vida y te prometo que haré todo lo posible para que no te arrepientas, si quieres venir abrázame.

—Dieciocho segundos.

—Y si yo fuera Clara me aturrullaría con tantas palabras, no captaría lo que quieres decirme.

—Lo recompondré.

—Cuando me digas.

—Preparados, listos...ya.

—No podré venir más, si quieres venir conmigo abrázame, no podrás volver a tu tiempo.

—Siete segundos, ahora te has quedado corto.

—Mariola, ¿me ayudas? —Voy a empezar a comerme las uñas por desesperación.

—Con mucho gusto, pásame un folio y un bolígrafo.

—¿Qué te parece?

—Perfecto.

—Gracias.

—Rafael...

—Preparados, listos... ya.

—Esté será probablemente mi último viaje, la máquina se rompe, abrázame si quieres venir y vivir conmigo en mi época. No podrás regresar pero te prometo que no te arrepentirás.

—Nueve segundos.

—Le quedarían seis segundos para pensarlo.

Me gusta lo que ha escrito Mariola, es directo, breve y es cierto, si viene conmigo dedicaré mi vida a cuidarla y a amarla.

—No lo tocamos —le digo a Mariola—, lo voy a aprender de memoria.

—Tienes una hora.

—¿Quieres que nos quedemos o prefieres que nos marchemos?

—Quedaros, por favor, habéis participado desde el principio, si viene le gustará veros.

—¡Qué nervios!

Mariola se ha levantado y camina por el salón como hace siempre, como si sus pies quedasen a dos milímetros del suelo. Rafael se frota las manos, ella le ha dicho que tiene que dejar de rascarse la cabeza con tanto ímpetu porque va a terminar haciéndose heridas y está intentando encontrar otro gesto que hacer suyo.

—Sí. —Aspiro y expiro, ¿y si no puedo pasar?, ¿y si yo si viajo pero Davinia se queda en la cocina?

—Voy a calentar agua para hacer unas tilas que nos van a venir muy bien, nada de cafeína que ya hemos tomado bastante.

—No me gustan mucho esas infusiones.

—Pero te la vas a tomar para calmarte y no partirte los dedos.

—Está bien, le echaré bastante azúcar. —Rafael se lo pide con una sonrisa que quiere decir: “mujer, yo bebo lo que me digas pero déjame endulzarlo”

—Nos hemos ganado todo el azúcar que queramos tomar hoy.

—Voy a ir a cerrar a los perros y vuelvo. —Rafael sale calándose la gorra hasta las cejas.

—Está muy nervioso, anoche se levantó cada media hora para mirar la maquinita.

—Ya lo siento.

—¿Qué dices?, nos has removido, estábamos tan acostumbrados a fingir que si no hubieras llegado a nuestra vida nos habríamos muerto sin decirnos lo que sentíamos.

Nos reímos y abrazamos. Retomo la memorización del pequeño texto que parece empeñado en olvidárseme.

—¡No me lo puedo creer!, no consigo retener las palabras.

—Son los nervios, ¿puedo pedirte un favor?

—Dime.

—¿Te molestaría si, además de las infusiones, preparo algo para cenar?, cocinar me relaja.

—Y tendremos que alimentarnos, la cocina es tuya, abre todos los armarios y utiliza lo que necesites.

—Gracias.

—Gracias a ti, vas a hacer la cena para los cuatro.

“Cuatro”, bonito número, personas cenando algo que será sin duda muy rico porque Mariola cocina como los ángeles. Ojala...

—Los perros estaban muy nerviosos, debe de aproximarse una tormenta muy fuerte o han olido algún animal salvaje rondando cerca.

—¿Les has dejado en sus casetas? —Mariola los quiere tanto como a Merengue.

—Sí y he cerrado las contraventanas, dejarles a oscuras les viene bien cuando están así de excitados.

Miro por la ventana, si va a venir una tormenta y los perros la han detectado deben de tener un instinto muy desarrollado, el cielo está despejado y la luna, aunque solo muestra un gajito al estar menguando, es nítida y está acompañada de miles de estrellas.

—¿Cuánto queda?

—Diez minutos. —Me lo sé de memoria, miro el reloj constantemente.

—La cena está preparada: crema de puerros y rollitos de jamón dulce rellenos de espárragos y queso ricota. —Levanta la tapa de la cazuela, la crema tiene un aspecto delicioso y me comería un plato bien lleno si yo pudiera sentir hambre en este momento. Abre la puerta del horno y perfectamente ordenados hay dos filas de rollitos cubiertos de una fina salsa —. He visto que tenías fruta y yogures y no me daba tiempo a preparar un postre...

—Has hecho maravillas con las reservas de mi frigorífico.

—Había más variedad de la que esperaba. Voy a limpiar la encimera, meter al lavavajillas estos cacharros y la cocina quedará perfecta.

—Déjame ayudar, si vuelvo a repetir una vez más el texto me volveré loco.

—¿Y yo que hago? —Rafael también necesita ocuparse de algo.

—¿Te has fijado si la chimenea está bien aprovisionada de leña?, cuando yo viajé llegué destemplada, ¿sucede siempre?

—Sí.

—Entonces nada como un fuego de leña para recuperar el calor corporal.

Rafael sale de la cocina contento por tener algo en lo que colaborar. Los minutos se han vuelto de plomo y temo que mi nivel de nerviosismo siga aumentando, me duele el estómago y mis manos están pegajosas.

—Cargada de leña, no entraba ni una astilla más.

—Muy bien, la cocina también está limpia.

—Habrá que traer a Davinia y despedirse de ella. Va a ser la primera muñeca hinchable que viaje en el tiempo.

—Podría ser un viaje de ida y vuelta. —O no haber viaje ni para Davinia ni para mí.

—No pierdas la fe.

—No, hay que ser positivo —se lo digo a Mariola mientras me pongo a buscar en mi mente algo que me pueda servir para usarlo como recarga para la positividad.

Davinia está en un sofá y noto su plástico caliente al cogerla del brazo. Rafael no ha mentido y la chimenea parece el horno de una fundición.

—Bueno Davinia, ha sido un placer conocerte.

Rafael busca su mano y se la estrecha. Al apretar el aire se desplaza hacia la cabeza haciendo que el cuello se enderece.

—Llega el momento.

Mariola se coloca donde ya sabe que la luz no puede tocar su cuerpo. Rafael se pone a su lado y yo abrazo a Davinia como si nos dispusiéramos a bailar un vals. Me duele el corazón, o será algún tejido cercano pero la verdad es que estoy empezando a sentirme realmente mal y cierro los ojos visualizando la sonrisa de Clara.

—¡Sí! —He viajado, lo siento, y al abrir los ojos encuentro los de Clara muy abiertos mirando a Davinia.

—Beltrán.

—Este será probablemente mi último viaje, la máquina se rompe...

Clara corre al salón, ¿por qué se marcha?, esto no está saliendo como habíamos planeado, si no puedo acabar de contárselo de nada habrá servido traer a Davinia vestida de futbolista. Voy hacia ella y se choca conmigo en la puerta.

—Estoy lista.

Lleva una manta agarrada a su pecho y me abraza con una fuerza que no sé de dónde saca, cada día está más delgada.

—No tengas miedo.

La rodeo con mis brazos y el frío se apodera de nosotros. ¡Hemos pasado! No me atrevo a abrir los ojos, tengo miedo de que sea un sueño.

—Bienvenida, Clara.

—Hola —contesta ella, no puedo estar soñando.

Clara se aleja y observo, todavía aturdido, como se abrazan. Tengo la manta que ella ha traído y la poso sobre la silla con una sonrisa de felicidad absoluta.

—Rafael es mi pareja. —Le presenta Mariola—. Tendrás frío, y tú también Beltrán, vayamos al salón.

Menos mal que Mariola ha tomado las riendas, estoy impactado por ver a Clara en mi casa, porque una apuesta tan arriesgada haya funcionado. Los sigo y me siento al lado de la mujer que lo ha dejado todo para estar a mi lado.

—¿Cómo lo has sabido? —El calor de la chimenea empieza a hacer efecto.

—Ha sido casi instintivo. —Busca mi mano, yo me reprendo por ser un idiota y no haber cogido la suya primero—. Ayer fueron quince segundos, eso me hizo pensar que la máquina no se comportaba como tú querías. Hoy llegas con la muñeca, la cara muy seria y hablándome atropelladamente. He tardado dos segundos en interpretar todas las pistas.

—¿Y cómo has deducido que viajarías con Beltrán si te abrazabas a él?

—No lo sabía. —Me mira y me maravilla su sonrisa, su dulce voz, su limpia mirada—. Había dos opciones: pasar o quedarme agarrando mi manta si él desaparecía solo.

—Esa manta tiene que ser muy importante para ti.

—Es el único recuerdo que guardo de mi abuela, no podía dejarla. Voy a por ella, no sé dónde la he posado.

Se levanta y yo la dejo porque quiero darle su espacio. Si se siente mejor recogiendo su manta y tapándose con ella no tengo nada que objetar. Mariola y Rafael me sonríen, todo ha terminado y hoy es el primer día de nuestra nueva vida. ¡Todavía no lo asimilo!

—La dejé sobre una de las sillas de la cocina.

—Ahora vengo.

Me froto la cara, ¡se terminó!, no más viajes, no más pruebas, me cuesta asimilarlo pero es así.

—¿La encuentras?

No hay contestación y me giro para ver si ya está saliendo con la manta en sus manos. Desde el la zona del sofá donde yo estoy sentado se puede ver la

puerta abierta de la cocina y hay una luz azulada que me pone los pelos de punta.

—¿Clara?

—¿Qué pasa?

—Quedaros quietos.

Me levanto y corro hasta el marco. Había posado la manta sobre la silla más cercana a la pared blanca y ahora Clara y su manta han desaparecido.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Sin tiempo para volverme loco Clara reaparece envuelta en su manta de cuadros, tiritando y con cara de desorientación.

—¡Al suelo!

No reacciona a mis palabras, está quieta mirándome con los ojos enrojecidos. La abrazo y la obligo a agacharse para que se tumbe.

—La máquina está de nuevo funcionando —le digo aunque ella misma lo acaba de comprobar, su cuerpo está muy frío—, tenemos que salir de aquí.

—Sí —me responde con un hilo de voz.

Todavía no se ha recuperado de la impresión que le ha causado el lugar al que haya viajado, la dirijo para que salgamos de la cocina y reptando llegamos al salón.

—No os levantéis.

—No —contestan al unísono Mariola y Rafael, están en el suelo hechos una bola con la cabeza ladeada para poder ver algo de lo que acontece a nuestro alrededor.

—Vamos.

Avanzando a gatas nos colocamos al lado de ellos, detrás del sofá grande de cuero, el lugar donde hace un momento estábamos sentados los cuatro y que ahora hace las funciones de barrera para protegernos de lo que pueda ocurrírsele hacer al aparato que ha decidido meter horas extra esta noche.

—Esa máquina se ha vuelto loca.

—¿Te ha llevado a tu casa?

—No —responde todavía atemorizada—, era una llanura helada barrida por un viento tan frío que me quemaba al respirar. He empezado a contar pensando que si sobrepasaba los quince segundos y no me traía de vuelta moriría congelada.

—¡Otro haz!

La luz ha cambiado de trayectoria y ahora atraviesa el ojo de buey de cristal que mandé colocar en la puerta de casa. La televisión desaparece, aquí no estamos seguros, el haz no enfoca a un punto fijo, está girando y el sofá es el siguiente objeto donde incide. Como si pudiera leer mi mente el mueble se

esfuma y los cuatro quedamos agachados sin protección frente a la caprichosa máquina que sigue llevándose cosas de mi casa a lugares inimaginables.

La televisión regresa tambaleándose, algo cuelga y está vivo, es una serpiente amarilla que espero esté tan asustada que no tenga ganas de enfrentarse con nosotros.

Buscamos otra protección y nos la ofrece el sofá orejero donde suelo sentarme a dormir algunas tardes. El tiempo pasa y el sofá grande no aparece, he contado veinte segundos y eso significa que el aparato está totalmente fuera de control, podría enviarnos durante un tiempo indeterminado a lugares no compatibles con la vida: el fondo del mar, un geiser, una catarata... tenemos que movernos, mi salón tiene pocos muebles y al ritmo que desaparecen dentro de pocos segundos no quedará ninguno detrás del cual escondernos.

—Hacia el pasillo y sin levantar mucho la cabeza.

Rufián, que salía en ese momento de mi habitación donde había huido después de olisquear a Clara y recibir su ración de mimos, se asusta al vernos en fila como si fuéramos una expedición de cangrejos de Alaska y sale disparado para caer en medio de la luz. Espero que tenga la suerte de ir a un lugar agradable y que regrese pronto, desearlo es cuanto puedo hacer por él.

—¿La pared es segura?

—Antes lo era, ahora ya no lo sé.

Cuando me colocaba frente a la pared blanca de la cocina solo viajaba yo pero eso sucedía cuando la máquina se conectaba a las nueve menos dos minutos y la luz cubría siempre la misma superficie. Ahora hay diferentes tiempos y la luz no está quieta, quién sabe qué podría llevarse, ¿la casa entera?

—Hay que destruir la máquina.

—¿Cómo? —Rafael ha vuelto a rascarse con renovadas fuerzas y no es momento para recriminárselo.

—Con un martillo, con un palo... con lo que sea.

—En el invernadero hay tiestos de metal, podríamos cubrirlo con uno.

—Cariño, eso funciona en las películas, se llevaría el tiesto y ¡a saber si lo dejaba caer sobre la cabeza de alguien! —Ni en estos momentos de tensión máxima Rafael cambia la voz para dirigirse a su pareja, le habla con ternura.

—Para romperlo habrá que llegar y no parece fácil.

—Cada vez hay más luz.

Clara tiene razón, el aparato ha aumentado de intensidad y donde hace un momento había penumbra ahora hay claridad. Si los haces que se cuelan por los huecos de las contraventanas tienen la fuerza de iluminar el interior de mi casa me puedo imaginar lo que estará sucediendo en el exterior.

—Quedaros aquí. —Les he traído a mi habitación—. Voy a comprobar una cosa.

—Voy contigo.

—No cielo, quédate, es mi casa y todavía no sabes cómo es, solamente quiero comprobar si hay alguna zona de la vivienda que no esté siendo alcanzada por la luz.

—Pero...

—Ahora vuelvo.

—Está bien, ten cuidado.

—Lo tendré, ahora que estás aquí no quiero que me lleve lejos de ti.

Gateo y reviso todas las habitaciones de la casa que tienen sus ventanas a la fachada principal o a las dos laterales. La luz está presente en todas ellas. Podríamos salir por la fachada trasera pero estaríamos obligados a caminar en línea recta para evitar el contacto con la luz adentrándonos en un bosque que está vallado con un alambre de espino.

No quisiera tener que decirle a Mariola que debe pasar por encima del vallado y caminar entre maleza, no conozco el terreno, podríamos caernos o ser atacados por algún perro guardián.

Tampoco podemos quedarnos en casa eternamente, alguien terminará viendo la luz, llamará a la policía, acudirán y tendremos que explicar aquello que hemos tratado de ocultar si es que antes no desaparecen al desconocer que no se pueden exponer a la luz.

La puerta que comunica mi taller con la casa está oscura, no veo claridad en su unión con el suelo. Me pongo de rodillas y abro lentamente, todo está en penumbra, meto la cabeza, miro a mi derecha y por la ventana, que no tiene las contraventanas abiertas, se ve el reflejo de la luz que está incidiendo contra la fachada principal de la casa que está situada frente a la de Mariola. Por aquí podríamos salir.

—Mariola, necesito la llave de tu casa, la de la puerta de la cocina. —He regresado reptando.

—Está en el bolsillo de mi abrigo.

—Tengo que ir a por ella.

—¿Para qué?, cuéntanos que vas a hacer, somos un equipo. —Me lo tiene que recordar Rafael.

—Lo somos. Necesito la llave para ir a casa de Mariola y romper el aparato antes de que acuda gente intrigada por la intensidad de la luz, se coloquen delante y viajen a lugares peligrosos.

—Es cierto, no podemos permitirlo, somos responsables. —Mariola se frota la frente—. Además, descubriríamos a Clara.

—Puedo salir por el taller, correr hasta la casa y romperlo.

—Voy contigo. —Rafael ya está incorporándose.

—No. —Pongo mi mano en su hombro para que no se mueva—. Soy más rápido que tú.

—Todavía puedo correr muchacho.

—Lo sé, eres fuerte y valiente y estás en forma; pero tienes que reconocer que tengo ventaja. Para romper la máquina solo se necesita un brazo y estoy acostumbrado a golpear metal.

—Beltrán tiene razón.

—Estoy mayor para correr ladera arriba, las cosas como son.

—Estás estupendo. —Mariola le besa en la mejilla—. ¿En qué podemos ayudar nosotros?

—Vamos a mover el colchón, será mi protección frente a la luz.

Tiramos al suelo el colchón de mi cama que resulta ser muy pesado y reacio a deslizarse sobre la alfombra. Lo elevamos sobre uno de sus laterales para que me pueda parapetar detrás de él.

—Iré yo solo. —Intuyo lo que Clara está pensando.

—Tardarás mucho, hay que hacer dos giros, voy contigo.

Miro a Clara, no está exagerando, el colchón es demasiado grande para que lo manipule una sola persona, no hay tiempo que perder.

—Está bien. —Tiene razón, no encuentro argumentos para rebatirla—. Quiero que estés muy atenta para no exponer ninguna parte de tu cuerpo.

—No te preocupes, no quiero volver a sentir ese frío.

Mover un colchón de dos metros por dos metros y cruzar con él la puerta de mi habitación existiendo una pared del pasillo como límite para maniobrar es complicado y me hace recordar a los dos chicos que lo trajeron, resoplaban, y yo convencido de que lo hacían porque era verano y hacía mucho calor.

El colchón no es rígido pero tampoco se dobla como una manta y sacarlo al

pasillo nos lleva un rato y unos cuantos “uf” porque tenemos el agravante de que no podemos dejar que la luz nos toque.

—¿Vas bien?

—Sí —responde Clara soltando el aire, elevarlo agarrándolo de la tela nos está dejando las puntas de los dedos doloridas.

Pasito a pasito recorremos los metros del pasillo con el colchón cruzado para que nos proteja. Al llegar al salón la intensidad de la luz me preocupa, en la habitación de Fabián tiene que tener muchísima fuerza.

Veo el abrigo de Mariola, hemos tenido suerte, si ha viajado ya está de vuelta y ha aterrizado en el mismo lugar donde lo dejé. Aparentemente no ha transportado seres vivos; pero meteré la mano con precaución en sus bolsillos, no he olvidado a la serpiente amarilla.

—Detente, tengo que soltar para agarrar el abrigo, ¿podrás mantenerlo?

—Sí.

El primer bolsillo está vacío, algo que siempre sucede en la vida cotidiana, en el segundo encuentro el manojito de llaves. Las guardo en mi pantalón y es entonces cuando veo que el colchón está separándose de nuestros cuerpos. Clavo los dedos en la tela y lo atrapo en el último momento.

—Lo siento, se me ha escapado.

—No te preocupes, era muy difícil que lo pudieras aguantar tú sola desde este lado, pesa demasiado. Volvamos al pasillo.

Colocamos el colchón a modo de barricada en la entrada al pasillo. Su gran tamaño es ahora una ventaja, tapa completamente el paso de la luz lo cual nos permite relajarnos. Nos sentimos seguros y relajarnos es un error que casi nos cuesta un pasaje a lo desconocido. El colchón desaparece y nos lanzamos literalmente aterrizando en la alfombra de mi habitación con el corazón desbocado por lo cerca que hemos estado de que la luz rozase nuestros cuerpos.

—¿Estáis bien?

—Sí.

Rafael ayuda a levantarse a Clara, algunos mechones se han escapado de su coleta y los recoge en un movimiento que no intenta ser sensual y sin embargo remueve mis deseos.

—¿Cuál es? —Quiero llevarme exclusivamente la llave que vamos a utilizar.

—Esta.

La saco del llavero y también el mando que abre el portón eléctrico aunque no podamos utilizar la puerta al estar el haz atravesando esa parte del vallado.

—¿Tienes alguna herramienta en casa con la que pueda dar un golpe contundente?

—Las palas para remover la tierra. Están en el invernadero, en un cubo entrando a mano derecha.

—Son demasiado pequeñas. —Rafael niega con la cabeza.

—¿Y una sartén? —Mariola tiene varias y de todos los tamaños.

—Cogeré un martillo de mi taller.

Vamos a pasar por el lugar donde creo mis obras, estoy acostumbrado a utilizarlos, tienen el mango largo y un solo golpe será suficiente.

—Dejé la puerta abierta para escuchar los ruidos —Mariola se ha sobresaltado al recordarlo—. ¿Y si la luz también enfoca la entrada de la habitación?

—Buscaré en tu casa algo para protegerme.

—Voy contigo.

—Esta vez no.

—Esta vez sí. —No había visto esta faceta de Clara, está dispuesta a luchar para ganar—. Necesitarás al menos una mano para golpear el cacharro ese, tu mano libre y las dos mías sujetarán mejor lo que nos esté resguardando.

Sale de la habitación antes de que pueda formular argumentos como: “es muy peligroso”, “volveré te lo prometo”... y no me queda otro remedio que seguirla. El colchón ha regresado y como no sabemos el tiempo que le tendremos taponando el paso de la luz la cojo de la mano antes de que se meta en el cuarto equivocado.

—Aquí no entra.

—No, el aparato está en una habitación que tiene un ventanal por donde sale la luz. No puede llegar a todos los sitios, tiene como límite el ángulo que le permite la ventana. Esta habitación está en una fachada lateral... no sé si me estoy explicando bien.

—Te entiendo, la máquina no está suspendida en el cielo, es como una linterna.

—Sí.

—Tendremos que esquivar esa luz, bordearla para llegar a la casa.

—Hay que saltar dos vallas, la de mi casa no es alta y pasaremos bien; pero me preocupa la de la casa de Mariola, esa es muy alta y los barrotes

terminan en punta de lanza.

—Lo intentaremos.

Me da un beso, es fugaz, un roce que me devuelve la esperanza, hemos llegado muy lejos y esa máquina no va a destruir lo que hemos logrado. Cojo el martillo más apropiado y meto en mango en la parte trasera de la cinturilla de mi pantalón para tener las manos libres.

Abro la ventana y salimos al jardín, si todavía no se ha presentado aquí la policía o el ejército ha sido por el lugar donde estamos y por la hora a la que está sucediendo. La luz que proyecta la máquina del tiempo ha convertido la finca de Mariola y la mía en un juego de luces y sombras. Su intensidad me recuerda a la que producen las torres de iluminación que posibilitan que se disputen partidos de fútbol cuando no hay luz natural. El resplandor se estará viendo a cientos de metros, es cuestión de tiempo que venga alguien a pedir explicaciones o a curiosear.

—Te ayudo.

—Creo que puedo.

Lo intenta y efectivamente, Clara es ágil y atraviesa la valla limpiamente. Cruzamos el camino dejando varios metros de seguridad entre los haces de luz y nuestros cuerpos. Espero que Rafael y Mariola estén bien protegidos en mi habitación, hay tres paredes entre sus cuerpos y el exterior y una de ellas es gruesa y de piedra al decidir conservar las fachadas originales de la antigua casa bicentenaria.

—Vives en un lugar muy bonito.

—Es un sitio tranquilo.

—Y me gusta como huele.

Aspira el aire y cierra los ojos frente a la alta verja perimetral de la propiedad de Mariola. Entiendo que Clara está buscando, al hablar del paisaje, la manera de soltar los nervios que nos están agarrotando las extremidades. Las necesitamos libres y dispuestas a darlo todo para pasar sobre estas varillas metálicas sin terminar ensartados como si fuéramos pinchos morunos.

—Voy a pasar yo primero. Hay demasiada altura desde el muro hasta donde hay que apoyar el pie para que tengas modo de hacerlo sin mi ayuda.

—Es verdad. —Sube al muro y eleva la pierna para intentar meter el pie en la barra horizontal que mantiene unidas las verjas en su parte superior, no llega—. Tú eres más alto.

—Te ayudaré desde el otro lado.

Cruzo resoplando, he tenido que izarme a pulso agarrándome a dos barras para alcanzar el punto de apoyo que me ha permitido pasar por encima de los afilados bordes de las flechas. Me dejo caer de un salto y me incorporo frotándome las manos.

Me subo al muro, agarro a Mariola por las caderas y la intento elevar. Es complicado, no por su peso que es bajo para su estatura, son las barras las que no me dejan maniobrar. Suma su esfuerzo al mío y agarrándose con fuerza se alza entre jadeos hasta que su pie toca la barra horizontal.

—Salta, yo te cojo.

—Voy.

Tenerla entre mis brazos es maravilloso y nos tomamos medio minuto para recuperar el aliento y la calma.

—Sigamos.

—Sí.

Subimos a paso rápido, la pendiente es pronunciada en este lado de la finca y llegamos a la altura de la casa acalorados.

Aunque es de noche y ya no puede verse la luna hay tanta claridad que se distinguen perfectamente los contornos de la casa gracias a la máquina del tiempo.

—Está cubierta de vegetación.

—¡Qué bonita!

Miramos hacia la luz que sale de la ventana, es potentísima, tanto que tenemos que achicar los ojos para filtrar la que pueden soportar nuestras pupilas.

—La puerta de la cocina está en el lado opuesto.

Cojo la mano de Clara para que camine segura, en la parte trasera de la casa la oscuridad es total y no tenemos linternas con las que alumbrar el suelo. Elevando el brazo libre y palpando las plantas mantengo la referencia del lugar donde está la pared y sigo tocando hasta que encuentro la puerta. Busco la llave en mi bolsillo y la cerradura con los dedos, suelto la mano de Clara y después de dos intentos consigo introducir la llave y la puerta se abre.

—Espera, tengo que coger a Merengue.

Meto el brazo y toco sus sedosos rizos, encuentro su correa con piedrecitas brillantes y la sujeto entre mis brazos para que no pueda salir y exponerse al peligro. La luz de la cocina se enciende en cuanto atravieso la puerta.

—Pasa y cierra bien para que pueda soltar a esta señorita. —Merengue se está revolviendo, no le gusta que la tenga prisionera, ella quiere saludar a Clara.

—Hola guapa.

—¿Sabías que era chica?

—Se nota.

—Yo no noté nada. —Con tanto rizo tampoco se podía hacer una inspección ocular para descifrar si tenía atributos masculinos.

—El collar es rosa.

—Es verdad. —Resulta evidente ahora que me lo dice—. Vamos a dejarla encerrada en la cocina, si no ha subido a la última planta ha sido mera coincidencia, y Mariola ha dicho que la puerta de la habitación está abierta.

Dejar a Merengue dentro de la cocina no es tan sencillo como parece, está empeñada en seguirnos y para no asustarla empujándola le tiro una loncha de fiambre de jamón. Sigue el olor de la comida y aprovecho para cerrar la puerta.

Por el hueco de las escaleras de madera desciende la luz que sale de la habitación. La escena parece sacada de una película de encuentros con extraterrestres o de espíritus que se materializan para disgusto de los habitantes de la casa.

—Busquemos algo para cubrirnos.

—¿Otro colchón?

—Por ejemplo, estarán en la segunda planta que es donde tiene las habitaciones.

—¿Será seguro subir al descubierto?

—Lo que estamos viendo no son los haces de luz que están dos plantas más arriba, no pueden doblar esquinas.

—Es luz indirecta.

—Sí, pero por si acaso nos mantendremos alejados del hueco de la escalera.

El chirriar intermitente es muy desagradable y es otra prueba de que la máquina está trabajando a tope. ¿De dónde obtiene la energía?, cada día que pasa desde que vi por primera vez el huevo trinchado, como lo llama Rafael de vez en cuando, estoy más convencido de que esa tecnología no proviene de la Tierra.

Siempre he creído que no estamos solos en el universo, que es cuestión de

tiempo contactar con otras civilizaciones o formas de vida. Los humanos no somos el ombligo del mundo por muy importantes que nos creamos.

—Otra cama enorme, en esta época os gusta tener colchones gigantes y muy pesados.

Hemos entrado en la primera habitación que nos hemos encontrado, mete la mano por debajo de la ropa de cama y lo eleva unos milímetros. No tenemos tiempo para comprobar si en el resto de habitaciones de esta planta hay más colchones y si alguno de ellos es más ligero. Estamos manipulándolo cuando Clara deja de ayudar para observar los muebles.

—¿Qué miras?

—Este biombo. —Desaparece momentáneamente al rodearlo—. Tiene agarraderas y no es tan pesado como el colchón. Es alto, ponte al lado para que vea si te cubre el cuerpo entero.

Me coloco junto al biombo y Clara comprueba si la parte superior de mi cabeza sobresale.

—Le sobran diez centímetros y tiene buen tamaño para taparnos a los dos.

Es un biombo compuesto por dos piezas unidas por bisagras. La madera es muy fina y las asas que tiene a ambos lados facilitan su movilidad.

—¿Y si el aparato se lleva el biombo cuando nos pongamos a tiro?

—Salimos corriendo de la habitación y nos protegemos detrás de la pared.

—¿Alcanzarás con el martillo?, quiero decir que si sacas el brazo y lo expones a la luz te podría atrapar.

—El martillo tiene el mango muy largo, intentaré mantener la mano detrás de la madera.

—Vale.

Clara no es tonta y está pensando de qué manera se puede golpear algo sin verlo, sin saber si lo tengo a veinte centímetros o a cinco, si está a la altura que imagino o me equivoco y me pongo a aporrear la balda inferior. Va a ser difícil, por no decir imposible, destruirlo sin descubrir alguna parte de mi cuerpo. Me confiaré a la suerte, la máquina no está transportando objetos de modo permanente, me encomendaré a la virgen de los viajes en el tiempo antes de arriesgarme.

Subimos despacio, la escalera es ancha pero nuestro biombo también lo es y vamos dando pequeños golpecitos involuntarios a la balastrada y a la pared. El chirrido, que se había detenido, vuelve y al estar cerca del origen cierro los ojos y me paso la lengua por los dientes para aminorar la molestia.

—Como las tizas sobre la pizarra.

—¿Las has usado? —Hay objetos que no se utilizan actualmente, mi abuelo me hablaba de ellos, y ahora que lo pienso Clara y él nacieron con pocos años de diferencia.

—Los de la comuna recogieron una pizarra pequeña que alguien había dejado apoyada en un contenedor. No tenía tizas para escribir y usaba lo que estaba a mi alcance: arcilla dura, piedras...

Compensaré su niñez, le pediré a Mariola que la interrogue con disimulo para saber cuáles son sus deseos, que sueño querría ver cumplido... tengo tantas ganas de hacerla feliz que no veo el momento de hacer añicos esa máquina para volver a nuestra casa.

Llegamos al descansillo de la última planta, los haces de luz rodean nuestra protección que en cualquier momento podría trasladarse por capricho de la máquina al desierto de Namibia.

—Tendremos que plegarnos para poder pasar por la puerta.

—Sí. —Clara tira de su parte del biombo hacia mí pegando su hombro al mío, yo la imito hasta quedar encajados entre las dos piezas de madera.

—Muy despacio para no pisarnos los pies.

—Sí.

Arrastramos las piernas al mismo tiempo. La habitación tiene tanta luz que mirar al suelo duele como si fuera el sol el que estuviéramos contemplando. Voy girando hacia la derecha, donde está la balda, hasta que decido que tenemos que estar muy cerca.

—Quieta.

—Bien.

Después de un breve silencio el agudo sonido reaparece y una pequeña mesa auxiliar comienza a moverse sola. ¿Será ese ruido el momento en el que desaparecen las cosas? Esperaré a que llegue el silencio y entonces atacaré.

El ruido no se detiene, yo diría que está aumentando, la mesilla sigue su devenir por la habitación como si estuviera bailando sola. Algo que también noto es un extraño olor a quemado y miro instintivamente a mi izquierda, donde está Clara. Tiene el cuello echado hacia atrás y en su cara hay un gesto de dolor.

—¿Qué ocurre?

—No lo sé, siento mucho calor en la cara.

Paso mi mano izquierda entre la madera del biombo y su cuerpo. El aire

está muy caliente, entonces sucede y es tan rápido que lo observamos como si fuéramos dos turistas en la isla de *Mikonos* esperando a la puesta de sol.

La luz se vuelve roja, el chirrido insoportable y el calor de la madera tan intenso que Clara suelta la mano izquierda del asa del biombo para protegerse la cara. Algo me dice que tenemos que salir, y es entonces cuando el ruido cambia y la luz pasa a un tono morado.

La explosión empuja el biombo y caemos al suelo con el mueble sobre nuestros cuerpos. Atontado por el ruido y la fuerza con la que nos ha tirado tardo unos segundos en volver a tener conciencia de que Clara está a mi lado.

—¿Estás bien? —Pongo mi mano sobre su pecho para comprobar si respira.

—Sí. —Se remueve debajo del biombo, hemos caído sobre la madera y eso ha dolido—, ya no hay ruido.

—Ni luz.

—Es verdad.

—Quédate aquí, voy a salir.

—Juntos, pase lo que pase estaremos juntos. —Me agarra la mano con rapidez

—Sí. —La entiendo, está irremediablemente lejos de todo lo que ha conocido, si yo desaparezco estaría perdida en un mundo extraño.

Empujo el biombo hasta que nuestros cuerpos quedan libres. La oscuridad es total y nos levantamos cogidos de la mano dirigiéndonos hacia la puerta en busca de algo de claridad.

—Se ha deshecho en mil pedazos —digo en cuanto la lámpara del techo ilumina la habitación de Fabián y puedo mirar hacia la estantería.

—¿Dónde están?

—Ahí.

Partículas diminutas de color dorado ensucian los libros, la colección de coches metálicos en miniatura, la balda inferior y el suelo. Abrazo a Clara, se terminó.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

—Déjame ver. —Clara se ha percatado de que me llevaba la mano a la espalda.

—Es el martillo, me he caído encima de él. —Y es el más grande que tengo en mi taller.

Me levanta la camisa y toca dulcemente mi piel. Me duele, he intentado esquivar el golpe en la cabeza pero era imposible salvar mi espalda y la pieza metálica ha debido dejar su marca donde Clara está tocando. Dormir esta noche sobre la espalda resultará molesto.

—Vas a tener un buen moratón, ¿tenéis en vuestra época pomadas para disminuir la inflamación?

—En “nuestra época” —remarco para que empiece a acostumbrarse a que a partir de ahora va a ser una ciudadana de dos mil noventa y ocho—, sigue habiendo pomadas y otros inventos de los que ya nos preocuparemos más adelante. ¿Dónde te has golpeado tú?

—En la cabeza.

—A ver.

Paso mis dedos por su pelo y aunque se traga un “ay” el huevo que le está saliendo también tiene que estar doliéndole. Podría haber sufrido daños cerebrales y saberlo me llena la boca de saliva. No ha sido así, habla correctamente y no tiene las pupilas dilatadas, la observaré y si detecto algún síntoma preocupante acudiremos al hospital aunque no tengamos modo de identificarla.

Podríamos haber aterrizado, con biombo incluido, en el mismo lugar donde Clara estuvo y no regresar hasta que estuviéramos congelados agarrados al biombo. No pensar mucho en los riesgos que hemos corrido ha sido bueno, si hubiera meditado sobre todos los peligros no habría dejado venir a Clara y quizá tampoco lo habría hecho yo.

—Tendremos que medicarnos los dos. —Palpo los bordes, se está hinchando rápidamente y ahora tiene el tamaño de una pelota de pin pon.

—Un calmante para el dolor de cabeza bastará.

La beso, sin prisas, sin saltarme ningún paso, estaba deseando hacerlo

desde que se abrazó a mí en el pasillo de su apartamento de Laredo, ha sido hace un rato y sin embargo me parece tan lejos...

—¡Ummm!, esta medicina es muy poderosa. —Vuelvo a saborear sus labios, podría besarla eternamente.

—La aplicaremos en dosis regulares —me contesta llenando el espacio con su risa, me encanta—, ¿cómo estarán Rafael y Mariola?

—No he traído el teléfono. —Estaba al lado de las llaves que tampoco pude coger—, tendremos que ir nosotros. —Espero que sigan sentados en el suelo con la espalda apoyada en la pared de mi habitación.

—¿Lo oyes?

Contengo la respiración, el sonido es débil pero tiene razón Clara, está sonando una melodía. Salimos al pasillo, la música asciende por la caja de la escalera. Bajamos saltando los escalones hasta la segunda planta. El sonido ha desaparecido, la casa es grande, imposible saber de dónde procedía. Comienza de nuevo, el origen está es la planta baja y espero que sea un teléfono móvil y que estén llamándonos a nosotros.

—¿Sí?

Clara mira asombrada como manipulo el teléfono móvil, al tocarlo se despliega y pasa de tener las dimensiones de una tarjeta de crédito de hace ochenta años a ser un dispositivo de un tamaño similar a los que ha podido manejar ella hace unas horas.

—¿Estáis bien?

Sonrío a Clara, los dos están perfectamente y me preguntan por nosotros y por el aparato.

—Todo está solucionado, ¿ha aparecido Rufián?

¡Está! y al pobre animal tendré que llevarle a un psicólogo gatuno para que se le borre el susto que debe de haber pasado. No puede hablar, ¿a dónde le habrá llevado la luz? Mariola me pregunta por Merengue y le confirmo que está perfectamente, encerrada en la cocina por su seguridad.

—Podéis venir y hablamos aquí.

Estarán deseando relajarse en su casa después de gatear por el suelo de la mía y pasar miedo. Volveremos la habitación de Fabián, explicaremos lo que hemos presenciado Clara y yo y después nos iremos a casa para darnos una larga ducha, nos la hemos ganado.

—¿Ves mi manojo de llaves? —me contesta que sí, he tenido suerte, el otro juego de llaves está en casa de mis padres—, tráemelo, por favor, para que

podamos salir de tu finca y entrar en mi casa, aquí os esperamos.

Toco el teléfono que vuelve a reducirse ante la cara de incredulidad de Clara que lo mira tocándose con cuidado el golpe de la cabeza.

—¿Hay muchos inventos como este?

—Unos cuantos. —Desde que la conocí he buscado imágenes de Laredo en su época, que avances había, que canciones sonaban, qué películas se estrenaban y todo lo que me encontraba y que me hacía sentir un poquito más cerca de ella—. Será un placer ponerte al día, vamos a la cocina, Merengue está escuchándonos, abrámosla antes de que se enfade y haga alguna trastada. —Ha empezado a ladrar lastimeramente.

Mariola se lanza a mi cuello en cuanto abro la puerta de la cocina para que Rafael y ella pasen. Me inclino para que pueda darme ese abrazo con el que celebramos que ya no habrá más haces de luz.

—Hola.

Merengue también quiere cariño de su dueña y lo reclama poniéndose a dos patitas y ladrando emocionada, para ella supone un cambio en su rutina que no entiende.

El abrazo con Rafael es tan intenso que me recoloca las vértebras, los cuatro hemos pasado por una circunstancia excepcional y ahora nos sentimos eufóricos al haber vencido a algo que nunca llegaremos a entender.

—¿Estáis bien?

—Nosotros sí, gatear es algo que me ha servido, además de para protegerme de un viaje incierto, para averiguar que tengo que empezar a hacer ejercicio; pero estamos bien.

—Sí —confirma Rafael—, ¿y vosotros? —nos examina por si hemos mentido para no asustarles.

—También bien, tenemos algún golpe pero nada importante.

—Cuéntanos cómo ha sido.

—Subamos y lo vemos. Deja aquí a Merengue, hay restos y podría chuparlos o pisarlos.

Encerramos de nuevo a Merengue en la cocina. En esta ocasión ni siquiera se preocupa en mirar hacia dónde vamos, Mariola le ha calentado una ración de espaguetis con salsa boloñesa y se ha lanzado al plato como si no hubiera comido en semanas. Se le van a poner los pelos del morro rojos por el tomate pero hoy no importa, ya se limpiará.

—¿Estás contenta? —escucho como Mariola le pregunta a Clara, se

preocupa por su bienestar, piensa, como yo también lo he hecho, que ahora mismo podría estar cuestionándose qué hace aquí y si ha tomado la decisión acertada.

—Estoy feliz —le susurra y a mí se me forma una sonrisa enorme en los labios—, un poco superada por la situación pero muy feliz, me estaba volviendo loca en el pasillo.

Esta noche no sé si podremos dormir porque la mente necesita un tiempo para colocar cada sentimiento en su archivador pero permaneceremos juntos abrazados sabiendo que no tendremos que separarnos jamás.

—Aquí no ha desaparecido ningún mueble, pero ha aparecido mi biombo. —Es lo primero en lo que se fija Mariola.

—Hemos sido nosotros. —Clara se hace una coleta floja para no tocar el golpe de su nuca—. Era lo más ligero que encontramos para cubrir nuestros cuerpos, lo siento.

—No te disculpes, habéis hecho bien cogiéndolo.

Rafael y Mariola observan en lo que se ha convertido aquello con lo que jugó inocentemente Fabián y que puso mi vida del revés arrastrando a los que ahora me acompañan.

—¿Explotó?

—Sí.

Mariola y Rafael se sientan en la cama, los nervios nos están pasando factura, y yo acerco una butaca individual y acomodo a Clara sobre mí. Les narro lo que ha sucedido en esta habitación y al hablar del calor de la madera Rafael se levanta y se acerca al biombo.

—¿Has mirado esto?

—No —le contesto acercándome también yo—, el teléfono ha empezado a sonar nada más explotar la máquina, hemos salido de la habitación a buscarlo y no hemos vuelto a subir.

—¿Qué había aquí colgado cariño? —Sujeta lo que queda de una cadena de metal y se gira para preguntarle a Mariola.

—Un collar. —Se echa la mano al pecho como si hacerlo le ayudara a recordar—. Uno que compré en un viaje a Venecia y nunca me ponía, pesaba tanto que resultaba incómodo.

—Donde yo notaba el calor. —Clara se arrodilla y también toca los restos de lo que fue una cadena.

—¿Qué tenía, qué tipo de colgante?

—Un espejo con forma de lágrima rodeado de piedritas de colores.

Toco la masa negruzca que todavía está templada y entonces encuentro una explicación.

—El cambio de color ha coincidido con el calor. El espejo está fundido y la onda expansiva nos ha tirado al suelo.

—¿Y? —Mariola ha sacado sus gafas y también se ha puesto a observar y tocar el biombo.

—No lo he visto, solo son suposiciones más porque no podíamos mirar pero creo que a este cristal lo ha quemado el haz, que a su vez ha devuelto la luz a la máquina destruyéndola.

—Tiene lógica.

—Lo importante es que ya no existe. —Mariola entra en el vestidor y regresa con una pequeña aspiradora de mano con la que absorbe la evidencia; las partículas en las que se deshizo el huevo. Ahora solo queda un misterio que solo nosotros cuatro sabemos y las experiencias por las que hemos pasado hasta llegar a este momento.

—Espero que todos estuvieran mirando hacia otro lado y nadie haya dado aviso a la policía.

—¿Por la luz? —Mariola da una última pasada antes de apagar el eficiente electrodoméstico que ha absorbido todo lo que se le ha puesto a tiro—. Hemos organizado una fiesta.

—¿Una fiesta? —Rafael se quita la gorra, le miramos esperando a que se rasque pero no lo hace y vuelve a colocársela rápidamente para evitar tentaciones—, ¿qué fiesta?

—La que hemos dado esta tarde en mi casa para celebrar nuestro compromiso.

Rafael pestañea para alejar las lágrimas pero la emoción se apodera de él y se frota los ojos antes de abrazar a Mariola que ríe mientras él la hace girar por los aires. —¡Enhorabuena!

—¡Felicidades!

Besos, abrazos, hace media hora estábamos arriesgando la vida y ahora estamos festejando que Rafael y Mariola van a preparar una ceremonia y van a hacer un largo viaje para celebrar su amor.

¡Esto sí que es una fiesta!, volvemos a la cocina, brindamos, comemos bombones para que el alcohol no se nos suba a la cabeza y le damos dos a Merengue que mordisquea despacito relamiéndose alucinada por el succulento

menú que le ha puesto su dueña esta noche.

—Tenéis la cena en la cocina —nos recuerda Mariola cuando nos despedimos, todos estamos empezando a sentir el cansancio que siempre sobreviene cuando se ha sometido al cuerpo a mucha tensión.

—Yo no tengo hambre ahora. —Clara disimula un bostezo.

—¿Estará bueno para mañana? —Yo tampoco quiero cenar, quizá dentro de una hora sienta un hambre atroz y acuda a la cocina para degustar primer plato, segundo y postre pero ahora no me apetece.

—Mete la cazuela y la bandeja en el frigorífico.

—Podemos comer juntos los cuatro mañana.

—Muy buena idea, si a Clara le apetece.

—Me apetece mucho. —Clara toca en el brazo tímidamente a Mariola—. Hoy hemos tenido una presentación algo accidentada.

—Bastante.

Nos decimos adiós entre risas y comentarios, busco la mano de Clara y nos encaminamos hacia nuestra casa.

—¿Tienes frío?

—¿Lo preguntas por el escalofrío?, ha sido el contraste, fuera hace mucho frío y dentro mucho calor.

—Rafael rellenó a conciencia la chimenea. —Todavía hay un buen fuego que durará varias horas.

—¡Mi manta!

Clara corre al sofá de cuero y entierra la cara en la manta de cuadros de su abuela.

—Me alegro mucho de que la tengas.

—Y yo, me habría acordado mucho de ella si hubiera desaparecido pensando a donde habría ido a parar.

La dobla y la vuelve a posar sobre el respaldo del sofá que está algo desplazado de su posición habitual. Reviso el resto de mobiliario y echo en falta mi butaca de echarme la siesta. Recuerdo algo importante y corro hacia el pasillo, el colchón está apoyado a la entrada de mi habitación, ¿habrá sido el haz de luz o lo han metido en el pasillo Rafael y Mariola? ¡Qué alegría!, no hay otra cama en casa y no hubiera sido cómodo dormir los dos en el sofá.

—¿No quieres nada, un vaso de leche caliente, embutido, la cena que preparó Mariola?

—¿Tienes cacao?

—Eso nunca falta en esta casa, ¿con leche caliente o fría?

—No muy caliente.

—Ahora regreso, ¿por qué no aprovechas y echas un vistazo al resto de la casa para que te vayas acostumbrando?

—Muy bien.

Caliento la leche, saco el tarro del cacao deseando que sea de su gusto y las cucharillas para revolver y que se mezcle bien. La casa está en silencio que solamente se rompe al liberarse la resina de algún tronco. Rufián se ha ido con Clara, ha sido un flechazo instantáneo como el que tuvo su dueño.

¡Y ahora ella está aquí!, es difícil de asimilar, a partir de esta noche solo dependerá de mí que ella permanezca a mi lado. Tenemos tanto de lo que hablar, tantas horas que recuperar... quiero hacerlo todo bien, no dar ningún mal paso y al echar la cucharada de cacao en polvo sobre mi taza golpeo el borde y vierto la mitad fuera, ¡menudo comienzo!

Recojo con el trapo húmedo lo que he manchado y entonces caigo en la cuenta de que Clara ha venido con esa ropa y no tiene otra, que no posee documentación, que no aparece en ninguna base de datos, que no tiene historial médico ni modo de justificar qué ha hecho durante estos años y porqué sus padres no la inscribieron en el registro como era su obligación.

La ropa, el calzado, productos de aseo, maquillajes, colonias... se pueden comprar mañana mismo, pero ¿y la documentación?, no se puede pedir en una tienda, no podemos acudir a la policía contando una mentira como que ha vivido en una montaña todos estos años, ¿o sí? Tendré que consultarlo con alguien... ¿pero con quién?

—¿Todo bien?

Clara entra con el gato siguiéndola y yo le doy un empujón a todos estos pensamientos que han ensombrecido mi buen humor.

—Sí, he tirado el cacao y estaba limpiándolo. —Le entrego su taza y tomo la mía—. ¿Nos sentamos delante de la chimenea?

—Sí, me encanta, siempre he sentido envidia cuando las veía en las películas. Cuando en la comuna encendían fuego la habitación se llenaba de humo porque el tiro estaba obstruido, me lloraban los ojos y el pelo me olía tanto a hoguera que terminaba sintiendo ganas de vomitar.

—¿Puedes creerte que la he estrenado hace unos días?, a mí también me han gustado desde siempre y la mandé colocar cuando rehabilité la casa y eso fue hace nueve años. Cuando llegaba el invierno y la temperatura exterior

descendía pensaba: “mañana preparo leña y la enciendo”, entonces me marchaba de viaje y se me olvidaba.

—Es un placer estar aquí, mirando las llamas, sintiendo el calor pero no el humo, podría pasar horas.

—Podrás pasar todas las horas que quieras.

—A algo tendré que dedicarme, no sabría qué hacer con tanto tiempo libre.

—Sí, sí, por supuesto. —La realidad vuelve a tocar a la puerta, Clara la ha llamado—, pero primero habrá que obtener papeles, no existes para el estado.

—Lo sé y es algo que he pensado más de una vez en mi tiempo, como los obtendríamos; tú si te quedarías en mi época y yo si me trasladaría a la tuya.

—Encontraremos el modo de hacerlo.

—Sí, lo más difícil ya lo hemos conseguido.

Tomamos el cacao en silencio, ninguno de los dos queremos preocuparnos ahora, no vamos a poder solucionarlo, ni deseamos que enturbie nuestra primera noche como pareja.

—¿Una ducha? —Me atrevo a formular cuando el cacao hace tiempo se terminó para ambos.

—Sí.

Dejamos las tazas en la cocina, Clara las mira y sale sonriendo para ella misma. Los cambios forman parte de nuestras vidas y los dos tendremos que hacerlos para que esto funcione. Regreso para jabonarlas pero ella me lo impide.

—Vamos a la ducha no van a moverse de sitio, mañana las limpiaremos.

—Me agarra de la mano y tira de mí con cara traviesa.

—No van a moverse —ya no—, tenemos tiempo...

FIN